

Gemma Herrero Virto



¿Tú me
ves?

Carpe  diem

II

¿TÚ ME VES? II

CARPE DIEM

Gemma Herrero Virto

Copyright 2018 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? II (Carpe diem)

Autor: Gemma Herrero Virto

Revisor: Julen Díaz Llorente

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaean

Copyright de la presente edición: © 2018 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 10 de Noviembre de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Araceli Monge, Domingo Virto, Genaro Herrero y María Giménez,
mis cuatro abuelos, que, aunque ya no están conmigo, continúan vivos en mis
recuerdos.

Ojalá hubiera aprovechado más el tiempo que os tuve a mi lado.

ÍNDICE

[Nota de la autora](#)

1. [Prólogo](#)
2. [John Campbell. Rockport \(Massachusetts\), Mayo de 1986](#)
3. [Al y Eli. Jonesboro \(Arkansas\), Julio de 1986](#)
4. [Al y Eli. Highcliff Caring and Social Center, Rockport \(Massachusetts\), Julio de 1986](#)
5. [Al, Eli y John. Rockport \(Massachusetts\), Agosto de 1986](#)

[Agradecimientos](#)

[Medios de contacto](#)

[Otras obras publicadas](#)

NOTA DE LA AUTORA

Como ya sabréis por la novela anterior de esta serie ([¿Tú me ves?: La maldición de la casa Cavendish](#)) la música tiene un papel muy importante en esta historia. De hecho, uno de los protagonistas principales es un guitarrista que sueña con convertirse en estrella de rock. Por ello, en esta nueva historia, también he incluido muchas canciones, que sirven como particular homenaje a la fantástica música que se hacía en los años 80.

Al igual que hice en la novela anterior, he reunido todas las canciones que aparecen en este libro en una lista que podéis encontrar en Spotify. Como características en común, todas ellas fueron escritas antes del fin de 1986 y todas ellas son una pasada. Os dejo el enlace de la lista aquí para que podáis escucharlas si no las conocéis o para que las utilicéis como banda sonora de la novela:

<https://open.spotify.com/user/idaean/playlist/08ED62DTTiCYfryz5H7phy?si=SXXta28EQ6eg8A8YLPSkYQ>

Esta es la lista de canciones:

Highway to hell – AC/DC

Take on me – A-Ha

Heaven – Bryan Adams

Wake me up before you go-go – Wham!

Fortunate son – Creedance Clearwater Revival

Walk this way – Aerosmith

You shook me all night long – AC/DC

Friends will be friends – Queen

Broken wings – Mr. Mister

The power of love – Frankie goes to Hollywood

Against all odds – Phil Collins

Hand in hand – Dire Straits

Walking on sunshine – Katryna and The Waves

I'm on fire – Bruce Springsteen

Romeo and Juliet – Dire Straits

Who wants to live forever – Queen

Glory days – Bruce Springsteen

Todas estas canciones forman parte de la historia de la música, de mi propia historia y de la de muchos de vosotros. Espero que las disfrutéis.

PRÓLOGO

La luna empezaba a difuminarse a medida que el cielo se iba aclarando en el horizonte. El joven se quitó los zapatos y los calcetines y los dejó tirados a la entrada de la playa. La arena era suave y, a pesar del fresco amanecer, continuaba cálida. Era un placer caminar descalzo sobre ella. ¿Cuándo había dejado de hacerlo? Y, lo más importante, ¿por qué? ¿En qué momento de la vida había decidido dejar de tumbarse en la hierba, de sentarse en un banco a fumar un cigarro o de chapotear en los charcos?

Fue acercándose a la orilla, disfrutando del murmullo de las olas, de los gritos de las gaviotas desde el puerto, del brillo de los primeros rayos de sol jugueteando con la superficie del agua... Mientras caminaba, se quitó la camiseta, los pantalones, la ropa interior... Su ropa fue quedando esparcida sobre la arena como un rastro de migas de pan que llevaba hasta el agua. No se giró ni una sola vez para comprobar si había alguien mirando. Le daba igual. Nunca se había bañado desnudo en el mar y pensaba ponerle remedio. El momento de plantearse qué pensarían los demás había quedado atrás hacía mucho tiempo.

El agua estaba mucho más fría de lo que había esperado, pero, en lugar de desagradarle, le resultó revitalizante. Saltó las olas, chapoteando como un crío, riéndose como si estuviera borracho... Cuando el agua ya le llegaba a la cintura, se sumergió y dejó que el mar le envolviera. Una vez superada la sensación de frío inicial, el movimiento de las aguas sobre su cuerpo desnudo le resultó tan agradable como la caricia de una amante.

Estuvo nadando un largo rato, mientras el sol empezaba a asomar tras

las colinas que rodeaban el pueblo y a pintar el horizonte con tonos dorados. Cuando se cansó, regresó a la orilla y se tumbó en la arena a contemplar el amanecer. Una enorme sonrisa adornaba su cara. Se preguntó cuándo había sido la última vez que se había sentido tan libre y feliz.

Sintió una presencia a su espalda y se incorporó. El ángel se acercaba por la arena. Se planteó durante un segundo si debería vestirse, pero el ser le sonreía como si no le importara. Se levantó y se quedó de pie, contemplando obnubilado su hermosura indescriptible y el brillo hipnótico de sus ojos irisados.

—Espero que te hayas divertido —le dijo el ángel con aquella voz que encerraba el sonido de las olas, el susurro del viento entre las ramas y el canto de todos los pájaros.

—Sí. Ha sido increíble —respondió él, abriendo los brazos para tratar de expresar todas las emociones que no podía describir.

—Me alegro de que haya merecido la pena. —La sonrisa del ángel cambió sutilmente. Durante un instante se convirtió en algo cruel, peligroso...—. Ahora toca pagar.



JOHN CAMPBELL

ROCKPORT (MASSACHUSETTS),
MAYO DE 1986

CAPÍTULO UNO

El despertador sonó a las nueve, como todas las mañanas. John se inclinó hacia la mesilla para apagarlo. Se quedó unos segundos mirando el techo de su habitación, sintiendo como con la consciencia volvía también el dolor. No era una sensación aguda ni insoportable. Tan solo era el precio que había que pagar por tener más de noventa años. Su cuerpo parecía querer vengarse de él por estar utilizándolo más tiempo del que se esperaba, haciendo que cualquier movimiento costase un gran esfuerzo y que tardase el triple en realizar cualquier tarea cotidiana. Aquello no era justo. Tiempo era precisamente lo que le faltaba a una persona de su edad.

Soltó un gemido por el esfuerzo al incorporarse. Se quedó sentado en el borde de la cama y buscó las zapatillas con los pies. Encontrar la primera le llevó más de un minuto. Se impacientó y se agachó, emitiendo un nuevo gemido al doblarse, para buscar la otra. Su vejiga tampoco tenía ya el mismo aguante y no iba a poder esperar otro minuto más.

Después de ir al baño, se encaminó renqueante a la cocina para prepararse el desayuno. En los fogones no cabían más cacharros y la fregadera rebosaba. Por suerte, creía que era miércoles. Ese día solía venir la chica que había contratado su hijo para que limpiara la casa un par de veces por semana. Se preparó un café en la única taza que quedaba limpia y cogió un trozo del bizcocho que la señora Wilson, su vecina, le había traído el día anterior. ¿O había sido hacía dos días? Le dio un mordisco. Daba igual si había sido ayer o anteayer. El pastel seguía estando bueno.

Cogió su café y salió de casa para sentarse en la terraza, donde pasaría

la mayor parte del día. Muchas veces se planteaba para qué se levantaba tan pronto si lo único que hacía era quedarse allí sentado mirando al mar, perdido en sus recuerdos. Sin embargo, aquel día parecía que iba a ser distinto. Había mucho movimiento en la playa. A pesar de su edad, seguía conservando una vista de águila que le permitió divisar a un grupo de unas seis personas cerca de la orilla. Había una ambulancia y un par de coches de policía aparcados en la entrada de la playa y dos hombres de uniforme estaban acordonando la zona con cinta amarilla.

La señora Wilson se acercaba por la acera con una bolsa de verduras en las manos. John la miró con una sonrisa burlona. La tienda en la que ella solía comprar estaba en la otra dirección, así que debía haber decidido cambiar para pasar por delante de la playa y poder cotillear un poco. Decidió aprovecharse de la curiosidad de su vecina para saciar la propia.

—Buenos días, señora Wilson —la saludó.

—Buenos días, señor Campbell. —La mujer miró el trozo de pastel que descansaba sobre la mesa y torció el gesto—. ¿Todavía no ha acabado con el bizcocho que le traje hace tres días? Estará ya duro...

—Sigue estando exquisito —contestó él, sonriendo—. Lo raciono para que me dure más.

—No se preocupe por eso. Esta tarde voy a hacer una tarta de manzana y le traeré un trozo.

—Muchas gracias. Es usted un ángel. —La mujer le dedicó una sonrisa coqueta—. Veo que viene de la zona de la playa. ¿Sabe por qué está allí la policía?

—Bueno, no sé mucho, porque no dejan que la gente entre... —La mujer abrió la verja y subió los escalones hasta la terraza para hablarle en voz

más baja, como si estuvieran conspirando—. Dicen que han encontrado a un hombre muerto.

—¿Y se sabe quién es?

—No, todavía no.

Un recuerdo le asaltó, haciendo que su estómago se encogiera. Jim Barret, uno de sus compañeros de cartas en el centro de ancianos al que acudía, llevaba desaparecido desde la tarde anterior. Al viejo Jim se le iba cada día más la cabeza. En los últimos meses había empeorado mucho y se le veía cada vez más desorientado. Era posible que se hubiera perdido y le hubiera acabado pasando algo malo.

—¿Se sabe al menos qué ha pasado? ¿Ha sido un accidente, un suicidio...?

—No, nada de eso. —La señora Wilson tomó una silla, la acercó y se inclinó hacia él para hablar en voz aún más baja—. Dicen que ha sido un asesinato, una auténtica carnicería.

—¿Un asesinato? ¿En Rockport? Si en este pueblo nunca pasa nada... —se asombró él.

—Eso he oído. Me han contado que una chica que estaba corriendo por la playa encontró el cuerpo y que el espectáculo debía ser tan espantoso que han tenido que llevársela al hospital porque la pobre tenía un ataque de nervios.

A pesar de las cosas tan horribles que estaba contando, la señora Wilson resplandecía, feliz por poder transmitirle algo que poca gente sabía en el pueblo a aquellas horas.

—Dicen que el cuerpo estaba desnudo y que el asesino se había

ensañado con él. —La mujer unió las manos y elevó la mirada al cielo, fingiéndose escandalizada—. ¡Dios mío! ¿Y si ha sido un crimen sexual? ¿Y si tenemos un asesino en serie suelto en el pueblo?

—No se ponga nerviosa, señora Wilson —la consoló él—. Dejemos trabajar a la policía.

—¡Cómo que nos van a informar de algo! Seguro que no nos cuentan nada para que no nos asustemos —protestó ella.

—Por suerte la tenemos a usted para informarnos —dijo él, irónico.

—Puede estar seguro de que le contaré todo lo que descubra.

La mujer se levantó y recogió su bolsa de verduras. John comprendió que no podía retenerla más. Iba a estar muy ocupada durante toda la mañana contándole a la gente lo que había descubierto antes de que se enteraran por otros medios.

—Esta tarde volveré con la tarta de manzana y, si me he enterado de algo más, se lo contaré.

—Muchas gracias, señora Wilson. Que tenga un buen día.

Ella le sonrió y bajó los escalones a paso rápido. En la acera de enfrente se había juntado un corro de mujeres al que se encaminó con paso decidido para compartir más información. John no pudo reprimir una sonrisa. Era una pena que aquella mujer se hubiera dedicado a ser ama de casa. El mundo del periodismo se había perdido a una gran profesional.

Volvió a mirar hacia la playa, donde seguía habiendo movimiento. Seguía preocupado por su amigo Jim, aunque no era probable que fuera el suyo el cuerpo que habían encontrado. ¿Quién iba a asesinar a un pobre viejo y a ensañarse con él? Jim solo era un anciano más. Era un poco gruñón y

cascarrabias, pero no se metía nunca con nadie. La víctima tenía que ser otra persona... Entonces, ¿por qué no conseguía sacarse aquel miedo de dentro?

Se levantó con esfuerzo y entró en casa. Tenía que vestirse y ponerse unos zapatos. La playa no estaba tan lejos. Lo mejor sería que se acercara hasta allí y tratara de informarse por sí mismo.

Le llevó más de media hora prepararse para salir de casa. Era increíble lo que se podía tardar en hacer algo tan común y rutinario como atarse los cordones de los zapatos cuando agacharse y levantarse se habían convertido en una actividad de máximo riesgo. Todo el mundo le decía que le sería mucho más fácil arreglarse si empezaba a llevar chándal y esas ridículas zapatillas que se ataban con velcro, pero él, a pesar de sus más de noventa años, seguía resistiéndose a vestir como un viejo. Siempre había sido un hombre elegante y se había vestido como un caballero. La vejez no le iba a quitar también aquello.

Antes de salir de casa, recogió el bastón de ébano que guardaba tras la puerta. No lo necesitaba para trayectos cortos y se resistía a usarlo, pero tenía la impresión de que esa mañana iba a hacerle falta. Tenía que llegar hasta la playa y después iría paseando hasta la residencia de ancianos. No estaba muy lejos, pero aquel día las rodillas le molestaban muchísimo. Sabía que se debía al reuma y que su enfermedad no mejoraría mientras siguiera empeñado en vivir justo a la orilla del mar, pero había vivido toda la vida en Rockport y allí pensaba morir.

Cuando salió de casa y empezó a caminar, las rodillas protestaron aún más. Quizá no fuera tan buena idea ir a comer a la residencia. Podía hablar con la policía, regresar a casa y cocinar algo. Negó con la cabeza, decidido a seguir con el plan original. Por cinco dólares podía pagar un menú en aquel

sitio. La gente decía que la comida era malísima, pero era barata y no tendría que cocinarla él. Se le daban fatal las tareas del hogar. Cuando su Lucy vivía, siempre se había encargado de que no faltara un excelente guiso en la mesa. Hacía más de catorce años que la había perdido y él seguía sin saber cocinar nada más complicado que unos huevos revueltos.

Según fue acercándose a la zona acordonada de la playa, se dio cuenta de que más y más gente había ido aproximándose al cordón policial. Había varias docenas de personas tras la cinta amarilla, aplastándose unas contra otras y tratando de estirar el cuello todo lo posible para conseguir ver algo. Incluso distinguió a un reportero del Gloucester Times, que gritaba preguntas desde el cordón a cualquier policía que tuviera la mala idea de acercarse.

John se separó de la multitud. No tenía ninguna gana de ser aplastado y zarandeado por aquel grupo de cotillas. Caminó lentamente hacia el coche de Ethan Morris, el jefe de policía de Rockport, que estaba aparcado a unos pasos de la playa, y se apoyó contra la puerta del conductor, decidido a esperar el tiempo que hiciera falta.

Media hora después vio cómo el grupo de curiosos se alborotaba aún más. El jefe Morris se acercaba a la cinta que acordonaba la zona. La gente empezó a preguntarle a gritos, pero él pasó entre ellos con el semblante serio y la cabeza alta, como si ni siquiera les viera, y cruzó la carretera a grandes zancadas para acercarse a su coche. Cuando vio a John apoyado en la puerta, torció el gesto, pero no redujo el paso.

—Señor Campbell, ¿me permite, por favor? Tengo que hablar por radio con la central.

—Lo haría, Ethan, pero ya sabes que soy muy viejo y tardo mucho en moverme. Quizá si me contestaras a un par de preguntas, podría apartarme algo más rápido...

—¿Usted también, señor Campbell? Llevo toda la mañana peleándome con cotillas. Pensaba que usted era diferente.

—Y lo soy. —John le lanzó una sonrisa amistosa—. Las preguntas que yo quiero hacerte no están motivadas por el afán de cotilleo y son totalmente lícitas.

—Sabe que no puedo contarle nada...

—Bueno, yo tampoco podía aprobarle aquel examen final de historia, pero comprendí que era la única asignatura que te faltaba para graduarte y decidí regalarte dos puntos. —John le guiñó un ojo, burlón—. Dos puntos, dos preguntas. Es lo justo.

—Eso pasó hace más de treinta años, señor Campbell —protestó él.

—Eso pasó cuando lo necesitabas. Yo te ayudé y me debes un favor.

—Está bien: dos preguntas. Pero me reservo el derecho a no contestar si eso puede poner en peligro la investigación.

—Gracias. Primera pregunta: ¿El muerto es Jim Barret?

—¿Era eso lo que le preocupaba? Puede estar tranquilo. No es el viejo Jim. Es un chico muy joven y creemos que ni siquiera es del pueblo.

—¿Y qué pasa con Jim? ¿Ha aparecido?

—Todavía no. —Ethan se quitó su sombrero y se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su camisa—. Maldición, casi lo había olvidado. Íbamos a organizar unas patrullas ciudadanas para buscarle, pero con todo esto...

—Comprendo que esto es urgente, pero Jim lleva desde ayer desaparecido. Tiene alzhéimer y puede estar desorientado o incluso herido...

—Lo entiendo. Deme media hora para que organice un poco la investigación aquí y mandaré a uno de los chicos a montar las patrullas de búsqueda —Ethan resopló, agobiado—. No se preocupe. Le encontraremos.

John asintió y le dedicó una sonrisa comprensiva. La verdad era que le daba pena la situación por la que Ethan estaba pasando. Se suponía que Rockport era un pueblo tranquilo. Nunca pasaba nada más grave que alguna pelea de bar o algún conductor borracho que rebasaba el límite de velocidad. Era muy mala suerte que, después de más de veinte años de trabajo monótono y aburrido, se fueran a unir una desaparición y una muerte en el mismo día.

—De acuerdo. Segunda pregunta: ¿Qué le ha pasado a ese chico? —dijo, señalando con un gesto de la cabeza hacia la playa—. ¿Ha sido un accidente? ¿Un suicidio? ¿Un asesinato?

—Sabe que no puedo contestarle a eso, señor Campbell. Es confidencial.

—Y tú sabes que puedo mantener un secreto. Llevo treinta años sin contarle al pueblo que su jefe de policía no debería haberse graduado —contestó John, burlón.

—Es usted una mala persona. —Ethan negó con la cabeza, pero en su cara se había dibujado una sonrisa—. Está bien... Es un asesinato. No hay ninguna duda de ello. No se imagina cómo se han ensañado con ese pobre chico. Está destrozado...

—¿No puede haber sido algún animal salvaje?

—¿Un animal salvaje? ¿En Rockport? —Volvió a negar con un gesto de la cabeza—. Lo más salvaje que tenemos son las gaviotas.

—¿Pero tan mal está? —preguntó John.

—Creo que ya son demasiadas preguntas y que podemos considerar que he saldado mi deuda —contestó Ethan—. No se preocupe. Resolveremos esto y encontraremos a Jim. Y ahora, si me permite, tengo que llamar a la central.

John asintió y se retiró de la puerta. Ethan le saludó, llevándose dos dedos al ala del sombrero, y entró en su coche. John continuó andando a paso lento, camino al centro de ancianos. Era extraño, pero aquella conversación no había conseguido tranquilizarle. Seguía sintiendo una opresión en el estómago. Algo le indicaba que no iban a encontrar a Jim con vida y la idea de que hubiera un asesino sanguinario por las cercanías no hacía otra cosa que acrecentar aquellos temores.

CAPÍTULO DOS

El Highcliff Caring and Social Center era un bonito edificio de color blanco rodeado de jardines y situado junto a uno de los acantilados más altos del pueblo. El lugar había empezado siendo la típica residencia de ancianos, uno de esos lugares en los que la sociedad condenaba a sus mayores a cadena perpetua sin que hubieran cometido delito alguno. Poco a poco, el centro empezó a ofrecer más servicios. Había gente que lo utilizaba como centro de día, otros solo usaban el restaurante, donde podías conseguir comida y cena por un módico precio, y otros muchos visitaban su bar para tomarse un café o un té, ver un rato la tele, hablar o jugar una partida de cartas.

John traspasó la verja de entrada y caminó renqueante por el sendero de piedras blancas que atravesaba los jardines. Distinguió a Peter, el mejor amigo de Jim, en la puerta de entrada. En cuanto el otro hombre le vio, se encaminó hacia él. No había sonrisa de bienvenida en su rostro y sus ojos solo reflejaban preocupación.

—Hola, John. ¿Te has enterado de lo de la playa? —Peter esperó a que John asintiera para seguir hablando—. ¿No será...?

—No, no es Jim. El muerto es un chico joven y parece que no es del pueblo. —Apoyó su mano en el hombro de Peter y le dio un par de palmadas reconfortantes—. Puedes estar tranquilo. Acabo de estar hablando con el jefe de policía Morris y me ha dicho que van a organizar unas patrullas ciudadanas para salir a buscarlo.

—Pero ya lleva más de un día ahí fuera... Estará perdido y desorientado... Quizá esté enfermo o herido...

—Lo encontrarán. Ya lo verás. —John trató de imprimir a sus palabras toda la confianza posible.

—Eso espero —contestó Peter, negando con la cabeza.

—¿Has comido ya? —preguntó John para cambiar de tema.

—No, no me apetecía comer solo. Además, me han dicho que hay un puré verde y unas bolas de carne que no parecen de ningún animal conocido. —Por primera vez desde que se habían encontrado, una tímida sonrisa asomó al rostro de Peter—. ¿Me acompañas y nos envenenamos juntos?

—Por supuesto, pero primero tengo que hacer una cosa. ¿Podrías ir buscando mesa?

Peter asintió y regresó al centro. Cuando le vio desaparecer dentro del edificio, John se puso de nuevo a caminar por la senda de piedras blancas. Nada más dar la vuelta a la esquina, se detuvo a contemplar el paisaje. El jardín trasero llegaba justo hasta el borde del acantilado. Las olas chocaban con fuerza contra las rocas, levantando cortinas de espuma que adquirían todas las tonalidades del arcoíris con aquel brillante sol de mayo. Las gaviotas parecían danzar en lo alto y sus gritos se superponían al grave murmullo del mar. John se detuvo y disfrutó de aquel aroma a sal, del calor del sol en su piel... Durante un momento incluso olvidó lo viejo que era y lo mucho que le dolían el cuerpo y los años. Su hijo Bobby quería que abandonara todo aquello para irse a Boston a vivir a una residencia en la que podrían visitarle todos los fines de semana... Ni loco. No iba a cambiar aquel lugar y toda su vida solo para que su hijo dejara de sentirse culpable.

Se puso de nuevo en marcha hacia la figura solitaria situada de espaldas a él a pocos pasos del acantilado. Siempre que el tiempo lo permitía, Annabelle pasaba sus días en el jardín, mirando al mar. Las enfermeras la

aparcaban allí, en su silla de ruedas, y solo se acordaban de ella para medicarla o darle de comer. Decían que aquel ambiente le sentaba bien y que se sentía mucho más tranquila que encerrada en el centro. John tenía que admitir que tenían algo de razón. Cuando estaba mirando al mar, siempre tenía un brillo en los ojos y una sonrisa en los labios, como si de verdad estuviera disfrutando del paisaje.

Antes de acercarse a ella, arrancó una rosa blanca del jardín y le quitó las espinas con cuidado. Después caminó hasta colocarse frente a la mujer y se la tendió.

—Una flor para otra flor —le dijo, tal y como hacía todos los días.

Ahí estaba: esa sonrisa un poco más amplia, ese brillo de reconocimiento en sus ojos que duraba solo un instante... Era tan breve que, en ocasiones, dudaba si se lo estaba imaginando, pero no perdía la esperanza de que algún día durase algo más, de que le reconociera y le dijera algo, de poder rescatarla de aquel mundo de tinieblas en el que su razón se había perdido y traerla al mundo real, aunque solo fuera por unos instantes.

Se sentó en un banco a su lado y se quedó contemplándola, intentando descubrir bajo su pelo blanco y el mapa de arrugas de su cara y sus manos a la chica que fue. Annabelle y él compartían el dudoso honor de ser los dos habitantes más viejos de todo Rockport. Se conocían desde críos, desde que habían empezado el colegio. Fueron juntos a la escuela y, cuando llegaron al instituto y ella pasó de ser una niña con trenzas y pecas a una increíble pelirroja por la que todos suspiraban, él también se enamoró de ella. El problema fue que nunca hizo nada y Rock, su mejor amigo, acabó pidiéndole para salir antes de que él se atreviera a dar el paso. Poco tiempo después, se casaron y fueron felices durante casi sesenta años, hasta que él murió. John decidió olvidarla, conoció a Lucy, se casó con ella y también fue muy feliz,

pero aún se descubría a veces preguntándose qué habría pasado si hubiera sido valiente o si hubiera tratado de luchar por ella o si hubiera dicho algo aquel 4 de julio en Mannig Park...

Siguió contemplándola unos minutos, sumido en sus recuerdos, mientras ella daba vueltas a la rosa entre sus dedos con la mirada perdida en la línea del horizonte. Siempre le costaba marcharse. Cada vez que iba a levantarse, le asaltaba la duda de que ella podría recuperarse en el siguiente minuto, que quizá se giraría para decirle algo justo cuando él acabara de doblar la esquina, que quizá de repente se haría consciente de su presencia y él ya no estaría... Sabía que era una esperanza vana. Había llegado a pasar horas sentado a su lado sin que ella reaccionase.

Se levantó del banco con esfuerzo, acarició con un leve roce el dorso de su mano y, tras musitar un “que pases un buen día, Annabelle”, regresó sobre sus pasos. Peter le estaría esperando con aquel puré verde del que le había hablado y estaba seguro de que, si se enfriaba, sería aún peor.

CAPÍTULO TRES

Aquella mañana de junio John mataba el tiempo sentado en su terraza, mirando hacia la playa mientras dejaba vagar sus pensamientos. Ya había pasado un mes desde la desaparición de Jim. Las patrullas de voluntarios estuvieron buscándole durante un par de semanas y, según contaban, no dejaron un acantilado, gruta o playa sin investigar. Según pasaban los días, las esperanzas se fueron esfumando. Nadie quería decirlo en el pueblo, pero ya no creían que fueran a hallarlo con vida. Todos pensaban que, durante el verano, algún senderista encontraría su cadáver putrefacto enganchado en alguna roca o perdido en algún bosque cercano. O quizá el mar se había llevado su cuerpo y ya no lo devolvería nunca.

La verdad era que, aunque Jim había sido muy querido en el pueblo, en aquellos días todos habían estado más pendientes del asesinato del chico de la playa que de la desaparición del anciano. La gente, azuzada por las noticias de la prensa que hablaban de un posible asesino en serie suelto por la zona, se había vuelto paranoica. Era difícil encontrar a alguien caminando solo por la calle y, en cuanto el sol se ocultaba tras el horizonte, Rockport se convertía en un pueblo fantasma.

Sin embargo, poco a poco, las cosas habían ido volviendo a la normalidad. A la gente no le gustaba vivir asustada y olvidaba pronto todo lo que distorsionaba su rutina o hacía su vida más difícil. Las noticias empezaron a espaciarse y a suavizar su tono. Ya no se hablaba de un psicópata asentado en Rockport, sino de un posible asesino itinerante que ya debía de estar en otro estado, cometiendo sus fechorías muy lejos del pueblo.

Poco a poco, todos olvidaron al chico muerto de la playa. En aquel momento, había mujeres tomando el sol y niños haciendo castillos de arena en el mismo lugar en el que, apenas un mes antes, había yacido el cuerpo sin vida de un joven desconocido.

John pensó que la gente olvidaba demasiado rápido. Habían olvidado el asesinato, se habían olvidado de Jim... Aquellos pensamientos le trajeron a la cabeza otros mucho más perturbadores. ¿Cuánto tiempo tardarían en olvidarle cuando él hubiera muerto? ¿Unos días, unos meses, quizá un par de años? Siempre había pensado que uno no se muere del todo mientras quede alguien que le recuerde. Aquello no le daba muchas esperanzas. ¿Quién iba a recordarle? ¿Su hijo y sus nietos, que casi no se acordaban de él aunque todavía estuviera vivo?

Pensar aquellas cosas estaba amargándole aún más el carácter. Hacía un día precioso que parecía darle la bienvenida al verano. El sol brillaba con fuerza en un cielo azul y despejado e iluminaba todo Rockport, haciendo que brillara como si estuviera recién pintado. No se podía desperdiciar un día como aquel quedándose en la terraza acunando grises pensamientos.

Entró en casa, se vistió y, después de recoger su bastón, salió dando un paseo hacia el Highcliff. Podría entretenerse hablando un rato o viendo la tele en el bar, después comería algo y, con un poco de suerte, encontraría algunos compañeros para echar una partida de cartas con el café.

Todavía le quedaban unas yardas para llegar cuando se dio cuenta de que algo raro pasaba. El coche del jefe Morris había traspasado las verjas del centro y estaba aparcado justo al lado de la entrada. Una multitud de curiosos había entrado en los jardines y se había mezclado con los ancianos. Distinguió a la señora Wilson interrogando a algunos de los residentes, lo que acabó de convencerle de que había sucedido algo malo. Su presencia delataba

las desgracias como un círculo de buitres girando en el cielo delataba a un moribundo.

Tras pasó la verja y empezó a caminar por el jardín, buscando a alguien conocido. Distinguió a Peter a unos pasos, sentado en un banco junto a un par de amigos. Se acercó con paso tranquilo y les saludó con un gesto de la cabeza.

—Hola, Peter. ¿Ha pasado algo?

—Por supuesto que ha pasado. —El hombre le miró, angustiado—. Otra desgracia...

John esperó unos segundos a que Peter continuara hablando, pero este no dijo una palabra más. Se limitó a inclinarse hacia delante y esconder el rostro entre las manos mientras movía la cabeza de lado a lado.

—Peter, me estás asustando. ¿Me puedes contar qué demonios es lo que ha pasado?

—Leo ha desaparecido —contestó por fin—. Anoche se fue a su habitación y esta mañana ya no estaba.

—¿Leo? ¿Qué Leo?

—Leonardo Mancini. Ya sabes, el italiano.

John asintió y se quedó unos segundos en silencio. Recordaba a Leo. Habían jugado juntos a las cartas y compartido mesa varias veces en los últimos años. Era un hombre bajito y calvo, con una perpetua sonrisa en la cara. Había emigrado desde su Italia natal después de la Segunda Guerra Mundial y, a pesar del tiempo transcurrido, seguía conservando un acento que delataba su origen. Era un tipo muy alegre y simpático y un gran conversador, siempre que toleraras sus pullas acerca de la superioridad del

fútbol europeo sobre el americano, al que él no consideraba siquiera un deporte, sino el equivalente a una pelea de granujas sin reglas ni honor.

—¿Han buscado bien por la residencia?

—¿Tú qué crees? —Peter chasqueó la lengua, enfadado—. Han llamado a la policía, John. ¿Crees que lo habrían hecho sin asegurarse primero de que no está?

—Bueno, quizá se haya despertado pronto y haya decidido salir a dar un paseo sin acordarse de avisar a alguien —dijo John, tratando de tranquilizar a su amigo.

—Sabes que no es eso... Aquí nos despiertan a las siete de la mañana. Nadie sale a dar un paseo antes de esa hora, sobre todo porque las verjas exteriores están cerradas hasta las nueve. ¿Cómo habría podido salir? ¿Saltando? Tiene más de ochenta años. —Peter suspiró y repitió sus gestos de negación—. Y, aunque se hubiera marchado por propia voluntad, puede haberle pasado cualquier cosa. Ya sabes cómo estaba últimamente...

John asintió, sin saber que más decir para calmarle. En los últimos meses la mente de Leo se había deteriorado mucho. Aunque su cuerpo envejecido continuara en la residencia, su mente le hacía creer que había regresado a su Verona natal. Perseguía a las enfermeras, confundiéndolas con su madre y sus hermanas mayores, y solo hablaba en italiano. Peter tenía razón: para una persona tan confusa y desorientada el mundo fuera de los muros del Highcliff era un sitio peligroso.

—Esperemos que la policía le encuentre pronto. No puede haber ido muy lejos.

—No creo que le encuentren nunca —dijo Peter con el ceño fruncido—. Es lo mismo que le sucedió a Jim. No volverá a aparecer.

—No digas eso. No sabemos lo que le pasó a Jim y no podemos estar seguros de que a Leo le vaya a pasar lo mismo. —John mantuvo su tono tranquilo, aunque la negatividad de Peter estaba empezando a afectarle—. Lo más seguro es que esté dando vueltas por el pueblo y que aparezca en un par de horas.

—Piensa lo que quieras... Yo sé que no va a aparecer y que en Rockport están pasando cosas raras. Lo noto en las tripas...

John decidió rendirse. Nada de lo que pudiera decirle le haría cambiar su forma de pensar. Conocía a Peter y era un viejo testarudo. Si se le había metido en la cabeza que Leo ya estaba muerto, no habría nada que le hiciera cambiar de opinión. Sin decir nada más, se alejó del banco y volvió a caminar por el jardín, rodeando el edificio para llegar a la zona del acantilado. Annabelle estaba allí, como todos los días, mirando el horizonte con la mirada perdida y una leve sonrisa adornando su rostro. Arrancó una rosa blanca, le quitó las espinas y se la tendió.

—Una flor para otra flor.

Volvió a notar que su sonrisa se ampliaba, que, durante un breve chispazo de tiempo, le reconocía, que ella volvía a estar allí. Le dio la impresión de que ese instante duraba un poco más aquel día, pero enseguida volvió a convertirse en una ajada muñeca de porcelana sin conciencia ni voluntad. Decidió quedarse con ella hasta la hora de la comida, así que se sentó a su lado en un banco para mirar el mar. Él también tenía un mal presentimiento sobre la desaparición de Leo y estar al lado de Annabelle, los dos juntos en silencio, hacía que se sintiera un poco más en calma.

Ya estaba anocheciendo cuando John regresó a casa. Después de comer,

había acudido a la puerta del ayuntamiento para unirse a las patrullas ciudadanas que iban a salir a buscar a Leo. A pesar de que el jefe Morris había intentado convencerle de que sería mejor que regresara a casa a esperar noticias, él había insistido hasta que le permitieron quedarse. Sabía lo que estaban pensando todos: que con su edad solo sería un estorbo y que retrasaría al resto del grupo. De todos modos, como era consciente de sus limitaciones, había dejado que los hombres más jóvenes se encargaran de la zona de la costa, llena de acantilados y grutas peligrosas, y se había limitado a acompañar a un grupo de mujeres que iban a recorrer el pueblo por si Leo estaba dando vueltas desorientado o se había quedado dormido en algún parque, escondido tras algún arbusto.

Para su desgracia una de las integrantes del grupo había resultado ser la señora Wilson, su vecina. La mujer se había colgado de su brazo y se había pasado la tarde poniéndole al día de todos los cotilleos de Rockport. Aquello le había provocado un horrible dolor de cabeza. Además, se encontraba agotado por haber pasado horas y horas andando, así que, en cuanto entró en casa, se preparó un vaso de leche caliente con unas galletas, se tomó un par de analgésicos y se dispuso a meterse en la cama. En cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó profundamente dormido.

Se despertó varias horas después, sintiéndose confundido y desorientado. Siempre dormía con las persianas abiertas y no entraba nada de luz por la ventana, por lo que todavía debía de ser noche cerrada. Miró las manecillas fluorescentes del despertador de su mesilla y comprobó con asombro que solo eran las cuatro de la mañana. Haciendo memoria, calculó que debía de haberse dormido sobre las ocho y media o las nueve de la noche. Llevaba durmiendo unas siete horas y su cuerpo acababa de decidir que ya había descansado bastante, así que le tocaba enfrentarse a varias horas en vela hasta que amaneciera.

Se levantó de la cama y se puso las zapatillas y una bata de franela. Aunque ya estaban en junio, las noches seguían siendo frescas. Se encaminó hacia la cocina arrastrando los pies. Lo mejor que podía hacer era prepararse otro vaso de leche caliente y tumbarse en el sofá a ver alguna cadena de infocomerciales. Normalmente aquellas cantinelas repetitivas con las que pretendían endosarte cualquier producto estúpido le provocaban un sueño mortal.

Al entrar en la cocina, un movimiento al otro lado de la ventana llamó su atención. Había algo en la playa, una luz plateada que parecía iluminar la noche. Era tan brillante como si un trozo de luna se hubiera desprendido y hubiera ido a caer a pocas yardas de su casa. Se acercó a la ventana para verlo mejor. Seguramente sería alguien con una linterna. Quizá algún grupo de chavales bebiendo en la playa o haciendo una fogata, aunque no era muy normal que estuvieran de fiesta un jueves por la noche.

Aunque estuvo contemplando aquella luz un par de minutos, no pudo descubrir su origen. Era demasiado blanquecina para ser una fogata y, cuanto más tiempo pasaba, más parecía aumentar su intensidad, por lo que tampoco podía ser una linterna. ¿Qué demonios era aquello? No podía explicar por qué, pero una extraña sensación de inquietud se había instalado en su pecho y sabía que no podría quedarse tranquilo hasta que fuera a investigar.

Abrió un cajón de la cocina hasta encontrar una pequeña linterna. No era muy potente y solía utilizarla para encontrar la caja de fusibles cada vez que fallaba la corriente en aquella casa vieja, pero le serviría para caminar por la playa hasta aquella luz sin tropezar con alguna piedra o torcerse un tobillo en algún agujero. Antes de salir de casa, recogió las llaves y el bastón. El trayecto era corto y no iba a necesitarlo para andar, pero sentir en su mano la empuñadura de acero le hizo sentirse algo más seguro.

En cuanto salió de casa, una fuerte ráfaga de viento le golpeó y estuvo a punto de derribarle. A pesar de que el día había sido luminoso y cálido, parecía que la noche amenazaba tormenta. Miró hacia el sur y vio unas nubes negras y espesas que se aproximaban al pueblo. Aquello le convenció aún más de que aquella luz no era normal. Nadie en su sano juicio estaría en la playa en una noche como aquella. Nadie salvo él, por supuesto.

La luz continuaba inmóvil en el mismo lugar, aunque había aumentado su intensidad. Iluminaba varias yardas a su alrededor con un resplandor blanco y brillante. Según se iba acercando, parecía más y más fuerte, hasta el punto de hacerle daño. Apagó la linterna y se la guardó en el bolsillo de la bata. Aquel brillo le estaba cegando y la leve iluminación que él llevaba no le servía de nada. Se cubrió los ojos con la mano que tenía libre y siguió avanzando casi a ciegas.

Ahora que estaba más cerca, podía asegurar que aquello no era un fuego, ni una linterna, ni las luces de ningún vehículo... Era una luz alargada, una especie de columna luminosa que llegaba hasta el suelo. Tenía la altura de una persona. De hecho, parecía una persona, pero las personas no brillaban...

Aún le quedaban unas cien yardas para llegar hasta el lugar cuando la luz empezó a perder intensidad. Se desvaneció en cuestión de segundos, dejándole solo en la oscura playa. John siguió andando, tan rápido como pudo. No podía haber desaparecido sin más. Era posible que se tratara de algún aparato eléctrico al que se le hubiera acabado la batería, pero tenía que seguir allí.

Volvió a sacar la linterna y, mientras continuaba andando, enfocó hacia el lugar en el que la luz había desaparecido. Sonrió al darse cuenta de que no se había equivocado. Había algo en el suelo, una sombra negra que no pudo

reconocer y que debía de ser el aparato que había proyectado aquel resplandor.

Cuando solo le quedaban unos pasos para llegar, se detuvo y se quedó mirando a aquel bulto con la boca abierta mientras lo barría de arriba abajo con el haz de su linterna. Lo que yacía sobre la arena de la playa no era ningún aparato eléctrico. Reanudó su marcha a pasos cortos y lentos, sabiendo que tenía que acercarse y asegurarse, aunque su mente estuviera aullando, ordenándole que se diera la vuelta y regresara a casa para ponerse a salvo.

Se detuvo al lado del bulto y lo iluminó. Era una persona, un joven de menos de veinte años con el pelo moreno y ensortijado. Su cara estaba desfigurada por una mueca de terror. Tenía los ojos tan abiertos como si se le fueran a salir y su boca estaba desencajada en un grito mudo y eterno. Pero aquello no era lo peor... Su pecho y su abdomen estaban abiertos de arriba abajo, como si hubiera explotado desde dentro. Sobreponiéndose al miedo y al asco, alumbró aquella cavidad, esperando encontrar sus órganos al descubierto. No había nada, solo un vacío inmenso. Sin poder aguantar un segundo más, John se giró y corrió hacia casa. No quería permanecer allí más tiempo. No sabía qué había sido aquella luz, pero estaba seguro de que era la que había acabado con aquel chico. Y podía seguir rondando por allí, acechando...

CAPÍTULO CUATRO

John estaba esperando al lado de la puerta de su casa, tal y como le había ordenado Ethan. Seguía con la mirada clavada en la playa, en el lugar en el que descansaba el cadáver del chico. Desde aquella distancia no podía distinguir nada en aquella noche sin luna, pero estar mirando hacia allí, como si vigilara para que no le sucediera nada al cuerpo, le hacía sentirse menos culpable por haberlo abandonado. Sabía que todos aquellos pensamientos eran ridículos, que aquel chico ya estaba muerto y que su cuerpo no podía ser profanado más de lo que ya lo había sido, pero su mente se empeñaba en repetirle que debería acudir a su lado y acompañarle mientras llegaba la policía. No se movió ni un paso. Seguía estando muerto de miedo, paralizado ante la posibilidad de que quien hubiera hecho aquello siguiera por la zona, y, además, sabía que aquellos ridículos pensamientos de culpa solo se debían al estrés del momento.

Por suerte, la policía no tardó mucho en llegar. Las luces azules de dos coches oficiales aparecieron por la esquina de la calle y se dirigieron hacia su casa. Ethan aparcó, apagó las luces y salió. Del interior del otro coche salieron dos oficiales. John pensó que parecían demasiado jóvenes. Ni siquiera podría asegurar que ya se afeitaran. Debían de ficharlos según acababan la escuela primaria.

Ethan abrió la verja y se acercó a él, mientras los dos chicos esperaban en la entrada. Se tocó el ala del sombrero con dos dedos a modo de saludo y le miró con gesto serio, como si le evaluara. John se sintió incómodo. Le dio la impresión de que el hombre no acababa de creerse que

su llamada se debiera a un asesinato real y no a una pesadilla o a la alucinación de un viejo chocho.

—Buenas noches, señor Campbell. ¿Podría indicarnos dónde se encuentra el cuerpo que dice haber encontrado?

—Está en la playa —contestó John, señalando de forma imprecisa—. No se preocupen. Yo les acompañaré.

Los dos ayudantes se miraron entre ellos y fruncieron el ceño. John adivinó por sus expresiones que no les apetecía seguir a un viejo achacoso que tardaría diez minutos para recorrer un trayecto que a ellos no les llevaría más de dos o tres. Ignoró su gesto, encendió la linterna y empezó a caminar por la playa sin confirmar siquiera si los otros le seguían.

Los hombres a su espalda encendieron unas linternas mucho más potentes que la suya, así que la apagó y la guardó en el bolsillo de la bata. Notó que Ethan apresuraba el paso hasta colocarse a su lado para alumbrar el camino. El hombre le agarró por el codo para permitir que se apoyara en él. Aquello le puso de mal humor. Los hombres no se agarraban y menos sin pedir permiso. No sabía por qué, cuando uno se hacía mayor, la gente se tomaba aquellas confianzas. Gruñó entre dientes y siguió caminando, tratando de orientarse.

—¿Está seguro de que es por aquí? —preguntó Ethan.

—Sí, un poco más adelante, a unas cien yardas. Enseguida lo verás.

—¿Me puede volver a contar qué es lo que se supone que vamos a encontrar?

—El cuerpo de un chico muerto.

—¿Está seguro de que está muerto? ¿No estará borracho o dormido?

—Estoy totalmente seguro —contestó John, cortante—. La gente borracha o dormida no suele tener un agujero que va desde su cuello hasta su abdomen ni haber perdido todos sus órganos internos.

—Disculpe, señor Campbell. Solo quería asegurarme. Sigamos.

John se dio cuenta de que el semblante de Ethan se había demudado, pero le extrañó su actitud y su falta de preguntas. No se había sorprendido ante la descripción de un ataque tan brutal. Parecía que no era la primera vez que iba a recoger un cadáver en ese mismo estado en aquella misma playa.

—El chico que encontrasteis muerto el mes pasado estaba igual, ¿verdad? —preguntó John en un susurro.

—No puedo contarle nada...

—No hace falta que me cuentes nada. Lo comprendo. Tan solo desmiéntemelo si no estoy en lo correcto.

El policía siguió caminando en silencio. De repente, se detuvo y barrió la playa con el haz de su linterna. Pocas yardas más adelante se distinguía un bulto oscuro tumbado sobre la arena de la playa. John sintió que Ethan apretaba su brazo y tiraba de él para hacer que se detuviera.

—No es necesario que usted continúe, señor Campbell. Regrese a casa y espérenos allí. Tendremos que interrogarle.

—No puedes hacer que regrese solo a casa. El asesino puede estar rondando por esta playa —contestó John—. Me quedaré con vosotros hasta que uno de tus hombres pueda acompañarme.

John escuchó a los dos hombres que les seguían deteniéndose en seco. Barrieron toda la playa con la respiración en suspenso, como si temieran que el asesino pudiera estar agazapado, preparado para saltar sobre ellos en

cualquier momento. Ethan negó con la cabeza, murmuró una maldición entre dientes y volvió a tirar de él para continuar andando hacia el cuerpo. Cuando llegaron a su lado y lo enfocaron con las linternas, todos contuvieron la respiración mientras contemplaban aquella cáscara vacía que había pertenecido a un ser humano.

—¿Alguno de vosotros reconoce al chaval? —preguntó al cabo de unos segundos el jefe, rompiendo el silencio.

—No, no me suena de nada —contestó uno de sus ayudantes.

El otro no fue capaz de responder. Se alejó a la carrera tanto como pudo para vomitar sobre la arena de la playa sin contaminar demasiado la escena del crimen. Ethan suspiró hastiado y volvió a clavar su mirada en John.

—¿Usted le conoce? ¿Es algún chico del barrio?

—Juraría que no lo he visto en la vida —dijo John, subiendo el tono de voz para superar el sonido de las arcadas del ayudante, que debía estar vomitando todo lo que había comido desde Acción de Gracias.

—Está bien. Que nadie toque nada hasta que lleguen los de la científica. Murray, acompaña al señor Campbell hasta su casa y llama por radio a la central. Necesitamos más efectivos y hay que avisar al forense —dijo, dirigiéndose al chico que ya había terminado de vomitar—. Lloyd, tú y yo nos quedaremos aquí y empezaremos a acordonar la zona.

John se sintió molesto al ver lo rápido que Ethan quería librarse de él, pero lo comprendió. Realmente no iba a ser de ninguna utilidad en aquel lugar y, a pesar de estar acompañado, seguía sintiéndose nervioso. Sabía que el asesino debía de haberse marchado hacía tiempo, que ya no había peligro en la zona, pero, en su interior, seguía sintiendo un peso, una sensación de inquietud que le indicaba que había algo maligno en la atmósfera.

El joven se acercó a él, limpiándose la boca con la manga de la camisa. Estaba muy pálido y parecía mareado. John pensó que en realidad iba a ser él quien ayudase al muchacho a regresar sano y salvo hasta el coche patrulla. Tal y como estaba, no era muy descabellado pensar que podía desmayarse en cualquier momento. Iba a empezar a andar a su lado cuando algo en el cadáver llamó su atención. Se agachó un poco para contemplarlo más de cerca. Ethan se acercó a él y alumbró con la linterna.

—¿Ha visto algo importante?

John se mantuvo en silencio, tratando de ordenar sus pensamientos. La ropa del chico muerto era extraña. Casi no quedaba nada de la parte de arriba, que estaba tan desgarrada, hecha jirones y cubierta de sangre que resultaba irreconocible, pero el cuerpo conservaba los pantalones. Llevaba un chándal desgastado de color azul marino que le quedaba muy grande. Sus pies estaban cubiertos por unas zapatillas de felpa con estampado de cuadros y suela de goma. Era un atuendo extraño para un adolescente.

—¿Señor Campbell? ¿Pasa algo? —insistió Ethan.

—No, es solo su ropa. No me imagino a un adolescente vistiendo así.

—Es cierto. Quizá le secuestraron en su casa. —Ethan le dio un par de palmadas en la espalda—. Por favor, señor Campbell, tengo que insistir en que abandone la zona. Quédese en casa. Cuando termine con esto, pasaré por allí a interrogarle.

Aunque ya habían pasado un par de horas desde que había amanecido, Ethan seguía sin pasar por casa de John. Este dedicó aquel tiempo a ordenar un poco, ducharse y vestirse adecuadamente. Cuando lo tuvo todo preparado para la visita del jefe de policía, preparó una enorme jarra de café. Ya estaba

tomándose la segunda taza cuando vio que una figura salía del cordón policial y atravesaba la playa en su dirección. John entró en casa y sacó otra taza y el azucarero. Estaba seguro de a Ethan le vendría bien un café caliente.

Estaba terminando de colocarlo todo en la mesa de su terraza cuando el jefe de policía abrió la verja y, sin pedir siquiera permiso, subió los escalones y se dejó caer sobre una de las sillas, lanzando un largo suspiro de hastío.

—Parece que no has pasado una buena noche —comentó John, sarcástico.

—Y el día no tiene pinta de ir a mejorar...

—¿Una taza de café?

—Me encantaría. —Ethan se echó hacia delante en la silla, buscó en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó un paquete de tabaco aplastado —. ¿Le molesta que fume?

—No, en absoluto —contestó John mientras le servía el café y volvía a rellenar su taza hasta el borde —. ¿Habéis encontrado alguna prueba?

—Ya sabe que no puedo decirle nada. —Ethan negó con la cabeza mientras le dirigía una sonrisa cansada—. He venido hasta aquí para hacerle preguntas, no para contestar las suyas.

—Podríamos intercambiar información... No veo por qué debería contestar a tus preguntas si tú no quieres contestar a las mías.

—¿Quizá porque puedo detenerle por obstrucción a la justicia?

—¿A un anciano de noventa años? —preguntó John con una sonrisa maliciosa—. Mi memoria ya no es lo que era y me cuesta mucho recordar, pero, si me dieras ciertos detalles sobre el caso, eso podría ayudarme.

Ethan soltó una carcajada mientras continuaba negando con la cabeza.

John iba a devolverle una sonrisa cuando vio que la puerta de la casa de la señora Wilson se abría. Su vecina salió cargada con un cesto de ropa. Casualmente, su tendedero era limítrofe a la valla de la casa de John. Se preguntó si realmente la señora Wilson habría puesto la lavadora o si se había limitado a mojar a toda prisa unas cuantas prendas para poder salir a escucharles.

—Está empezando a hacer demasiado sol y tengo la piel muy sensible —dijo John, mientras miraba a su vecina y levantaba las cejas—. Creo que estaremos mejor en la cocina.

Ethan dejó de reírse y siguió la dirección de sus ojos. Asintió y, tras levantarse, empezó a recoger las tazas para llevarlas dentro. La señora Wilson, a pesar de estar cargada con el enorme cesto, apresuró sus pasos para acercarse a ellos antes de que desaparecieran dentro de casa.

—Buenos días —dijo con voz chillona para llamar su atención—. ¿Estaban desayunando? Ayer hice un pastel de manzana delicioso. Si quieren, puedo traerles un trozo a cada uno.

—No se moleste, señora Wilson —contestó John—. Solo vamos a tomar café. Vamos, Ethan.

La señora Wilson le lanzó tal mirada de odio que John pensó que seguramente le castigaría sin pasteles durante un par de meses. Aunque también era posible que se presentara con uno recién hecho en un par de horas para tratar de sonsacarle algo de información.

Entraron en la casa y John guió a Ethan hasta la cocina. Mientras el policía entraba y salía para recoger todas las cosas de la terraza, John se sentó en una silla, soltando un gemido de dolor, y se dedicó a frotarse las rodillas. Parecía que aquel día el reuma iba a atacar con fuerza y el hecho de haber

pasado media noche en vela solo empeoraba la situación. Cuando Ethan acabó de traerlo todo, se sentó frente a él y asintió, indicándole que estaba dispuesto a responder a sus preguntas.

—Usted dirá, señor Campbell.

—Estás en mi cocina tomándote esta porquería de café que hago. Puedes llamarme John —contestó él con una sonrisa amable—. ¿Alguien ha identificado al chico ya?

—No, al menos de momento, pero vamos a comparar su foto con las denuncias por desaparición de los últimos meses y esperamos encontrar algo.

—Hicisteis lo mismo con el cadáver anterior, ¿verdad? —John esperó a que Ethan asintiera—. ¿Funcionó? ¿Descubristeis quién era?

—No. El cadáver sigue sin identificar, pero todavía no nos hemos rendido —contestó con gesto de cansancio—. Ese chico tuvo que salir de algún sitio.

—¿Qué hipótesis tenéis?

—Pensábamos que el culpable podría ser algún asesino itinerante que quizá había secuestrado al chico en algún lugar lejano, quizá incluso en otro estado, que lo asesinó en nuestra playa y siguió adelante para no volver... Claro que el descubrimiento de esta noche desmiente esa hipótesis.

—¿El otro cuerpo estaba igual? Abierto, sin órganos internos...

—Sí... Y sin una sola gota de sangre en las venas. —Ethan levantó la cabeza, frunció el ceño y le señaló con el dedo—. Supongo que sabrás que no puedes contar ni una palabra de lo que te estoy diciendo...

—Por supuesto. No te preocupes. —John le miró directamente a los ojos, para demostrarle que podía fiarse de su palabra—. ¿Sabéis algo más?

¿Qué arma utilizó? ¿Cómo extrajo los órganos y la sangre? ¿Para qué?

—No sabemos nada. Hemos trasladado el cuerpo a la Oficina Forense de Boston y no saben qué decirnos... Todo esto es tan extraño... Y ahora tenemos otro caso igual y no sabemos si se repetirá. La gente se va a volver loca...

Ethan se echó hacia delante y ocultó la cara entre sus manos, abatido. John se mantuvo unos segundos en silencio, buscando argumentos para tranquilizarle, pero no encontró ninguno. Era cierto que la gente iba a volverse paranoica, que iban a empezar a hablar de asesinos en serie, a sospechar de sus vecinos... Decidió cambiar de tema para permitir que Ethan se tranquilizara.

—¿Se sabe algo de Leo?

—No. Otro problema más... Ayer organizamos patrullas de búsqueda por todo Rockport y sus alrededores. Hoy seguiremos buscándole, pero empiezo a temer que suceda lo mismo que con Jim Barret y que no podamos encontrarlo. —Ethan se recostó en el respaldo de la silla y se frotó las sienes con fuerza, como si tratara de despejarse—. ¿Por qué tienen que venir siempre los problemas juntos? Por si no fuera suficiente con una desaparición, algún chalado tiene que utilizar nuestra playa para cometer sus locuras...

—¿Has pensado que puede no ser una coincidencia? —preguntó John.

—No veo cómo podrían estar relacionados —dijo Ethan, negando con la cabeza—. ¿Estás sugiriendo que esos ancianos enloquecen, secuestran a un chico desconocido, lo asesinan de forma brutal en la playa con métodos que no podemos ni imaginar y después huyen de la justicia para no volver jamás?

—Por supuesto que no, pero me parece demasiada casualidad que, ya

en dos ocasiones, haya coincidido la desaparición de un habitante del pueblo con un asesinato. No sé cómo relacionar ambos hechos, pero creo que deberías planteártelo.

—Hay tantas cosas que debería plantearme... Como el hecho de que ya he contestado a muchas preguntas sin que tú me hayas contado nada. —Ethan se echó hacia delante, apoyó los brazos en la mesa y le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Qué hacías en la playa a las cuatro de la mañana?

—Me desvelé en mitad de la noche y vine a la cocina a prepararme un vaso de leche caliente. Al mirar por la ventana, vi una luz en la playa.

—¿Qué clase de luz?

John se quedó en silencio durante unos segundos. ¿Qué podía contarle? Si le decía que había visto una luz blanquecina que fue aumentando de intensidad hasta casi cegarle y que su tamaño y forma se parecían a una figura humana, le tomaría por loco.

—Era una luz blanca muy extraña —contestó por fin—. No parecía una linterna ni una fogata. Me acordé de que Leo estaba por ahí perdido y me planteé que podía ser él y que quizá necesitaba ayuda, así que salí a investigar.

—¿Y la luz continuó allí hasta que te acercaste? ¿Se apagó de repente o el que la llevaba se marchó? ¿Viste hacia dónde huyó?

—No se marchó a ningún sitio. Siguió allí, cobrando cada vez más fuerza, hasta que, de repente, desapareció. Me acerqué hasta allí y solo encontré a ese chico muerto, pero no vi a nadie corriendo por la playa.

—Eso no puede ser. ¿Estás sugiriendo que el asesino se desvaneció?

—No estoy sugiriendo nada —contestó John, molesto—. Eres tú quien

debe hacer suposiciones. Yo solo estoy contándote lo que vi.

—Pues espero que no se lo cuentes a nadie más —le advirtió Ethan—. Solo me faltaba que la gente empiece a murmurar sobre fantasmas o entes extraterrestres. Un momento... ¿Tú no formabas parte de un grupo de investigación parapsicológica?

—Sí, del Grupo Alpha, de Boston. Sigo siendo socio. —John frunció el ceño ante la sonrisa sarcástica de Ethan—. No estoy elucubrando ni buscando explicaciones paranormales. Te he contado exactamente lo que he visto. Que quieras creerlo o no, es problema tuyo.

—Está bien. No te enfades. ¿Qué tal estás de la vista? ¿Crees que esa luz pudo cegarte hasta el punto de que no pudieras ver a una persona huyendo de la playa?

—Mi vista está bien. Gracias por preguntar —respondió John, enfadado—. Si es eso lo que quieres creer, adelante. Seguramente no pude ver ni oír a una persona corriendo por la playa, a pesar de que fui capaz de encontrar el cuerpo inmóvil de ese chico a la primera.

—Comprende que no puedo creerme eso. ¿Crees que ese chico se murió solo? ¿Que se abrió a sí mismo en canal e hizo desaparecer sus órganos internos?

—No lo sé, Ethan. De verdad que no lo sé. —John dio un largo suspiro antes de seguir hablando—. Te juro que espero que puedas encontrar una explicación lógica para todo esto, pero, sintiéndolo mucho, empiezo a sospechar que no la tiene.

CAPÍTULO CINCO

Rockport se había puesto sus mejores galas para celebrar el 4 de julio. Todas las calles estaban adornadas con banderas y la banda municipal recorría el pueblo tocando el himno nacional. John se había sentado en su terraza para observar a la gente, que parecía feliz y entusiasmada. Pensó que con su edad, todo aquello debería resultarle ridículo. No era lógico estar contento o sentirse más patriótico simplemente porque lo indicase un día en el calendario. Sin embargo, él también se sentía feliz viendo a las familias reunidas para asistir al desfile de la tarde, organizar una barbacoa en el jardín y disfrutar de los fuegos artificiales.

Él iba a pasar aquel día solo. Su hijo le había prometido que irían a visitarle, pero, en el último momento, le había llamado para decirle que tenía demasiado trabajo y que no iban a poder ir. Siempre tenía demasiado trabajo... A John no le importó. Sabía que, si venían a verle, su hijo volvería a insistir en la necesidad de internarle en algún centro en el que pudieran cuidar de él. No tenía ganas de volver a discutir y acabar enfadándose. Casi era mejor pasar aquel día solo pero tranquilo.

Vio a un grupo de adolescentes bajar la calle cantando y bailando, a unas cuantas mujeres manteniendo una animada conversación en una esquina, a varias familias con niños jugando en la playa... Rockport volvía a parecer un pueblo vivo y feliz. Casi había pasado un mes del último asesinato y la gente reanudaba su vida, decidida a olvidar. Tampoco parecían recordar que Leo seguía sin aparecer. Era una pena, pero si el 4 de julio servía para que la gente dejara de vivir con miedo, bienvenido fuera. Ojalá no hubiera

más asesinatos ni desapariciones y el pueblo pudiera olvidar para siempre.

De repente, su mirada quedó atrapada por una figura que caminaba por la playa y que parecía dirigirse hacia su casa. Era una joven, casi una adolescente. Llevaba un largo vestido floreado de tela ligera. Los botones inferiores estaban sueltos hasta la mitad del muslo y el aire jugaba con el vuelo de su vestido, mostrando sus largas piernas. No era aquello lo que había llamado la atención de John, sino su cabellera rojiza y rizada, que ondeaba con la brisa marina. Se parecía tanto a Annabelle cuando era joven que John sintió que, durante un segundo, su corazón bombeaba con mucha más fuerza.

La joven llegó hasta la verja de su casa, clavó en él sus ojos verdes y brillantes y abrió sin pedir permiso. Le sonreía como si le conociera de toda la vida, como si estuviera feliz por verle. Él no supo reaccionar. Se quedó callado hasta que ella se sentó a su lado y le saludó:

—Hola, John.

—Disculpe, señorita —dijo él, mirándola intrigado—. ¿Nos conocemos?

—Por supuesto que nos conocemos. Hemos pasado juntos toda la vida, Johnny.

Ella soltó una risita divertida que hizo que él sintiera que el corazón se le encogía. Eran sus ojos, era su sonrisa, su manera de reír, su voz... Era imposible, pero aquella joven se parecía tanto a la Annabelle de la que estuvo perdidamente enamorado...

—No entiendo lo que quiere decir. Juraría que no nos hemos visto antes —contestó él.

—Johnny, por favor... ¿Te has olvidado de mí? Soy Annabelle. Me

visitas todos los días. —Ella le lanzó una dulce sonrisa—. Una flor para otra flor. ¿Recuerdas?

—Esto no tiene gracia, señorita —dijo él, confundido—. ¿Es usted una familiar de Annabelle? ¿Su nieta? ¿Su biznieta?

Al decir aquellas palabras se dio cuenta de que aquella tenía que ser la explicación. Seguramente la familia de Annabelle había ido a visitarla por el 4 de julio y alguna enfermera cotilla les habría hablado del viejo enamorado que le llevaba una rosa cada día. Aquella chica debía haberlo considerado muy gracioso o muy ridículo y, aprovechando su parecido, había decidido gastarle una broma.

—Soy Annabelle —insistió ella—. Hemos vivido juntos en este pueblo toda la vida. Fuimos a la misma clase en el colegio y en el instituto, fuiste el padrino de mi boda...

—Ya basta. Esta broma no tiene gracia —dijo él, tratando de mantener la calma—. Le ruego que salga de mi propiedad.

Ella volvió a sonreír mientras negaba con la cabeza, divertida. Le miraba de un modo extraño, con una dulzura infinita, con los ojos brillantes por la emoción... Si no fuera una idea ridícula, habría jurado que aquella hermosa joven le amaba. Sin duda era una gran actriz...

Una brisa suave les alcanzó en aquel momento, alborotando de nuevo la larga cabellera de la chica y llevándole su aroma. Incluso usaba el mismo perfume de Annabelle. Si aquello era una broma, alguien se había tomado muchísimas molestias para tomarle el pelo.

—No dejes que mi aspecto te engañe y escúchame. Como te decía, fuimos juntos al colegio y al instituto. Tú fuiste siempre mi guardián, mi caballero andante. Siempre estabas a mi lado si alguien se metía conmigo o

me hacía llorar. Yo te adoraba en secreto, siempre te quise, pero pensaba que tú me veías como a una amiga, como a una hermana pequeña... —Ella había dejado de mirarle y hablaba con los ojos fijos en el horizonte, con la mente perdida en aquellos lejanos recuerdos—. Después, cuando empecé a salir con Rock, te distanciaste de mí. Creí que estabas enfadado conmigo porque pensabas que te había robado a tu mejor amigo. No me di cuenta de la verdad hasta que estuve en el altar, a punto de darle el sí a Rock. Tú estabas a mi lado, haciendo de padrino, y, justo antes de contestar, te miré... Vi tanta pasión en tus ojos, tanto amor... En aquel momento supe que nadie me había querido como tú y que nadie, ni siquiera Rock, me querría nunca tanto. Estuve tentada de agarrar tu mano y salir corriendo de la iglesia, pero supe que no podíamos hacer eso. Rock estaba ahí, esperando mi respuesta. Lucy, tu prometida, estaba sentada en la primera fila. Nuestras familias, nuestros amigos, todo el pueblo había acudido a la ceremonia. La gente interpretó mis lágrimas como la típica reacción de una novia nerviosa, pero en realidad eran para ti, eran mi manera de decirte adiós...

John esquivó su mirada y fijó los ojos en el suelo, sintiendo que le escocían. Él también recordaba perfectamente aquel día, lo mucho que dolió ver cómo ella se casaba con otro y tener que fingir que se sentía feliz. Recordaba lo guapa que ella había estado y cómo no había podido dejar de mirarla en toda la ceremonia. ¿Cómo podía saber aquella chica todas esas cosas? ¿Annabelle se lo habría contado? Decidió que no le importaba el modo en el que aquella extraña había conseguido la información. Solo quería que se marchara de su casa y dejara de remover recuerdos que habían estado dormidos y que volvían a hacer daño.

—Todo eso que está diciendo son tonterías. Vuelvo a pedirle que se marche de mi casa —insistió.

—Sabes que no miento. ¿Recuerdas el 4 de julio de 1930? ¿Aquello también fue una tontería? —Ella esperó un par de segundos, pero, como John no contestó nada, continuó hablando—. Habíamos ido todos a Manning Park a hacer una barbacoa: Rock y mis dos hijos, tú con Lucy y el pequeño Bobby... Estaban también los Johnson y los Parker. Antes de que empezaran los fuegos artificiales, propusieron subir a una colina cercana para verlos mejor, pero yo me había pasado con el vino y estaba muy mareada, así que te ofreciste a quedarte conmigo para cuidarme.

—Ya basta, por favor —pidió él con voz suplicante.

—Estuvimos sentados en un banco, hablando de tonterías, de las clases de los niños, del trabajo... —continuó ella como si no le hubiera escuchado, tan sumida en el recuerdo que se había olvidado del presente—. Y entonces te quedaste en silencio durante unos segundos y yo te miré y volví a ver ese brillo en tus ojos. Supe que aún me querías, que eras feliz con tu vida pero no habías podido olvidarme y que seguías preguntándote día tras día qué hubiera pasado si hubieras sido valiente. Supe que pensabas todo eso porque yo pensaba lo mismo. No pude contenerme y te besé y tú me devolviste ese beso volcando en él todo el amor, el deseo y la desesperación que llevabas dentro. Sabíamos que solo teníamos ese beso y dejamos en él nuestras almas. Cuando nos separamos, te levantaste rápidamente y te fuiste de mi lado. Nunca volvimos a hablar de ello.

—Ya basta. Todo eso son mentiras. Yo he sido muy feliz con mi mujer —negó él.

—Y yo con mi marido. Pero ahora ellos ya no están. —Ella se inclinó hacia John y tomó sus manos—. Tenemos una última oportunidad de ser felices. ¿También vas a desaprovecharla?

John la miró a los ojos, sin saber qué pensar de aquella locura. Su

mente racional seguía diciéndole que aquello no podía estar sucediendo, que la mujer que tenía frente a él no podía ser Annabelle, pero era imposible que supiera todas aquellas cosas sobre ellos si no lo era. Él nunca le había hablado de aquel beso a nadie y estaba seguro de que Annabelle tampoco lo había hecho. Además, eran sus ojos, su manera de mirar, su voz... No era una descendiente con un asombroso parecido. Era ella, solo podía ser ella.

—Esto no es posible —dijo, negando con la cabeza—. Eres joven otra vez. ¿Cómo lo has hecho?

—El ángel me concedió este deseo —contestó ella con una sonrisa triunfal inundando su rostro—. Puedo moverme, puedo hablar y pensar con claridad. Mi mente llevaba tanto tiempo perdida entre la niebla... De vez en cuando te escuchaba, te sentía a mi lado. Quería acudir a ti, pero no encontraba el camino. Y el ángel ha hecho posible que volvamos a encontrarnos.

—¿Qué ángel? ¿De qué estás hablando? —preguntó él, confuso.

—El ángel se me presentó y me ofreció volver a ser joven. Si se te aparece y te hace la oferta, dile que sí. Podremos salir a pasear por la playa, ir a bailar, hacer el amor... Seremos jóvenes y estaremos juntos. Tendremos esa oportunidad que nunca tuvimos.

—Escúchame, Annabelle. —John apretó sus manos para tratar de atraer su atención y que le diera respuestas concretas—. Los ángeles no hacen esas cosas, no van por el mundo concediendo deseos... ¿Estás segura de que era un ángel?

—Por supuesto. Si lo hubieras visto, no dudarías —dijo ella con mirada soñadora—. Era muy bello... Todo su cuerpo brillaba con un aura plateada. Y olía a flores: a lirios y madreselva...

Annabelle se quedó en silencio de repente al escuchar el motor de un coche deteniéndose frente a la verja de la casa de John. Se giró hacia allí y, al ver el coche del jefe de policía, se incorporó y le soltó las manos.

—Ahora debo irme, pero recuerda: si el ángel aparece, acepta su trato y reúnete conmigo. —Se inclinó hacia él y le dio un suave beso en los labios—. Te estaré esperando.

Sin decir nada más, bajó a paso rápido las escaleras, cruzó el pequeño jardín y salió de su propiedad. Cuando se cruzó con Ethan, ni siquiera le miró, a pesar de que él la saludó llevándose la mano al sombrero. Se limitó a agachar la cabeza y a seguir andando calle abajo hasta perderse entre la gente. Ethan la siguió con la mirada, se encogió de hombros y cruzó la verja para acercarse a John, que seguía paralizado.

—Buenos días, John. ¡Vaya cara tienes! Cualquiera diría que has visto un fantasma.

—Algo así —contestó él, agitando la cabeza en un vano intento de despejarse—. ¿Necesitas algo?

—La verdad es que sí y es importante. Me han dicho en el Highcliff que eres muy amigo de Annabelle Duncan y que sueles ir a visitarla todos los días.

John se quedó unos segundos en silencio, asombrado por la coincidencia. Se suponía que Annabelle acababa de estar en su jardín, recordando su pasado, despertando emociones que creía olvidadas... Incluso acababa de besarle. Y, de repente, aparecía el jefe de policía preguntando por ella. ¿Qué estaba sucediendo?

—Sí, suelo pasarme todos los días para hablar un rato con ella —contestó, frunciendo el ceño—. No sé si me escucha o no, pero me gusta

pensar que le alegran mis visitas. ¿Por qué lo preguntas? ¿Ha pasado algo?

—¿Has notado algo diferente en su comportamiento de los últimos días? —preguntó Ethan, ignorando las preguntas de John.

—¿Qué comportamiento? Esa mujer no se mueve desde hace años... No te ve, no habla. Se limita a quedarse dónde la dejan y a mirar al infinito.

—¿Y no te ha parecido que estos días estuviera más consciente?

—Ya te he dicho que no. —El tono de John fue subiendo a medida que notaba la angustia creciendo en su pecho—. ¿Por qué me preguntas estas cosas? ¿Qué ha pasado?

—Ha desaparecido —contestó Ethan, esquivando su mirada.

—¿Cómo que ha desaparecido? Annabelle no puede haberse marchado por su propio pie.

—Por eso he venido a hablar contigo. En los casos de Jim Barret y Leonardo Mancini podíamos pensar que habían escapado ellos mismos de la residencia, que quizá salieron a dar un paseo, se desorientaron y se perdieron, pero en el caso de la señora Duncan... Alguien ha tenido que llevársela.

CAPÍTULO SEIS

Annabelle ya se había cansado de contemplar el desfile, pero iba a ser difícil salir de esa calle. Estaba totalmente rodeada de gente que se empeñaba en empujar hacia delante hasta dejar a los de la primera fila incrustados contra las vallas. Se giró y empezó a usar los codos para abrirse paso. Poco a poco consiguió ir avanzando hasta que, de repente, se vio libre. Miró a ambos lados, preguntándose a dónde ir. Ya había estado en la playa muchas veces, ya había paseado en incontables ocasiones por las calles y los parques de Rockport... Quería hacer algo diferente, algo que no hubiera hecho en sus más de noventa años de vida.

Empezó a caminar sin rumbo, segura de que acabaría encontrando algo que le llamara la atención. En realidad, el pueblo había cambiado tanto que casi no lo reconocía. Debía de haber pasado mucho tiempo desde que su mente se desconectó y su familia la llevó al Highcliff, porque casi todos los edificios habían cambiado, habían sido reformados o los habían pintado hasta dejarlos irreconocibles. Los comercios que ella recordaba también habían sido sustituidos por otros más modernos. Tan solo reconoció un par de restaurantes y la mercería de la señora Nicholson.

Al pasar por una calle, escuchó una música estridente que llamó su atención. Se dio cuenta de que en su distraído paseo había ido dejando atrás el centro del pueblo y que se encontraba en las afueras, en un barrio más solitario y oscuro que los demás. No se asustó. Era joven, era fuerte, era libre y estaba custodiada por un ángel. Nada malo podía pasarle.

Se acercó al local del que surgía la música. Era un bar oscuro con las

paredes pintadas en color negro. Sobre la puerta había un letrero en el que podía leerse Skull Bar. Entre las dos palabras había dibujada una bandera pirata con una calavera y dos guitarras cruzadas a modo de tibias. Desde el exterior se podía percibir un olor fuerte, mezcla de sudor y alcohol con algún producto de limpieza con aroma a pino. Junto con la música le llegaban las voces y las risas de varios hombres. Dudó durante unos segundos. Ella había sido educada a principios de siglo, cuando a una dama jamás se le habría pasado por la cabeza entrar en un sitio así, ni siquiera acompañada por un hombre y mucho menos sola. Se encogió de hombros y soltó una risita divertida. ¿Qué más daba lo que hubiera hecho la vieja Annabelle? Tenía que olvidar sus miedos y aprovechar el día.

Con paso decidido empujó las puertas batientes y entró en el local. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra. Cuando lo hicieron, distinguió a un grupo de jóvenes jugando al billar. Otros se repartían por varias mesas, bebiendo cerveza mientras miraban un canal de vídeos musicales en la televisión, en la que en aquel momento cantaba un grupo que ella no conocía llamado AC/DC. Había algunos hombres más en la barra. Annabelle se dio cuenta de que todos se habían girado hacia ella y la observaban con recelo. Era normal. No solo era la única mujer del local, sino que su aspecto desentonaba totalmente. Todos los presentes iban vestidos de cuero y algunos de ellos tenían el pelo aún más largo que ella. Sintió un escalofrío recorriendo su espalda al pensar que aquella gente podía ser peligrosa, pero decidió ignorarlo. Estaba segura de que aquel día no iba a pasarle nada malo y había ido a divertirse, así que alzó la cabeza y se dirigió a la barra. El camarero estaba pasando un trapo mugroso por la encimera, pero se detuvo al ver que ella se acercaba. La miró de arriba abajo y le dirigió una sonrisa burlona en la que faltaban varios dientes.

—¿Te has perdido, preciosa?

—Creo que no —contestó ella, sentándose en un taburete alto y cruzando las piernas—. Esto es un bar, ¿verdad?

—Sí, sí lo es. ¿Qué quieres tomar?

Annabelle iba a contestar que quería una cerveza, pero en aquel momento recordó que no llevaba dinero encima. Aquel maldito vestido ni siquiera tenía bolsillos. Iba a levantarse para disculparse y marcharse del bar cuando sintió el tacto de una ruda mano en su cintura.

—Ponle a la chica lo que quiera. Pago yo.

Se giró para pedirle al desconocido que no se tomara aquellas confianzas y rechazar su ofrecimiento, pero se encontró cara a cara con un joven moreno de ojos oscuros y barba de tres días que la devoraba con los ojos. Le gustó su mirada salvaje y hambrienta. Despertó cosas en su interior que creía muertas hacía mucho tiempo. En lugar de recriminarle su actitud, le agradeció la invitación con una sonrisa y se colocó de cara a él.

—Soy Mark —se presentó él.

—Yo soy Annabelle.

—Un nombre precioso. —Él volvió a sonreír mientras recorría todo su cuerpo con la mirada—. ¿Puedo saber qué busca una chica como tú en un antro como este?

—Un poco de diversión, emociones fuertes... —Ella sonrió coqueta sin apartar su mirada—. ¿Sabes dónde podría encontrar algo de eso?

—Creo que tengo lo que necesitas. —El chico le hizo una seña al camarero para indicarle que no hacía falta que le sirviera nada a Annabelle y terminó su cerveza de un trago—. Tengo la moto aparcada ahí fuera y un par de botellas de whisky debajo del asiento. ¿Te apetece una fiesta privada?

Annabelle ni siquiera contestó. Se levantó del taburete, tomó la mano del joven y le guió hacia la salida.

Mark se había quedado dormido sobre la arena de la playa. Annabelle le miró durante unos segundos, planteándose si debería despertarle y avisarle de que se iba. Se lo habían pasado muy bien durante todo el día, pero la verdad era que no le debía nada ni tenía ganas de algo serio con él. Ya había estado atada a un solo hombre durante más de cincuenta años y no iba a volver a hacerlo con el primero que se cruzara en su camino. El único hombre con el que le apetecía pasar el resto de sus días era John, pero él no había venido en su busca y no iba a quedarse esperando.

Se levantó y recogió su vestido. Estuvo buscando también su ropa interior durante un par de minutos, pero lo dejó por imposible. Ni siquiera recordaba si la había llevado puesta cuando se desnudaron en la playa o si la había perdido en el bosque al que Mark la había llevado en su moto o en el baño de aquel bar en el que habían estado bailando... Se ató los botones del vestido, le dedicó una última sonrisa a Mark y comenzó a pasear por la orilla.

Los fuegos artificiales habían terminado hacía horas y ya casi no quedaba nadie en la playa. Debían de ser más de las tres de la mañana y el viento que soplaba desde el mar era fresco. Se abrazó a sí misma y se frotó los brazos, tratando de darse algo de calor, aunque la sensación no le desagradaba. Le hacía sentirse viva, revitalizada...

Unos pasos más adelante, divisó el resplandor de una fogata y distinguió los acordes de una guitarra. Se acercó despacio. Había dos jóvenes sentados en la playa rodeados por varias botellas vacías. Annabelle pensó que gran parte del contenido debía de estar en el estómago del que tocaba, porque era incapaz de acertar cuatro notas seguidas. Su acompañante estaba tumbado

al lado de la hoguera, con las manos bajo la cabeza, contemplando el firmamento.

La arena amortiguó el sonido de sus pasos, por lo que no se dieron cuenta de su presencia, a pesar de que se encontraba muy cerca de ellos. Pudo contemplarles a la luz cambiante de las llamas. Eran muy jóvenes, seguramente no llegaban a los veinte años. El chico que tocaba la guitarra era rubio, con el pelo muy liso y lacio, largo hasta los hombros. Su compañero era pelirrojo y tenía el pelo rizado, lo que le daba un aspecto aún más infantil, de querubín renacentista.

—¿Se puede saber qué estás tocando? —preguntó el pelirrojo sin desviar sus ojos del cielo.

—Pues *Take on me*, de Aha —contestó su amigo—. ¿Tan borracho estás que no la reconoces?

—Tan borracho estás tú, que no das una nota a derechas... Me gustaba esa canción. Deja de destrozarla.

El rubio puso cara de enfado, se descolgó la guitarra y, al ir a dejarla a su lado, descubrió que Annabelle estaba observándoles. Se llevó tal susto al verla tan cerca y tan inmóvil que arrojó la guitarra y reculó sobre la arena. Su compañero se irguió para ver qué era lo que le había asustado y al descubrir a Annabelle no pudo contener la risa.

—Danny, tío... Solo es una chica. No muerden. —Tras decir esto, miró a Annabelle y sonrió—. No muerdes, ¿verdad?

—No, claro que no —contestó ella, riendo.

—Joder, la he visto ahí tan quieta... —se disculpó el rubio, volviendo a su sitio—. ¿Qué haces aquí sola?

—He perdido a mi grupo... No sé dónde están —mintió ella mientras se sentaba en el suelo—. Supongo que volverán a por mí cuando se den cuenta de que no estoy.

—Yo nunca me olvidaría de una tía como tú —dijo el pelirrojo, aproximándose a ella mientras le tendía una botella de tequila—. ¿Quieres un poco? Te ayudará a entrar en calor.

Ella asintió, tomó la botella y le dio un buen trago. Al instante notó que una columna de fuego descendía por su esófago hasta llegar a su estómago, donde el incendio, lejos de apagarse, amenazó con reducirlo a cenizas. Pensó en vomitar, pero la sola idea de sentir esa corriente de lava ascendiendo de nuevo hasta su garganta y quemándolo todo a su paso, le hizo desistir. Se limitó a toser mientras se agarraba el estómago y miraba a sus acompañantes buscando ayuda, a pesar de que estos no hacían otra cosa que reír a carcajadas.

—Pero chica, ¿qué haces? —dijo el rubio—. Que no es agua...

—Pobre mujer —intervino su amigo mientras rebuscaba entre las latas que tenían amontonadas sin parar de reírse—. Toma, esto es una coca-cola. Te sentará bien.

Annabelle abrió la lata y se bebió la mitad del contenido de un solo trago. Aquello pareció disminuir el incendio de su interior, aunque no pudo disimular del todo el asqueroso regusto que se le había quedado en la boca.

—Deberíamos haberte avisado. —El chico rubio volvió a coger su guitarra—. Para compensarte, te dedicaré una canción. Pide lo que quieras.

—La verdad es que no sé mucho de música moderna —reconoció Annabelle.

—¿Pero quién eres tú? ¿Una extraterrestre? ¿Un ángel caído del cielo?

—Apuesto por eso —dijo el pelirrojo mientras la miraba con una sonrisa bobalicona.

—Seguro que esta te gusta. Es una canción perfecta para un ángel —propuso el rubio, guiñándole un ojo—. Se titula *Heaven* y es de Bryan Adams. Seguro que la conoces.

Annabelle se limitó a asentir y se abrazó las rodillas con los brazos para inclinarse hacia el chico y escuchar con atención. La canción le pareció tan bonita que incluso le perdonó que volviera a equivocarse en varias notas. Mientras la voz del joven, suave y a la vez ligeramente rasgada, rompía el silencio de la noche, contempló el cielo estrellado, las luces del puerto a los lejos, el movimiento de aquel mar que parecía llamarla... Estaba siendo un día tan perfecto... Contempló a los dos chicos y le parecieron tan hermosos, tan jóvenes y llenos de vida, que deseó poseerlos en aquel mismo momento. Cuando la canción terminó, cogió de nuevo la botella de tequila, le dio un largo trago para infundirse valor y se levantó.

—Vamos a bañarnos —propuso.

—¿Qué dices? —se sorprendió el pelirrojo—. El agua debe estar helada.

Ella sonrió y, mientras empezaba a caminar hacia la orilla, comenzó a desabrocharse los botones del vestido. Cuando estuvo suelto, lo dejó caer sobre la arena y se giró hacia ellos para que pudieran contemplarla.

—Estoy segura de que se os puede ocurrir algo para hacer que entremos en calor.

Annabelle volvió a vestirse. No sabía qué les pasaba a los chicos en aquel pueblo. En cuanto bebían algo y hacían el amor, se quedaban dormidos. A

sus pies tenía a los dos jóvenes, desnudos sobre la arena, roncando a pierna suelta. Decidió que tampoco iba a despertarles para avisarles de que deberían vestirse, a pesar de que el cielo empezaba a clarear en el horizonte.

Terminó de abrocharse el vestido y empezó a andar hacia los acantilados. Recordaba que, hacía algunos años, había un bar cerca de allí en el que podían comerse las mejores tortitas del país. Seguro que podía encontrar a alguien que se apiadara de ella y la invitara a desayunar.

De repente, se dio cuenta de que no estaba sola en la playa. Una figura se aproximaba y parecía andar directamente hacia ella. No tardó en darse cuenta de que no era una persona normal. Se la distinguía perfectamente a pesar de la poca luz. Era como si brillara en la oscuridad con una luz pálida y plateada. Sonrió al pensar que tenía que ser el ángel. Debía de venir para saber si se encontraba bien y si era feliz con el deseo que le había otorgado.

Siguió caminando hasta que quedaron a solo un par de pasos. El ángel sonreía con dulzura. Annabelle se sintió más tranquila. Sabía que algunas de las cosas que había hecho aquel día iban contra la ley de Dios, pero parecía que aquel ser no la juzgaba.

—¿Has disfrutado del día? —preguntó el ángel con su voz musical.

—Sí. Ha sido increíble... He hecho tantas cosas nuevas que me había perdido...

—Me alegro de que haya merecido la pena. —La sonrisa del ángel cambió sutilmente. Annabelle pudo percibir el brillo de unos dientes afilados detrás de sus pálidos labios—. Ahora toca pagar.

—¿Ya? —Se asombró Annabelle—. Pero ha sido tan poco tiempo... Tengo tantas cosas por hacer...

—Te lo advertí cuando te concedí el deseo: *Carpe diem*.

CAPÍTULO SIETE

A pesar de que ya habían dado las diez de la mañana, el pueblo continuaba dormido. Parecía que la mayoría de sus habitantes todavía estaban sufriendo la resaca por la fiesta del día anterior. John había salido a su terraza con una taza de café bien cargado para tratar de despejarse. Él no había estado de juerga ni había ido a la feria o a contemplar los fuegos artificiales. Aquellas actividades ya no eran para él, pero, aún así, se encontraba agotado. Casi no había pegado ojo en toda la noche. La visita de aquella extraña joven no había abandonado su mente ni por un segundo. Sabía que era una locura, pero, cuanto más pensaba en ello, más seguro estaba de que la chica no había mentido y de que había sido la auténtica Annabelle la que se había presentado en su casa pidiéndole que se marchara con ella.

Por si aquello fuera poco para impedirle conciliar el sueño, también había pasado horas pensando en su conversación con el jefe de policía. La Annabelle que él conocía, la anciana a la que iba a visitar todos los días, estaba desaparecida. Sabía que se habían organizado patrullas para buscarla, pero, como en las desapariciones anteriores, no se había encontrado ni rastro de ella. Teniendo en cuenta, además, que Annabelle no podía haberse marchado por su propio pie, aquella nueva desaparición no parecía que fuese a tener un final feliz.

Volvió a plantearse si tendría que habérselo contado todo a Ethan, si tendría que haberle hablado de aquella exuberante pelirroja que se había presentado en la puerta de su casa diciendo ser Annabelle. Tanto si decía la verdad como si mentía, podría haber sido de ayuda en la investigación. Se

forzó a dejar de pensar en ello. Ethan nunca le habría creído y le habría aconsejado que visitara a algún psicólogo. Ni siquiera estaba seguro de si él mismo se lo creía...

Como si le hubiera invocado con sus pensamientos, vio aparecer el coche del jefe de policía doblando la esquina. Pensó que estaría patrullando, pero se detuvo en un sitio libre a pocos pasos de la entrada de su casa, aparcó y salió. A John no le gustó la cara de preocupación que traía. Mientras recorría la corta distancia que llevaba hasta su terraza, Ethan caminó con el ceño fruncido y la mirada baja. Cuando llegó a su lado, se llevó dos dedos al ala del sombrero y saludó, pero ni siquiera en aquel momento apareció una sonrisa en su boca.

—Buenos días, Ethan. Traes mala cara... ¿Ha pasado algo?

El hombre no respondió. Se dejó caer en una silla de la terraza y clavó la mirada en el horizonte, tan perdido en sus pensamientos como si no hubiera escuchado una sola palabra. John respetó aquel silencio y le dejó tiempo para recuperarse de lo que fuera que estuviera atormentándole. Se mantuvieron callados un par de minutos hasta que Ethan asintió, como si estuviera respondiendo a una pregunta que nadie más podía escuchar, soltó el aire en un largo suspiro y se giró hacia él.

—Sí, ha pasado algo horrible. Hemos encontrado el cuerpo de otra víctima en la playa cercana a Gull Cove. Una chica... Esta vez es una chica...

John sintió que el estómago se le encogía y que el aire no quería entrar en sus pulmones. No sabía por qué, pero estaba seguro de que sabía quién era aquella nueva víctima.

—¿Era una chica pelirroja con el pelo muy largo y rizado? —preguntó,

deseando que Ethan contestara que no y disipara sus miedos.

El jefe de policía no respondió. Se quedó paralizado, con los ojos y la boca muy abiertos. Aquello reafirmó los temores de John. Ahora que la chica había muerto, estaba seguro de que le había dicho la verdad cuando le confesó que era Annabelle.

—¿Cómo lo sabes? —consiguió preguntar Ethan.

—No vas a creerme... —contestó John.

—Maldita sea, John... No me vengas con gilipolleces. —Ethan se levantó de la silla y desenganchó las esposas de su cinturón—. Primero te encuentras un cadáver en la playa y ahora me describes a la siguiente víctima cuando todavía no se ha filtrado nada de su identidad. O me dices ahora mismo cómo lo sabes o te llevo detenido a comisaría.

—¿En serio, Ethan? —John negó con la cabeza y se señaló a sí mismo—. ¿De verdad piensas que yo puedo haber matado a esos jóvenes? Tengo más de noventa años. Cualquiera de ellos podría noquearme hasta sin pretenderlo.

—No digo que los hayas matado tú, pero es obvio que sabes algo y que me lo estás ocultando. Eso es obstrucción a la justicia.

John tomó aire mientras reflexionaba sobre el asunto. Estaba claro que iba a tener que darle una explicación a Ethan, pero no sabía cómo contárselo sin que le tomara por loco. ¿Cómo podía explicarle lo que sospechaba sin que le encerraran en el manicomio más cercano? De repente, recordó una conversación que había mantenido años atrás con Leo Mancini, el segundo desaparecido.

—¿Conserváis los informes de detenciones en comisaría, por muy antiguos que sean? —preguntó, clavando su mirada en los ojos de Ethan.

—Por supuesto. Los antiguos no están informatizados, pero los tenemos en los archivos. ¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Voy a explicarte todo lo que sé, pero necesito que confíes en mí. — John esperó hasta que Ethan asintió—. No estás preparado para creer lo que voy a contarte, así que, antes de hablar, necesito que hagas algo por mí.

—No entiendo nada, pero te escucho.

—Leo Mancini fue detenido unas cuantas veces en los años 50. Nada grave. Según me dijo solo fueron unas cuantas peleas de bar.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto?

—Sus huellas deben estar en los informes de esas detenciones — contestó John—. Necesito que las busques y que las compares con las huellas de la segunda víctima, la que encontré en la playa.

—Joder, John... Esto que me estás pidiendo no tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero tampoco va a llevarte mucho tiempo comprobarlo. Cuando lo hayas hecho, vuelve aquí y te contaré todo lo que sé.

—No quiero ofenderte, pero creo que se te está yendo la cabeza. — Ethan bajó los escalones camino de la verja—. Y se me debe de estar yendo a mí también, porque te voy a hacer caso. Voy a mirar esa mierda para que te quedes contento y, cuando vuelva, vas a contármelo todo o te llevaré a pasar un par de noches al calabozo. Y me va a dar igual que tengas más de noventa años. Estás avisado.

—Tranquilo. Comprueba lo que te pido y vuelve. Estaré aquí esperándote.

Ethan volvió a negar con la cabeza y murmuró entre dientes. A John le pareció entender algo así como “viejo chalado”, pero prefirió no decir nada.

Él habría pensado lo mismo si alguien le hubiera hecho aquella petición. El jefe de policía abrió la verja, pero, antes de cruzarla, se giró de nuevo hacia él.

—Casi lo olvidó. Había venido a decirte que todavía no hemos encontrado a Annabelle, pero no quiero que te preocupes. Hay patrullas buscándola en este mismo momento y no vamos a dejar una pulgada de este pueblo sin revisar.

—Puedes estar tranquilo —dijo John, agachando la cabeza para tratar de controlar las lágrimas que le ardían en los ojos—. Sé dónde está Annabelle. Te lo contaré en cuanto vuelvas.

Ethan se le quedó mirando un par de segundos antes de volver a negar con la cabeza y dirigirse a su coche sin decir nada más. Parecía que cada vez se encontraba más seguro de que estaba hablando con un viejo senil que había perdido por completo el juicio. Cuando el coche desapareció de su vista, John se levantó, sintiéndose más viejo y más cansado que nunca en su vida. Con paso lento, consiguió entrar en su casa y cerrar la puerta. En cuanto dejó el mundo al otro lado, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

John se levantó del sofá al escuchar el chirrido de unas ruedas derrapando al girar la esquina de la calle. Llegó hasta la puerta y abrió, a tiempo de ver cómo el jefe de policía dejaba su coche aparcado de cualquier forma frente a su casa, con las ruedas delanteras subidas en la acera. Ethan salió del coche como una exhalación, llevando en la mano un par de carpetas de color manila. En cuanto abrió la verja y subió de un solo salto las escaleras que llevaban a su terraza, John abrió la puerta de casa de par en par, invitándole a pasar.

—Buenas tardes, Ethan. ¿No deberías aparcar mejor el coche? No es un buen ejemplo para los ciudadanos.

—En este momento lo que opinen los ciudadanos me importa una... — Ethan se contuvo y agitó las carpetas frente a la cara de John—. ¿Qué significa esto?

—Creo que deberíamos entrar. Estaremos más cómodos. —John señaló con un gesto de la cabeza cómo se movían las cortinas de la casa de su vecina.

Ethan asintió y entró sin decir una palabra más. John se quedó unos segundos mirando la ventana de la señora Wilson. Estaba seguro de que, cuando el jefe de policía se hubiera marchado, se pasaría a visitarle con algún guiso o un trozo de pastel, decidida a someterlo al tercer grado. No le dio mayor importancia. Ya se inventaría algo que contarle y era muy probable que aquella noche no tuviera que preocuparse de la cena.

Cerró la puerta y guió a Ethan hasta la cocina. Sin preguntarle nada, sacó una botella de bourbon y dos vasos grandes de un armario y los llenó hasta la mitad.

—No puedo beber, John. Estoy de servicio.

—¿Es que no te apetece? ¿Crees que vas a poder escuchar lo que tengo que contarte estando totalmente sobrio?

Ethan cogió su vaso, hizo girar un par de veces el líquido brillante y ambarino y, sin mediar palabra, le dio un trago con el que vació la mitad de su contenido. Hizo una mueca de disgusto mientras el alcohol bajaba por su garganta, tomó una profunda bocanada de aire y abrió las carpetas, sacando dos folios que colocó de forma que John pudiera verlos.

—Son iguales. Las huellas del chico muerto en la playa coinciden a la

perfección con las de Leonardo Mancini. No hay posibilidad de error. — Ethan volvió a respirar profundamente y vació de otro trago su vaso—. Esto es imposible, John. Necesito que me lo expliques.

John asintió y, después de volver a rellenar el vaso de su compañero, le miró a los ojos, se tomó unos segundos para tratar de ordenar sus pensamientos y empezó a hablar.

—La verdad es que yo tampoco entiendo qué está pasando, pero he podido descubrir algunas cosas. Creo que, si dispusiéramos de las huellas de Jim Barret y pudiéramos compararlas con las del primer crimen, también coincidirían. Y creo que la chica asesinada anoche era Annabelle Duncan.

—¡Pero todo eso es imposible! Es una locura.

—Lo sé, pero es la verdad. Empecé a sospecharlo cuando me fijé en la ropa del chico que encontré muerto en la playa. Llevaba un pantalón de chándal desgastado y unas zapatillas de cuadros. Ningún adolescente se vestiría así, ni siquiera para estar en casa.

—Eso no prueba nada, John. Puede que el asesino le pusiera esas ropas...

—Lo sé, pero ahora tenemos las huellas que lo confirman. Y tengo algo más en el caso de Annabelle. Ella misma vino a hablar conmigo antes de que la mataran. ¿No recuerdas a la pelirroja con la que te cruzaste ayer cuando viniste a avisarme de su desaparición?

—Sí, es cierto. Joder, la chica muerta me sonaba muchísimo y no sabía de qué. Es la chica que se marchaba ayer cuando yo llegué.

—Eso es. Vino a verme y me dijo que era Annabelle.

—¿Y la creíste? —preguntó Ethan, sorprendido.

—Al principio no. Pensé que era alguna nieta o biznieta tratando de reírse de un pobre viejo... Pero cuanto más hablaba, más difícil era no creerla. Me contó cosas que solo Annabelle y yo sabíamos y que sé que ella no le habría contado a nadie más.

—Bueno, no sabes la confianza que tenía con ella...

—¿Crees que le habría contado a una de sus descendientes que siempre supo que yo estaba enamorado de ella, que ella estaba enamorada de mí y que nos besamos estando ya casados?

—No lo sé, John... Comprende que me resulta más fácil creer que a Annabelle se le fue la cabeza en los últimos tiempos y que habló más de la cuenta que pensar que hay gente que rejuvenece de forma milagrosa para después aparecer destripados en nuestras playas. —Ethan apoyó el codo en la mesa y dejó caer la cabeza hacia delante, tapándose los ojos con la mano—. Nada de esto tiene sentido.

—Annabelle me habló de un ángel que le había concedido el deseo de volver a ser joven —continuó John—. Me dijo que, si se me aparecía, debía aceptar su trato y reunirme con ella.

—Lo que me faltaba... —Ethan resopló, desesperado—. Hay gente en el pueblo extendiendo rumores sobre asesinos en serie, sobre sectas satánicas que realizan sacrificios humanos, incluso sobre extraterrestres haciendo experimentos... ¿Y tú me vienes ahora hablando de un ángel que concede deseos? ¿En serio te crees eso?

—No. No creo que sea un ángel. Los ángeles no conceden deseos ni se relacionan ya con nosotros. De hecho, pienso que nos olvidaron hace mucho tiempo —contestó John con voz triste—, pero no creo que vayas a resolver este caso buscando huellas e interrogando sospechosos. Hay algo muy oscuro

en todo esto, algo sobrenatural.

—Comprendo que lleves toda la vida estudiando esas cosas y que creas en ellas, pero yo no puedo permitirme pensar así —dijo Ethan, negando con la cabeza—. Esto tiene que tener una explicación racional, un culpable de carne y hueso.

—¿Y qué explicación racional puede tener esto? —preguntó John, girando las hojas en las que aparecían las huellas gemelas de Leo y del chico de la playa.

Ethan no dijo nada. Se quedó mirando aquellos dos papeles sin poder hablar, como si algo en su cerebro hubiera cortocircuitado. Abrió la boca un par de veces, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Finalmente, cogió los dos papeles y los puso frente a él mientras negaba con la cabeza.

—Imaginemos por un segundo que te creo. Si el culpable de todo esto fuera un ente sobrenatural, ¿tú podrías detenerlo?

—No, yo no —contestó John—, pero conozco a unas personas que sí podrían.

—¿Y podrías encargarles una investigación extraoficial y discreta a esas personas?

—Por supuesto.

John se levantó y se dirigió hacia el teléfono situado en la pared, al lado del marco de la puerta. Sacó una tarjeta de su bolsillo y marcó el número que aparecía en ella.

—¿A quién llamas? —preguntó Ethan.

—Al Grupo Alpha, de Boston.

—Ese es el grupo de parapsicólogos al que perteneces, ¿verdad? ¿Crees

que ellos podrán hacer algo?

—¿Ellos? No... Solo son un grupo de viejos eruditos obsesionados con obtener conocimientos teóricos. No sabrían ni por dónde empezar en un caso así.

—¿Entonces para qué les llamas?

—Porque espero que tengan el teléfono de las personas que necesitamos. —John dejó de hablar con Ethan al escuchar cómo descolgaban el teléfono al otro lado—. ¿El Grupo Alpha?... Sí, soy John Campbell, uno de sus socios. Les llamo porque necesito el teléfono de Aleister McNeal. ¿Cómo que quién es ese? El hijo de James McNeal. Sé que le conocen porque el mes pasado publicaron un artículo suyo sobre alteraciones electromagnéticas... Sí, el teléfono de James me servirá... Por supuesto que lo necesito. No les llamaría por una tontería.

John tomó un bolígrafo de la encimera y apuntó el número que le estaban dictando. Después de dar las gracias y despedirse, marcó el número que le habían dado.

—Buenas tardes. Necesito hablar con Aleister McNeal... Sí, sé que es su hijo... Yo soy John Campbell, de Rockport, en Massachusetts. Nos conocimos mientras ustedes estaban investigando la casa Cavendish... Ah, ¿qué les habló muy bien de mí? Me alegro... Sí, necesitaba contactar con él y con Eloise Carter, la chica que le acompañaba... ¿Que siguen juntos? También me alegro de escuchar eso... ¿Cómo podría contactar con ellos?... Bien, perfecto. Apunte mi número.

Cuando terminó de hablar, John volvió a sentarse a la mesa. Dio un largo trago a su vaso mientras Ethan le observaba impaciente.

—¿Y bien? ¿Van a venir?

—Están recorriendo el país en una caravana y no tienen un teléfono en el que se les pueda localizar.

—¿Entonces no podemos hacer nada? —preguntó Ethan, abatido.

—Vaya... ¿No se supone que no crees en estas cosas y que piensas que no va a servir para nada? —comentó John, sarcástico—. Tranquilo, me han dicho que suelen llamar a casa una vez a la semana y que les darán mi recado. Ahora solo nos queda esperar y rezar para que esa cosa, sea lo que sea, no vuelva a atacar hasta que ellos lleguen.

AL Y ELI

JONESBORO (ARKANSAS),
JULIO DE 1986



CAPITULO UNO

Salí del Jonesboro Inn con la mochila al hombro y la dejé en la parte trasera de la caravana. Llevábamos diez días en aquel pueblo y ya tenía ganas de marcharme. El lugar no tenía nada de malo, pero me ponía nerviosa aquel paisaje plano, aquel horizonte visible sin importar a dónde se mirara. No había ninguna cadena de montañas, ni siquiera una triste colina. Lo único que podías observar eran edificios industriales, carreteras que se alargaban hasta el infinito, inmensos campos de trigo y pastos resecos. No sabría explicar por qué, pero aquella falta de límites me ponía nerviosa y me hacía sentir desprotegida, como si padeciera una extraña variedad de agorafobia.

Me senté en el asiento del copiloto y encendí la radio para estar entretenida hasta que Al llegara. Las últimas notas del *Wake me up before you go go* de Wham^[1] inundaron el habitáculo. Me incliné hacia la radio para cambiar de emisora, pero la canción terminó y se fundió con el comienzo de *Fortunate Son*, de la Creedance Clearwater Revival. Me recliné en el asiento y cerré los ojos para disfrutar de la canción mientras seguía el ritmo de la batería dando palmadas en mis muslos. Había nacido demasiado tarde. La

música que se estaba poniendo de moda había cambiado las potentes baterías y los agudos rasgados de las guitarras eléctricas por sintetizadores que repetían ritmos machacones. Me permití una amarga sonrisa. Solo tenía diecinueve años y ya se me podía considerar una vieja en gustos musicales.

El ruido de la puerta de la caravana al cerrarse me sacó de mis pensamientos y me hizo abrir los ojos. Al acababa de sentarse en el asiento del conductor y agitaba frente a mí un fajo de billetes.

—Aquí están los dos mil dólares que nos prometieron —anunció con una amplia sonrisa.

—Genial. Dámelos para que los guarde.

—No sé por qué tienes que guardarlos tú —protestó él—. Se podría decir que este caso lo he resuelto yo.

—¿Cómo que lo has resuelto tú? ¿No somos un equipo?

—Por supuesto, pero fui yo el que dije desde el principio que no había nada sobrenatural aquí —contestó con una sonrisa de suficiencia—. Si fuera por ti, todavía estaríamos haciendo sesiones de ouija y rituales de limpieza.

—¿Cómo iba a pensar que uno de los socios estaba provocando los fenómenos para conseguir que el otro le vendiera su parte del hotel?

—Claro, es mucho más fácil pensar en espíritus y demonios... —dijo él, sarcástico.

—Nos contratan como investigadores psíquicos, Al. Se supone que nos llaman porque hay fenómenos paranormales —repuse con voz cansada—. Además, es la primera vez que aciertas. ¿Quieres darme el dinero para que lo guarde y arrancar? Tengo ganas de salir de este pueblo.

—Te lo doy, pero no es la primera vez que acierto. —Al me pasó el

fajo de billetes y, mientras yo lo guardaba en un sobre en la guantera, arrancó la caravana—. ¿Tengo que recordarte el caso de los Williams, en Tennessee?

—¿Te refieres a la familia de Ridgely? —Esperé hasta que él asintió—. Había fenómenos extraños en aquella casa. Las puertas se abrían solas, las luces fluctuaban, los objetos cambiaban de sitio...

—Yo sigo pensando que era la hija mayor la que los provocaba.

—¿Y entonces por qué toda la actividad paranormal cesó cuando hice el ritual de limpieza?

—Yo qué sé... Efecto placebo creo que se llama —contestó él—. Ya verás como en unos meses, cuando la chavala se enfade por algo, nos vuelven a llamar.

—¿Y ésa es tu prueba de que has acertado más veces?

—No. También tenemos al tío ese raro que se nos escapó en Waco. —Al separó un segundo los ojos de la carretera para lanzarme una de sus miradas de suficiencia.

—¿El hombre lobo? ¿Y en qué acertaste?

—No era un hombre lobo de verdad. Solo era un pirado con demasiado pelo, como yo decía.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —pregunté sin poder evitar la risa.

—Un hombre lobo de verdad habría dado la cara. No se habría acojonado por dos críos como nosotros.

—Madre de Dios... Lo que tengo que aguantar —dije sin poder contener una carcajada—. Llevamos un año dedicados a investigar fenómenos paranormales y sigues tan ciego como el primer día.

—No estoy ciego en absoluto. Tan solo veo una parte del mundo que tú te niegas a ver. Y resulta que es la parte real, en la que nos movemos.

—No voy a seguir discutiendo contigo. No tienes remedio. —A pesar de mis palabras, alargué el brazo y acaricié su pelo con cariño.

—Si no vas a seguir discutiendo, ¿me dejarás decidir qué hacemos con el dinero?

—¿Y qué quieres hacer con él?

—Podríamos irnos de vacaciones. A Disneyworld, por ejemplo — contestó, mirándome con los ojos brillantes por la emoción.

—¿No estamos un poco mayores para ir a Disneyworld?

—Puede que tú sí. Eres una vieja amargada encerrada en el cuerpo de una adolescente —se burló él—. Venga, por favooor.

—Eso es muy caro —contesté, consiguiendo mantenerme firme.

—Pues alquilemos una cabaña en el bosque, cerca de algún lago. Podríamos pescar, salir a pasear, hacer el amor al lado de la chimenea — susurró con una sonrisa pícaro—. ¿Este plan es mejor para una “mujer madura” como tú?

—La verdad es que sí, pero no vamos a encender la chimenea en pleno julio. Además, eso también será caro. Tenemos que ahorrar.

—¿Ahorrar para qué?

—Para comprar una caravana nueva. Te pasas el día quejándote de que esta no llega a las cincuenta millas por hora. Además, sabes que quiero una con ducha. Estoy harta de tener que lavarme a escondidas en lagos y ríos... Y en invierno es aún peor.

—Eres un rollo... Lo sabías, ¿verdad? —Al salió de la carretera y detuvo la caravana en el parking de un bar—. Espero que al menos me invites a desayunar.

—Sí, creo que eso sí podemos permitirnoslo. Pero no pidas demasiado —bromeé.

—Quiero un café y una montaña de tortitas con sirope. —Al se bajó de la caravana y esperó a que yo saliera—. No es negociable. Mientras pides, voy a ver si tienen teléfono para llamar a mis padres.

Entramos en el bar cogidos de la mano y nos acercamos a la barra. Al preguntó por el teléfono y, cuando la camarera le señaló uno situado en una esquina, se marchó hacia allí. Yo encargué los desayunos y esperé a que nos los trajeran sentada en una mesa al lado de la ventana, desde donde podía observar el tráfico de la interestatal 555.

La camarera trajo nuestros desayunos unos minutos después. Se lo agradecí con una sonrisa y dirigí la mirada hacia la esquina del bar en la que Al continuaba al teléfono. Era extraño que siguiera hablando cuando tenía una torre de tortitas recién hechas esperándole. Me pregunté si habría sucedido algo malo. Como si hubiera leído mi pensamiento, se giró hacia mí y me lanzó una de sus medias sonrisas para tranquilizarme.

Aún tardó unos minutos más en terminar la conversación. Se acercó a la mesa, se sentó frente a mí y, sin dar siquiera un sorbo a su café, me tomó las manos. Aquello me preocupó de verdad.

—¿Ha pasado algo malo? —pregunté.

—No, pero me encanta ver la cara de angustia que se te pone —bromeó él—. Lo único malo es que ya no voy a poder convencerte para tomarnos unas vacaciones. Tenemos otro caso.

—Yo no he dicho que no quisiera tomarme unas vacaciones. Lo de pasear, pescar en lagos y hacer el amor sonaba muy bien y es gratis.

—Pues tendrás que esperar. No podemos rechazar este caso.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de John Campbell, de Rockport? —preguntó él.

—Claro. ¿Le ha pasado algo?

—Quiere contratarnos. Habló con mi padre y le dijo que era urgente que le llamáramos.

—¿Has hablado con él?

—Sí, acabo de llamarle. No ha querido contarme mucho por teléfono, pero me ha dicho que han aparecido varios jóvenes muertos en su pueblo y también están desapareciendo algunos ancianos. Él cree que puede haber algo sobrenatural en el asunto —dijo, soltando otra de sus sonrisas sarcásticas.

—Y tú no lo crees, por supuesto. —Al se limitó a encogerse de hombros y a mirarme con un brillo burlón en los ojos—. ¿Podrías al menos guardar tu escepticismo hasta que nos cuente los detalles?

—Siempre lo guardo. Sabes que desde que estoy contigo tengo una mentalidad abierta.

—Sí, por supuesto —dije, negando con la cabeza—. ¿Nos marchamos a Rockport entonces?

—Todavía no —contestó él, dando el primer bocado a sus tortitas y poniendo los ojos en blanco mientras lo saboreaba—. Tengo que comerme esto y estoy casi seguro de que pediré otra ronda.

Llegamos a Rockport cuatro días después, turnándonos al volante para tardar lo menos posible. La caravana recorrió aquellas mil cuatrocientas millas resoplando como un animal agonizante. Iba mal cuesta abajo, iba mal en llano y, cuando tocaba subir alguna cuesta, daba la impresión de que nos dejaría tirados en cualquier momento. Si de algo sirvió aquel viaje, fue para que Al acabará reconociendo que deberíamos ahorrar y comprar una caravana nueva.

Intenté mantenerme de buen humor, siguiendo las bromas de Al y acompañándole en los coros de las canciones que sonaban en la radio, pero la verdad era que me sentía muy inquieta. Por lo poco que John había querido contarle a Al por teléfono, ya veía que aquel caso iba a ser más difícil y peligroso que aquellos a los que estábamos acostumbrados. No estábamos hablando de puertas que se abriesen solas, de lamentos y sonidos extraños o de presencias oscuras a los pies de la cama... Ese tipo de fenómenos eran aterradores para la gente que tenía que sufrirlos, pero normalmente no eran peligrosos. John había hablado de personas desaparecidas y asesinatos. Después de haber recorrido aquellas mil cuatrocientas millas, no sabía si desear que tuviéramos un caso que nos permitiera amortizar el viaje o que se hubiera solucionado ya todo de forma natural.

El pueblo seguía siendo tan pacífico y hermoso como lo recordaba. En cuanto enfilamos la calle paralela al mar que lo recorría y vi las barcas amarradas en el puerto, las gaviotas girando en lo alto y las olas lamiendo sus playas de guijarros, una sonrisa se abrió paso en mi cara al mismo tiempo que notaba que los ojos se me humedecían. Los recuerdos de aquel primer día que Al y yo pasamos a solas en ese pueblo llenaron mi mente y me hicieron soltar un largo suspiro. Al se giró hacia mí y sonrió.

—Aquí estamos de nuevo. Un año después... —Negó con la cabeza

mientras soltaba una risita divertida—. Estoy seguro de que nadie daba un dólar porque siguiéramos juntos.

—No, ni siquiera yo —contesté, divertida—. No pensé que fueras a aguantar mis rarezas tanto tiempo.

—Lo sé. Soy un santo —dijo, sacándome la lengua.

Me reí y le di un suave puñetazo en el hombro. Él decidió ignorar el golpe mientras buscaba un sitio para aparcar. Ya divisábamos la casa de John, aunque desde donde estábamos no podíamos ver su parte delantera. Le habíamos avisado de nuestra llegada cuando habíamos parado a comer un par de horas antes, así que ya debía de estar esperándonos sentado en su terraza, contemplando el mar como hacía siempre. Al continuó calle adelante y pasó de largo la casa de John, directo a un sitio libre lo suficientemente grande como para aparcar la caravana. Me giré al pasar para contemplar la terraza. Allí estaba John, pero no estaba solo.

—Hay alguien con John —comenté—. Creo que es un policía.

—Será algún amigo o familiar que ha venido a hacerle una visita —dijo Al, deteniendo por fin la caravana—. No creo que John se haya metido en líos con la poli a sus años.

Apagamos la radio, dejando a medias el *Walk this way* de Aerosmith, y bajamos de la caravana. Mientras nos acercábamos a la casa de John, pude ver mejor a su acompañante. Era un hombre alto y fuerte de alrededor de cincuenta años. Tenía el pelo negro, con las sienes plateadas, cortado al estilo militar. Tal y como me había parecido ver, llevaba un traje negro de policía. Su incipiente barriga parecía indicar que pronto necesitaría una talla más de camisa. El coche patrulla aparcado frente a la casa de John y el sombrero con placa que descansaba sobre la mesita de la terraza confirmaban que se trataba

de un agente de la ley. Sin embargo, tal y como había dicho Al, no parecía que John estuviese metido en problemas con la justicia. Los dos hombres habían estado hablando animadamente hasta que John nos señaló. El policía se giró hacia nosotros y sus ojos se abrieron como platos. No sabía qué le había contado John, pero creo que no habría imaginado qué tendríamos aquel aspecto ni en un millón de años. Si había esperado a dos investigadores psíquicos con pinta de intelectuales estirados y responsables, al estilo de los integrantes del Grupo Alpha, acababa de llevarse la sorpresa de su vida. Al seguía vistiendo igual que siempre, con los pantalones tan ajustados que debían de cortar la circulación de las piernas, sus botas de motorista, sus camisetas rotas y desteñidas y su eterna chaqueta de cuero con las alas blancas bordadas en la espalda. Yo había variado algo mi aspecto desde la última vez que John me vio, pero no para bien. Llevaba el pelo suelto y cardado, mallas negras con agujeros y una camiseta del *Master of puppets*, el último disco de Metallica. La verdad era que teníamos más pinta de adorar a Satán que de luchar contra fuerzas malignas. La cara del acompañante de John se había vuelto pálida y tenía la boca tan abierta que tuve que agachar la cabeza para ocultar mi risa.

—Bienvenidos, chicos —saludó John cuando llegamos a la terraza—. Este es Ethan Morris, el jefe de policía de Rockport. Ethan, estos son los amigos de los que te hablé: Eloise Carter y Aleister McNeal.

—Llámame solo Al —dijo tendiéndole la mano. El jefe de policía tardó unos segundos en reaccionar.

—Y a mí puedes llamarme Eli. —Yo también le tendí la mano, pero sin despegar la mirada de John, pidiéndole una explicación para la presencia del policía en aquella reunión.

—Una vez hechas las presentaciones, lo mejor es que entremos dentro

de casa —dijo John, levantándose con esfuerzo—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Media hora después, cuando John terminó su relato, todos nos quedamos en silencio, sin saber qué decir. A pesar de que había sido muy claro en su explicación y de que teníamos frente a nosotros los informes policiales con aquellas huellas que coincidían, nada de aquello tenía sentido. Incluso a mí me parecía una locura. No quería ni imaginarme lo que debía de estar pensando Al.

—A ver si lo he entendido... —dijo Al, incapaz de estar callado más tiempo—. Según lo que contáis, un ángel se aparece a los viejos del pueblo, les concede el deseo de ser jóvenes de nuevo y, al cabo de unas horas, los destripa, se come sus órganos internos y los deja sin una gota de sangre.

—Yo no he dicho que sea un ángel —le cortó John.

—¿Cómo que no? Has dicho que Annabelle te describió a un ser muy hermoso, con un aura plateada y que olía a flores. —Al se giró hacia mí—. ¿Eso no es la descripción de un ángel, Eli?

—Sí, correspondería con la descripción clásica de las apariciones angelicales —contesté yo—, pero mucho me temo que los ángeles no van por ahí concediendo deseos y destripando gente.

—¿Entonces qué crees que es?

—No lo sé —dije, encogiéndome de hombros—. Puede ser un vampiro, un djinn...

—¿Qué es un djinn? —preguntó Ethan, confuso.

—Es lo que comúnmente se conoce como genio, un ser fantástico de la

mitología árabe. Suelen ser invisibles, aunque pueden adoptar diferentes formas, tanto de hombres, como de animales o plantas. Son una especie maliciosa y pueden provocar distintos tipos de locura. Se supone que conceden deseos, aunque estos pueden tener consecuencias inesperadas.

—¿Estás sugiriendo que lo que está atacando mi pueblo es un genio de esos que salen de las lámparas?

—No, lo de las lámparas es solo parte de un cuento. No suelen estar atrapados en ellas. —Ante la cara de estupor de Ethan, me apresuré a seguir hablando—. Personalmente, me inclino más por pensar que es un demonio.

—¿Cómo va a ser un demonio? —me interrumpió Al—. Me dijiste que los demonios olían a azufre o a podrido.

—Bueno, supongo que hasta los demonios pueden perfumarse...

—¡Basta, por favor! —Ethan se puso en pie y dio un golpe sobre la mesa con la mano abierta—. Estáis hablando de vampiros, de ángeles, de demonios... Todo esto es una locura. Tengo tres ancianos desaparecidos en tres meses. Sus familias están desesperadas y llaman varias veces al día a comisaría para saber si hay noticias. Tengo también tres muertos a los que no reclama nadie y no sé qué hacer con ellos. La gente del pueblo está histérica y hay muchos que no se atreven ni a salir a la calle. Para acabar de empeorar la situación, hay medios de comunicación de todo el estado hablando de asesinatos en serie, de rituales satánicos, de sectas que realizan sacrificios humanos... ¿Tenéis algo... algo racional que pueda ayudarme?

Volvimos a quedarnos en silencio tras aquella explosión de Ethan. Cuando acabó de hablar, volvió a sentarse y se quedó mirándonos. Su cara estaba enrojecida y respiraba trabajosamente, como si acabara de recorrer el pueblo a la carrera. Al y yo nos miramos en un intento de decidir quién era el

que debería seguir hablando con él para tratar de tranquilizarle. Me dirigió una de sus medias sonrisas, dejándome claro que me había tocado a mí. Extendí la mano por encima de la mesa hasta alcanzar la de Ethan y se la apreté para tratar de transmitirle algo de confianza.

—Sé que todo esto suena muy extraño y que no es lo que te gustaría oír, pero, si nos has llamado, es porque sabes que no hay una explicación lógica y racional a lo que está pasando.

—Yo no os he llamado. Ha sido John —protestó él, mirando al anciano, acusador.

—Pero estás aquí y acabas de compartir con nosotros información confidencial sobre varios casos abiertos. No habrías accedido a esto si pensaras que no hay nada sobrenatural en este asunto —insistí, manteniendo en todo momento un tono suave y tranquilo.

Ethan se echó hacia atrás en la silla y se cubrió la cara con las manos mientras negaba una y otra vez con la cabeza. Yo permanecí en silencio para darle tiempo a que la verdad se asentara en su mente.

—Bueno, yo estoy con Ethan en que quizá estamos descartando las explicaciones racionales demasiado pronto —intervino de repente Al, echando al traste todo mi trabajo.

—¿En serio? —pregunté, lanzándole una mirada envenenada—. ¿Y qué explicación racional encuentras a la coincidencia de las huellas del señor Mancini, de más de ochenta años de edad, con las del joven asesinado en la playa?

—Un error. Alguien tomó mal alguna de las huellas —contestó Al, encogiéndose de hombros—. O una coincidencia... Ya sé que se supone que las huellas de cada persona son únicas, pero podríamos estar ante una

asombrosa casualidad.

—¿De verdad te parece posible que dos personas que, por una casualidad que no sucede nunca, comparten las mismas huellas dactilares hayan ido a parar a Rockport el mismo día?

—Me parece muy improbable, pero creo que es más lógico que pensar en demonios o genios que rejuvenecen a la gente para comérsela —insistió Al, sacándome de quicio.

—¿Es que no has aprendido nada en todos estos meses? —le pregunté.

—Sí, he aprendido mucho y no me cierro a tus explicaciones paranormales —contestó él—. Lo único que digo es que tú tampoco deberías cerrarte a las explicaciones racionales.

—Está bien. ¿Qué sugieres? —intervino Ethan, que parecía más cómodo con la manera de pensar de Al.

—Creo que deberíamos tratar de encontrar las huellas de los otros dos desaparecidos y compararlas con las de los otros dos cuerpos. ¿Se podría hacer?

—Sí. Sería posible —respondió Ethan—. Tenemos las habitaciones de los desaparecidos precintadas y las huellas de los tres cadáveres en nuestros archivos.

—Perfecto —dijo Al, entusiasmado—. Pues mañana te acompañaré a buscarlas.

—Me parece una pérdida de tiempo, pero si eso va a servir para convencerlos, adelante —contesté, resignada—. ¿Qué vamos a hacer nosotros, John?

—Bueno, yo había pensado que podíamos hacer una sesión de ouija

para llamar a alguna de las víctimas. Gracias a tu don de ver a los muertos y comunicarte con ellos, podremos conseguir una respuesta inequívoca sobre quién es el culpable.

—Esto... Tengo que avisarte de una cosa —respondí, avergonzada—. Ya no tengo mi don. Lo perdí.

—¿Cómo que lo perdiste? —preguntó John, abriendo mucho los ojos—. Es un don sobrenatural heredado de tus antepasadas, no un llavero. Esas cosas no se pierden así como así.

—¿Recuerdas el mito de las Sibilas, esas mujeres que eran capaces de profetizar el futuro mientras se mantuvieran vírgenes? —pregunté, sintiendo que enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Esto... Sí, entiendo... —John se giró hacia Al y le miró mientras negaba con la cabeza—. Espero que te haya merecido la pena el cambio.

—Eh, la duda ofende. Por supuesto que le compensa —contestó Al, hinchando el pecho antes de girarse hacia mí—. ¿Verdad que te compensa? Díselo, Eli, díselo...

—Bueno, dejemos este tema —dije, sintiéndome más incómoda a cada segundo—. Aunque ya no pueda hablar con los espíritus de forma directa, puedo contactar con ellos a través de la ouija. Mañana haremos una sesión mientras Ethan y Al se entretienen buscando huellas.

—Perfecto —dijo Ethan, levantándose de la silla—. Pasaré a recogerte mañana a las nueve, chico.

—No tan rápido —le cortó Al—. Todavía no hemos hablado de cómo vais a pagarnos.

—¿Pagaros? No sabía que había que pagaros —contestó Ethan.

—Como comprenderás, no hemos venido desde Arkansas a enfrentarnos a un peligro desconocido a cambio de nada —explicó Al—. Somos profesionales de las movidas sobrenaturales y cobramos por ello.

—Cuando dices cosas como “movidas sobrenaturales”, perdemos toda nuestra profesionalidad, Al —le reñí, tratando de contener la risa—. Pero tiene razón en lo que dice. No trabajamos gratis.

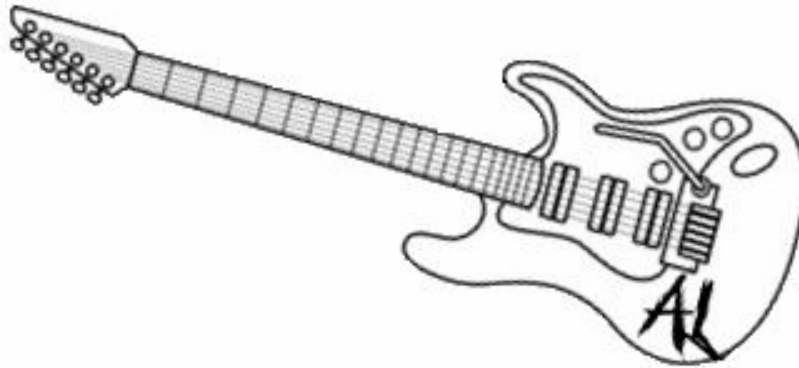
—Pues no sé de dónde voy a sacar el dinero para pagaros. Yo no voy a pagarlo de mi bolsillo y no hay manera de explicar vuestra presencia aquí para contrataros como colaboradores de la policía.

—Supongo que tendréis fondos reservados para pagar chivatos y esas cosas. —Al esperó hasta que Ethan negó con la cabeza—. ¿No podrías sacarlo del fondo para donuts?

—No hay problema —le cortó John—. Yo mismo os pagaré.

—Eso no es justo, John —dijo Ethan—. Es un problema de todo el pueblo.

—Tengo un dinero ahorrado y nada en lo que gastarlo. —John esbozó una sonrisa triste—. Y quiero encontrar a la cosa que mató a Annabelle y enviarla de vuelta al infierno. Todo mi dinero es vuestro si conseguís acabar con él.



CAPÍTULO DOS

Los jardines del Highcliff estaban repletos de gente cuando traspasaron la verja. Ethan aparcó frente a la entrada y detuvo el coche. Al paseó la mirada antes de bajarse entre los ancianos sentados al sol, los que paseaban por los cuidados caminos, los que disfrutaban de la sombra del porche... Todos habían detenido sus ocupaciones o conversaciones para fijarse en el coche patrulla. Se puso nervioso con toda aquella atención.

—Joder, nos están mirando todos. Esperaba que a estas horas todavía estuvieran durmiendo. ¿Para qué madrugan si no tienen nada que hacer en todo el día?

—Los ancianos suelen dormir poco —explicó Ethan—. Venga, baja del coche. No van a hacerte nada.

—¿Y si me preguntan quién soy y qué hago aquí? Yo no parezco un poli.

—No te preocupes. No preguntarán nada y, si lo hacen, diremos que

eres un becario.

Ethan salió del coche, dando por terminada la conversación, por lo que Al no tuvo más remedio que seguirle. Con paso decidido, el jefe de policía subió los escalones que llevaban a la puerta de entrada mientras saludaba por su nombre a los ancianos con los que se cruzaba. Traspasaron la puerta y se encontraron en un amplio vestíbulo con las paredes pintadas en un suave color crema. Había sillas de mimbre cerca de las ventanas y flores frescas sobre el mostrador de recepción. Parecía un sitio agradable y hogareño, el tipo de lugar en el que la gente podía dejar aparcado a uno de sus familiares sin que la conciencia le remordiera demasiado.

Una mujer se acercó a ellos. Llevaba un traje color arena tan ajustado que marcaba cada una de sus curvas, tan pronunciadas que mareaban. A pesar de que debía rondar los cuarenta años y que para Al era casi una vieja, se sorprendió de lo atractiva que era. Su larga cabellera morena estaba recogida en una coleta alta y lucía una seductora sonrisa de labios rojos. Cuando la mujer les tendió la mano a modo de saludo, Al se dio cuenta de que aquella sonrisa no llegaba hasta sus espectaculares ojos azules de espesas pestañas. No le gustaba que estuvieran allí.

—Buenos días, jefe Morris —saludó ella, apretando la mano de Ethan—. ¿Puedo saber a qué debemos el placer de su visita?

—Buenos días, señorita Callahan. Queremos registrar las habitaciones del señor Barret y de la señora Duncan. Siguen precintadas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. —La mujer les señaló un ascensor y empezó a andar hacia él para que la siguieran—. Aprovechando que ha sacado el tema, quería comentarle algo sobre eso. ¿Cuánto tiempo vamos a tardar en poder disponer de esas habitaciones? No quiero parecer insensible, pero tenemos una larguísima lista de espera de personas que quieren utilizar nuestro centro.

—No puedo decirle una fecha —la cortó Ethan—. Le recuerdo que esas personas están desaparecidas, no muertas, y que podrían volver en cualquier momento. Al menos ese es mi deseo. ¿No desea usted lo mismo?

—Por supuesto. —Se apresuró a contestar ella—. Todos estamos esperando que regresen sanos y salvos, pero sus parientes han dejado de pagar la estancia.

—Como le decía, mi intención es encontrarlos y traerlos de vuelta lo antes posible. Es mejor que siga conservando sus habitaciones disponibles.

El ascensor se detuvo y abrió sus puertas. Ethan entró el primero y se situó frente a la mujer, impidiéndole el paso.

—Le agradezco mucho su colaboración en todo este asunto, pero podemos continuar solos. Ya sé dónde están las habitaciones que buscamos.

Al descubrió un brillo de ira en los ojos de la mujer. Apretó los labios, como si tratara de contener una réplica, y fingió una sonrisa.

—Está bien. Si necesitan cualquier cosa, pueden encontrarme en mi despacho.

Hasta que las puertas del ascensor se cerraron, ella no dejó de mirarlos enfadada. Al se planteó que, si al final conseguían descubrir que el causante de todo aquello era una persona de carne y hueso, él ya tenía a su primera candidata.

—¿Qué le pasa? —preguntó Al cuando ella desapareció—. ¿Por qué está tan enfadada?

—Los tres desaparecidos residían aquí —explicó Ethan. El ascensor se detuvo y ellos salieron y empezaron a andar pasillo adelante—. Todo este asunto le está dando muy mala reputación al centro. Además, estoy seguro de

que ya habrá recibido alguna denuncia de los familiares. Supongo que lo único que quiere es que todo esto se resuelva y se olvide.

Ethan se detuvo frente a una de las habitaciones, que lucía una cinta amarilla que prohibía el paso. La retiró con cuidado de no romperla y abrió la puerta. Se encontraron con una habitación pequeña y sencilla, pero que parecía acogedora. Había una cama individual al lado de la ventana, un estrecho armario de madera oscura y una cómoda a juego con un pequeño espejo. Al entró tras el policía y se quedó parado en medio de la habitación, sin atreverse a tocar nada.

—¿Qué se supone que buscamos? —preguntó.

—Esta es la habitación de Jim Barret, el primer desaparecido. Tenemos que encontrar algún objeto que solo haya tocado él para tratar de extraer sus huellas.

—Quizá eso nos valga —dijo Al, señalando unos útiles de afeitado que estaban ordenados sobre la cómoda.

—Podría ser. Un momento.

Ethan se acercó al cabecero de la cama y pulsó un botón. Pocos segundos después, escucharon unos pasos apresurados por el pasillo y la cabeza de una enfermera se asomó por la puerta abierta. Cuando les vio, soltó un largo suspiro, seguido de una risita nerviosa.

—No se imaginan el susto que me han dado —comentó la mujer—. Se supone que en esta habitación no hay nadie. Cuando he visto que llamaban desde aquí, se me ha subido el corazón a la boca.

—Bueno, el señor Barret solo está desaparecido. No sería tan descabellado que pudiera regresar, ¿no cree?

—Eso nos gustaría pensar a todos, pero ha pasado tanto tiempo desde que desapareció... —contestó ella sin amedrentarse—. ¿De verdad piensa que van a encontrarle?

—Eso espero —contestó Ethan antes de señalar la cómoda—. ¿Recuerda si el señor Barret se afeitaba solo?

—Sí y, además, insistía mucho en que nadie tocara sus objetos personales. Creo que esas cosas para afeitarse eran un regalo de sus nietos.

—Muchas gracias... Betty —dijo Ethan, leyendo el nombre en la placa que lucía en su uniforme de enfermera—. Puede continuar con su trabajo.

Ella sonrió y, después de despedirse con un gesto de la cabeza, salió de la habitación y les dejó solos. Ethan depositó sobre la cama su maletín, lo abrió y extrajo un frasco, una pequeña brocha, una lupa y algo que parecía un papel.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Al.

—Un kit de extracción de huellas —explicó Ethan mientras empezaba a trabajar—. Primero esparcimos este polvo negro sobre los objetos con esta brocha y después examinamos las marcas que aparezcan con la lupa buscando alguna huella completa.

Ethan se detuvo, se agachó y examinó un recipiente metálico tan cerca como pudo ponerse sin que su nariz llegara a tocar la superficie. Al se inclinó, tratando de ver qué era aquello que había llamado la atención del policía. En un pequeño bol metálico, de esos que se utilizaban para mezclar el agua y el jabón, había aparecido claramente la huella de un dedo perfilada con el polvo negro que Ethan había estado esparciendo.

—Creo que lo tenemos —dijo el policía sonriendo.

—Esperemos que sea del señor Barret y no de alguien de la limpieza o de algún familiar.

—No seas aguafiestas. Vamos a suponer que hemos tenido éxito. Si no es así, ya volveremos. —Ethan se incorporó y miró hacia la puerta—. Hazme un favor. Mientras registro la huella, ve a buscar a Betty, la enfermera, y dile que necesitamos que nos acompañe a la habitación de la señora Duncan para que nos indique si hay algún objeto que pueda haber tocado solo ella.

Obedeció a regañadientes y salió de la habitación. Le habría gustado quedarse observando cómo trabajaba Ethan, pero sabía que molestaba más de lo que podía ayudar. Recorrió el pasillo arriba y abajo sin encontrar a nadie. Cuando ya estaba pensando que la enfermera debía de haber abandonado aquella planta y que no iba a tener más remedio que buscarla por todo el edificio, una puerta se abrió y la pequeña mujer salió, llevando en los brazos una enorme montaña de ropa de cama. Se acercó a ella a paso rápido.

—¿Puedo ayudarla? —le dijo, tendiéndole los brazos.

—Muchas gracias, hijo —contestó la mujer con una sonrisa—. Cualquiera día me encontrarán muerta, sepultada bajo una montaña de sábanas.

Betty le pasó el montón de ropa, sacó un carrito de la habitación de la que había salido y le indicó que podía ponerlo allí mientras ella sacaba una llave del bolsillo y cerraba el cuarto. Al echó un vistazo dentro. Tan solo parecía un pequeño almacén. Después de cerrar, la mujer se puso en marcha, empujando el carrito.

—Disculpe, señora, pero la estaba buscando.

—¿Qué necesitas?

—Ya hemos acabado en la habitación del señor Barret —contestó él—.

Necesitamos que nos acompañe a la habitación de la señora Duncan y nos indique algunos objetos que solo haya podido tocar ella.

—Sígueme. Te enseñaré la habitación. —La mujer se puso en movimiento. Durante unos segundos, en aquel enorme pasillo solo se escuchó el ruido de sus pasos y el chirriar de las ruedas del carrito—. Es aquí. Está abierta.

Al observó que la puerta de la habitación también estaba adornada con un par de cintas amarillas de las que usaba la policía. En aquel momento escuchó unos pasos a su espalda y vio que Ethan se acercaba llevando su maletín.

El jefe de policía retiró las cintas y abrió la puerta. La enfermera entró, se dirigió a la pared del fondo, abrió las persianas y las ventanas y dejó que la luz inundara el cuarto. Al se sorprendió ante las magníficas vistas. El mar, de un azul oscuro y profundo, rompía contra los acantilados. El sol brillaba con fuerza en un cielo claro y luminoso, adornado por un par de nubes blancas y algodonosas. Sin darse cuenta, se acercó hasta la ventana y apoyó las manos en el alfeizar para tomar un par de bocanadas de aquel aire fresco y cargado de sal.

—Chico, no toques nada —le reprendió Ethan—. Betty, por favor, ¿sería tan amable de indicarnos algunos objetos personales de la señora Duncan que no tocara nadie más?

—Estaba a punto de explicárselo al muchacho cuando ha llegado usted —contestó la enfermera—. La señora Duncan no se movía ni podía hacer nada por sí misma. No hay ningún objeto de esta habitación que ella haya cogido sin ayuda.

—¡Mierda! —exclamó Ethan—. Todo esto no va a servir para nada.

—Espere, puede que haya algo que les sirva. —Betty se acercó al tocador y señaló un pequeño espejo de plata—. Ella solía sostener este espejo mientras yo la peinaba.

—¿No acaba de decir que no era capaz de coger ningún objeto por sí misma? —preguntó Al.

—Y no lo hacía, pero, si le ponías un objeto en las manos, era capaz de sostenerlo. Se quedaba en la postura que le indicaras... Casi como si fuera una muñeca. —Betty enrojeció. Quizá consideraba inapropiado hablar así de una paciente—. El caso es que yo solía ponerle el mango de ese espejo en la mano derecha y colocaba su mano izquierda en la parte trasera para que se mantuviese recto. A ella parecía relajarle sostenerlo y mirarse. Muchas veces pude ver en el reflejo que sonreía.

—¿Y usted tocaba en esas ocasiones la parte posterior del espejo? —preguntó Ethan.

—Creo que no. Yo siempre lo agarraba por el mango.

—¿Le importaría que tomase sus huellas para poder descartarlas?

La mujer palideció y negó con la cabeza, al mismo tiempo que empezaba a andar hacia atrás para dirigirse a la salida de la habitación.

—No, no voy a dejarle que tome mis huellas. Yo no he hecho nada —dijo la mujer con voz temblorosa.

—No estamos acusándola de nada, señora —dijo Ethan con tono conciliador—. Tan solo queremos poder descartar sus huellas por si aparecen en ese espejo.

—¿Estoy obligada a dárselas? ¿No necesita una orden judicial o algo así?

—Sí, pero usted podría dármelas voluntariamente para colaborar en la investigación.

La mujer volvió a negar con la cabeza y, sin decir nada más, salió de la habitación y cerró tras ella. Al paseó su mirada entre la puerta cerrada y el rostro de Ethan sin entender qué acababa de pasar allí.

—¡Qué susceptibles están todos en este hospital! —comentó, asombrado—. ¿Es normal que la gente se comporte así en las investigaciones?

—Te sorprendería. A veces pienso que hay alguna organización secreta que paga a la gente para dificultar nuestro trabajo. —Ethan soltó un largo suspiro y volvió a abrir su maletín—. Bueno, pongámonos manos a la obra, a ver si conseguimos algo. Carrie ya debe estar esperándonos en comisaría.

—¿Y quién es Carrie? —preguntó Al.

—Una de nuestras agentes. Va a comparar las huellas de los otros dos cadáveres con las que vamos a llevarle. Ya verás lo bien que trabaja. Casi parece magia. Si alguna de las huellas que le llevemos se corresponde con las de esos cadáveres, podrá asegurárnoslo en cuestión de minutos.

—Te recuerdo que lo que nosotros tratamos de demostrar es que las desapariciones de estos viejos no tienen nada que ver con los cuerpos de esos adolescentes. Somos la parte racional del equipo, ¿te acuerdas?

—Lo sé, lo sé... Creo que me estoy dejando llevar por esas historias raras que cuentan John y tu chica. Hablan de esas cosas con tanta convicción... —Ethan se permitió una risita queda.

—No pasa nada. Para eso estoy yo aquí: para llevaros por el camino de la lógica —contestó Al, burlón.

—Una última cosilla... Cuando estemos con Carrie, no podemos comentar nada acerca de dónde hemos obtenido estas huellas. No quiero que en comisaria piensen que estoy volviéndome loco.

—Tranquilo, no diré nada. Además, estoy seguro de que no van a coincidir. En cuanto demostramos que las huellas de estos viejos no tienen nada que ver con los cadáveres encontrados en la playa, podremos empezar a investigar de verdad. Tiene que haber una explicación lógica para estas desapariciones y asesinatos, unos culpables de carne y hueso... En cuanto convenzamos de eso a John y a Eli, podremos empezar a trabajar en serio.



CAPÍTULO TRES

En el preciso momento en que acabé de encender todas las velas, John volvió del sótano trayendo en los brazos un pesado tablero de ouija. Lo colocó con sumo cuidado sobre la mesa del comedor y se quedó mirándolo con una sonrisa triste en la cara. Lamenté que hubiera tan poca luz en la estancia. Aquel no era un tablero normal: era una obra de arte. La madera era muy oscura, de un color negro que, con el brillo de las velas, emitía reflejos morados. Las letras estaban hechas con incrustaciones de algún material claro con brillos iridiscentes. John sonrió ante la exclamación de asombro que salió de mis labios mientras lo acariciaba con un respeto casi reverencial.

—Es madera de ébano africano y las incrustaciones son de nácar — comentó, orgulloso.

—Debe costar una fortuna...

—Bueno, mi Lucy nunca quiso confesarme cuánto había pagado por él, pero estuvo todo un año haciendo trabajos de costura a mis espaldas para

poder comprarlo y regalármelo en nuestro décimo aniversario.

—Es un regalo precioso —dije sin dejar de acariciar la superficie del tablero.

—Sí. Sobre todo porque ella odiaba estas cosas —respondió John mientras una sonrisa melancólica se abría paso en su cara—. No le gustaba nada que me apasionara por los temas sobrenaturales y se pasó media vida insistiendo para que abandonara el Grupo Alpha y dejase de jugar con “temas peligrosos”. Creo que este regalo fue su forma de decirme que, aunque odiara mis aficiones, las respetaba.

—Siendo así, es un detalle aún más bonito —comenté tras erguirme y echar un vistazo alrededor del salón para salir del hechizo que el tablero parecía ejercer sobre mí—. Creo que está todo. ¿Empezamos?

John asintió, sacó del bolsillo de su chaqueta un máster de ouija fabricado con la misma madera oscura y lo colocó en el centro del tablero antes de sentarse a un lado de la mesa. Yo me senté frente a él y, sin necesidad de que dijera nada, él colocó sus manos sobre el máster y cerró los ojos para concentrarse. Sonreí, feliz al pensar que en aquella ocasión la sesión iba a resultar mucho más fácil que las que realizaba con Al. John era una persona instruida en esos temas y había realizado cientos de sesiones a lo largo de su vida. Estaba segura de que incluso podría dejar que él la dirigiese. Yo también cerré los ojos para relajarme, intentando concentrarme tan solo en mi respiración profunda y en los latidos regulares de mi corazón. Cuando sentí que había llegado al estado de relajación necesario, abrí los ojos y carraspeé para que John hiciera lo mismo.

—¿Estás preparado? —pregunté.

Cuando él afirmó con la cabeza, di un largo suspiro para expulsar

cualquier resto de tensión, tomé un par de profundas bocanadas de aire y hablé en voz alta, dirigiéndome a cualquier ser que hubiera podido acudir a nuestra llamada.

—¿Hay alguien ahí?

Durante unos segundos no sucedió nada. A pesar de que ya había pasado un año desde que había perdido mi don, todavía no había conseguido acostumbrarme. Siempre esperaba que los espíritus se presentaran como lo hacían antes. Escrutaba las esquinas de las habitaciones, fijaba mi mirada en las sombras de los rincones, buscaba alrededor y detrás de mí, esperando que estuvieran ahí y que pudiera verlos. Pero ya nunca veía nada. Aquello me ponía muy nerviosa. No los veía, pero sabía que estaban ahí. Una parte primitiva de mi cerebro seguía percibiéndolos. No podría decir si era un leve cambio en la temperatura o la suave brisa que parecía acariciar mi piel o la forma en la que el vello de mi nuca se erizaba. Mi cuerpo reaccionaba a su presencia, aunque fueran invisibles e imperceptibles para el resto de las personas. Sabía que había alguien en el comedor, cerca de nosotros. Podría haber apostado a que se encontraba de pie, al lado de la mesa, con sus ojos muertos clavados en el tablero. Por eso, aunque no habíamos recibido respuesta, volví a insistir.

—Sabemos que has acudido a nuestra llamada. ¿Quién eres? ¿Eres Annabelle Duncan?

De inmediato sentí que el máster empezaba a vibrar bajo nuestros dedos. Mantuvimos las manos posadas sobre él mientras iba deslizándose por el tablero hasta señalar el “No”. Levanté la mirada y fijé mis ojos en John. Él también me miró y se encogió de hombros para quitarle importancia, pero no me engañó ni por un segundo. Estaba segura de que le había emocionado la idea de poder contactar con Annabelle una última vez. Como si me hubiera

leído el pensamiento, él empezó a hablar, rompiendo el silencio de la estancia y haciendo que me sobresaltara:

—No importa, Eli. Ella está muerta. Su espíritu estará confuso, dolido, desorientado... No necesito hablar con ella. Necesito hacerle justicia. —Me dedicó una sonrisa triste antes de volver a fijar sus ojos en el tablero—. ¿Eres Jim Barret?

El master volvió al centro, se detuvo durante un par de segundos y, después, regresó al “No”. Decidí mantenerme en silencio y dejar que fuera John quien se hiciera cargo de la sesión, al menos mientras las cosas no se complicaran. Él había conocido a las personas a las que pretendíamos invocar y le resultaría mucho más fácil contactar con ellos.

—¿Eres Leo Mancini?

De nuevo el master se puso en movimiento, realizando el mismo paseo hasta el centro del tablero y de vuelta hacia el “No”, donde se quedó inmóvil, a pesar de que podía percibirse una leve corriente, una energía contenida que trataba de manifestarse.

—Entonces, ¿quién eres? —preguntó John.

El máster empezó a deletrear un nombre: S-U-S-A-N-C-H-A-N-D-L-E-R.

—¿La conoces? —pregunté.

—Sí, me suena haber visto su esquila hace un par de días. Era una mujer del pueblo. Se mató el fin de semana en un accidente de coche —contestó John.

—No pasa nada. Yo me encargo —dije, dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora—. Susan, ¿necesitas que hagamos algo por ti?

El master volvió a ponerse en movimiento hasta señalar la palabra “Sí”.

—Está bien. Antes de decirnos lo que necesitas, tengo que hacerte una pregunta. Sabes que has muerto, ¿verdad?

Sentí la vibración del máster bajo mis dedos. Se deslizó unas pulgadas hacia el centro antes de salir disparado y volver a señalar la palabra “Sí”. Me sentí más tranquila. Muchas veces, sobre todo en las ocasiones en las que la muerte se había producido de forma repentina, los espíritus no sabían que estaban muertos o se negaban a aceptarlo y eso podía provocar situaciones desagradables. Parecía que habíamos tenido suerte y que la comunicación sería fácil.

—Bien, Susan. Dime entonces en qué podemos ayudarte.

Después de un par de segundos, el máster empezó a moverse a toda velocidad, señalando una letra tras otra hasta formar las palabras “Decidle a Lewis que estoy bien”. Yo levanté la mirada hacia John, enarcando una ceja.

—Creo que es su marido —respondió él a mi muda pregunta antes de empezar a hablar mirando directamente al tablero—. No te preocupes, Susan. Me pasaré por vuestra casa y se lo diré.

—¿Estás seguro? No sé si se tomará muy bien que te presentes en su puerta para decirle que has hablado con su mujer muerta.

—La mitad del pueblo sabe que me dedico a estos temas desde hace décadas y piensa que estoy loco. La otra mitad piensa que soy muy mayor y que ya chocheo —dijo con una sonrisa sarcástica—. Mi reputación no va a empeorar por esto y cabe la posibilidad de que me crea y encuentre consuelo en mis palabras.

Un nuevo movimiento en el máster cortó nuestra conversación. El puntero fue deslizándose veloz hasta formar la palabra “Gracias”.

—No te vayas todavía —le dije al espíritu—. Necesitamos que tú también nos ayudes. ¿Podrías conseguir que Jim Barret, Leo Mancini o Annabelle Duncan acudan a nuestra llamada y hablen con nosotros?

El puntero se mantuvo quieto durante un par de minutos. Tuve miedo de que el espíritu de Susan nos hubiera abandonado. Incluso pensé que, tras haber accedido al ruego que la mantenía atada a nuestro plano, podía haber trascendido. Sin embargo, seguía sintiendo aquella débil vibración bajo los dedos que me indicaba que la comunicación no se había cortado. Esperamos con la respiración suspendida durante un largo tiempo hasta que no pude contenerme más.

—Susan, ¿sigues ahí? —El máster se deslizó hacia el “Sí” —. ¿Puedes ayudarnos a contactar con ellos?

Volvimos a esperar durante unos segundos hasta que el puntero se puso en movimiento y señaló el “No”.

—¿No pueden acudir a nosotros? ¿Por qué? —pregunté.

Susan empezó a escribir un nuevo mensaje. “No están aquí”. John me miró y negó con la cabeza, sin entender. Yo me encogí de hombros para expresar que tampoco comprendía lo que estaba diciendo.

—¿Estás sola en la oscuridad? —pregunté—. ¿No hay nadie ahí contigo?

Esperamos en silencio mientras el máster se movía hasta formar el mensaje “Somos legión”.

—¿Podrías preguntar si alguien los ha visto? Quizá hayan trascendido y ya no estén ahí.

Durante varios minutos el máster no se movió en absoluto, aunque

seguí sintiendo la leve vibración bajo los dedos que indicaba que Susan continuaba con nosotros. Al cabo de un rato, John se inclinó un poco sobre la mesa y se dirigió a mí en susurros, como si temiera molestar:

—¿Qué está haciendo? ¿Preguntar a todos los muertos si alguien los ha visto?

—No lo sé, John. Ya sabes que nadie conoce muchos detalles sobre el más allá... No sé si están todos juntos, si se agrupan por el lugar de la muerte, por la causa, por su destino en el más allá...

—¿Y qué hacemos?

—Esperar. —Volví a encogerme de hombros—. Supongo que al final nos dará una respuesta.

La vibración del máster aumentó y este empezó a deslizarse por el tablero. Fui leyendo la respuesta de Susan poco a poco.

—No están aquí. Nunca han estado.

—¿Puede ser que hayan trascendido directamente? —me preguntó John.

—No lo creo. Suponemos que los tres fueron asesinados de forma violenta. En esos casos, no se suele trascender. No lo entiendo. —Volví a concentrarme en el tablero para hablar de nuevo con Susan—. ¿Podrías saber si han trascendido, si están en el cielo o en el infierno?

El máster se movió hacia el “No” y después siguió moviéndose para formar un nuevo mensaje. La respuesta de Susan se repitió “No están aquí. Nunca han estado”.

—No vamos a sacar mucho más de ella. Voy a despedirla. —Esperé a que John asintiera antes de volver a hablar con la mujer. — Susan,

cumpliremos tu petición. Ahora puedes ir en paz.

Una vez que el puntero se deslizó hasta el “Adiós”, dejé de sentir la suave vibración. Susan se había marchado. Nos quedamos en silencio, mirando el tablero sin saber qué decir.

—¿Qué piensas? —preguntó John al cabo de unos segundos—. Si no crees que hayan trascendido y tampoco se hallan entre los espíritus errantes, ¿dónde crees que pueden estar?

—Solo se me ocurre una explicación: que no estén muertos.

—¿Cómo van a no estar muertos?

—Puede que Ethan y Al tengan razón y estemos viendo misterios donde no los hay. Quizá Jim, Leo y Annabelle continúan perdidos o alguien se los llevó y no tienen nada que ver con los jóvenes asesinados...

—Pero las huellas de Leo coincidían... —protestó John.

—Pudo ser un error o una extrañísima casualidad.

—¿Y la conversación que tuve con esa joven que decía ser Annabelle y que luego apareció asesinada? ¿Eso también es una casualidad?

—No lo sé, John. A lo mejor fue una broma... Quizá siguió haciendo esas bromas por el pueblo hasta que encontró a alguien a quien no le hizo ninguna gracia...

—No. —John negó con la cabeza de forma vehemente—. Sabía cosas de mí que nadie más que la propia Annabelle podría saber... Y los cuerpos en la playa... Créeme, ningún ser humano ni animal ha podido hacer algo así.

—Encontraremos una explicación para eso. —Me levanté de la silla, rodeé la mesa y me acerqué a John para poner una mano en su hombro y reconfortarle—. Sin embargo, si creemos en las palabras de Susan, esos

asesinatos no están relacionados con tus amigos. Tienes que tratar de ver la parte positiva a todo esto.

—¿Qué parte positiva?

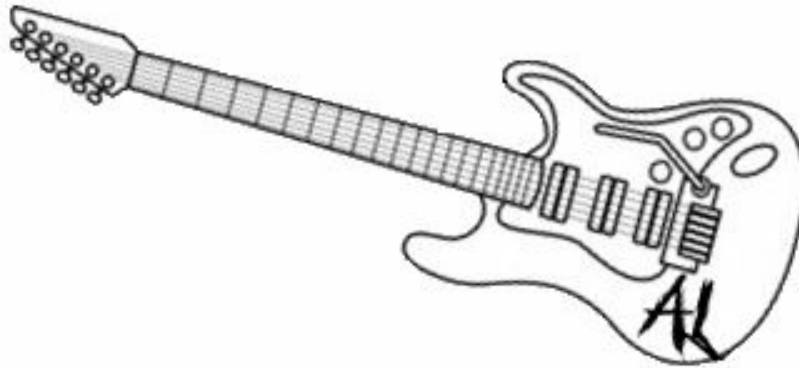
—Que a lo mejor están vivos y podemos encontrarles. Es la explicación más razonable al hecho de que sus almas no hayan pasado al otro lado.

En aquel momento sonaron un par de golpes en la puerta de la calle. Le di unas palmadas en el hombro a John antes de salir al pasillo para ir a abrir, mientras él se levantaba, encendía las luces y empezaba a recoger todas las cosas que habíamos utilizado en la sesión de ouija. Solo había recorrido la mitad del pasillo cuando se oyeron otros dos golpes, aún más apremiantes. Me apresuré a abrir y me encontré con Al, que ya tenía el puño levantado para llamar de nuevo.

—Teníais razón —dijimos al unísono.

Nos miramos el uno al otro sin comprender. Ethan agarró a Al por el brazo y le hizo entrar en casa, mientras señalaba con la cabeza la ventana de la vecina, en la que un sutil abultamiento tras la cortina indicaba que había alguien espiando.

—Vamos dentro —nos pidió—. Creo que tenemos muchas cosas de las que hablar.



CAPÍTULO CUATRO

Eli guió a Al y Ethan hasta el comedor y les pidió que se sentaran. John había terminado de apagar todas las velas y estaba abriendo las ventanas para que la luz del sol iluminara la habitación. Al se fijó en el enorme tablero de madera oscura que aún descansaba sobre la mesa.

—¿Así que habéis estado jugando con espíritus mientras nosotros trabajábamos? —bromeó.

—Ya te he dicho miles de veces que la ouija no es un juego —contestó Eli.

—Díselo a todos esos críos que juegan con ella —se burló Al.

—Si pudiera, se lo diría. —Eli le miró con expresión seria—. Dejémonos de tonterías. ¿Qué querías decir con eso de que teníamos razón?

—No, no, no... —contestó él, agitando la cabeza—. Para una vez en la vida que me dices que tengo razón, vas a explicarte tú primero.

—No, yo he preguntado antes —repuso Eli.

—Lo contaré yo —dijo John, sentándose—. Hemos intentado contactar con los espíritus de Jim, Leo y Annabelle y ha sido imposible. No están en el otro plano. Nadie les ha visto por allí.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Ethan, confuso.

—No estamos seguros —contestó Eli—. Puede que sus almas hayan trascendido directamente, ya sea al cielo o al infierno, pero dado que creemos que sus muertes fueron violentas, esa explicación no se sostiene.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Ethan.

—Las muertes violentas o a destiempo suelen provocar que el espíritu se quede atrapado en este plano. Podríamos decir que la persona no estaba preparada para morir y que a su espíritu le cuesta aceptarlo y seguir su camino —explicó Eli.

—¿Entonces qué ha pasado? ¿Dónde creéis que están? —intervino Al.

—Bueno... Esa es la razón de que te haya dicho que teníais razón... Creemos que es posible que Jim, Leo y Annabelle no estén muertos y que los cadáveres de la playa no tengan nada que ver con ellos. Puede que estuviéramos viendo fenómenos paranormales donde solo hay desapariciones y asesinatos causados por personas de carne y hueso.

El silencio se adueñó de la habitación. Al se quedó mirando a Eli con la boca abierta mientras negaba con la cabeza. Cuando consiguió reaccionar, se permitió una sonrisa burlona.

—Joder, con lo que me había gustado que me dieras la razón... Lo siento, pero algo habéis hecho mal. Esas tres personas están muertas y todo este asunto apesta a movida paranormal.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó John, inclinándose hacia adelante.

—Porque hemos comparado las huellas de los tres ancianos desaparecidos y coinciden con las de los tres cadáveres encontrados en la playa —explicó Ethan—. No hay posibilidad de error. Aunque sea una locura, los cuerpos de esos tres jóvenes muertos son los de Jim Barret, Leonardo Mancini y Annabelle Duncan.

Todos volvieron a quedar en silencio, reflexionando. Al esperó unos segundos mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. No sabía qué decir. Él tenía pocos conocimientos y experiencia sobre fenómenos sobrenaturales, así que tendrían que ser John o Eli los que dieran alguna explicación sobre lo que estaba pasando. Fue paseando la mirada entre sus acompañantes, pero ninguno de ellos dio ningún signo de ir a aportar algo más a la conversación.

—¿Es que no vais a decir nada? —preguntó, incapaz de seguir callado—. Se supone que sois expertos en estas cosas, ¿no?

—Sí, pero todo esto no tiene sentido —protestó John.

—Bueno, sabemos que están muertos. Según creéis, sus almas tienen que estar en alguna parte, así que solo hay que encontrarlas. —Al se giró hacia Eli antes de seguir hablando—. Has dicho que podrían haber pasado ya al cielo o al infierno, ¿verdad? Pues solo hay que buscarles ahí y preguntarles.

—No podemos estar seguros de que estén allí —contestó Eli—. Ni siquiera estamos seguros de que existan un cielo y un infierno tal y como los imaginamos. Además, no se puede contactar con esos sitios tan fácilmente.

—Se supone que San Pedro está en la puerta del cielo apuntando a todos los que entran y supongo que habrá un “San Pedro maligno” que hace

lo mismo en el otro lado. ¿No hay alguna manera de invocarlos y preguntarles?

—¿Tú te estás oyendo? —preguntó Eli mirándole como si fuera un extraterrestre—. No se puede invocar a San Pedro. Eso de que está guardando las puertas del cielo es solo una imagen alegórica. Además, aunque estuviera allí, seguro que tiene muchas cosas mejores que hacer que acudir a nuestra llamada.

—Si yo llevara siglos haciendo de portero del mismo sitio, estaría encantado de que me distrajeran con algo —insistió Al.

—Pues te digo que no se puede. Hay que buscar alguna otra manera...

—Está bien. Ilumínanos —dijo Al, sarcástico—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —reconoció ella—. Solo sabemos que tenemos tres almas perdidas y que, hasta que no las encontremos, no podremos saber qué les ha sucedido.

Al levantó la cabeza del libro que estaba ojeando y miró a Eli y a John. Cuando Ethan se había marchado, hacía horas ya, el anciano había traído todos sus libros sobre temática paranormal para que pudieran estudiarlos y tratar de buscar alguna explicación al misterio de aquellas tres almas desaparecidas. Llevaba toda la tarde pasando hoja tras hoja, sin estar seguro siquiera de lo que estaba buscando. Aquello le aburría mortalmente y en el salón hacía mucho calor. Sentía la ropa pegada y los sillones de cuero de John no ayudaban a sentirse mejor. Estaba seguro de que, si hubiera estado desnudo, se habría quedado pegado al asiento.

Cerró el libro de golpe, haciendo que los otros dos se sobresaltaran. Sonrió a modo de disculpa y se levantó:

—No puedo más. Esto es una pérdida de tiempo —protestó.

—Puede ser, pero hay que hacerlo —dijo Eli, señalándole el libro que acababa de cerrar para que volviera a cogerlo—. Esto es un trabajo y nos van a pagar por ello, ¿recuerdas?

—Yo soy un hombre de acción, Eli —protestó él—. Esto me está matando.

Ella no tuvo más remedio que soltar una risita. Se frotó las sienes y volvió la vista a su libro antes de despedirse.

—Anda, sal fuera un rato a tomar el aire. Si te quedas aquí, nos vas a volver locos.

Salió de casa antes de que se arrepintieran. Se sentó en una silla de la terraza, apoyó los pies en otra y encendió un cigarrillo. Ya empezaba a anochecer y las vistas del sol ocultándose tras la línea del horizonte eran increíbles. Era una pena estropear una tarde de verano tan estupenda entre libros viejos.

Un cuarto de hora después ya estaba aburrido de contemplar el atardecer. Se planteó que quizá podría convencer a Eli para que dejaran de estudiar un rato y se fueran a dar un paseo por el pueblo o a buscar algún sitio en el que cenar. Todavía recordaba aquel pequeño restaurante al lado del puerto donde habían cenado el año anterior. Era el lugar en el que le había dejado ver por primera vez a Eli que le gustaba y seguro que a ella también le traía buenos recuerdos. Además, servían unos rollitos de langosta que estaban de muerte.

Animado por la idea, volvió a entrar en la casa y descubrió que Eli y John ya no estaban enfrascados en sus lecturas. Los libros estaban cerrados y ellos estaban conversando. Frunció el ceño antes de sentarse frente a ellos

con los brazos cruzados sobre el pecho y el entrecejo fruncido.

—Aquí no trabaja nadie si yo no estoy vigilando, ¿no? —preguntó en broma.

—No seas tonto —contestó Eli—. Estamos hablando sobre el caso.

—Sí, mis libros son demasiado generales y no creemos que vayamos a encontrar en ellos las respuestas que necesitamos —explicó John.

—¿No podríais haber llegado a esa conclusión antes de perder toda la tarde con ellos? —protestó Al—. ¿Dónde se supone que vamos a encontrar esas respuestas?

—Se me ha ocurrido que deberíamos ir a visitar al Grupo Alpha, en Boston —contestó Eli—. John ha llamado para que nos reciban mañana. Podremos consultar sus libros y sus archivos y, si tenemos suerte, quizá podamos hablar con algún experto que pueda ayudarnos.

—Perfecto. Nos vamos a Boston. —La cara de Al se iluminó con una amplia sonrisa—. ¿Eso significa que por hoy hemos terminado de leer estos rollos?

—Sí, eres libre.

—Genial, porque iba a proponerte que saliéramos a cenar algo.

—Me encantaría, pero no me siento bien —se disculpó Eli.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—No lo sé. Me encuentro muy cansada y tengo el estómago revuelto. —Ante el gesto de preocupación de Al, ella forzó una sonrisa y le revolvió el flequillo—. Tranquilo, seguro que no es nada, pero prefiero acostarme y descansar un rato. Creo que tendrás que ir a cenar con John.

Ella se levantó, le dio un leve beso en los labios y salió de la casa para ir a dormir a la caravana. Él se quedó mirando cómo se marchaba. Aunque le había dicho que no se preocupara, no podía evitarlo. A pesar de que Eli era una chica pálida, delgada y de apariencia débil, no la había visto ponerse enferma nunca. Pensó en seguirla y acompañarla por si necesitaba algo, pero John se puso en pie y recogió su chaqueta y su bastón.

—Parece que vas a tener que cenar conmigo —le dijo, guiñándole un ojo—. Sé que no soy tan guapo como ella, pero a cambio pago yo la cena. ¿Te apuntas?



CAPÍTULO CINCO

Ya llevaba un par de horas despierta cuando Al se levantó. Le sentí desperezarse a mi lado. Cerré los ojos y seguí respirando de forma acompasada. Él salió de la caravana tratando de hacer el mínimo ruido posible y yo aproveché para coger una manta y taparme hasta las orejas, a pesar de que el sol de aquella mañana de julio ya empezaba a calentar el aire del interior del vehículo.

Regresó media hora después, subió gateando a la cama y tiró de la manta para dejar mi cabeza al descubierto. Yo abrí los ojos poco a poco, fingiendo que acababa de despertarme.

—Vamos, dormilona —dijo, depositando un beso en la punta de mi nariz—. Tenemos que prepararnos para ir a Boston. Se nos hace tarde y el desayuno ya está listo.

—No quiero desayunar nada —respondí con voz quejumbrosa—. Tengo el estómago revuelto.

—Tampoco cenaste nada anoche. —Su sonrisa desapareció para dar paso a una expresión preocupada. Me puso la mano en la frente para comprobar mi temperatura y frunció el ceño—. Tienes la frente muy caliente.

Por supuesto que tenía la frente caliente. Me había pasado la última media hora muriéndome de calor para conseguir subir mi temperatura corporal. Fingí un gesto de esfuerzo mientras me incorporaba en la cama.

—Sí, creo que tengo fiebre. No me encuentro nada bien.

—Habría que cancelar el viaje a Boston —dijo él, apenado—. No te preocupes. Yo te cuidaré hasta que estés bien.

—No, no podemos cancelarlo —me apresuré a contradecirle—. No sabemos cuándo será el próximo asesinato. Necesitamos conseguir información cuanto antes.

—No seas cabezota, Eli. Así no puedes ir a Boston.

—Lo sé, pero puedes ir tú con John. Yo me quedaré a esperaros en el sofá.

—No quiero dejarte sola... —protestó él.

—Es un viaje de dos horas. Estaréis aquí esta misma tarde. —Me sentí conmovida por su preocupación, así que, aunque estaba mintiéndole descaradamente, saqué un brazo de debajo de las mantas para acariciar su rostro—. Estaré bien. Creo que es solo una gripe. No te preocupes.

—Como quieras. Voy a hablar con John, a ver si quiere venir.

Volvió a salir de la caravana y yo me tapé de nuevo con las mantas, decidida a mantener mi aspecto enfermizo y sudoroso. Un rato después, la puerta de la caravana volvió a abrirse y Al entró y se acercó de nuevo a la cama.

—Ven, te llevaré dentro.

Salí de la cama, fingiendo que me costaba un enorme esfuerzo moverme. Creo que mi interpretación fue demasiado buena, porque, en cuanto estuve de pie, él me levantó del suelo y me cogió en brazos para sacarme de la caravana.

—Esto no es necesario, Al. Puedo andar hasta la casa de John. No hay ni veinte pasos.

—Lo siento. No se admiten quejas sobre el servicio médico. Ahora eres una paciente y debes obedecer y ser buena. —Él me sonrió y aprovechó que nuestras cabezas estaban muy cerca para darme un beso en los labios.

—Te vas a contagiar.

—Por un beso tuyo, me da igual pillar hasta la peste —contestó con otra de sus arrebatadoras sonrisas.

Me conmoví como una boba, hasta el punto de plantearme que debería confesarle que estaba mintiendo y contarle mi plan. A lo mejor me comprendía e incluso me apoyaba. Desistí de la idea en un solo segundo. Hasta yo sabía que lo que iba a hacer era una locura y ya había llegado demasiado lejos como para echarme atrás.

Cuando entramos en el salón, John estaba esperándonos. Me siguió con la mirada mientras Al me depositaba con cuidado sobre el sofá. El anciano se acercó con una manta y me cubrió con ella mientras seguía mirándome con expresión preocupada.

—¿Estás segura de que estarás bien sola? —me preguntó.

—Sí, por supuesto. Son solo unas horas. Podré aguantar sin morirme —bromeé.

—Te he dejado sopa de pollo en una cazuela. Solo tienes que calentarla —me indicó él—. Y tienes zumo de naranja recién exprimido en la nevera.

Musité un gracias y me recosté en el sofá, fingiendo que estaba tan cansada que iba a volver a quedarme dormida. Si seguían tan preocupados y no paraban de hacer cosas por mí, iban a conseguir que me pusiera a llorar. Por suerte, salieron del salón sin decir nada más.

Cuando dejé de escuchar el motor de la caravana, aparté la manta a patadas y me puse en pie. El ritual que iba a realizar necesitaba muchos preparativos y no contaba con demasiado tiempo. Corrí hacia el comedor, donde habíamos dejado los libros que estuvimos leyendo el día anterior, y rebusqué hasta encontrar el que necesitaba. La ridícula idea de Al de hablar con San Pedro me había puesto en el camino correcto. No pretendía hablar con el portero del cielo, pero tenía otro contacto allí al que me hacía mucha ilusión volver a ver: mi abuela Clarice.

Me llevó más de cuatro horas terminar con todos los preparativos. Por suerte, la parte del ayuno la había cumplido al fingir que estaba enferma. Mi estómago rugía de hambre, pero tendría que esperar un poco más. Había perdido mucho tiempo repasando el ritual una y otra vez, tratando de estar lo más segura posible. Cuanto más leía, más nerviosa me ponía. Cuando me sentí preparada, dejé los libros y, para calmar los nervios, me prometí a mí misma que, si en algún momento me parecía demasiado peligroso, lo dejaría y buscaría otra manera más segura de conseguir mi objetivo.

Después de retirar los muebles del comedor, dibujé en el suelo un gran círculo de protección, en cuyos límites fui colocando velas blancas y moradas. Cuando todo estuvo listo, me di un baño purificador con salvia y romero. El agua caliente y las hierbas aromáticas consiguieron calmar un

poco mis nervios, pero, aun así, seguía sintiendo una punzada en el estómago cada vez que recordaba las primeras frases de advertencia que aparecían en el libro, justo encima de la explicación del ritual que pretendía realizar:

Este es un ritual extremadamente peligroso. Solo debe ser realizado por personas con gran experiencia y que hayan probado en numerosas ocasiones su capacidad de concentración y su elevada espiritualidad. Incluso en estos casos, se recomienda realizarlo bajo supervisión. Si el trance se prolonga demasiado tiempo, las personas encargadas de supervisar al médium deben despertarlo para evitar que su espíritu se pierda para siempre.

Negué con la cabeza, tratando de espantar aquellos pensamientos. No iba a pasarme nada. A pesar de haber perdido mi don, seguía siendo una bruja poderosa, descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. Aquello habría sido un juego de niños para cualquiera de mis antepasadas y yo no iba a quedarme atrás.

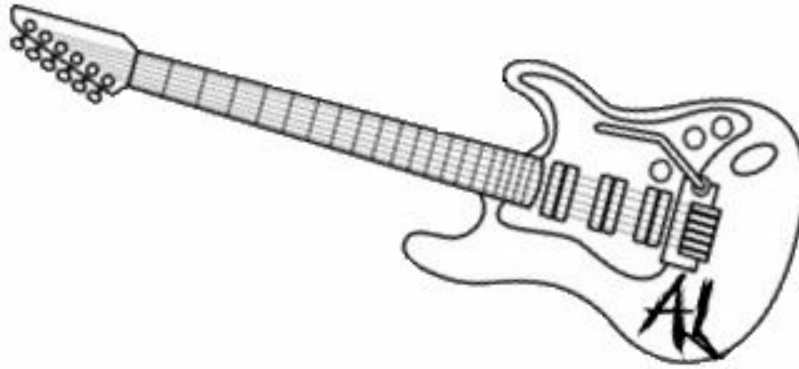
Salí de la bañera y me sequé cuidadosamente. Después me coloqué frente al espejo y fui pintando símbolos azules con polvo de lapislázuli sobre mi piel desnuda. Cuando terminé, me quedé unos segundos mirando mi figura frente al espejo. Me planteé por un segundo qué pensarían Al y John si regresaban antes de tiempo y me encontraban desnuda y pintada como un pitufo tumbada en medio del comedor. Me dio la risa, una risa nerviosa que me recordó demasiado a la histeria. Tenía que controlarme. Tomé aire un par de veces de forma lenta y profunda y salí del cuarto de baño.

Al llegar al comedor, me tumbé dentro del círculo de protección, cerré los ojos y traté de respirar con tranquilidad mientras comenzaba con el proceso de relajación. Mi abuela me había enseñado aquellas técnicas cuando yo era muy pequeña y las había practicado muchísimas veces. No me sería muy difícil concentrarme y dejar de ser consciente de mi propio cuerpo, pero

sabía que aquella no era una relajación normal. Tenía que alcanzar una concentración extrema que estaba mucho más allá de la que había requerido otras veces para realizar rituales de autohipnosis o viajes astrales.

Poco a poco, conseguí que el ritmo de mi respiración se hiciera muy lento y profundo y que mi corazón se frenase. Utilicé toda mi concentración para ir olvidando cada una de las partes de mi cuerpo. Ya no sentía la presión del suelo en la espalda, ni el peso de mis brazos o piernas. Fui sintiendo que me separaba de las sensaciones físicas, que mi cuerpo ya no importaba y se volvía etéreo, que me convertía en un ser espiritual formado de aire o luz.

Cuando dejé de notar cualquier estímulo que llegase del exterior, cuando me di cuenta de que ya no percibía ninguna luz, sonido ni aroma, cuando conseguí que incluso las sensaciones táctiles desaparecieran, supe que estaba preparada. Tomé aire por última vez y di orden a mi corazón de que se detuviera.



CAPÍTULO SEIS

Cuando Al salió del edificio en el que se encontraba el Grupo Alpha, llevaba una torre de libros tan alta que debía sujetarla con la barbilla para que no se cayera. John, que caminaba unos pasos por delante de él, se giró y le miró con expresión divertida.

—¿No quieres que te ayude? —le preguntó.

—No, en serio. Estoy bien, pero ¿de verdad necesitamos tantos libros?

—Si supiéramos lo que estamos buscando, podríamos habernos llevado menos. El problema es que no tenemos ni idea de a qué nos enfrentamos...

—Yo de momento me enfrento a quedarme sin riñones si no puedo dejar todo esto pronto —se quejó Al—. Menos mal que hemos aparcado la caravana cerca.

Caminaron unos minutos más en silencio, solo interrumpidos por los bufidos y quejidos de Al. John siguió caminando delante de él, cuidando de que no se chocara contra nadie. Cuando llegaron frente a la caravana, Al depositó los libros en el suelo y abrió la puerta. Después de meterlos dentro y

dejarlos seguros sobre el sofá, regresó para abrir la puerta del copiloto y ayudar a John a subir. Este negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Soy viejo, pero no soy un inútil. Puedo hacerlo solo.

—Está bien, está bien. Solo pretendía ser amable.

Rodeó la caravana, entró y metió las llaves en el contacto. John seguía intentando subir a su asiento con esfuerzo. La verdad era que la caravana era demasiado alta para que una persona tan mayor pudiera subir llevando además un bastón. Decidió fingir que ni siquiera se daba cuenta de los problemas que estaba teniendo John y se limitó a encender la radio y buscar alguna emisora en la que pusieran buena música. No quería volver a ofender a John ofreciéndole su ayuda. Además, le gustaba la actitud de aquel viejo cabezota. Podía haber perdido fuerza y agilidad con los años, pero conservaba intactos su orgullo y su dignidad.

—Podemos salir —dijo John cuando consiguió encaramarse al asiento. Al le miró y no pudo contener una sonrisa. El anciano fingía que se encontraba perfectamente, pero su cara estaba roja y su frente cubierta de sudor—. ¿También me vas a hacer sufrir esa música infernal durante todo el camino de vuelta?

—¿Música infernal esto? Pero si es *You shook me all night long* de AC/DC... Es un temazo. Créeme, esto se convertirá en un clásico en el futuro.

—Por suerte no estaré aquí para verlo —repuso John, sarcástico—. Supongo que no tendrás algo de Whiteman o de Gershwin por ahí.

—Ni siquiera sé quiénes son esos —contestó Al, encogiéndose de hombros y provocando un bufido de John—. Dame un momento. Creo que tengo algo que puede gustarte.

Se inclinó hacia el asiento de John, abrió la guantera y revolvió dentro durante un rato hasta encontrar la cinta que buscaba. La sacó y se la enseñó a John con una sonrisa triunfal.

—¿*Queen*? —preguntó John, mirando la extraña portada en la que, sobre fondo negro, aparecían los dibujos de los componentes de una banda vestidos con estridentes chaquetas naranjas y amarillas—. No he oído hablar de ellos en la vida.

—Este disco ha salido hace un mes. A Eli le encanta. —Al le guiñó un ojo en señal de complicidad—. No se lo digas, pero a mí también me gusta. Ya verás qué voz tiene el tío que canta.

Metió la cinta en el casete y la puso en marcha. Al instante, el interior de la caravana se llenó con las últimas notas de *Friends will be friends*. John se recostó en el asiento con el ceño aún fruncido.

—Bueno, no es el tipo de música que me gusta, pero creo que podré aguantar. Tienes razón. El cantante tiene buena voz.

La canción terminó y la cinta se paró. Al le dio la vuelta y puso en marcha la caravana, mientras sonaban las primeras notas de *Who wants to live forever*. Se concentró en conducir. El tráfico en Boston era una locura y no quería pasarse la salida. Cuando estuvo seguro de haberse situado en el carril correcto, se giró hacia John y se sorprendió al descubrir una solitaria lágrima cayendo por la mejilla del anciano.

—¿Qué pasa, John? —Ante la falta de respuesta de su acompañante, se fijó en la letra de la canción que estaba sonando—. Lo siento, quizá escuchar esto no sea bueno para ti. La quitaré.

Alargó la mano para sacar la cinta, pero John le detuvo. A pesar de que nuevas lágrimas se habían unido a la primera, estaba sonriendo mientras

negaba con la cabeza.

—No, no la quites. Es una canción preciosa.

—Pero te hace daño —protestó Al.

—No... ¿Cómo va a hacerme daño pensar en la muerte? La tengo presente todos los días. No es solo la posibilidad de mi muerte lo que me entristece... Es la de todos los que he perdido, toda esa gente amada a la que no volveré a ver. Es una gran canción con un gran mensaje: “¿Quién quiere vivir para siempre si el amor ha de morir?”.

—Bueno, estoy seguro de que todavía tienes mucha gente que te quiere —trató de consolarle Al.

—Sí, claro... Tengo un hijo en edad de jubilarse que está empeñado en internarme en un asilo para dejar de sentirse culpable por no cuidar de mí, dos nietos a los que solo veo un par de veces al año y unos cuantos biznietos de los que no recuerdo ni el nombre... —John se mantuvo en silencio unos segundos con la cabeza girada hacia la ventanilla—. Oye, ¿no vamos muy rápido? Pensaba que decías que este cacharro no era capaz de correr tanto.

—Y no lo es. Lo estoy llevando a todo lo que da —contestó Al, agradeciendo el cambio de tema—. Estoy temiendo que en cualquier momento el motor estalle y nos deje tirados.

—Entonces, ¿por qué no vas más despacio?

—Quiero llegar cuanto antes a Rockport. —Soltó un largo resoplido de agobio—. Estoy nervioso por Eli. No tendríamos que haberla dejado sola estando enferma.

—Tranquilo. Será solo una gripe o un resfriado.

—No, no es eso. —Al se giró hacia él y esbozó una sonrisa nerviosa—.

Tengo un mal presentimiento.

—¿Un presentimiento tú? Pensaba que no creías en esas cosas —dijo John, sarcástico.

—Y no creo, pero siento algo raro en el estómago. Es algo físico que está ahí dentro y que ahora mismo me está diciendo que ha pasado algo malo.

—Está bien. Confiemos en tu estómago entonces —dijo John, soltando una risita—. Haz volar a esta cafetera.



CAPÍTULO SIETE

Abrí los ojos y me encontré en un túnel cubierto de niebla. No podía creerlo: lo había conseguido. Si mi ente astral hubiera tenido corazón, se habría desbocado. Como no era así, no sentí nada. Solo una extraña paz, una tranquilidad que nunca antes había experimentado. Giré sobre mí misma, sintiendo bajo los pies la suave superficie de aquel túnel. Era cálida y agradable. Daba la impresión de estar caminando sobre algodones, sobre nubes... Soplabla una brisa suave con aroma de flores: a jazmín, a lavanda, a madreSelva... Y no se escuchaba nada. El lugar destilaba una sensación de paz tan potente que sentí ganas de tumbarme, cerrar los ojos y disfrutar... Tan solo disfrutar.

Sabía que no debía hacerlo. Aquel era uno de los peligros del ritual que acababa de realizar: olvidar tu objetivo y quedar atrapado para siempre. Debía concentrarme, hacer lo que había venido a hacer y regresar lo antes posible para reanimar mi cuerpo. Además, la luz brillante que se percibía a lo lejos, al final del túnel, parecía tirar de mí y urgirme a que me acercara.

Empecé a andar hacia allí. El camino era largo, pero pasear por aquel lugar era un placer que me hacía sonreír y llenaba mi alma de dicha. Cuanto más cerca estaba de aquella luz, más feliz me sentía, hasta el punto de que me parecía que mi pecho acabaría estallando de alegría. Cuando estuve más cerca, pude percibir que había una figura a la salida del túnel. La potente luz blanca la iluminaba por detrás, impidiéndome distinguir sus rasgos, pero no sentí miedo. Sabía que en aquel lugar no podía sucederme nada malo, así que continué acercándome.

Cuando estuve a su lado, me detuve y la observé. Era una mujer joven de largo cabello moreno y ojos oscuros. La reconocí de inmediato por las fotos que tantas veces habíamos visto juntas en casa. Era mi abuela Clarice. Me arrojé hacia ella y me abrazó con tanta fuerza como si no quisiera que nos separáramos nunca. Sin embargo, el abrazo no duró. Ella me apartó, me agarró por los hombros y me miró con dureza.

—¿Qué haces aquí, niña? Esta no es tu hora y este no es tu sitio.

Yo ni siquiera la escuchaba. Estaba hipnotizada por el espectáculo que podía apreciarse detrás de ella. Ante mí se extendía un paisaje de suaves colinas doradas por el sol, un cielo limpio e infinito... El aroma de las flores era intenso y embriagador. Se escuchaba algo, la música más dulce que jamás había oído acompañada por los cantos de miles de pájaros... Habría podido quedarme una eternidad contemplando aquel lugar, pero mi abuela volvió a sacudirme por los hombros.

—Eli, escúchame. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Me volví hacia ella con una sonrisa bobalicona en el rostro. Ya no me importaba lo que había ido a hacer allí. Solo quería entrar en aquel lugar y quedarme con ella para siempre. Di un par de pasos más hacia la salida del túnel, pero ella se interpuso en mi camino.

—No, Eli. No debes entrar. Dime qué has venido a hacer aquí.

La seriedad y urgencia de su voz consiguieron romper un poco el hechizo que aquel sitio ejercía sobre mí. Meforcé a recordar para qué había venido. Era extraño. Hacía unos pocos minutos lo tenía tan claro... ¿Por qué me costaba tanto recordarlo? Cerré los ojos para que el paisaje no me distrajera y me esforcé aún más. Tres nombres aparecieron en mi mente.

—Vengo buscando a tres almas que han desaparecido: Jim Barret, Leonardo Mancini y Annabelle Duncan. ¿Sabes si están aquí?

Mi abuela no contestó de inmediato. Cerró los ojos y ladeó la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando una conversación con un interlocutor invisible. Cuando volvió a abrirlos, vi preocupación en su mirada.

—No están. No existen.

—¿Estás segura?

—Todas las almas estamos conectadas a través de Dios. Lo sabemos todo, podemos verlo todo... Sentimos las almas de los vivos, las de los muertos, las de los salvados y las de los condenados... Esas almas por las que preguntas ya no existen.

—Pero eso no puede ser —repuse, confusa—. Tienen que estar en algún sitio.

—Han sido devoradas. —Vi miedo en los ojos de mi abuela—. Regresa al mundo y olvídate de esto, Eli. Es peligroso.

—¿Devoradas? ¿Por quién?

—Los asuntos del infierno no son claros para nosotros. Ha sido un demonio. Uno poderoso. No puedo decirte más. —Mi abuela volvió a

abrazarme—. Ahora regresa a tu mundo y no vuelvas hasta que sea tu hora.

—No quiero irme —protesté cuando ella me soltó—. Este sitio es tan bonito, se está tan bien aquí... ¿No podría quedarme contigo?

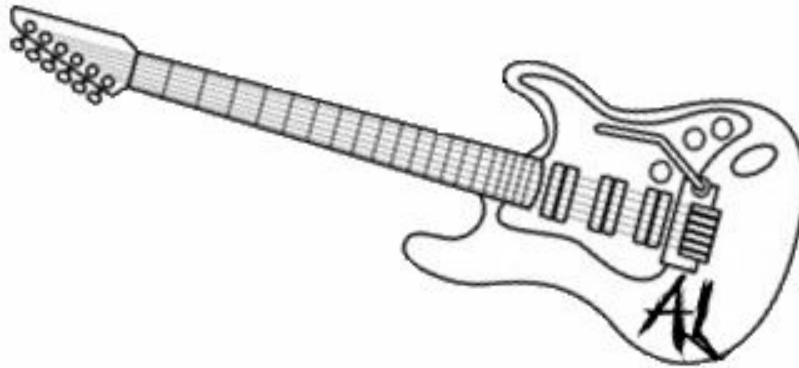
—No, cariño... Tu hora está muy lejana y estás llamada a hacer grandes cosas en el mundo. Regresa antes de que sea tarde.

Me giró para que dejara de contemplar el paisaje y me empujó levemente. Yo empecé a andar sin mucha convicción. No entendía por qué tenía que marcharme. Tras haber visto el lugar al que todos estábamos destinados, me parecía una tontería regresar a un mundo en el que había tristeza, enfermedad, vejez, dolor... ¿Por qué no podía quedarme allí directamente? Intenté buscar en mi memoria alguna razón para regresar a la Tierra, pero no encontré nada. Mi mente estaba confusa y no lograba recordar a nadie de los que había dejado atrás. Tan solo podía pensar en la belleza de aquel lugar, en su aroma y sus sonidos, en su paz... Sobre todo en su paz. No era justo que me obligaran a regresar.

Me di la vuelta para discutir con mi abuela y convencerla de que me dejara pasar, pero ya no estaba. Ni ella ni la hermosa luz blanca ni el paisaje de ensueño. Todo aquello había desaparecido y me encontraba sola y perdida en aquel túnel blanquecino cubierto de niebla. Empecé a andar hacia el lugar en el que antes había estado la salida del túnel, pensando que quizá me había alejado más de lo que pensaba y que podría volver si me empeñaba lo suficiente, si demostraba con mi esfuerzo que aquello era lo que en realidad deseaba. No sé cuánto tiempo estuve caminando. Me planteé que quizá había equivocado la dirección y que la salida se encontraba al otro lado de aquel túnel, así que me giré y comencé a andar de nuevo.

El tiempo y el espacio eran tan extraños allí... Era imposible calcular cuánto tiempo llevaba andando, si me acercaba o me alejaba de mi objetivo.

¿Objetivo? ¿Cuál era mi objetivo? Me di cuenta de que no podía recordar a dónde iba ni para qué. Tampoco sabía cómo había llegado a aquel lugar ni a qué había venido. Me senté en aquel suelo algodonoso y acaricié con las manos la suave superficie. Era tan agradable... Me tumbé en el suelo y cerré los ojos, dejándome envolver en aquella calidez. Volvería a moverme cuando recordara a dónde iba, cuando tuviera un motivo para ello... La verdad era que no encontraba ninguna razón para hacerlo. Ni siquiera podía recordar ya quién era yo. Y me daba igual. Solo quería disfrutar de aquella paz, quizá para siempre...



CAPÍTULO OCHO

En cuanto aparcaron frente a la casa, Al saltó de la caravana, olvidándose de los libros y del propio John. Las últimas millas habían sido una tortura. Según se iban acercando a Rockport, aquella sensación de urgencia, lejos de disminuir, había ido aumentando y aumentando. Había pisado el acelerador a fondo, con todas sus fuerzas, pero aquella mierda de caravana no daba para más. Sabía que debía tranquilizarse, que Eli estaría bien, que lo que tenía no sería nada grave... Se había dicho aquello a sí mismo milla tras milla, pero no había conseguido reducir esa sensación en su estómago.

Llamó un par de veces a la puerta y esperó. Se giró para ver cómo John ya había conseguido salir de la caravana y se acercaba a la casa, andando todo lo rápido que sus viejas piernas le permitían. Al le dirigió una sonrisa comprensiva y volvió a aporrear la puerta. Eli estaba tardando demasiado en abrir. Pensó que quizá la habían pillado dormida y por eso no escuchaba su llamada, pero aquello no le convenció. Todas sus alarmas se dispararon. Estaba seguro de que le había sucedido algo malo.

Por suerte, John llegó a su lado y le pasó las llaves. Abrió y entró en casa mirando a todos lados. No había rastro de Eli. El pasillo estaba oscuro y en silencio y en el aire flotaba un aroma extraño que pronto reconoció. Olía a velas y a hierbas, a todas aquellas cosas raras que Eli utilizaba en sus rituales. Cruzó el pasillo a la carrera, mirando a través de las puertas abiertas, hasta llegar al comedor.

Sintió que el corazón se le detenía y que el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Eli estaba tumbada en el suelo, en el centro de un círculo de protección dibujado con tiza y rodeada por velas de colores. Se encontraba totalmente desnuda y su piel estaba teñida con un extraño polvo de color azulado.

Se arrojó a su lado, la agarró por los hombros y la sacudió, haciendo que su cabeza oscilase adelante y atrás, pero no consiguió que abriera los ojos. John entró en aquel momento en el comedor y se quedó mirando la escena, estupefacto.

—¿Qué has hecho, niña? —gritó cuando pudo reaccionar.

Se acercó renqueante y, soltando un gemido de esfuerzo, se arrodilló a su lado. Después, puso su mano sobre el brazo de Al para llamar su atención.

—Vuelve a tumbarla, por favor.

Él obedeció y se echó hacia atrás para dejarle espacio a John, a pesar de su angustia y de que sentía que tenía que hacer algo o se volvería loco. El anciano puso dos dedos en el cuello de Eli y se mantuvo quieto y en silencio durante unos segundos. Después, sacó de su bolsillo un antiguo reloj de cadena y lo abrió. Al vio que en la parte interior de la tapa había un pequeño espejo que John colocó sobre los labios de Eli.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, incapaz de seguir en silencio un

segundo más.

—No encuentro su pulso. Estoy intentando comprobar su respiración. Si respira, el espejo debería empañarse. —John se quedó en silencio un par de segundos más antes de negar con la cabeza—. Está en parada. ¿Sabes hacer una reanimación?

Al negó con la cabeza, mientras sentía como el pánico más intenso que hubiese sentido en su vida le consumía por dentro. John le zarandeó para obligarle a reaccionar.

—Tranquilo, tienes que mantener la mente fría. —John le soltó para agarrar la cabeza de Eli y extender su cuello hacia atrás—. Colócate a su lado y, cuando yo te lo indique, debes taponarle la nariz con la mano e insuflarle aire en la boca durante un segundo dos veces seguidas. ¿Lo has entendido?

No pudo responder. Se encontraba tan paralizado por el miedo que no habría sabido ni contestar si le hubieran preguntado su nombre. Se limitó a colocarse donde John le había indicado y a asentir con la cabeza.

El anciano entrelazó los dedos, colocó sus manos sobre el pecho de Eli y empezó a comprimirlo mientras contaba en voz alta. Cuando llegó a treinta, le indicó que era su turno para inclinarse sobre sus labios e insuflarle aquel aire que le devolvería la vida. Él lo hizo y, cuando se retiró y John reanudó las compresiones, se fijó en el rostro de Eli, esperando que aquello funcionara, que abriera los ojos y le sonriera, pero no sucedió nada.

No se dieron por vencidos. Siguieron tratando de reanimarla durante un tiempo eterno. Se dio cuenta de que el cuerpo de Eli estaba cada vez más borroso, como si estuviera cubierto por una extraña cortina translúcida. Tardó un rato en comprender que eran las lágrimas que inundaban sus ojos las que nublaban su vista. Se restregó los ojos con rabia. No había nada por lo que

llorar. Iban a conseguirlo, iban a salvarla, aunque tuvieran que seguir luchando contra la muerte para siempre.

De repente, el cuerpo de Eli se envaró y escucharon como tomaba una profunda bocanada de aire. Al sintió el impulso de abrazarla para darle la bienvenida de vuelta a la vida, pero John le detuvo con un brazo, volvió a colocar dos dedos en su cuello y a aproximar el pequeño espejo del reloj a su boca. Al se contuvo, con el cuerpo tenso como un resorte, pero se relajó al ver que una sonrisa aparecía en los labios del anciano.

—Lo hemos conseguido —dijo, dándole un par de fuertes palmadas en la espalda—. Respira y el ritmo de su corazón es normal.

—¿Y por qué no despierta? —preguntó Al, aún demasiado preocupado como para alegrarse.

—Habrás que darle tiempo para que se recupere. —John se quitó la chaqueta y cubrió con ella el cuerpo desnudo de la chica—. Llévala a mi habitación y ponla en la cama. Tendrás que quitarle toda esa pintura azul y ponerle algo de ropa.

—¿No sería mejor que la llevara a la caravana?

—No te ofendas, pero no voy a permitir que duerma en ese cacharro. Necesita descansar en una buena cama.

—Y, si tarda en despertarse, ¿dónde vas a dormir tú? —preguntó Al.

—No te preocupes. Dormiré en el sofá. —John le dio otro par de palmadas amistosas—. Supongo que no querrás separarte de ella, así que puedes coger uno de los sillones del salón y ponerlo al lado de la cama. Voy a buscar algún recipiente con agua y unas toallas para que puedas quitarle toda esa pintura.

John se incorporó con esfuerzo, soltando un largo gemido de dolor al mismo tiempo que estiraba las rodillas. Al se mantuvo quieto unos segundos, aún demasiado confuso como para ponerse en marcha.

—Puedes estar tranquilo. Despertará —le consoló John antes de salir del comedor.

Al no contestó nada. Se limitó a ver cómo se marchaba. Conocía a John desde hacía poco tiempo, pero ya era capaz de detectar si su sonrisa era verdadera o si sus palabras eran tan sinceras como parecían. Había notado preocupación en sus ojos, un miedo muy similar al que él sentía. Se había dado cuenta de cómo miraba los símbolos que Eli había dibujado en el suelo y los libros de magia y rituales que estaban abiertos sobre la mesa del comedor. No sabía qué era lo que ella había estado haciendo y no podía estar seguro de que fuera a despertar.

Se incorporó y cogió a Eli en brazos para llevarla hasta la habitación de John. Le pareció que no pesaba nada, que era tan etérea como si estuviera desvaneciéndose entre sus brazos. La apretó con fuerza contra su pecho, tratando de atraerla hacia su mundo y amarrarla a la vida como fuera.

John entró en la habitación llevando en las manos un plato con un sándwich y un vaso de leche. Al apartó la mirada, que había mantenido fija en el rostro inerte de Eli, y le dirigió una sonrisa cansada.

—No hacía falta que te molestaras —le dijo—. No tengo hambre.

—Me da igual que no tengas hambre. Tienes que comer. —John depositó el plato y el vaso sobre la mesilla—. ¿Algún cambio?

—No. Sigue igual. —Se echó las manos a la cabeza y negó, alborotándose el largo flequillo—. No se mueve, no contesta, no reacciona...

¿Cuánto tiempo más vamos a seguir así? Deberíamos llevarla a un hospital.

—Ya lo hemos discutido muchas veces, Al —dijo John, soltando un suspiro hastiado—. A Eli no le sucede nada que puedan curar los médicos. No tiene fiebre, no hay infección, no se ha llevado ningún golpe ni tiene ninguna enfermedad que ellos puedan curar. Su mal es espiritual.

—¿Y entonces qué hacemos? ¿Seguir esperando? —preguntó Al, abatido—. Lleva así dos días.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Todo el Grupo Alpha está investigando, tratando de encontrar la manera de hacerla volver. —John le puso una mano en el hombro para reconfortarle—. Lo conseguiremos.

—Yo no puedo más... —Al volvió a enterrar el rostro entre las manos—. Me está volviendo loco verla así y no poder hacer nada.

—Estás haciendo todo lo que está en tu mano, incluso más. ¿Hace cuánto tiempo que no duermes?

—Doy alguna cabezada de vez en cuando —contestó Al, encogiéndose de hombros.

—Eso no es suficiente. Tienes que comer y dormir un poco. —John arrugó la nariz y sonrió, burlón—. Y tampoco te vendría mal darte una ducha.

Él negó con la cabeza, se recostó en el respaldo del sillón y cruzó los brazos sobre el pecho, dando a entender que no iba a moverse de donde estaba, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. John volvió a resoplar y, mientras murmuraba entre dientes algo sobre lo cabezota que podía llegar a ser aquel chico, salió de la habitación para regresar pocos segundos después llevando en la mano la guitarra de Al.

—Te he oído decir un montón de veces que tocas muy bien y creo que

tu chica está de acuerdo con eso. —John dejó la guitarra apoyada contra el sillón en el que Al estaba sentado—. Quizá podrías tocar un poco para ella. Además, así te entretendrías.

—¿Crees que puede oírme? —preguntó Al volviendo a mirarla con los ojos tristes.

—No lo sé, puede que sí. No pierdes nada por intentarlo.

John volvió a palmear el hombro de Al, salió de la habitación y cerró la puerta. Él cogió su guitarra y pulsó varias cuerdas. Tenerla entre las manos le hizo sentirse más tranquilo. Fue haciendo sonar varios acordes al azar y afinando alguna de las cuerdas. Cuando estuvo conforme con cómo sonaba, volvió a mirar a Eli. Se la veía tan pequeña en aquella enorme cama de matrimonio... Casi parecía una niña con el pelo revuelto esparcido por la almohada y sus largas pestañas proyectando sombra sobre las pálidas mejillas. Sintió que los ojos le escocían y que la desesperación más absoluta trataba de anidar en su alma. Se esforzó en respirar con calma y en recordar alguna canción que a Eli le gustara. Puso los dedos sobre las cuerdas y empezó a tocar.

Estuvo un buen rato tocando baladas para ella: *Broken wings* de Mr. Mister, *The power of love* de Frankie goes to Hollywood... Incluso hizo el sacrificio de cantar *Against all odds* de Phil Collins, a pesar de que a él le parecía una cursilada, porque sabía que a ella le encantaba esa canción y que la escuchaba cuando él no estaba.

No sucedió nada. Ella no se movió ni pestañeó. Ni siquiera su respiración se alteró. Hubo algunos momentos en los que le pareció que sus labios se curvaban un poco, en un intento de sonreírle, pero no pudo estar seguro de que no fueran sus ganas de ver algún cambio las que le hacían imaginarlo.

La habitación, ya en penumbras, se iluminó súbitamente con un destello azulado. Pocos segundos después, le llegó el sonido de un potente trueno. Dejó la guitarra apoyada contra el sillón y se acercó a la ventana. Una fuerte tormenta de verano caía sobre Rockport. Se quedó quieto, con la frente apoyada contra el cristal, viendo las gotas deslizarse como lágrimas furtivas. Aquel paisaje parecía hacerle eco a su alma. Era justo que el cielo también llorara su pérdida, que los elementos se uniesen a él en su dolor y su rabia. Mientras veía cómo los rayos se sucedían, le vino a la mente otra canción que Eli adoraba. Era una balada de Dire Straits, una canción dulce y pegajosa que Mark Knopfler debía haber compuesto por tener el azúcar demasiado alto. A pesar de que a él no le parecía que fuese una de las mejores composiciones de la banda, se la había aprendido para poder tocarla para ella, porque siempre le arrancaba una sonrisa cuando la cantaba. Los primeros versos de la canción eran tan apropiados para la situación que estaba viviendo que no pudo evitar canturrearlos mientras seguía contemplando la tormenta que azotaba la ciudad:

El cielo está llorando

Las calles están llenas de lágrimas

Lluvia, cae

Y llévate mis miedos...

Regresó al sillón, recogió la guitarra y empezó a tocar la canción, mientras susurraba la letra inclinado hacia Eli, esperando que, de nuevo, aquella canción le despertara una sonrisa. Necesitaba saber que ella seguía allí dentro, que de alguna manera podía escucharle, que no se había perdido para siempre dejando tan solo una cáscara vacía.

Cuando empezó la segunda estrofa, sintió que su alma se destrozaba,

que le invadía una soledad y una desesperación inmensa que nunca antes había experimentado. Aun así, se forzó a seguir cantando, con la voz quebrada por el llanto contenido:

Mientras dormías, pensé que mi corazón se rompería en dos

Besé tu mejilla y me contuve para no despertarte

Pero en la oscuridad pronunciaste mi nombre

Me dijiste, cariño, ¿qué pasa?

Oh, aquí estoy, nena, he venido a por más

Soy como una ola que tiene que chocar contra la orilla

Y si mi amor es en vano, ¿por qué mi amor es tan fuerte?

No fue capaz de cantar un solo verso más. Sintió que la garganta se le cerraba y que las lágrimas que había estado reteniendo en aquellos dos días de angustia rompían todos los diques y amenazaban con ahogarle. Arrojó la guitarra a un lado, agarró su mano y apoyó la cabeza sobre uno de sus muslos, mientras todo su cuerpo se convulsionaba por los sollozos. Mientras lloraba, le suplicó una y otra vez que volviera, que le diera alguna señal... pero ella no hizo nada.



CAPÍTULO NUEVE

Algo me sacó de mi letargo. En un primer momento, no quise moverme. Se estaba tan a gusto allí tumbada... Solo quería seguir así para siempre, pero algo había cambiado y llamaba mi atención, impidiéndome volver a conciliar el sueño.

Me incorporé y miré alrededor para averiguar qué era lo que me había despertado. Entonces lo capté. Era un sonido muy lejano, casi imperceptible. Las notas de una guitarra llegaban hasta mí, como si se acercarán medidas por la suave brisa.

Pensé en acostarme de nuevo. Aquel sonido no significaba ningún peligro y sería agradable escucharlo mientras volvía a dormirme, pero no pude. Había algo especial en aquellas notas... Estaban teñidas con una tristeza y una melancolía que nunca había escuchado antes. No era solo una canción, era una petición de auxilio.

Me levanté y empecé a andar hacia el origen de aquel sonido. Según iba

avanzando, podía escuchar la música con más claridad. Había algo más aparte de las notas de la guitarra: una voz de chico que me resultaba familiar. ¿Quién era el joven que cantaba? No podía recordar su nombre ni de qué le conocía, pero empezaba a sentir que era importante para mí, que necesitaba llegar hasta él y consolar el sufrimiento que transmitía con su voz.

Al ir acercándome, mi mente fue despertando. Recordé mi nombre, quién era yo y por qué estaba en aquel lugar... Y le recordé a él. Recordé sus medias sonrisas, el pequeño sol brillante que adornaba sus ojos azules, sus abrazos, sus besos... ¿Cómo podía haber olvidado todo aquello?

La desesperación anidó en mi pecho y empecé a correr por aquel túnel infinito. El paisaje a mi alrededor no cambiaba, la luz seguía siendo tenue y no había puntos de referencia que me indicasen si me acercaba a la salida. Tan solo podía guiarme por su voz, que cada vez sonaba más cerca. Reconocí la canción y, a pesar de la angustia que sentía, no pude reprimir una sonrisa. Era *Hand in hand*. A él no le gustaba aquella canción, pero la estaba cantando para mí, para llamarme y atraerme a su lado.

Ya le escuchaba muy cerca. No podía quedar mucho para la salida. La canción cesó de repente, despertando todos mis miedos. Le escuché llorar y llamarme. Aquel llanto me desgarró el alma. Tenía que salir de allí y volver a su lado. Entonces me planteé que quizá no había salida, que me había quedado atrapada en aquel plano para siempre, condenada a escucharle llorar, a sentir su pena y su soledad, a sentirme culpable por lo que había hecho...

Sentí que las lágrimas cubrían mis ojos y me impedían ver, pero eso no frenó mi carrera. Algo estaba cambiando a mi alrededor. La luz era más tenue y la niebla parecía dispersarse. A pesar del llanto, pude ver algo oscuro al final del túnel. Me froté los ojos para apartar las lágrimas y distinguí una habitación en penumbra, iluminada cada pocos segundos por el resplandor

azulado de un relámpago. Distinguí a Al, recostado sobre la cama, con el largo flequillo tapando sus facciones. Su cuerpo se convulsionaba por los sollozos y agarraba con fuerza la mano de una chica. ¡Era yo! Aquel era mi cuerpo... Estaba quieta y muy pálida. Casi parecía muerta. El miedo a no poder volver, a que ya fuera demasiado tarde, volvió a invadirme. Corrí hacia la salida movida por la desesperación y entonces todo a mi alrededor desapareció y se volvió negro.

Me asusté mucho. ¿Y si todo había acabado? Quizá solo me habían permitido ver a Al una última vez. No podía ser. Aquello sería una crueldad. No podían haberme hecho recordar todo lo que había dejado atrás, haberme dejado verle durante un segundo para después perderle. No podía estar muerta y perdida en aquella negrura. Además, a pesar de que no podía ver nada, seguía oyéndole llorar. Estaba cerca, muy cerca... Noté la presión de su mano aferrando la mía. También noté algo cálido y húmedo sobre mi muslo. Al había llorado tanto que sus lágrimas habían traspasado la sábana y mojaban mi piel. Él estaba a mi lado y yo volvía a tener un cuerpo. Estaba viva.

Haciendo un esfuerzo, conseguí abrir poco a poco los ojos. Pestañee varias veces para acostumbrarme a la luz y, cuando mi vista estuvo más clara, la dirigí hacia él y sonreí. Seguía con la cabeza agachada y no podía verme, así que apreté su mano para que se diese cuenta de que había vuelto.

Levantó la cabeza y me miró. Su expresión era confusa. Parecía tan perdido como un niño pequeño que se ha soltado de la mano de su madre. Cuando vio mis ojos abiertos, iluminó la habitación con su sonrisa antes de lanzarse sobre mí y abrazarme con tanta fuerza como para dejarme sin respiración. Yo le devolví el abrazo, feliz de haber regresado, de estar a su lado de nuevo. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazados, esperando a que

nuestro llanto remitiera, pero creo que podría haber seguido entre sus brazos para siempre.

—Has vuelto —me dijo al fin, separándose de él para poder contemplarme—. ¿Estás bien?

—Sí, pero tengo muchísima hambre.

—Tranquila, eso puedo arreglarlo.

Salió de la habitación a la carrera, gritándole a John que yo había vuelto a la vida y que necesitaba saber dónde guardaba la masa para hacer tortitas.

Después de darme tiempo para que me duchara y me vistiera, y una vez que ya hube dado cuenta de media docena de tortitas con sirope, Al decidió que ya me había dado suficiente tregua y que era hora de pedir explicaciones. Apartó de mi lado la bandeja con las tortitas sobrantes, apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos para mirarme desde detrás de sus manos con sus gélidos ojos.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó—. Creo que merecemos una explicación.

Aparté la mirada de aquellos ojos que parecían querer matarme por congelación y busqué a John para pedirle apoyo. Él carraspeó y, tras coger su bastón, se dirigió a la puerta.

—Acabo de acordarme de que necesito unas cosas del supermercado. Enseguida vuelvo —se excusó.

—No, John. No te marches —le pidió Al con una voz tan sosegada y tranquila que me dio escalofríos—. Tú también lo has pasado mal estos días y mereces una disculpa.

—No es necesario, luego me lo resumís. —John ni siquiera se giró—. Creo que esto es una conversación de pareja que debéis tener a solas.

Escuchamos sus pasos alejándose por el pasillo y el golpe de la puerta al cerrarse. Durante aquellos segundos continué con la cabeza baja, mirando mi plato vacío como si fuera lo más interesante del mundo. Él carraspeó para llamar mi atención, pero yo fingí no haberle escuchado. Sabía que mi comportamiento era infantil, que tendría que dar explicaciones y pedirle perdón por lo que había hecho. Sinceramente, no sabía por qué tardaba tanto en hablar. Quizá estaba esperando a que la tierra se abriese bajo mis pies y me tragase o a que llegara el Apocalipsis y nos llevase a todos... Creo que habría preferido cualquier opción antes de tener que enfrentarme a aquella mirada dolida y airada.

—Eli, estoy esperando —insistió él.

—¿Y qué quieres que te diga? —contesté, poniéndome a la defensiva—. ¿Que la cagué? ¿Que no soy tan poderosa como yo creía? Siento no ser tan buena bruja como todos esperáis.

—¿En serio crees que es eso lo que me molesta? —me interrumpió, alzando la voz—. Me importan una mierda tus poderes. Por mí podrías perderlos todos. Creo que incluso lo agradecería... ¿No te das cuenta de que has estado a punto de matarte?

—Bueno, pero al final no ha pasado nada. Estoy aquí y estoy bien. —Le sonreí y traté de tomar una de sus manos entre las mías, pero él la retiró como si acabara de quemarle con ácido.

—¿Que no ha pasado nada? Me has mentado, joder. Me has mandado a Boston a buscar un montón de putos libros que seguro que ni siquiera necesitas para librarte de mí y poder hacer lo que te dé la gana. Has puesto tu

vida en peligro y has tenido a John y a la mitad de los miembros del Grupo Alpha investigando durante dos días para sacarte de ese puñetero plano al que te habías ido. ¿De verdad crees que no ha pasado nada?

—No te preocupes por ellos. Les gustan esas cosas... —bromeé, tratando de quitarle importancia a la situación.

No dio resultado. No funcionó en absoluto. Al se levantó de un salto y golpeó con las palmas de las manos sobre la mesa, haciendo que toda la vajilla tintineara. Nunca le había visto tan enfadado, pero, aun así, notaba por cómo se le marcaba una vena en el cuello que estaba intentando contenerse para no dejar salir toda la rabia que le consumía.

—¿Crees que a mí también me gustan esas cosas? —preguntó arrastrando las palabras. Su voz era un susurro ronco y contenido y parecía encerrar toda la ira del mundo—. ¿Crees que me gusta ver a mi novia inconsciente, sin saber si va a despertar algún día o si la he perdido para siempre? ¿Crees que disfruto viendo cómo estoy perdiendo a la persona a la que más quiero en el mundo sin poder hacer nada para evitarlo?

Me quedé en silencio durante unos segundos, sin saber qué contestar. No sé por qué me negaba a aceptar que le hubiese podido hacer tanto daño, que se hubiese sentido tan mal por mi culpa. Seguía queriendo hacerle ver que solo había sido una estupidez, una travesura infantil sin más consecuencias. Quizá por eso decidí que lo mejor era seguir bromeando sobre el tema hasta conseguir que él lo viera como yo.

—Tampoco habría sido tan grave si me hubiera muerto. Con lo guapo que eres, habrías tenido un montón de chicas haciendo cola en la puerta de mi funeral.

En cuanto pronuncié aquellas palabras supe que la había fastidiado de

verdad. Apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea casi imperceptible mientras me miraba con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse la estupidez que acababa de decir. Tardó un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, dejó salir toda su furia. Agarró el azucarero de cristal de la mesa y lo arrojó contra una de las paredes, antes de volver a golpear la mesa con los puños con tanta fuerza que temí que fuera a partirla por la mitad.

—¿Es que eres gilipollas? ¿De verdad te crees las chorradas que estás diciendo?

Me quedé paralizada. Habíamos tenido broncas antes, pero nunca me había hablado así. Pensé que debería enfadarme y contestarle en los mismos términos, pero él estaba lanzado y no me dejó hablar.

—Por supuesto que podría seguir mi vida sin ti. Mucha gente se muere todos los días y los demás siguen adelante. —Se irguió y alzó la cabeza para lanzarme una mirada arrogante—. Y por supuesto que podría conseguir otras chicas. Eso no me preocupa en absoluto.

Aquello me sorprendió. ¿A qué venían esas palabras? ¿Es que quería hacerme daño? Sabía que Al era un chulo, pero aquello sobrepasaba sus límites.

—Podría vivir sin ti, pero el caso es que no quiero. Es contigo con quien quiero estar el resto de mi vida. ¿Es que sigues siendo tan insegura que no puedes verlo? No quiero imaginarme una vida sin ti. No querría seguir adelante sin ti...

La voz se le quebró y bajó la cabeza para fijarla en la mesa. Estaba intentando contener el llanto y no mostrarse débil frente a mí. En aquel momento, me di cuenta de todo lo que significaba para él y del daño que

tenía que haberle hecho, de todo lo que había pasado en aquellos dos días. Me levanté de la silla, rodeé la mesa y le abracé con todas mis fuerzas mientras susurraba en su oído una y otra vez las palabras “Lo siento”.

—No necesito que me pidas perdón —dijo él sin soltarme—. Solo necesito que me prometas que no volverás a mentirme, que no me alejarás de tu lado para poder hacer locuras, que no volverás a poner tu vida en peligro sin ser consciente de que estás poniendo en peligro la mía...

—¿Poner en peligro la tuya? —pregunté, confusa.

—Sí. Si te pierdo, seguiré viviendo, pero eso ya no será vida. —Me separó un poco para mirarme a la cara—. La única vida es la que tengo contigo. Todo lo demás sería sufrir y arrastrarse, esperando que tengas razón y haya un lugar más allá de este mundo en el que volver a encontrarnos.

—Hay otra vida. Ahora lo sé. He estado allí —le dije, sonriendo.

—Pues ten en cuenta que, si te matas haciendo alguna de tus estupideces, voy a tener una eternidad para estar echándotelo en cara. —A pesar de sus bromas, vi en sus ojos que continuaba dolido—. ¿Me prometes que no volverás a hacer algo así?

Yo asentí y volví a abrazarle mientras le prometía una y otra vez que no volvería a ponerme en peligro. Al pronunciar aquellas palabras, un agudo pinchazo de angustia se instaló en mi pecho. No quería tener que renunciar a usar mis poderes libremente. Me gustaba lo que la magia me hacía sentir. Cuando la utilizaba, la Eli pequeña e insignificante que solía ser desaparecía. Me convertía en un ser poderoso, capaz de hacer cosas que la mayoría de seres humanos solo podían alcanzar en sueños. Pero esas sensaciones no merecían la pena si le causaban tanto dolor. Mientras le abrazaba con todas mis fuerzas repetí una y otra vez aquella promesa, no solo para tranquilizarle,

sino para convencerme a mí misma de que nunca volvería a mentirle ni a utilizar mi magia sin habérselo consultado primero.

Un nuevo resoplido de Al me sacó de mi concentración. Aparté los ojos del libro que estaba leyendo y vi que estaba mirándome con cara de cachorrillo abandonado.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? —pregunté hastiada.

—Esto es un rollo. Me aburroo —dijo, dejándose caer hacia delante hasta dar con la cabeza en la mesa.

—Venga, hombre. No será para tanto —contesté, tratando de contener la risa.

—¿Que no es para tanto? Llevo tanto tiempo leyendo que tengo los ojos secos... Me da miedo que se me caigan si parpadeo.

—Eres un exagerado... Venga, un par de horas más y lo dejamos.

—¿Un par de horas más? ¿Es que quieres matarme? —Al empujó su libro hacia el centro de la mesa para demostrar que no estaba dispuesto a seguir leyendo—. Si ni siquiera sabemos qué es lo que estamos buscando...

—Claro que lo sabemos y, aunque no quieras reconocerlo, lo sabemos gracias a mí —dije, enarcando una ceja con aire de superioridad—. Sabemos que buscamos un demonio poderoso que devora almas.

—Eso ya lo sospechábamos antes de que decidieras cometer la estupidez de arriesgar tu vida trasladándote a otro plano —intervino John sin levantar la cabeza de su libro.

—Lo sospechábamos, pero no lo sabíamos —contesté, dolida—. De hecho, antes de mi viaje ni siquiera estábamos seguros de que Jim, Leo y

Annabelle estuviesen muertos y de que sus cuerpos se correspondieran con los encontrados en la playa.

—Lo habríamos descubierto antes o después sin que tú pusieras tu vida en peligro —repuso John pasando de hoja.

—Decid lo que queráis. Comprendo que estéis dolidos por lo que hice, pero la información que traje es importante. —Señalé una alta pila de libros amontonados en una esquina del comedor—. Gracias a esa información hemos podido descartar todos esos libros sobre vampiros, gules, cambiaformas, zombis... Sin ese dato esta búsqueda sería eterna.

—No se puede eternizar más lo que ya es eterno —volvió a quejarse Al—. En serio, dejadme salir un par de horas o moriré.

—No se puede morir de aburrimiento —le contradijo John—. Venga, deja de quejarte y sigue un rato más.

Él volvió a resoplar, pero recogió su libro y empezó a pasar hoja tras hoja con gesto cansado. Tomé buena nota del libro que estaba revisando para echarle un ojo cuando él acabara. Empezaba a pensar que, con aquella actitud, era muy posible que se le pasara información importante y que, en realidad, nos sería más productivo dejar que se marchara en lugar de tenerle con nosotros protestando cada cinco minutos.

Volví al trabajo y, al pasar la página y contemplar la imagen allí dibujada, me quedé paralizada. Cuando conseguí reponerme, le di la vuelta al libro y lo deslicé sobre la mesa para que Al pudiera verlo.

—No te lo vas a creer, pero he encontrado al bicho que buscamos. —Ante la cara de estupefacción de Al, no pude contener una risita—. Sí, se llama como el gato de tu madre: Apolyon, el devorador de almas.

John se levantó de su silla y se acercó para contemplar el libro. Durante

unos segundos, los tres nos quedamos mirando aquel antiguo grabado.



[2]

—Pues no se parece mucho a un ángel —comentó Al unos segundos después.

—Ya te dije que los demonios suelen disfrazarse. ¿Tú firmarías algún tipo de pacto con alguien con este aspecto?

—No le dejaría ni que me invitase a una birra. Tienes razón. —Él

volvió a quedarse en silencio con los ojos fijos en la ilustración—. Parece un bicho chungo. ¿Cómo se le mata?

—Déjame ver —le pedí, volviendo a coger el libro para leer el texto que acompañaba al grabado—. “Apolyon, denominado *El exterminador* o *El devorador de almas* es el nombre griego de uno de los más importantes generales del Ejército de las Tinieblas. Fue un ser angélico, mencionado en la Biblia, que cayó en desgracia y fue expulsado al infierno junto con su hermano Lucifer. En el libro de Job aparece como la personificación de la muerte y en el Apocalipsis se le nombra como uno de los generales que liderará una plaga de langostas al Final de los Tiempos”.

—Todo eso suena genial —me interrumpió Al, sarcástico—. Vale, es aún más chungo de lo que parece. Repito mi pregunta: ¿Cómo se le mata?

—Eso no va a ser tan fácil de responder —intervino John—. No estamos hablando de un demonio menor. Si le echamos agua bendita o le recitamos un ritual de exorcismo, se reirá en nuestra cara antes de devorarnos las entrañas.

—No me estás animando mucho —dijo Al, frunciendo el ceño—. ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Rendirnos?

Volvimos a quedarnos unos segundos en silencio, contemplando la imagen de nuestro enemigo. Me sentí frustrada. Tantos días de trabajo y seguíamos perdidos. Por suerte, la voz de John quebró el silencio:

—No os desaniméis. Hay un punto positivo en el hecho de que sea un demonio poderoso.

—¿Cuál? —pregunté yo—. No lo veo por ninguna parte.

—Los demonios superiores están confinados en el infierno. No pueden salir libremente y campar a sus anchas por la Tierra, como hacen los

demonios menores. Si pudieran, la Tierra sería un erial desde hace muchos siglos —explicó John.

—Entonces, ¿cómo ha venido? —preguntó Al.

—Alguien ha tenido que invocarlo. Tenemos que encontrar a esa persona e impedir que siga haciéndolo.

—Eso es como buscar una aguja en un pajar —protesté—. No tenemos ni idea de quién puede ser esa persona.

—Teniendo en cuenta que las tres víctimas residían en el Highcliff, creo que puede ser un buen sitio para empezar a investigar —dijo John con una sonrisa—. Y conozco a alguien que puede infiltrarse allí sin despertar la más mínima sospecha.

AL Y ELI

HIGHCLIFF CARING AND
SOCIAL CENTER
ROCKPORT (MASSACHUSSETS)

JULIO DE 1986



CAPÍTULO UNO

En cuanto traspasaron las verjas del Highcliff y se internaron en sus jardines, Al empezó a plantearse que aquello no era una buena idea. Miró a John y se sorprendió de su porte y de la tranquilidad que transmitía. Aquella mañana se había pasado un par de horas preparándose. Se había duchado y afeitado meticulosamente y había elegido uno de sus mejores trajes. Mientras caminaba, con una mano en el bolsillo del chaleco en el que guardaba su reloj y la otra apoyada en su elegante bastón, parecía un distinguido lord inglés que hubiera ido a controlar sus posesiones y no un viejo de noventa años al que iban a encerrar en un asilo. Al se planteó que, después de todo el tiempo que su hijo había estado insistiéndole para que aceptase internar en una residencia, le daría un síncope si se enterase de que estaba a punto de hacerlo por voluntad propia.

Aún estaban a varios pasos de la entrada cuando Al no pudo resistirse más. Agarró a John por el brazo y le hizo detenerse.

—¿Qué pasa, Al? —preguntó el anciano, volviéndose hacia él.

—¿Estás seguro de esto? ¿De verdad quieres meterte en ese sitio? Decías que era deprimente, que era una especie de cadena perpetua a la que se condenaba a la gente por el único delito de ser viejos...

—Y lo sigo pensando, pero hay una diferencia entre la gente que está aquí y yo: Voy a entrar voluntariamente, voy a pagarlo yo de mi bolsillo y podré marcharme cuando quiera. No dependo de ningún familiar que deba darme permiso para salir.

—Aun así, este plan no me convence. —Al se tomó unos segundos para resoplar y poner en orden sus pensamientos—. Joder, pensamos que el demonio al que queremos cazar elige a sus víctimas entre los residentes de este sitio. Dejarte entrar ahí es ponerte de cebo.

—Hay mucha gente internada ahí dentro, Al. —John sonrió, tratando de tranquilizarle—. ¿Por qué iba a elegirme precisamente a mí?

—¿Y por qué no? No tenemos ni puta idea de cómo elige a quién se va a comer... —Se giró hacia Eli, buscando su apoyo, pero solo encontró un gesto confuso en el rostro de la chica—. ¿A ti te parece bien?

—Ya lo hemos hablado. Es un buen plan —repuso ella.

—Joder, no os entiendo. Parece que disfrutáis poniendo vuestra vida en peligro. —Al resopló de nuevo—. Está bien, haced lo que os dé la gana, pero que quede claro que no estoy de acuerdo con esta locura.

John asintió y volvió a ponerse en movimiento con el mismo aire digno que tenía antes de la interrupción, como si las palabras de Al no le hubieran afectado en absoluto.

—¿Vas a querer que entremos contigo? —preguntó Eli.

—Sí. Podéis decir que sois mis biznietos y que habéis venido a pasar

una temporada en Rockport para encerrarme aquí y ver cómo me adapto — contestó John.

Ya estaban llegando a la puerta de entrada. Al se paró delante de un cartel y se puso a leerlo. Su sonrisa fue ensanchándose por momentos. John y Eli se detuvieron al ver que no les seguía y se quedaron mirándole.

—¿Qué es eso tan interesante? —preguntó Eli.

—La manera de arreglar vuestra mierda de plan —contestó él con una sonrisa triunfal—. No vamos a decir que somos tus biznietos ni vamos a entrar contigo.

—¿Y eso? ¿Vais a abandonarme en la puerta como a un perro?

—No. No vamos a abandonarte en absoluto. —Al esperó hasta que Eli y John se acercaron al cartel—. Vamos a acompañarte ahí dentro en todo momento.

Señaló el cartel y arqueó una ceja, esperando que dijese que le parecía su nuevo plan. En él podían leerse tres palabras que lo cambiaban todo:

SE NECESITA PERSONAL

La puerta de la oficina se abrió y la directora del Highcliff entró en el despacho. Al se giró para observarla. Ya la había visto el día que había acompañado a Ethan a buscar huellas en la residencia. Se había fijado mucho en ella: tan alta, tan elegante... A pesar de que debía tener al menos veinte años más que él, tenía que reconocer que estaba muy buena. Sin embargo, su gesto de chulería y la forma en la que golpeaba con los tacones como si odiara el suelo que pisaba, hacían que quisieras largarte antes de que la

tomara contigo.

Se planteó si ella le recordaría de su anterior visita. Le resultaría difícil explicar por qué se presentó en la residencia ayudando al jefe de policía y ahora regresaba buscando un trabajo de cualquier cosa. Por suerte, cuando la mujer le miró, no le dio la impresión de que se acordase de él. De hecho, la mirada de desprecio que le dirigió le hizo sospechar que aquella mujer era del tipo de gente que no se fijaba en los que estaban por debajo de ella. Le habría gustado poder decir que le miraba con el mismo desprecio con el que observaría a un bicho en su ensalada, pero sospechaba que a un bicho le habría prestado más atención.

La mujer se sentó al otro lado de su imponente escritorio y, en lugar de tenderles la mano, entrelazo los dedos y les lanzó una mirada glacial.

—Me han dicho que venís a solicitar trabajo.

No dijo nada más. Se limitó a pasear la mirada de uno a otro, esperando que contestaran. Al ni siquiera estaba seguro de si aquello había sido una pregunta, así que prefirió dejar que fuera Eli la que llevara la voz cantante.

—Sí. Hemos visto el cartel en la entrada y creemos que podríamos encajar perfectamente en su centro...

—¿Con esas pintas? —preguntó la directora, enarcando una ceja—. Lo dudo mucho...

—No se preocupe por eso —contestó Eli sin inmutarse—. Estamos dispuestos a llevar uniforme o a vestirnos del modo que usted nos indique.

Una sonrisa satisfecha se abrió paso en el rostro de la mujer. Parecía que le gustaba dominar a la gente, saber que los demás estaban dispuestos a plegarse a su voluntad.

—Me alegra oír eso. ¿Sabes escribir a máquina, contestar al teléfono y llevar una agenda?

—Por supuesto —contestó Eli.

—Está bien. Necesito una secretaria personal y también tendrías que encargarte de la recepción. Vamos a probarte durante unos días. —La mujer se giró hacia Al—. ¿Y tú qué sabes hacer?

—Muchas cosas —contestó él, imprimiendo a su voz toda la confianza de la que fue capaz.

—Lo que quiere decir que no eres bueno en ninguna —dijo ella con tono despectivo.

—Sabe conducir muy bien. Y es un genio con la mecánica. Puede arreglar cualquier cosa —intervino Eli, tratando de salvarle.

—Puede venirnos bien —contestó la directora—. Supongo que os habrán informado de que exijo dedicación completa. Todos los empleados duermen en el centro y solo se libra un día a la semana.

—Perfecto —contestó Eli con una sonrisa—. Nos viene de maravilla. Acabamos de llegar al pueblo y no teníamos dónde alojarnos.

—No sé si os habrán informado de que no están permitidas las relaciones íntimas entre el personal. ¿Qué relación os une?

—Somos hermanos —respondió Eli sin dudar un segundo—. Aleister y Eloise Carter.

—Yo soy Alexa Callahan —dijo ella, aprovechando para presentarse—. Llamaré a Lisa para que os enseñe cuáles son vuestras habitaciones y os explique los horarios del centro. Bienvenidos al Highcliff.

Pensó que ella se levantaría y les estrecharía la mano para sellar el

acuerdo, pero Alexa pulsó un botón en su teléfono y dio la orden de que Lisa se pasara de inmediato por su despacho. Cuando colgó, se quedó mirándoles como si le molestara su presencia. Él carraspeó incómodo y se removió en su asiento.

—¿Quiere que esperemos fuera? —preguntó, incapaz de aguantar la mirada de aquella mujer por más tiempo.

—Sí, será mejor —contestó ella—. Estoy muy ocupada. Empezareis mañana, así que aprovechad esta tarde para ir a comprar algo de ropa decente y hacer algo con vuestro peinado.

La directora abrió una carpeta y comenzó a hojear unos papeles, actuando como si ya se hubieran marchado. Se levantaron en silencio y salieron del despacho casi de puntillas. Tras cerrar la puerta a su espalda, Al se apoyó en la pared y soltó un largo suspiro de alivio.

—Joder, qué bruja. Si nos trata así mientras nos contrata, no quiero ni imaginar cómo se pondrá cuando hagamos algo mal.

—Lo mejor será que no lo compruebes —dijo Eli, riendo.

—Oye, una cosa... ¿A qué ha venido eso de Aleister y Eloise Carter?

—Ya la has oído. No permite las relaciones personales entre empleados, así que pensé que estaría bien presentarnos como hermanos —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Pero por qué Carter? ¿Por qué no Aleister y Eloise McNeal?

—Lo siento, cariño —contestó ella, levantando la mano derecha y agitándola frente a su cara—. Si quieres que lleve el apellido McNeal, vas a tener que poner un anillo en este dedo.

—No pienso traerte un anillo, ponerme de rodillas y pedirte

matrimonio. Todo eso son cursiladas.

—Mejor, porque yo no te he dicho que lo fuera a aceptar —respondió ella, sacándole la lengua.

Él negó con la cabeza mientras esbozaba una de aquellas medias sonrisas que sabía que la desarmaban. Después se acercó a ella y, poniendo un brazo a cada lado de su cuerpo, la arrinconó contra la pared.

—Sabes que no podrías resistirte. Te derretirías de inmediato si apareciese con un anillo de oro —le susurró al oído.

Notó que Eli se estremecía y trataba de esquivarle la mirada, así que levantó una mano hasta su barbilla y la obligó a mirarle a los ojos. Ella se resistió, pero acabó por clavarle aquella mirada oscura que, a pesar de llevar un año juntos, seguía siendo un misterio para él.

—Ni siquiera me gusta el oro —contestó ella, burlona—. ¿Cómo voy a casarme con alguien que me conoce tan poco?

—Estoy seguro de que me dirías que sí aunque te trajera la arandela de una lata de coca-cola.

—Lo siento. Creo que habría muy poco sitio en la cama para ti, para mí y para ese ego tan inmenso que tienes.

—Mejor, así tendríamos que apretarnos más —dijo él, aproximándose más a su cuerpo para besarla.

El ruido de unos zuecos acercándose por el pasillo hizo que se separaran de golpe. La cara de Eli enrojeció al instante. Se envaró, incómoda, y trató de colocarse bien el pelo. Se la notaba tan nerviosa que Al no pudo reprimir una risita.

—Compórtate —le ordenó ella—. Recuerda que somos hermanos.

—Bueno, he oído que hay zonas en el medio oeste en las que el incesto no está tan mal visto —bromeó él.

—Estamos en Massachusetts —le cortó ella. Intentaba aparentar que estaba enfadada, pero Al notó que luchaba por reprimir la risa—. Acabas de perder un punto en tus posibilidades de convertirte en mi marido.

—Infinito menos uno sigue siendo infinito —contestó él, guiñándole un ojo.

Eli resopló, desesperada, pero no pudo contestar nada porque la mujer que había aparecido por una esquina del pasillo ya estaba casi a su lado. Era una mujer rubia y menuda de unos treinta años, vestida con un uniforme blanco de enfermera, que se les acercó con las manos cruzadas frente al regazo y la cabeza baja.

—Soy Lisa. —Se presentó—. La señorita Callahan me ha pedido que os acompañe y os indique vuestras habitaciones.

—Encantada —dijo Eli—. Soy Eloise Carter y este es mi hermano Aleister.

La mujer no contestó nada ni les tendió la mano. Se limitó a ponerse en marcha de nuevo. Al se apresuró a ponerse a su altura. Habían acudido allí a buscar información y pensaba que, cuanto antes pudieran conseguirla, antes saldrían de aquel lugar tan deprimente.

—Puedes llamarme Al —le dijo, lanzando su mejor sonrisa—. Vaya rato nos ha hecho pasar la señorita Callahan. ¿Es siempre tan estirada?

—Siempre ha sido una jefa bastante rígida —contestó la mujer en un volumen tan bajo que Al tuvo que inclinarse hacia ella para escucharla— y últimamente está muy estresada con todo lo que está pasando.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Al.

Lisa se detuvo en seco y su rostro enrojeció mientras miraba a ambos lados, como si temiera haber hablado de más.

—Pensaba que ya lo sabríais —contestó, mientras negaba con la cabeza.

—No, ni idea —dijo Al, encogiéndose de hombros para quitarle importancia—. Acabamos de llegar al pueblo. Venga, cuéntenoslo... No se lo diremos a nadie.

Volvió a lanzarle una de sus sonrisas encantadoras mientras le guiñaba un ojo. Lisa se rio en voz baja y, después de comprobar de nuevo que no hubiera nadie en el pasillo, empezó a hablar con aire conspirador.

—En los últimos meses han desaparecido varios ancianos del centro y ha habido varios asesinatos en el pueblo.

—¡Dios mío! —exclamó Eli, fingiendo sorpresa—. ¿Han matado a varios pacientes del centro?

—No. Los muertos eran jóvenes desconocidos —siguió contando Lisa—, pero los ancianos no han aparecido. No se sabe nada de ellos. Todo el mundo está muy nervioso y varios miembros del personal se han marchado en las últimas semanas.

—Eso explica que nos haya contratado a nosotros sin hacer muchas preguntas —dijo Al con una risa burlona—. ¿Y tú no estás asustada? ¿No piensas marcharte?

—Necesito el trabajo —contestó Lisa, negando con la cabeza antes de enfrentarse a la mirada de Al—. Pero, si yo fuera vosotros y pudiera elegir, me marcharía de este pueblo y no miraría atrás.



CAPÍTULO DOS

Revisé mi aspecto por última vez en el espejo de mi nueva habitación antes de salir. Me veía rarísima con aquella falda ajustada, que ni siquiera me dejaba caminar bien, y una camisa blanca de niña buena. Para redondear mi sufrimiento, me veía obligada a llevar tacones por primera vez en mi vida y me daba miedo acabar de narices en el suelo en cualquier momento. Además, había tenido que renunciar al pelo cardado que había llevado los últimos meses y me había hecho una trenza que me recordaba demasiado a la Eli vulgar y aburrida, a la “Eli de antes de Al”. Cogí aire profundamente y le di la espalda a mi reflejo, mientras me decía a mí misma que vestirme así era solo un disfraz, algo necesario para el trabajo que teníamos que realizar. Aquellas ropas no iban a convertirme de nuevo en la Eli invisible, la ignorada, la repudiada... Todo aquello quedó muy atrás, en el lejano Swanton.

Salí de la habitación y me encontré en el pasillo de la “zona de chicas”, como la había llamado Lisa. Nos había explicado que en aquella zona del

edificio residía todo el personal femenino: enfermeras, auxiliares, cocineras... Unos pasos más adelante, después de la puerta que conectaba la zona de los empleados con el resto del centro, comenzaba el pasillo de la “zona de chicos”, a la que habían enviado a Al. Sabía que solo sería por unos días, pero ya le echaba muchísimo de menos. De hecho, me había pasado toda la noche echando en falta el roce de su cuerpo junto al mío en la cama, su respiración acompasada, el fuerte latir de su corazón que podía escuchar al apoyar mi cabeza sobre su pecho...

Como si me hubiera leído el pensamiento, una puerta se abrió más adelante y él salió al pasillo. Mientras se acercaba a mí, tuve que contener la risa. Estaba rarísimo sin sus pantalones ajustados y su inseparable chaqueta de cuero, vestido con un mono flojo de trabajo de color gris. Se acercó a mí con el ceño fruncido.

—No quiero ver ni una sonrisa —me dijo amenazante—. Ya sé que estoy ridículo. Parezco un presidiario.

—¿De dónde has sacado esa ropa? —le pregunté sin poder contener una risa ahogada.

—Me la ha prestado Steve, el jardinero y “chico para todo” —Al se colocó frente a mí, me tomó de la mano y me hizo girar—. Tú no estás nada mal con tus nuevas pintas.

—Pues yo me veo horrible y aburrida —dije avergonzada.

—Estás muy bien, en serio. No como yo, que parezco un fantoche. — Al negó con la cabeza y decidió cambiar de tema—. ¿Qué se supone que vamos a hacer hoy?

—Trabajar, ¿no? —dije sin saber a qué se refería—. Yo tengo que ir al despacho de la señorita Callahan para que me explique dónde están los

archivos, qué tengo que responder al teléfono...

—Ya, ya... Y yo tengo que ir a arreglar una caldera cuando no he visto una en mi vida. No sé por qué la gente piensa que porque sepas arreglar coches, vas a poder arreglar cualquier cosa. —Al miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie podía oírnos—. Me refiero a qué vamos a hacer con nuestra investigación.

—Bueno, yo voy a investigar a la señorita Callahan y, en cuanto tenga acceso a los archivos, miraré las fichas de todo el personal y de los pacientes para ver si encuentro algo sospechoso —contesté—. Y John me ha dicho que hablará con el resto de los internos por si alguien vio algo raro las noches de las desapariciones.

—Perfecto. ¿Y qué hago yo?

—¿Tú? Tú eres el sociable, el encantador... Hazte amigo de todos los empleados y trata de enterarte de todos los chismes que puedas.

—Parece fácil. Me infiltraré entre ellos, me haré su mejor amigo y descubriré todos sus secretos —dijo con una sonrisa confiada—. Me voy. No quiero llegar tarde el primer día de trabajo. ¿Nos vemos a mediodía en el comedor?

Asentí mientras me planteaba lo diferentes que éramos. Yo prefería tener que enfrentarme a todos los demonios del infierno con las manos desnudas antes que socializar con desconocidos. Sin embargo, para él era tan fácil... Le miré con envidia mientras se alejaba, pero, antes de que cruzara la puerta que llevaba al vestíbulo del centro, volví a llamarle:

—¡Al! —Esperé a que se girara antes de seguir hablando—. No te preocupes por el uniforme. Te hace un culo de miedo.

—¿No te da vergüenza decirle eso a tu propio hermano?

Se rio, me guiñó un ojo y siguió andando. Decidí que sería mejor que yo también me pusiera en marcha. Me sentía muy nerviosa ante la idea de trabajar bajo la supervisión de la señorita Callahan. Aparte de hacer de canguro para algunos críos de mi barrio, nunca había tenido un trabajo. Estaba segura de que metería la pata y aquella mujer tan rígida y autoritaria me echaría a la calle al primer error.

Volví a tomar aire, me coloqué bien la falda y la camisa y traté de caminar lo más dignamente que pude sobre mis tacones rumbo a su despacho. Tenía que hacerlo bien. Había demasiado en juego.

Las dos primeras horas de trabajo fueron espantosas. La señorita Callahan me explicó tantas cosas y me asignó tantas funciones, siempre con su tono prepotente y autoritario, que, al cabo de un rato, tenía tal lío en la cabeza que no habría sabido ni recordar mi nombre. Por suerte, cuando ya empezaba a pensar que mi cerebro se derretiría en cualquier momento, incapaz de retener más datos, la directora miró su reloj, se levantó y recogió su bolso.

—Lo siento, pero no puedo dedicarte más tiempo —dijo mientras taconeaba con ímpetu hacia la puerta—. Tengo una reunión importante. Para cuando vuelva, quiero que hayas ordenado los archivos del personal y de los pacientes. Saca todas las carpetas que ya no estén activas y las metes en el armario de “Históricos”.

—¿Dónde están los archivos? —pregunté, confusa.

La mirada de desprecio que me dirigió me hizo comprender que aquella era una de las miles de cuestiones que me había explicado aquella mañana. Soltó un suspiro resignado y miró hacia unos armarios que ocupaban toda una pared de su despacho.

—Archivos de personal. Archivos de pacientes. Archivos históricos — dijo, señalando cada uno de los armarios—. ¿Crees que puedo dejarte sola sin que te pierdas dentro de mi despacho?

Su tono era tan despectivo que sentí que la rabia empezaba a crecer en mi interior como un líquido ardiente y burbujeante. Conseguí controlarme, asentir con la cabeza e, incluso, esbozar una sonrisa más falsa que un billete de cuatro dólares.

—No se preocupe, señorita Callahan. Lo haré bien.

Ella levantó una ceja, escéptica. Sin decir nada más, volvió a ponerse en marcha y salió del despacho. Solté un bufido con el que traté de expulsar los nervios y las ganas de matar que aquella mujer me había provocado y, después, me acerqué a la ventana para tomar un poco el aire. Escuché el ruido de un potente motor acercándose por el camino de gravilla hacia la puerta de salida y vi a la directora conduciendo un imponente coche deportivo de color rojo. Parecía un coche europeo, de esos carísimos que solo se veían en las películas. Nunca habría pensado que regentar una residencia de ancianos pudiera ser tan rentable.

Me alejé de la ventana y abrí el archivo de los empleados. Tenía que estar contenta con el trabajo que se me había asignado. En aquel momento tenía acceso a los datos personales e historiales de todos nuestros posibles sospechosos. Estaba segura de que conseguiría mucha información importante al estudiar aquellos informes. Al tener que leer los expedientes, iba a tardar mucho más tiempo en realizar la tarea que la señorita Callahan me había encargado. Me encogí de hombros. Ella ya pensaba que era una inútil, así que no se sorprendería si aquello me llevaba demasiado tiempo.

Rebusqué dentro del archivo hasta encontrar el primer expediente que quería consultar: Alexa Callahan. El primer dato de su ficha ya despertó todas

mis alarmas. Su fecha de nacimiento era 1.937. Aquella mujer era demasiado hermosa como para tener casi cincuenta años. Esa aparente “eterna juventud” pegaba un fuerte pestazo a azufre, a pacto demoníaco.

El resto de los datos de su ficha no eran demasiado relevantes: estudios, experiencia profesional previa... Dejé la carpeta en su sitio y seguí investigando los informes del resto de empleados. El centro tenía muy poco personal para la cantidad de pacientes que atendía. Aquella mujer debía de tenerles explotados para que pudieran sacar adelante un centro con más de cincuenta ancianos entre tan poca gente. La plantilla constaba de un médico, dos enfermeras, cuatro auxiliares, dos cocineras y un jardinero. Encontré las fichas de otras dos auxiliares y una secretaria que se habían dado de baja en el último mes, seguramente asustadas por las desapariciones de pacientes. Cogí sus expedientes y, sin mirarlos siquiera, los pasé al archivo histórico.

Pasé más de una hora estudiando los informes de todos los empleados, pero no conseguí encontrar nada que llamara la atención a primera vista. Cerré el archivo y pasé a revisar el de pacientes. Encontré varias carpetas con un sello rojo en la portada, que indicaba que aquellas personas habían fallecido en las últimas semanas. Pasé aquellas carpetas al archivo histórico y continué investigando. Encontré las fichas de Jim, Leo y Annabelle y las contemplé durante unos segundos, apenada. Sabía que aquellas carpetas también deberían llevar aquel sello rojo, que era inútil seguir esperándoles. No me preocupaba que su habitación siguiera vacía, a la espera de que les encontraran y los trajeran de vuelta, ni los ingresos que la señorita Callahan pudiera estar perdiendo por ello. Me entristeció pensar que habría gente angustiada en su casa preguntándose qué les habría pasado, dónde estarían, si se encontrarían bien... Nunca recibirían una respuesta, nunca tendrían un cuerpo que enterrar ni una tumba en la que llorarles.

Volví a dejar los expedientes en su sitio y seguí comprobando el resto. Me di cuenta de algo muy extraño: las únicas bajas que existían eran por defunción. Nadie había solicitado llevarse a ningún paciente a casa o trasladarlo a otro centro. Teniendo en cuenta que había habido tres desapariciones en los últimos tres meses y que incluso había empleados que estaban abandonando el centro, lo lógico habría sido que la gente se estuviera llevando a sus familiares y que el Highcliff se estuviera convirtiendo en un erial. Sin embargo, no había nada de eso. Incluso encontré una lista de espera para entrar en el centro con más de treinta nombres. Las únicas explicaciones que se me ocurrían para el éxito de Alexa volvían a tener olor a azufre.

Cuando decidí que ya había investigado lo suficiente, me di prisa para terminar lo que la directora me había encargado. No sabía cuándo iba a volver y no quería que me pillara cotilleando y con el trabajo a medio hacer. Cuando terminé, ya había pasado el mediodía y era casi la hora de comer, así que salí del despacho y me dirigí al comedor. Tenía muchas ganas de encontrarme con Al y contarle todo lo que había descubierto.

Llevaba media hora sentada en el comedor cuando Al entró por fin. Yo había elegido una mesa pequeña situada en un rincón discreto para que pudiéramos hablar a solas de nuestros avances en la investigación, pero, en cuanto le vi, supe que él tenía otros planes. Entró acompañado de dos chicas, cada una de ellas agarrada de uno de sus brazos, como los mafiosos de las películas. Las dos llevaban los uniformes rosas que las señalaban como auxiliares de enfermería, aunque dudaba mucho de que la longitud de sus faldas fuese la indicada por la señorita Callahan. Ambas eran rubias de bote y llevaban un peinado con ondas digno del mejor anuncio de champú. Las dos tenían unos enormes ojos azules, una sonrisa de labios sonrosados, cutis perfectos y

cuerpos de escándalo. Parecían sacadas de alguna serie de instituto, en la que cualquier de ellas habría podido desempeñar perfectamente el papel de jefa de las animadoras. Las odié al instante.

Él les dijo algo antes de soltarlas y caminar hacia mí. Su comentario tuvo que ser divertidísimo, porque las dos soltaron unas risitas agudas y cantarinas. Mientras Al se acercaba a mi mesa, me di cuenta de que no paraban de mirarle el culo. Él cogió la silla que estaba frente a mí, le dio la vuelta y se sentó, apoyando los brazos en el respaldo.

—¿Quiénes son tus nuevas amigas? —pregunté, haciendo un verdadero esfuerzo para que mi voz sonara natural.

—Meredith y Melanie —contestó él, encogiéndose de hombros—. No me preguntes cuál es cual.

—Parece que os lleváis muy bien —dije sin poder contenerme.

—Sí, son muy majas. —Él no parecía haber percibido el veneno que destilaba mi voz—. Y lo mejor de todo es que son una fuente inagotable de cotilleos. Me están contando la vida de todo el personal y estoy seguro de que luego podremos seguir con los pacientes. Ya te contaré si me dicen algo que nos pueda interesar.

—¿Cómo que ya me contarás? ¿No vas a quedarte a comer conmigo?

—No, lo siento. Les he prometido que comeré con ellas. Ahora que estamos intimando y se están soltando, no quiero estropearlo. —Se levantó de la silla, volvió a colocarla en su posición original y me robó una patata frita—. No te importa, ¿verdad?

—No, tranquilo. De todos modos, ya estaba acabando de comer y tengo que volver al trabajo.

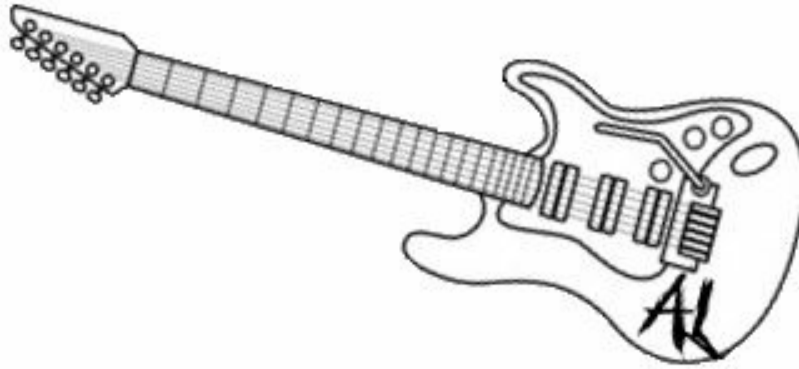
—Vale. Nos vemos luego.

Se inclinó hacia mí y, por un momento, temí que no se estuviera dando cuenta del papel que estábamos representando y que fuera a besarme delante de todo el mundo. Por suerte, consiguió frenarse y cambiar la trayectoria para depositar un suave y casto beso en mi mejilla. Mientras le veía alejarse, pensé que me habría encantado que me besara, solo por ver la cara que se les ponía a aquellas dos, aunque aquello hubiera significado mandar al traste todo nuestro plan.

Llegó hasta ellas, las cogió por la cintura y las acompañó hasta una mesa colocada al lado de los ventanales. Sentí que, sin darme cuenta, había vuelto al pasado, a Swanton. Ahí estaba otra vez la mesa de los populares, donde todos eran guapos y graciosos, donde yo no sería admitida nunca. Volvía a estar sentada en un rincón apartado y oscuro, insignificante, invisible... Me dolió tanto darme cuenta de que, a pesar del tiempo que había pasado y las millas que había recorrido, yo seguía siendo la misma chica insegura y herida. El problema no había estado en Swanton. Estaba en mí y era muy probable que no desapareciera nunca. Todo aquel año que había pasado con Al, en el que me había sentido segura e importante, había sido un espejismo. Al era el sol y yo la luna. Solo brillaba cuando él me prestaba su luz.

Me levanté, recogí mi bandeja y me dirigí a la salida del comedor. No habría podido dar un bocado más. Antes de salir, giré la cabeza para mirar una última vez a Al y sus acompañantes. Él estaba contándoles alguna anécdota mientras ellas le miraban sonriendo embobadas haciendo aletear sus largas pestañas. Sentí que un incendio se desataba en mi pecho y amenazaba con extenderse por todo mi cuerpo, pero conseguí contenerme y salir del comedor sin montar una escena. Regresé al despacho, caminando tan rápido

como pude, tratando de contener las lágrimas que se me acumulaban en los ojos mientras me repetía a mí misma que no estaba pasando nada malo, que Al me quería a mí, que debía confiar en él... Durante las siguientes horas, me repetí mil razonamientos lógicos que deberían haberme calmado, pero ninguno de ellos sirvió para atenuar el miedo que se me había instalado en el alma.



CAPÍTULO TRES

Al terminó de apretar la válvula de la calefacción que había tenido que arreglar y, mientras guardaba todas las herramientas en su caja, se dirigió hacia la ocupante de la habitación, una mujer pequeña y arrugada que había estado mirándole fijamente durante todo el tiempo que le había llevado la reparación.

—Esto ya está, señora Johnson. No vuelva a tocar esa rueda hasta que estemos en invierno si no quiere morir asfixiada. Y, si ve que para un lado ya no va más, no la fuerce. Pruebe para el otro.

—Ya era hora de que vinieras a visitarme, Carl —dijo la mujer, mientras revolvía en su bolso—. A veces pienso que te has olvidado de que tienes una abuela.

—No soy Carl, señora. Soy Al, el chico de mantenimiento del Highcliff. Me he presentado al entrar. ¿Recuerda?

—No debería darte nada por ser tan mal nieto, pero toma estos cinco dólares —dijo la mujer, sacando un arrugado billete de su cartera—. No te lo

gastes todo en golosinas.

—Señora, esto no es necesario. Ya me pagan un sueldo...

—¿Es que ahora vas a rechazar un regalo de tu abuela?

La vieja continuaba con el billete tendido hacia él, agitándolo arriba y abajo como una bandera. Se sintió atrapado. No quería enfadar a aquella pobre mujer, pero tampoco sabía si se iba a meter en un lío por coger aquel puñetero billete. Finalmente, resopló, se acercó a la anciana, cogió el billete y le dio un beso en la mejilla.

—Tranquila, abuela. Lo guardaré bien. Y volveré a verte muy pronto.

Escuchó un par de golpes en la puerta y se giró, pensando que acababan de pillarle *in fraganti* cogiendo dinero de uno de los internos y que iban a echarle inmediatamente. Por suerte, solo era Steve, el otro tío de mantenimiento, un tipo enorme y musculado con el pelo rapado al cero y una fea cicatriz bajo el ojo izquierdo. Estaba de pie, apoyado en el umbral con el ceño fruncido. Cuando vio que tenía la atención de Al, se giró y empezó a andar.

—Necesito tu ayuda. Sígueme.

Al se dirigió hacia la salida de la habitación y, antes de marcharse, dejó el billete encima de la cómoda. Aceleró el paso para ponerse a la altura de Steve, aunque no tenía muchas ganas de hablar con él. Aquel tipo era la persona menos sociable que había visto nunca. No le había explicado nada cuando empezó a trabajar, contestaba a todas las preguntas con monosílabos y ni siquiera era capaz de pedir las cosas por favor o dar las gracias.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó, intrigado.

—Arreglar la furgoneta. Hace un ruido raro.

—Bien, los motores son lo mío —dijo Al, entusiasmado—. ¿Qué clase de ruido?

—Uno raro —contestó Steve, dando por finalizada la conversación.

Al se encogió de hombros y siguió andando a su lado sin añadir nada más. Si no quería hablar, que no hablase, pero comportarse de aquella manera tan cerrada le ponía en cabeza en su lista de sospechosos. Ya averiguaría por otro lado si ocultaba algo.

Cuando llegaron al garaje, Steve le indicó que se metiera en el asiento del conductor y le diera al contacto mientras él le echaba un vistazo al motor. Tras arrojarle las llaves, abrió el capó y se ocultó tras él.

—¿No sería mejor que lo hiciéramos al revés? —preguntó Al—. Ya te he dicho que los motores son lo mío.

—No.

Al esperó unos segundos para ver si Steve le daba alguna explicación, pero no le llegó nada más. Parecía que aquella negativa era todo lo que aquel tío estaba dispuesto a hablar por el momento. Resopló frustrado, abrió la furgoneta y accionó el contacto. En cuanto el motor se puso en marcha y emitió su primer ronquido, Al supo dónde estaba la avería. Se escuchaba un chillido estridente y continuo que indicaba que la correa de distribución estaba desgastada. Decidió quedarse callado y esperar. Si a Steve no le importaba su opinión, no pensaba dársela, aunque tuvieran que pasarse toda la tarde arreglando aquel motor. A él le pagaban igual.

Encendió un cigarrillo y se entretuvo fumando mientras Steve iba diciéndole que pusiera el motor en marcha o lo apagara. El hombre iba cogiendo herramientas, apretando tornillos aquí y allá o sacando piezas para volver a ponerlas minutos después, confirmando la teoría de Al de que no

tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Estaba a punto de decirle dónde estaba la avería para que dejara de sufrir cuando escuchó un grito desde el otro lado del capo, seguido de un montón de maldiciones. Saltó del asiento y corrió hacia la parte delantera de la furgoneta.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha resbalado la llave inglesa y me he cortado —contestó Steve, enseñándole una fea herida en la mano que sangraba abundantemente.

—Tienes que lavarte eso. ¿Hay agua por aquí?

Steve señaló con la cabeza hacia la entrada del garaje, donde podía verse una fuente con una manguera enganchada. Le agarró por un brazo y le ayudó a llegar hasta allí. Steve estaba muy pálido y se tambaleaba al andar. Al tuvo que contener una sonrisa. Nunca habría pensado que un tipo con aquellas pintas de tío duro pudiera marearse al ver sangre.

—Joder, pedazo de corte te has hecho —dijo al ver que la herida se extendía por toda la palma de la mano y parecía continuar por debajo de la camisa—. Vamos a ver hasta dónde llega.

Steve se dejó hacer. Parecía un muñeco sin voluntad. Al le desabrochó el mono y le ayudó a sacar los brazos para ver bien hasta dónde se extendía la herida. Había sangre por todas partes y no se percibía muy bien. Quitó la manguera del grifo, lo abrió e hizo que Steve pusiera el brazo debajo. Cuando consiguió eliminar la sangre, se dio cuenta de que la herida no era tan larga y profunda como había parecido en un primer momento. Seguramente bastaría con una cura en condiciones y ni siquiera necesitaría puntos. Iba a decirle a Steve que le acompañaba a buscar a alguna de las enfermeras cuando las palabras se le quedaron atascadas en los labios. Los brazos de aquel hombre estaban llenos de tatuajes: un corazón en llamas, una tela de araña, alambre

de espinos... Podías pasarte varios minutos mirando toda aquella colección de dibujos, pero hubo dos que atraparon por completo su atención: las palabras “Dios ha muerto” en su antebrazo derecho y un crucifijo invertido en su bíceps izquierdo. Steve acababa de ganar un montón de boletos para convertirse en el principal sospechoso de su investigación.

Cuando Al divisó el puente de la presa de Mill Pond Park, vio que ninguno de sus compañeros había llegado todavía. Se acercó a uno de los pilares de piedra que adornaban la barandilla y, de un ágil salto, se subió y se sentó con las piernas cruzadas. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar. El sitio era precioso: grandes explanadas de hierba, macizos de flores y el arrullo del agua que parecía inundar el ambiente y ahogaba cualquier otro sonido. El parque, además, estaba casi desierto. Era el lugar perfecto para una reunión clandestina como la que habían planeado.

El sonido de un bastón le hizo girarse hacia el comienzo del puente. John se acercaba a paso tranquilo, fingiendo ser un anciano que paseaba sin rumbo fijo para disfrutar del atardecer. Sin saludar siquiera, como si no le conociese, se detuvo a un par de pasos y se quedó mirando el agua que salía de la presa. Apenas un minuto después, vio aparecer a Eli. Se sorprendió al ver que ella ni siquiera le saludaba y prefería quedarse al lado de John. No era necesario que disimulara tanto. No se veía a nadie por las cercanías y, además, se suponía que eran hermanos. Nadie se extrañaría de verlos juntos fuera del centro.

Esperaron aún unos minutos más hasta que el coche patrulla de Ethan apareció en el parque. Al pensó que habría sido más discreto que el jefe de policía hubiera dejado su coche aparcado lejos y se hubiera acercado hasta allí andando, pero, por la barriga que lucía, supuso que pasear no era una de

sus actividades favoritas. Cuando Ethan llegó al puente, todos miraron en derredor, para asegurarse por última vez de que nadie les observaba y se colocaron en corro.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó Ethan sin rodeos.

—Bueno, no se puede decir que yo haya descubierto nada definitivo —empezó a explicar Eli—. He estado mirando las fichas del personal y de todos los internos y no he encontrado nada sospechoso. Las únicas cosas que no me cuadran las he encontrado en el informe de Alexa Callahan, la directora del centro.

—¿Y qué es lo que has descubierto? —se interesó Ethan.

—Lo primero es que, a pesar de su increíble aspecto, esa mujer tiene casi cincuenta años.

—Joder... ¿Cincuenta años? Pues está buenísima —comentó Al, consiguiendo una mirada glacial de Eli como única respuesta—. Quiero decir que las cremas de hoy en día deben de hacer maravillas, pero no entiendo que eso la convierta en una sospechosa.

—Es uno de los deseos que los adoradores del diablo llevan pidiendo desde hace siglos —explicó John—. Vivir para siempre, la eterna juventud... Podría ser ella, pero necesitaríamos alguna pista más.

—Tengo más —intervino Eli—. Esa mujer tiene dinero para aburrir. ¿Habéis visto su coche?

—Sí, un Ferrari Testarossa, último modelo —dijo Ethan—. Ese coche cuesta una fortuna, pero no podemos saber cómo ha obtenido el dinero para comprarlo. A lo mejor el negocio le va muy bien.

—Sí, sí que le va muy bien —continuó Eli—. A pesar de que en los

tres últimos meses han desaparecido tres ancianos de su centro, nadie se ha dado de baja y hay una lista enorme de gente queriendo entrar. Esa mujer debería perder clientes cada día y estar nadando en demandas judiciales y, sin embargo, su negocio continúa viento en popa, como si nada le afectara. ¿No os parece raro? ¿No creéis que puede estar recibiendo ayuda sobrenatural?

—¿En serio crees que esa mujer le está vendiendo el alma al diablo y sacrificando ancianos a cambio de aparentar treinta y cinco años y poder seguir regentando un asilo? —preguntó Al, enarcando una ceja.

—¿Y por qué no?

—Porque yo pediría aparentar veinte y no tener que volver a trabajar en mi vida —contestó Al.

—Está bien, listillo —dijo Eli, molesta—. ¿Qué tienes tú? ¿Qué te han contado tus amiguitas?

Él permaneció un par de segundos en silencio antes de contestar. No le había gustado nada el tono de desprecio con el que Eli había formulado su pregunta. Le había sonado a veneno reconcentrado, a tormenta en el horizonte. Decidió ignorarlo y seguir hablando. Si iba a haber bronca, ya la tendrían cuando Ethan y John no estuvieran presentes.

—Pues me han contado mil chismorreos sobre el personal, pero creo que no he sacado nada que pueda servirnos para nuestra investigación. Mi único sospechoso, al menos de momento, es Steve, el otro tío de mantenimiento.

—¿Y por qué sospechas de él? —preguntó Ethan.

—Primero, porque es un tío muy raro. Casi no habla. Se comunica con gruñidos y murmullos.

—No todo el mundo es tan sociable como tú —le cortó Eli—. Eso no nos convierte en asesinos en serie ni en adoradores de Satán.

—¿Te pasa algo? Estás rara.

—No, nada. —Eli cruzó los brazos frente al pecho y le lanzó una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. Continúa, por favor.

—Vale... Bueno, aparte de ser un tío muy raro, hoy le he visto sin camisa y lleva los brazos llenos de tatuajes, de esos azulados y chapuceros que se hacen en las cárceles. Creo que puede haber pasado parte de su vida entre rejas.

—¿Y eso qué tendría que ver? Estamos buscando a alguien capaz de invocar demonios, no a alguien que mate con sus propias manos —le interrumpió John.

—Bueno, ya sabéis que yo no soy muy partidario de esa hipótesis. Creo que hemos descartado demasiado rápido que quien se carga a esos chavales y los destripa pueda ser una persona de carne y hueso.

—¿En serio? ¿Sigues pensando eso? —preguntó Eli, echando chispas por los ojos—. ¿Y qué hay de la coincidencia de las huellas? ¿Y de lo que me dijo mi abuela? Arriesgue mi vida para ir hasta el cielo y hablar con ella para que nos confirmara que el culpable de esto era un demonio y a ti no te sirve para nada.

—Tú dices que fuiste al cielo y hablaste con tu abuela. ¿Cómo podemos saber que es cierto? A lo mejor tan solo estuviste unos días inconsciente, alucinando por los polvos esos raros que te echaste en el cuerpo...

—¿Me estás diciendo esto en serio? No me lo puedo creer —dijo Eli, negando con la cabeza.

—Chicos, tranquilos... —intervino Ethan—. Podemos trabajar con varias hipótesis al mismo tiempo. ¿Hay alguna razón para que desconfíes de ese tal Steve?

—Sí, sus tatuajes son raros. Lleva la frase “Dios ha muerto” tatuada en un brazo y un crucifijo invertido en el otro. —Al sonrió, tratando de mostrarse conciliador—. Así que puede ser un asesino que está matando gente o un adorador del diablo como vosotros pensáis. ¿Más contentos así?

John se limitó a encogerse de hombros y Eli ni siquiera contestó. Se había separado unos pasos del grupo y fingía estar muy concentrada en el discurrir del agua bajo la presa. Esperaron unos segundos por si volvía, pero, al ver que no lo hacía, John decidió intervenir.

—Yo he estado hablando con muchos de los internos del centro. Nadie ha podido decirme nada sobre las desapariciones. Nadie vio nada, nadie oyó nada, nadie vio gente extraña merodeando los días anteriores...

—¿No han podido decirte nada que nos sirva? —preguntó Ethan.

—Bueno, quizá sí. Lo primero es que muchos están asustados. Hablan de sectas, de traficantes de órganos, de abducciones extraterrestres... No saben qué es lo que está atacando a los residentes del Highcliff, pero creen que volverá y todos tienen miedo de ser el próximo elegido.

—Eso es lógico. No nos dice nada que pueda ayudarnos —dijo Ethan, encogiéndose de hombros.

—Yo creo que sí. Cuando uno es viejo tiene mucho tiempo para darle vueltas a las cosas y percibir detalles que se le pueden haber escapado a los demás. Se han dado cuenta de que las desapariciones siempre son a principio de mes, cuando comienza la semana de la luna nueva.

Ethan se quedó en silencio y Eli dejó de contemplar el agua y de

fingir desinterés para volver a acercarse al grupo. Al tampoco dijo nada. Estaba muy ocupado tratando de recordar en qué fase estaba la luna la noche anterior.

—La próxima luna nueva será el 5 de agosto —dijo John, confirmando sus temores—. Nos quedan menos de diez días para el próximo asesinato.



CAPÍTULO CUATRO

Cuando escuché cómo se cerraba la puerta del despacho de Alexa, dejé de pelearme con la máquina de escribir y fingí que estaba mirando unos albaranes. No quería que viera mi estilo escribiendo a máquina. En lugar de teclear con agilidad, como debería hacerlo una secretaria eficiente, yo utilizaba la técnica del aguilucho: dar vueltas sobre el teclado con el dedo índice, como si estuviera volando en círculos, antes de lanzarlo en picado cuando descubría la tecla que estaba buscando. Estaba segura de que si Alexa me descubría escribiendo así, me echaría a la calle en menos de cinco minutos.

La directora se acercó a la zona de recepción taconeando con energía sobre las baldosas. Dejé de fingir que estaba leyendo muy interesada y la observé. Me hipnotizaba la gente que se movía así por el mundo, con aquella seguridad, con aquel aura de poder y carisma. Durante un segundo, pensé que vendería mi alma al diablo por tener una centésima parte de la seguridad que ella demostraba. Aparté de inmediato aquella idea de mi cabeza. No me

encontraba en el lugar más apropiado para tener aquel tipo de pensamientos.

Alexa se detuvo frente a mí y depositó una gruesa carpeta sobre el mostrador de recepción. Yo la miré y enarqué una ceja, esperando a que se explicara, mientras esbozaba una sonrisa nerviosa.

—Voy a salir a comer y ya no volveré en todo el día —comentó con su habitual tono gélido, antes de colocar una de sus larguísimas uñas escarlata sobre la carpeta—. Aquí tienes todas las facturas del trimestre. Quiero que las organices por meses.

—Por supuesto, señorita Callahan —dije con voz tranquila. Estaba segura de que cada factura llevaría su fecha, así que podría encargarme de aquel trabajo sin problema—. ¿Necesita algo más?

—Sí. Toma esto. —Me tendió un papel lleno de números—. Este es el nuevo presupuesto de la cocina para el próximo mes. Llévaselo a Laura, la cocinera, y dile que hay que hacer recortes y que espero que me presente un nuevo plan de pedidos antes de que termine la semana.

El sonido de un claxon hizo que ella se girara. Por primera vez vi una sonrisa auténtica en su cara. A través de los ventanales de entrada pude observar un enorme coche inglés clásico que se acercaba y se detenía frente a la puerta.

—Ya vienen a buscarme. Espero que tomes nota si llaman preguntando por mí —dijo mientras se dirigía a la entrada arreglándose el pelo.

—No se preocupe, señorita Callahan. Me encargaré de todo.

En lugar de regresar a mi trabajo, me quedé mirando por los ventanales. Un chico muy elegante y apuesto acababa de bajarse del coche y esperaba a Alexa con la puerta del copiloto abierta. Ella salió, le echó los

brazos al cuello y le dio un beso digno de final de película de Hollywood. Lo reconozco: me quedé sorprendida. En un primer momento había pensado que sería su hermano pequeño, incluso su hijo. Aquel beso desmentía mis hipótesis y era una prueba más de lo mucho que la vida le sonreía a Alexa Callahan.

Cuando el coche desapareció de mi vista, cogí el papel que me había entregado y me dirigí a la cocina. Era una estancia muy amplia y luminosa, situada justo al lado del comedor. Rodeadas de sartenes y ollas tan enormes como para cocinar gente en ellas, encontré a Laura, la cocinera, y a Mary, la ayudante de cocina, limpiadora y chica para todo.

—Buenos días, Eli —me saludó Laura con voz alegre—. Queda una hora para la comida. No puedo dejarte robar nada.

Le dediqué a aquella mujer mi primera sonrisa auténtica de la mañana. Era extraño que alguien me cayera tan bien conociéndola desde hacía tan pocos días, pero Laura me había tratado como a una hija desde el momento en que me conoció y, aunque cada vez que me veía entrar me decía que no me dejaría comer nada entre horas, siempre acababa saliendo de allí con unas onzas de chocolate o un par de galletas.

—Ya me gustaría venir por eso, pero es algo peor —le dije, tendiéndole la hoja que me había dado Alexa—. Recortes de presupuesto. La señorita Callahan quiere que le entregues un plan de comidas que se adapte a esto antes de que acabe la semana.

Laura se acercó a mí en dos zancadas y me arrebató el papel. Según iba leyendo, su ceño se fruncía más y más. Cuando acabó, resopló y soltó una carcajada sarcástica.

—Esto tiene que ser una broma. ¿Cómo quiere que dé de comer a

sesenta personas con esta miseria? No llegaría ni para comprar basura.

—¿Tan malo es? —pregunté, poniendo mi mano en su brazo para reconfortarla.

—Malo no. Peor. —Laura negó con la cabeza—. La comida que le damos a esta gente ya es una porquería. La señorita Callahan ha llegado a acuerdos con varios proveedores locales para que le vendan comida de mala calidad hinchando el precio en las facturas. No te imaginas la cantidad de especias que tengo que echar para disimular que la carne no está en buen estado y que el pescado no es fresco. Si seguimos dándole esta comida a la gente, al final va a haber una desgracia.

Laura se alejó de mí y se puso tras la encimera. Cogió un machete y empezó a trocear una pierna de cordero, descargando toda su rabia sobre ella. Me giré hacia Mary, la ayudante, pidiéndole con la mirada que me ayudase a consolarla, pero la chica se limitó a encogerse de hombros.

—No lo entiendo —insistí, a pesar de que temía poder convertirme en el blanco de la ira de la cocinera—. Este sitio es caro. Los internos pagan mucho dinero por estar aquí. Pensaba que el negocio iba bien...

—Y va bien. —Laura acompañó sus palabras con un nuevo machetazo que hizo que yo pegase un respingo—. Va bien para la señorita Callahan. El dinero entra a raudales por esas puertas, pero ella se lo gasta en coches caros, ropa de marca, joyas y perfumes.

—¿No le importa que la gente se dé cuenta y empiece a marcharse?

—No le importa nada. Heredó este centro de su abuelo y solo lo mantiene porque, al menos de momento, puede seguir exprimiéndolo. Se rumorea que, en cuanto su novio le pida matrimonio, venderá este lugar al mejor postor.

—¿Su novio es ese chico joven y guapo que ha venido a buscarla en un coche inglés? —pregunté, interesada.

—Sí, Henry Middleton —contestó Laura, sin cejar un segundo en su empeño de convertir aquella pata de cordero en carne picada—. Dueño de varios restaurantes del pueblo, de un par de hoteles y del club de golf. Sé que parece muy joven para tener todo eso. Hay gente que tiene mucha suerte con las herencias.

—También es el dueño del periódico y de la radio local —intervino Mary, sobresaltándonos.

—Vaya, eso podría explicar por qué el Highcliff no ha aparecido relacionado con las noticias de las desapariciones —comenté sin darme cuenta de que estaba pensando en voz alta.

—Por supuesto que lo explica. Esa bruja se habrá encargado de convencer a su novio de que no nos citen en ningún momento. —Laura dejó de ensañarse con la pieza de carne, apoyó las manos en la encimera y negó con la cabeza. Había verdadera furia en su mirada—. Y, mientras ella vive su vida de ensueño y su novio la ayuda ocultándolo todo, esos pobres viejecitos están comiendo basura y desapareciendo uno a uno.

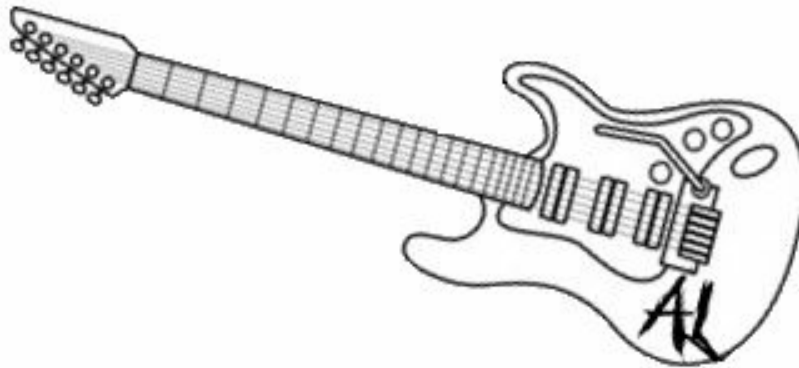
Las tres nos quedamos en silencio tras aquellas frases de Laura. Ella volvió a coger el machete y, tras darle un par de nuevos golpes a la irreconocible pieza de carne, me apuntó con él para reforzar sus siguientes palabras:

—Solo te digo una cosa: si desaparece un anciano más, me largo. Y no voy a ir a la oficina de empleo ni a meterme en mi casa. Voy a ir directa a un medio de comunicación nacional y voy a contar todo lo que está pasando aquí.

Tras decir aquello, su ira pareció desvanecerse. Se quedó mirando alrededor antes de salir disparada hacia la cámara frigorífica a por más carne a la que maltratar. Me volví hacia Mary, preocupada.

—¿Lo dice en serio? —pregunté—. ¿No se metería en problemas?

—Tranquila, no diré nada. Lleva amenazando con lo mismo desde la primera desaparición —contestó, encogiéndose de hombros—. Mira, este trabajo es una mierda, pero es todo lo que tenemos. Además, si enfadamos a la señorita Callahan o a su novio, pueden conseguir que no nos contraten nunca más en todo el condado. Nadie va a jugársela contando nada. Y, si quieres seguir cobrando, será mejor que tú hagas lo mismo y dejes de hacer tantas preguntas.



CAPÍTULO CINCO

Al levantó la vista del matorral que estaba regando cuando escuchó el ruido de un motor que se acercaba a la verja de entrada. Era un coche de policía. Decidió que ya había regado bastante por aquella tarde y que lo mejor sería desenganchar la manguera e ir a fumarse un cigarrillo apoyado en la tapia. La verdad era que no tenía ni idea de plantas, así que sería mejor dejar de derrochar agua antes de acabar ahogándolas. Además, aquel podía ser el coche de Ethan, que se pasaba por el Highcliff para darles noticias.

Cuando el coche se detuvo cerca de la entrada y la puerta del conductor se abrió, Al reconoció al jefe de policía. Siguió fumando con la mirada perdida en el infinito, como si aquella visita no fuera con él. Ethan se acercó, se apoyó en la pared a un paso de él y sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa.

—¿Tienes fuego, chaval? —preguntó para disimular frente a la pareja de ancianos que pasaba en aquellos momentos por delante de ellos.

—Claro, jefe. —Al le tendió su mechero y esperó a que los ancianos se

hubieran separado unas yardas antes de seguir hablando—. No sabía que fumabas.

—Casi no lo hago. Mi Rossie me arrancaría los pulmones con sus propias manos si se enterase de esto —contestó Ethan, guiñándole un ojo en señal de complicidad.

—Está bien saberlo por si me meto en algún lío en Rockport. Siempre viene bien poder chantajear a las autoridades —bromeó Al—. ¿Has venido hasta aquí solo para esconderte de tu mujer y echar un pitillo tranquilo?

—No. Quería hablar con vosotros. ¿Dónde está Eli?

—Dentro, currando. —Al señaló hacia el edificio central—. La directora la tiene esclavizada. Espero que quieras decirnos que lo has resuelto todo y que podemos irnos. Esa tía es una negrera.

—Ya lo siento, pero, al menos de momento, no puedo detenerla por eso. Ni por eso ni por ninguna otra cosa. He estado buscando en los archivos de la policía y está limpia. —Ethan se encogió de hombros y le lanzó una sonrisa triste a modo de disculpa.

—No pasa nada. ¿Y qué hay de nuestro otro sospechoso?

—¿De Steve? Ese es otro cantar —contestó Ethan—. Tiene antecedentes como para estar leyendo un par de días, pero casi todos son delitos menores: posesión de drogas, hurtos, conducción en estado de embriaguez...

—¿Pero ha estado en el talego, como yo decía?

—Sí. En eso no te equivocaste. Acabó en la cárcel por un asalto a mano armada en una joyería. Tres años en prisión y a la calle. Consiguió este trabajo a través de su agente de la condicional y parece que, desde que está

aquí, se ha comportado como un ciudadano ejemplar.

—Vaya mierda... —comentó Al, dando una última calada a su cigarrillo antes de arrojarlo lejos—. ¿Crees que alguien así podría coincidir con la persona que estamos buscando?

—No lo sé. —Ethan se quitó el sombrero y se rascó la coronilla mientras reflexionaba—. Yo creo que no concuerda. Steve es un delincuente de poca monta, un pringado que ni siquiera es capaz de darle el palo a una joyería sin que le pillen. No es un sádico ni un psicópata. No lo veo.

—¿Y si tenemos en cuenta las hipótesis de John y Eli? —preguntó Al.

—¿Crees que ese tío puede ser un adorador del diablo que está invocando a uno de sus lugartenientes y ofreciéndole víctimas en sus rituales? —Ethan esbozó una sonrisa sarcástica—. ¿A cambio de qué? ¿De conservar su mierda de trabajo como personal de mantenimiento en este sitio? Creo que tampoco nos vale.

—Joder, pues estamos arreglados. —Al levantó una mano en señal de despedida—. Voy para adentro. Si tenemos que seguir investigando aquí, más me vale que no me pillen haciendo el vago.

—Mucha suerte —le dijo Ethan—. Y tened los ojos muy abiertos. Se nos acaba el tiempo.

Cuando vio a Eli entrar al comedor, levantó una mano para saludarla, esperando que se acercara a su mesa. Sin embargo, ella no le vio. Iba muy concentrada en un libro, con los cascos del walkman puestos. Recogió una bandeja y, tras esperar su turno en la fila, cerró su libro, esperó a que le sirvieran la comida y después se alejó para sentarse en una mesa situada en un rincón del comedor.

—Al, ¿me estás escuchando?

—Claro, Meredith —contestó él, volviendo su mirada a las chicas que le acompañaban.

—Soy Melanie, tonto —dijo ella, sonriendo mientras jugueteaba con un mechón de su cabello—. Te he preguntado si libras este sábado.

—Creo que sí. No me acuerdo. —Decidió que, ya que tenía que pasar la comida con aquellas dos, sería mejor que tratase de aprovechar el tiempo—. Oye, no me habéis hablado del resto de las enfermeras. ¿Son todas tan majas como vosotras?

Las dos chicas rieron al unísono, como si acabara de hacer la broma más graciosa de la historia de la humanidad. Él forzó una sonrisa y se quedó mirándolas, esperando a que hablaran.

—No. Nosotras somos las más simpáticas —contestó la que acababa de decirle que se llamaba Melanie—. Has tenido suerte de que te hayamos “adoptado”.

Volvieron a reírse con aquellas vocecillas agudas y cantarinas. Al se preguntó qué le estaba pasando. Estaba sentado con dos tías guapísimas que parecían comer de su mano y no podía despegar los ojos de Eli, sentada en la penumbra del comedor. Le atraía su aspecto oscuro y misterioso, su silencio, su forma de estar a solas y parecer tan en paz... Desde que habían empezado a trabajar allí, apenas tenían tiempo para estar juntos. Se pasaban todo el día trabajando y, cuando llegaba la noche, Eli siempre decía que estaba demasiado cansada para ir a ningún sitio. Y luego estaba aquella norma de prohibir las relaciones entre los miembros del personal y la estupidez de tener que fingir que eran hermanos. Echaba mucho de menos poder abrazarla cada vez que se cruzaban, poder besarla, dormir juntos con la cabeza de ella

apoyada en su pecho, sentir el tacto y el calor de su piel en la cama... Sería mejor que detuviera aquellos pensamientos. Echaba muchas cosas de menos de estar en la cama con Eli y pensar en ellas solo le pondría aún más nervioso.

—¡Al! Estás atontado hoy...

—Perdona, Melanie...

—Yo soy Meredith. —La chica parecía realmente molesta—. No te entiendo. Nos dices que te hablemos de nuestras compañeras y luego no nos escuchas.

—Perdona. He dormido fatal esta noche —dijo Al, poniendo su mejor sonrisa y agarrándole una mano a modo de disculpa—. Será el calor. ¿Qué me decías?

—Te decía que Carol y Diana, las otras dos auxiliares, no te iban a caer bien —contestó ella, devolviéndole la sonrisa—. Son mayores que nosotras y muy aburridas. Están todo el día hablando de trabajo.

—¿Y no trabaja nadie más en enfermería?

—Sí, claro. Somos cuatro auxiliares y dos enfermeras.

—¿Y qué podéis contarme de las dos enfermeras? ¿También son aburridas?

—Lo son —respondió la otra chica, interrumpiendo a su amiga—. Primero está Betty, que tiene como mil años. Es maja y se preocupa por nosotras, pero nos echa unas broncas cada vez que hacemos algo mal...

Al recordó a aquella enfermera. Era la que les había acompañado a las habitaciones de los pacientes desaparecidos el día que fue con Ethan a buscar huellas. Tendría que intentar no cruzarse demasiado con ella para que no le

reconociera o inventarse una buena historia que explicase cómo había pasado de ayudante de la policía a chico de mantenimiento en menos de dos semanas.

—¿Y la otra enfermera?

—Es Lisa —contestó una de las chicas. Por mucho que se esforzaba no lograba encajar la cara de cada una con el nombre correcto.

—La conozco. Es la que nos enseñó el centro a mi hermana y a mí el día que entramos a trabajar —dijo Al—. ¿Es simpática?

—Bueno, no mucho. Es muy tímida y se relaciona muy poco con el resto del personal. Además, pasa muy poco tiempo aquí.

—¿Y eso?

—En cuanto acaba su turno se va al hospital. Tiene un hijo enfermo y está con él todo el tiempo que puede.

—¿Hemos acabado de comer ya? —interrumpió su compañera—. Podríamos pasar por el tablón de horarios para ver si libras el sábado.

—¿Y para qué queréis saber si libro el sábado? —preguntó Al, temiéndose lo peor.

—Queremos que vengas de copas con nosotras —contestaron al unísono—. Lo vamos a pasar genial.

Miró hacia la esquina en la que Eli seguía sentada sola, absorta en su música y en su libro. Sabía que libraba el sábado y que ella también lo hacía y había pensado en decirle que se fueran lejos de aquel pueblo con la caravana para estar solos. Se tomó unos segundos antes de contestar. No era tan mala idea salir de copas con aquellas dos. Quizá el alcohol les hiciera contar cosas que no eran capaces de comentarle estando sobrias.

—Está bien. Saldré con vosotras, pero con una condición: mi hermana también viene.



CAPÍTULO SEIS

Apresuré el paso para llegar cuanto antes a la presa de Mill Pond Park, aunque sabía que llegaba tarde. A Alexa se le había ocurrido mandarme clasificar una enorme montaña de albaranes cuando solo quedaban cinco minutos para que terminase mi turno. Estaba segura de que ella era consciente de que no me iba a dar tiempo a terminar con aquello antes de que llegase mi hora de salir y que le había dado igual. A aquella bruja le gustaba tener poder sobre los demás y demostrarlo. Cada día que pasaba bajo su yugo la odiaba más. Empezaba a dudar de si el hecho de que siguiera siendo mi principal sospechosa se debía a que tenía indicios contra ella o a que le tenía tanta manía que quería poder achacarle algún terrible crimen para que acabase sus días en la cárcel.

Tal y como temía, mis tres compañeros ya estaban esperando. Ethan y John estaban conversando animadamente. Al les contemplaba, sentado sobre uno de los pilares del puente mientras se fumaba un cigarrillo, con ese aire suyo de estar por encima de todo, como si el mundo entero le diera igual. Me

acerqué a ellos y esboqué una sonrisa a modo de disculpa:

—Siento llegar tarde. Alexa me ha entretenido con un trabajo de última hora.

—No pasa nada —dijo Ethan, mirando su reloj—. Vamos a darnos prisa. Ya llevamos un rato aquí y puede resultar sospechoso. Además, me esperan en comisaría en diez minutos. ¿Tenéis algo nuevo?

—Por mi parte no voy a entretenerme mucho —contestó John—. He estado hablando con todos los residentes del centro durante estos días y sigo sin tener ninguna pista de la que tirar. Sinceramente, creo que nadie vio nada y que ninguno de ellos es el culpable de lo que está pasando.

—¿Estás seguro? —preguntó Al—. Quizá alguno de ellos esté invocando a ese demonio para pedirle más tiempo de vida.

—¿Más tiempo de vida para qué? ¿Para estar encerrado en ese antro del que solo saldrán con los pies por delante, abandonados por su familia y sufriendo la enfermedad y los achaques de la vejez? —John negó con la cabeza—. Sabemos que ese demonio tiene el poder de rejuvenecer a las personas, de convertirlos en adolescentes... Si alguno de los internos lo hubiese invocado, ya no estaría ahí.

—Tienes una visión de lo más optimista sobre las residencias de ancianos —comentó Ethan, sarcástico—. Yo no lo descartaría del todo. Puede que ese demonio, si en realidad existe, le haya prometido salud y juventud cuando le haya entregado un número determinado de víctimas que todavía no ha conseguido. Tendrás que seguir investigando. ¿Alguien tiene algo más?

—Yo no he conseguido nada —respondió Al—. Llevo toda la semana escuchando cotilleos sobre el personal sin ningún resultado.

—Pues con lo entretenido que parecías con Megan y Melody, pensé que estabas consiguiendo algo —intervine.

—Son Meredith y Melanie —me corrigió Al.

—Me da igual. No sé por qué hablas tanto con ellas. Se ve que tienen la inteligencia de una ameba. No podrían invocar ni a un duendecillo aunque su vida dependiera de ello.

—Eso ya lo sé —me cortó Al—. No estoy hablando con ellas porque parezcan sospechosas, sino para que me cuenten cosas del resto. El problema es que, o no hay nada que contar, o yo no soy capaz de verlo.

—Quizá si dejaras de mirarles el escote, verías algo más.

—¿Estás celosa? —preguntó Al, sorprendido.

—¿Celosa yo? ¿De esas dos? No me hagas reír... —contesté, tratando de aparentar serenidad.

—Tranquila. Esta noche vamos a comprobar si tú eres capaz de sacarles algo, porque te vienes de juerga con nosotros—me anunció Al.

—Yo con esas dos no voy a ningún sitio —dije, cruzando los brazos frente al pecho.

—Eli, creo que puede ser una buena idea que les acompañes —intervino John—. Quizá, al ser tú una chica, te cuenten cosas que no le han contado a Al.

—Lo dudo mucho —dije, negando con la cabeza—. Ni siquiera me han saludado desde que estamos en el Highcliff. Creo que no saben ni que existo. Solo tienen ojos para Al.

—Estás celosa —insistió él con una sonrisa de triunfo en la cara que me provocó ganas de darle un puñetazo.

—No estoy celosa y, para que veas que tengo razón en que pasan de mí, voy a acompañaros esta noche.

—Bien, pues ahora que hemos acabado con la escenita, podemos centrarnos de nuevo — interrumpió Ethan, volviendo a mirar su reloj—. ¿Tú has conseguido algo, Eli?

—Nada nuevo. He estado comprobando los rumores de los que os hablé, eso de que Alexa está abaratando costes para sacar todo el dinero posible, y he visto en su agenda que, en los últimos meses, ha tenido reuniones con varias inmobiliarias. Creo que es cierto que planea vender el centro.

—Pues eso la descarta como sospechosa, ¿no? —comentó Al.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ethan.

—Si estuviese invocando al demonio, podría pedirle todo el dinero que quisiera —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Bueno, quizá esté pidiendo otra cosa: belleza, juventud, ese novio tan estupendo que tiene... —dije yo, negándome a descartarla—. De momento, sigue siendo mi principal sospechosa: una mujer sin ningún escrúpulo a la que la vida le va demasiado bien.

—De acuerdo. Puedes seguir investigándola. No tenemos nada mejor —dijo Ethan antes de ponerse en movimiento—. Tengo que marcharme ya. Si encontráis cualquier cosa, llamad a comisaría para que me localicen. Da igual la hora.

No dijimos nada más mientras él se alejaba. Sabíamos a que se debía la urgencia de sus últimas palabras. Ya estábamos a uno de agosto y la luna casi no se veía en el cielo. Si no descubríamos nada, Apolyon pronto tendría una nueva víctima.

En cuanto regresamos al centro, me dirigí a paso rápido hacia mi habitación. Había quedado con Al y sus amiguitas en una hora y no tenía ni idea de qué ponerme para no parecer una polilla entre mariposas. Iba ensimismada, maldiciendo la idea de Al de meterme en una situación en la que sabía que iba a pasarlo mal, cuando una voz me sacó de mis pensamientos.

—¡Eli! ¡Qué oportuna!

Me giré para ver a Alexa caminando directamente hacia mí. Iba muy elegante, con un vestido negro ajustado y una estola de armiño que desentonaba totalmente en una noche de agosto. Supuse que iba a salir y, durante un segundo, acaricié la idea de que fuera a pedirme que me encargara del centro en su ausencia. Aquella sería la excusa perfecta para no acompañar a Al y a aquellas dos petardas a las que ya odiaba con toda la fuerza de mi ser. Claro que tampoco me hacía ninguna ilusión dejarle solo y borracho con aquellas dos hienas...

—Se me ha olvidado el monedero en mi habitación y mi acompañante está a punto de llegar —me dijo, tendiéndome la llave de su cuarto—. ¿Podrías subir un momento? Está sobre la cómoda, al lado de la entrada.

Acepté la llave y asentí. Su cuarto estaba en el ático, separado del resto del edificio. El ascensor ni siquiera llegaba hasta allí. No me hacía ninguna gracia tener que hacerle aquel favor cuando ella podría haber subido a su cuarto en un momento en lugar de molestarme, pero no tenía forma de negarme sin que se enfadara. Caminé hacia el ascensor, enfurruñada, pero, en cuanto las puertas se cerraron, me di cuenta de que aquello no era una faena, sino una increíble oportunidad. Si había alguna prueba de que Alexa dedicaba sus noches a hacer pactos demoníacos, estaría en aquella habitación.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, me lancé fuera a toda velocidad. Corrí por el pasillo y subí las escaleras que llevaban al ático maldiciendo los puñeteros tacones que aún llevaba y que seguía sin dominar. Al entrar en la habitación, divisé el monedero que me había pedido Alexa encima de la cómoda, tal como me había indicado. Lo metí en un bolsillo de mi chaqueta y, tras entornar la puerta, empecé a abrir los cajones de la cómoda y de las mesillas de noche, a inspeccionar el armario... No encontré nada extraño, aparte de la ingente cantidad de ropa, perfumes, joyas y maquillaje de marca que coleccionaba aquella mujer.

Traté de dejarlo todo como estaba. Parecía que tampoco iba a encontrar ninguna prueba contra ella allí. Me quedé unos segundos de pie en medio de la habitación, con las manos apoyadas en las caderas, preguntándome dónde más podía buscar. Estaba convencida de que aquella mujer era culpable y de que tenía que ser en ese cuarto donde realizase sus rituales, pero no era capaz de encontrar nada.

Fui hasta el cabecero de la cama y retiré el cuadro que adornaba la pared en busca de una caja fuerte o de la manivela que abriese una puerta secreta que diese paso a otro cuarto. No había nada. Tenía que marcharme ya. Llevaba mucho tiempo en esa habitación y Alexa habría empezado a impacientarse.

Volví a quedarme parada, sin resignarme a irme sin haber encontrado nada. No tendría otra oportunidad como aquella para investigar su habitación. Además, si podía probar que Alexa era la culpable, no tendríamos que permanecer ni un solo día más en el Highcliff y eso significaría que podríamos marcharnos y que no tendría que aguantar a las dos amiguitas de Al aquella noche.

De repente, se me ocurrió que quizá Alexa ocultaba sus cosas bajo la

cama. Me arrodillé en el suelo, me incliné y miré debajo. Había algo justo en el centro, un bulto negro que parecía una caja. Alargué el brazo, pero no conseguí alcanzarla. A pesar de que Alexa dormía sola en aquel cuarto, tenía una cama enorme. Me tumbé en el suelo y empecé a reptar, alargando el brazo todo lo posible para conseguir alcanzar aquella caja. La rozaba con los dedos, pero no tenía ninguna asa de la que agarrar para tirar de ella y sacarla. Repté un poco más y conseguí agarrarla por una esquina y tirar hacia mí. Una sonrisa de triunfo se abrió paso en mi cara. Si Alexa tenía aquella caja tan escondida, debía de ser algo muy importante.

En aquel momento escuché el pitido del ascensor al llegar a la tercera planta y el ruido de unos afilados tacones sobre las baldosas del pasillo. Estuve segura de que era ella. Nadie más caminaba de aquella manera, como si el suelo le debiera dinero y quisiera hacérselo pagar. No tenía más que un par de minutos antes de que ella llegara a la habitación y me descubriera cotilleando debajo de su cama.

Me dio igual. Si conseguía las pruebas que necesitaba, ya no tendría que seguir ocultando mi identidad ni necesitaría trabajar más en aquel sitio. Estaba segura de que podría desenmascararla aquella misma noche. Retiré la tapa esperando encontrar un grimorio, hierbas y piedras, una daga ritual, un cáliz, velas... Cualquier cosa que probara que aquella mujer era la culpable. Pero en aquella caja no había nada de eso. Encontré antiguas cartas atadas con un ajado lazo amarillo, su anuario del instituto, fotos de su juventud... Aquellos recuerdos solo servían para demostrar que el dinero podía hacer milagros, porque en su adolescencia Alexa había sido una chica bastante vulgar, con la nariz un poco grande y la mitad de pecho del que lucía ahora. Quizá para ella aquello era un secreto terrible que debía mantener oculto a toda costa, pero, desde luego, no era lo que yo estaba buscando.

Escuché el sonido de sus tacones en las escaleras. La tendría en la puerta de la habitación en menos de medio minuto. Volví a colocar la tapa de la caja y la empujé para tratar de ponerla en el lugar que había ocupado. Después intenté reptar hacia atrás, pero choqué con el culo contra el borde del somier. Maldije mientras empujaba tanto como podía, sin poder creer que me fueran a pillar en una situación tan ridícula y que aquella bruja fuera a despedirme por haber estado cotilleando las fotos de su anuario y las cartas de sus antiguos novios. Me retorcí como una culebra, tratando de pegarme al suelo y de ocupar el mínimo espacio posible y, de repente, estuve fuera. Me incorporé lo más rápido que pude y saqué el monedero de mi bolsillo en el mismo momento en el que Alexa abrió la puerta de la habitación. Se me quedó mirando de arriba abajo con el ceño fruncido y un gesto de incompreensión en la cara.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué hacías? —me preguntó.

Me observé a mí misma antes de contestar. Llevaba toda la ropa retorcida y llena de pelusas. Me dije a mí misma que debería comentarle a Mary, la chica de la limpieza, que también había que barrer debajo de las camas. Intenté limpiarme un poco mientras sonreía con mi expresión más inocente.

—No te vas a creer lo que me ha pasado —contesté, riendo como si fuera lo más divertido del mundo—. Cuando fui a coger tu monedero, se me cayó al suelo y, al ir a recogerlo, me tropecé con la pata de la cómoda y, sin querer, le di una patada y fue a parar debajo de la cama. No te imaginas lo que me ha costado recuperarlo. Tienes una cama enorme. No llegaba desde ningún sitio.

—Serás inútil —dijo con un desprecio infinito en la voz—. No sé para qué tengo empleados si al final tengo que hacerlo todo por mí misma. Dame

el monedero y la llave.

Le tendí las dos cosas y salí de la habitación. Alexa cerró el cuarto y me siguió hasta el ascensor. Antes de llegar, me despedí de ella y decidí bajar por las escaleras. Me sentía muy nerviosa y no quería que lo notara. Y también me sentía furiosa: conmigo misma, por el ridículo que acababa de hacer; con Alexa, por cómo me trataba; con el mundo en general... Acababa de poner toda nuestra investigación en riesgo para nada. No estábamos avanzando en absoluto y el tiempo se nos acababa. Además, para hacer mi vida un poco más horrible, tenía que prepararme para salir con las amiguitas de Al.

Terminé mi cuarta cerveza y miré alrededor, mareada. No estaba acostumbrada a beber, al contrario que Meredith y Melanie, que, bajo aquella apariencia de ángeles rubios, debían esconder a dos alcohólicos irlandeses con el hígado a prueba de bombas. Quería decirle a Al que aprovecháramos cualquier despiste de aquellas dos para marcharnos y estar un rato a solas. El alcohol no me estaba sentando muy bien y solo quería acurrucarme en sus brazos y que me dijera que me echaba de menos y que solo me quería a mí. Estaba a punto de inclinarme hacia él para hablarle al oído cuando se levantó, me tomó de la mano y tiró de mí hacia la puerta. Pensé que nuestros pensamientos habían coincidido mágicamente y que por fin acababa aquella noche de tortura, pero mis ilusiones se desvanecieron cuando vi que las dos rubias caminaban delante de nosotros y que una de ellas agarraba la otra mano de Al.

—¿Dónde vamos? —le pregunté, notando que la lengua me resbalaba un poco.

—A otro bar —contestó Al, con los ojos brillantes de entusiasmo—. Dicen que se puede tocar y cantar en directo.

Lancé un agónico suspiro mientras le seguía. Iba a ser imposible llevarse a Al a ningún sitio. En cuanto tenía la posibilidad de agarrar una guitarra y lucirse delante del público, el resto del universo dejaba de importar. Me encontraba tan cansada y asqueada de todo que fui reduciendo el paso. Me solté de la mano de Al y vi cómo él, en lugar de darse la vuelta y preguntarme si estaba bien, agarraba a las dos rubias por la cintura y se metía dentro de un local. Tuve ganas de largarme sin dar explicaciones, pero me resigné y fui tras ellos.

Fuimos esquivando mesas de madera hasta llegar a una cercana al escenario, desde el que una chica que no debía conocer siquiera el significado de la palabra “afinación” se desgañitaba cantando *Walking on sunshine*.

—¿Qué vas a tomar, Emi? —me preguntó una de las rubias, demostrando que ni siquiera tenía cerebro para recordar un nombre de tres letras.

—Otra cerveza, Melody —contesté yo, equivocando su nombre adrede.

—Es Meredith —me corrigió sin perder ni un segundo su encantadora sonrisa.

—Me la pela —la corté yo, cruzando los brazos frente al pecho—. ¿Me vas a traer otra cerveza o no?

Las dos chicas se levantaron al unísono y se dirigieron a la barra, discutiendo acaloradamente. Estaba segura de que me estaban criticando, pero me daba igual. Solo quería marcharme de allí.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —preguntó Al, moviendo su silla para quedar frente a mí—. Llevas toda la noche amargada, pero esto último... Te has pasado.

—Perdóname por haber ofendido sus sentimientos —le dije con tono

sarcástico—. Como vosotros no lleváis toda la noche ofendiendo los míos...

—¿Ofendiéndote en qué? —preguntó él con una cara de incredulidad que me hizo pensar durante un segundo que tenía un novio tan tonto que ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Pero es que no lo ves? —le dije, furiosa—. Llevan metiéndote fichas toda la noche. No hacen más que sonreírte, mirarte con cara de bobas, tocarte, agarrarte...

—¿Y qué culpa tengo yo de gustarles?

—Toda... No les has parado los pies en ningún momento y llevas toda la noche sin hacerme ni caso.

—Te recuerdo que se supone que somos hermanos y que yo no tengo novia —respondió, enfadado.

—¿Y hasta dónde piensas estirar esa mentira? ¿Vas a seguir vacilando con las dos hasta que decidas a cuál de ellas te vas a llevar a la cama?

—No sé por qué tendría que elegir... —me dijo con una sonrisa cruel en la cara—. Si consigo acostarme con ellas a la vez, ¿cuenta como una infidelidad o como dos?

—Eres un gilipollas —le dije, levantándome para marcharme.

Él me agarró por el brazo y tiró de mí para hacer que me sentara de nuevo. Yo forcejeé, tratando de dejarle muy claro que no pensaba quedarme un segundo más allí para que siguiera insultándome a la cara.

—Eli, te estás portando como una cría —me dijo en un tono más conciliador—. Esas dos tías no significan nada para mí. ¿Cómo quieres que te lo demuestre? ¿Quieres que te dé un beso aquí, delante de ellas? Porque no me importa una mierda lo que piensen...

—No tienes que demostrarme nada. Déjame en paz.

—Pues te lo voy a demostrar, quieras o no.

La chica del escenario acababa de terminar su abominable interpretación y ya se retiraba, acompañada de unos tímidos aplausos. Al se levantó sin decir nada más, subió de un salto al escenario y cogió una guitarra que estaba apoyada en la pared. Tras tocar unos acordes para comprobar que estaba afinada, se puso frente al micrófono. En aquel momento, Meredith y Melanie dejaron sobre la mesa las cuatro jarras de cerveza que traían y empezaron a aplaudir enloquecidas y a soltar agudos grititos de ánimo.

—¡Va a cantar! ¡Va a cantar! —gritó Melanie con tanto entusiasmo como si fuera a escuchar música por primera vez en su vida—. Te apuesto diez dólares a que me la dedica a mí.

—Y una mierda —contestó su amiga—. Lleva mirándome el escote toda la noche. Me la va a dedicar a mí. ¿Tú qué crees, Eli?

Tuve que contenerme para no agarrarlas del pelo y estampar sus cabezas contra la mesa. Me limité a fingir una sonrisa y a encogerme de hombros.

—Buenas noches, amado público —dijo Al, desde el escenario—. Soy Al Carter, de Nueva Jersey, y espero que mi interpretación sea del agrado de todos ustedes, pero, sobre todo, espero que la disfrute una persona muy especial para mí, a la que voy a dedicarle la canción.

Las dos rubias entraron en una especie de crisis de histeria. Se pusieron a dar saltos y a gritar mientras le saludaban con las dos manos, tratando de llamar su atención. Me dieron tanta vergüenza ajena que estuve a punto de esconderme debajo de la mesa.

—Eli, “hermanita mía”, esta canción es para ti.

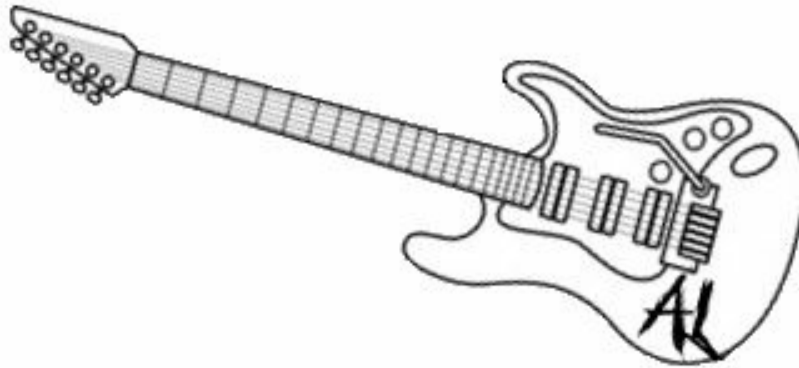
Sin decir nada más, comenzó a tocar *I'm on fire* de Bruce Springsteen. Aquello me sirvió para darme cuenta de que, aunque uno piense que ha llegado al límite de la vergüenza, siempre hay un escalón más. ¿Cómo se le ocurría cantarme aquella canción delante de todo el mundo? No era una canción que se le pudiera dedicar a una hermana y menos si se cantaba como lo estaba haciendo él, con los ojos fijos en mí, desnudándome con la mirada, rasgando en cada estrofa, arrastrándose por los versos con aquella voz sugerente...

—No es una canción muy adecuada, ¿verdad? —preguntó Meredith, demostrando que tenía un poco más de inteligencia de lo que yo había pensado hasta el momento.

—Es una broma privada entre hermanos —contesté—. Sabe que Bruce me pone muy bruta y supongo que quiere que me anime y me busque un rollo para esta noche.

Las dos amigas me sonrieron, mostrando su acuerdo con el plan. Seguro que estaban dispuestas a liarme con cualquiera para conseguir que desapareciese del mapa. Cuando dejaron de prestarme atención, pude volver a quedarme hipnotizada por la actuación de Al. Durante unos segundos, me pareció que no había espacio entre nosotros, que podía acariciarme con su voz, que sentía su aliento mientras me cantaba aquella canción al oído, como había hecho tantas veces... Sentí una oleada de calor recorriendo mi cuerpo y tuve que beberme la mitad de la jarra de cerveza de un solo trago. Cuando terminó, entre los gritos histéricos y los aplausos enfervorecidos de todo el público femenino, me miró a los ojos mientras se quitaba la guitarra y me guiñó un ojo. No pude evitar sonreírle y mover los labios pronunciando las palabras “Estás muy loco”. No podía explicar cómo lo había hecho, pero, con aquella canción, con su forma de mirarme, había logrado que todas mis dudas

se desvanecieran y que ya no viera a nuestras dos acompañantes como rivales. Podían seguir luciéndose frente a él durante toda la noche. Ya no me importaba. Había visto en sus ojos que yo era su reina y que para él no existía nadie más.



CAPÍTULO SIETE

Al se sentó en la cama, incapaz de conciliar el sueño. No era solo que siguiese mareado por el montón de cervezas que se había bebido. No podía dejar de pensar en Eli. A pesar de que, a partir de su actuación, ella había estado sonriendo toda la noche e incluso había sido amable con Meredith y Melanie, él no había podido dejar de pensar en la discusión que habían tenido.

Era increíble lo estúpido que podía llegar a ser. Desde que habían hablado, había estado planteándose sin cesar todo el daño que le había hecho paseándose con aquellas dos chicas del brazo, tonteando con ellas, dejándose querer... Era cierto que había comenzado a hablar con ellas para tratar de sacarles información, pero no había sido solo eso. Le gustaba demasiado sentirse el centro de atención y saberse deseado, aunque para ello tuviera que comportarse como un gilipollas y hacerle daño a la persona que más quería.

Las imágenes de todos aquellos días en el comedor, con Eli a unos pasos fingiendo estar concentrada en su música o en sus libros mientras él

coqueteaba y se reía, aparecían en su mente una y otra vez. Se imaginó lo que él habría sentido si los papeles hubieran cambiado, si él hubiera tenido que aguantarse mientras veía cómo dos tipos la entraban a saco... Solo con pensarlo, una hoguera se encendió en su vientre y amenazó con consumirlo. ¿Cómo no se había dado cuenta del daño que le estaba haciendo?

Tenía que pedirle perdón. No bastaba con dedicarle una canción desde el escenario. Se arrepentía de verdad por lo que había hecho y quería que ella lo supiera. No podía esperar hasta la mañana siguiente para hacerlo. Quizá ella estaba en su habitación, triste, confusa, con miedo a perderle... No iba a permitir que pasara la noche en vela por su culpa.

Se levantó, volvió a vestirse y salió por la ventana. Se agachó y empezó a avanzar pegado a la pared, tratando de no hacer ningún ruido. La noche era muy cálida y todo el mundo tenía las ventanas abiertas, así que solo tenía que llegar hasta la de Eli y colarse dentro. Fue contando con cuidado las ventanas que dejaba atrás. No quería equivocarse y acabar metiéndose en la habitación de otra persona.

Cuando por fin llegó a su ventana, se irguió y miró dentro. Las luces estaban apagadas y no se oía ningún ruido. Se apoyó en el alfeizar y se impulsó para subir. Con mucho cuidado, pasó las piernas dentro de la habitación y saltó dentro. Escuchó un movimiento en la cama y, un instante después, quedó cegado por la luz de la lámpara de la mesilla.

—Al, ¿qué haces aquí? —preguntó la voz de Eli en un susurro.

Escuchó cómo ella se levantaba de la cama mientras sus ojos se acostumbraban a la luz. Cuando pudo abrirlos, se la encontró frente a él, con el ceño fruncido y los brazos en jarras. Sonrió al ver que Eli llevaba puesta una de sus viejas camisetas. Estaba muy guapa con el pelo revuelto y aquella cara de niña enfadada. En lugar de contestar, la agarró por la cintura y la

atrajo hacia él, pero ella le puso las manos en el pecho para detenerle.

—Te he preguntado qué haces aquí. ¿Estás loco? Nos pueden pillar...

—He venido a pedirte perdón —respondió él.

—¿Y crees que colarte en mi habitación de noche y darme un susto de muerte es la mejor manera de hacerlo?

—Si quieres, te canto una serenata, pero íbamos a llamar mucho la atención —bromeó él, tirando de nuevo de su cuerpo para atraerla.

—Sí, anda... Tú no me darías una serenata. No estás tan loco —contestó ella, desafiante.

Al la soltó, se subió de un salto al alfeizar y pasó las piernas al otro lado de la ventana.

—¿Y ahora adónde vas? —preguntó ella, confusa.

—A por mi guitarra. Estaré aquí en dos minutos.

Eli no pudo contener la risa. Se acercó a él, le cogió por la camiseta y tiró para que volviera a pasar a la habitación. Cuando estuvo dentro, le echó los brazos al cuello y le sonrió.

—Prefiero que me cantes esa serenata aquí, al oído —le dijo con voz sugerente.

—Está bien. —Él se inclinó hacia ella y empezó a cantar en susurros—. “Un Romeo enamorado canta en las calles una serenata, deprimiendo a todo el mundo con la canción de amor que hizo”.^[3]

Eli soltó una risita mientras negaba con la cabeza. Volvió a poner las manos en su pecho y le empujó suavemente hacia la cama, hasta hacerle caer sobre ella. Después se puso a horcajadas sobre él.

—Ya sabes que no es esa la canción que quiero que me susurres —le dijo con un brillo travieso en los ojos.

—¿Cuál quieres? *¿I'm on fire?* —preguntó él, confuso—. Esa canción te pone muy burra y yo solo he venido a pedirte perdón.

—Por favor —ronroneó Eli, inclinándose sobre él y empezando a mordisquear su cuello.

—Nos van a pillar —repuso él, sintiendo que su resistencia se desvanecía.

—Pues gime bajito —contestó ella—Esto te enseñará que usar esa canción conmigo tiene consecuencias.

Cuando Al se despertó, la habitación seguía tan oscura que en un primer momento no supo dónde estaba. Sentía el cálido cuerpo de Eli contra el suyo, tan cercano que casi parecían uno, y podía escuchar el ritmo de su respiración. Pensó que estaban en la caravana, pero enseguida se dio cuenta de que no podía ser. La superficie sobre la que descansaba era mucho más cómoda que su vieja cama. Cuando sus ojos se acostumbraron a la débil luz que entraba por la ventana, procedente de las farolas del jardín, recordó que estaba en el Highcliff, en la habitación de Eli.

Apartó el brazo con el que ella le tenía rodeado, cuidando de no despertarla, y, poco a poco, salió de la cama. Pasó un par de minutos buscando su ropa, que estaba desperdigada por el suelo de la habitación, pero, en lugar de enfadarse o maldecir por no encontrarla, fue recogéndola con una sonrisa en los labios. Había merecido la pena aquella visita, incluso con el riesgo que corrían de ser descubiertos. Aquello, en lugar de ser un impedimento, había convertido la experiencia en algo mucho más morboso y

excitante. Si tenían que pasar mucho más tiempo allí, era muy probable que le propusiera a Eli hacerle más visitas.

Antes de volver a salir por la ventana, se quedó unos segundos contemplándola en la penumbra de la habitación. Estaba tumbada casi boca abajo, con el pelo revuelto y desparramado por la almohada y una sonrisa adornando su rostro. Le entraron unas ganas tremendas de despertarla y volver a besarla. Iba a echarla mucho de menos, aunque la viera todos los días y se cruzara con ella por los pasillos. Estaba harto de no poder abrazarla, de no poder besarla, de tener que fingir que no se moría de ganas de tocar su piel cada vez que la tenía cerca. Se prometió a sí mismo que, a partir del día siguiente, dejaría de perder el tiempo y se pondría a buscar al culpable de aquellos crímenes con todas sus fuerzas. Lo encontraría y acabarían con él, fuera mortal o inmortal, y podrían marcharse de aquel lugar triste y gris y volver a la carretera, a ser libres y felices de nuevo.

A pesar de que su cuerpo le pedía que volviera a quitarse la ropa y se metiera de nuevo en la cama con Eli, se volvió hacia la ventana, se sentó en ella con las piernas colgando hacia fuera y, tras mirarla una última vez, saltó al jardín tratando de no hacer ruido. Se agachó pegado a la pared y se mantuvo unos segundos quieto y en silencio para asegurarse de que nadie le había visto y de que todos los habitantes del Highcliff estaban durmiendo.

El jardín estaba en calma y no salía luz de las ventanas de las habitaciones. No había ruido de voces ni de pasos ni de motores lejanos. Todo Rockport parecía sumido en un sueño sin sobresaltos. En un primer momento, solo percibió el sonido de la brisa entre las hojas de los árboles y el arrullo del mar. De repente, escuchó algo más mezclado con aquellos sonidos: un suave canto, una letanía continua pronunciada por una voz de mujer que surgía de una de las habitaciones. Sin hacer el menor ruido, Al fue

avanzando pegado a la pared hasta la ventana de la que procedía el sonido. Cuando estuvo bajo ella, se irguió poco a poco hasta asomar la cabeza.

Se quedó paralizado ante lo que tenía frente a los ojos. Había una mujer desnuda, arrodillada en el suelo dentro de un pentáculo dibujado con tiza y rodeado de velas negras. En la pared, frente a ella, había un crucifijo invertido. La mujer había cesado en su cántico y se golpeaba la espalda con un látigo, sin que un solo gemido de dolor escapase de sus labios. Pudo ver cómo la sangre manaba lentamente de aquellas heridas abiertas, cubriendo su piel sin llegar a ocultar las múltiples cicatrices y heridas a medio cerrar que la surcaban.

—Tu belleza es envidiada por los astros y tu fuerza quiebra la roca. —La voz de la mujer continuando su ritual hizo que Al diese un respingo—. Permite que mi espíritu se funda con el tuyo, ahora y por siempre. Juez sabio que a nadie temes, hablas la verdad sin vacilar por nadie. Permíteme disfrutar de tu sabiduría y desvéleme tus grandes secretos. Escucha estas palabras como ofrenda de unión y agradecimiento.

No se quedó a escuchar más. Se agachó de nuevo y emprendió el camino de regreso hacia la habitación de Eli. No sabía lo que podía suceder si seguía contemplando el ritual y el demonio acababa apareciéndose. Era muy probable que detectara su presencia y no tenía ninguna gana de ser el próximo cadáver destripado que adornase la playa de Rockport al amanecer.

Eli sabía qué hacer. Seguro que ella podía detener el ritual. De repente, se quedó paralizado. ¿Y si no sabía? ¿Y si aquel ser era demasiado poderoso y les devoraba a los dos? Estaba seguro de que, si le contaba a Eli lo que había descubierto, ella insistiría en ir a verlo con sus propios ojos y aquello la pondría en peligro. ¿No sería mejor no decir nada y esperar a la mañana siguiente, avisar a Ethan de que habían descubierto a la culpable y

que él se encargara de detenerla sin que hubiera demonios de por medio? Negó con la cabeza. No podía hacer eso. Si Eli se enteraba de que no la había avisado, su ira sería peor que la del mismísimo Satanás encarnado. Tenía que contárselo.

Volvió a saltar por la ventana de Eli, se agachó al lado de la cama y empezó a agitarla para que despertase. Ella abrió un poco los ojos y volvió a cerrarlos mientras soltaba un gruñido y se tapaba la cabeza con la sábana.

—Al, por favor, quiero dormir. Me da igual la canción que me cantes...

—No he venido para eso, joder —contestó Al, agitándola con más fuerza—. La he descubierto.

—¿A quién? —preguntó ella, aún atontada por el sueño.

—A la mujer que invoca al demonio. Lo está haciendo ahora mismo. La he visto.

Aquello despertó por completo a Eli. Se sentó de un salto en la cama y, en menos de un segundo, ya se había levantado y estaba vistiéndose.

—¿Estás seguro? No sabes mucho de rituales demoníacos...

—Claro que estoy seguro —contestó él, molesto—. La gente no se arrodilla en pelotas delante de un crucifijo invertido y se pega latigazos para dormir, ¿verdad? Esa tía está invocando al demonio ahora mismo.

—¿Y cómo has podido verla? ¿Has subido hasta el ático?

Al tardó unos segundos en entender lo que le estaba preguntando Eli. Después negó con la cabeza antes de seguir hablando.

—Sé que la odias con todas tus fuerzas y que quieres que sea la culpable, pero no es Alexa. —Al no pudo evitar quedarse callado un par de

segundos. Le encantaban las pausas dramáticas—. Es Lisa, la enfermera tímida y adorable que conocimos el primer día.

—¿Lisa? No puede ser. —Eli boqueó un par de veces sin pronunciar una sola palabra, demasiado aturdida para componer una frase coherente—. ¿Pero cómo? ¿Por qué? No puedo creerlo.

—No hace falta que lo creas. Puedes verlo por ti misma. ¿Ya estás preparada?

Eli terminó de atarse las zapatillas y asintió. Al se subió a la ventana, saltó fuera y, desde allí, ayudó a Eli a llegar hasta el suelo. Después se puso un dedo sobre los labios para indicarle que debía guardar silencio y empezó a andar hacia la ventana de la habitación de Lisa. Cuando aún les faltaban unos pasos para llegar, se detuvo y se volvió hacia la chica.

—Antes de llegar ahí, necesito que me prometas una cosa —le dijo.

—Al, por favor... Nos va a oír. Vamos.

—No. No nos moveremos si no me prometes que, si el bicho ese ha aparecido y ves que es peligroso, nos retiraremos sin hacer ruido y buscaremos una forma segura de acabar con esto.

—Que sí, joder...

—Prométemelo o no nos movemos —dijo él muy serio.

—Está bien. Te lo prometo. —Eli se puso la mano derecha en el pecho y levantó la otra para sellar el juramento—. Solo vamos a echar un vistazo. Si hay peligro, nos marcharemos de inmediato. Y ahora tira.

Al volvió a ponerse en movimiento. Ya les llegaba el sonido de la voz de Lisa, que continuaba con su cántico.

—Complace mis deseos y mis palabras sellarán este pacto de unión

eterna. Por ti renuncio a complacer a dios. Renuncio del cristo. Renuncio de los sacramentos y bendiciones. Renuncio de sus mandamientos. Renuncio de sus iglesias, ministros y pastores. Renuncio de todo aquello que es santo y sagrado. Renuncio de todo don o beneficio que no provenga de ti. Renuncio a que mis actos sean tenidos como buenos ante dios. A todo ello renuncio a cambio de unir nuestras almas por siempre. Abrazo ahora tu causa como si fuera mía. Abrazo tu amor y comparto tu odio^[4].

Cuando llegaron bajo la ventana, los dos se levantaron poco a poco hasta poder mirar dentro de la habitación. Lisa seguía de espaldas y, tras detener su cántico, había reanudado los latigazos. Al tocó a Eli en el brazo y, cuando ella le miró, se encogió de hombros con las palmas hacia arriba, preguntándole qué iban a hacer. Ella señaló con la cabeza hacia el interior de la habitación e hizo fuerza para izarse hasta la ventana. Al la ayudó a subir y, en cuanto ella desapareció dentro, dio un salto para colarse detrás. No habían visto que el demonio que Lisa estaba invocando hubiese aparecido, pero no pensaba dejar a Eli sola en aquel sitio ni un solo segundo.

Cuando entraron en la habitación, Lisa se giró hacia ellos y les contempló con los ojos muy abiertos y la cara desencajada. Se levantó de un salto y, sin soltar el látigo, se acercó a ellos. Estaba tan nerviosa que ni siquiera parecía haberles reconocido.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Fuera de mi habitación!

—Somos nosotros los que tenemos que preguntarte qué estás haciendo aquí —dijo Eli, avanzando un par de pasos hacia la mujer antes de cruzarse de brazos frente a ella. Después se plantó con las piernas ligeramente abiertas para demostrarle que no iba a moverse hasta recibir una explicación.

—Este es mi cuarto —volvió a protestar Lisa—. No tenéis ningún derecho a entrar ni a meteros en mis asuntos.

—No son tus asuntos. Sabemos perfectamente lo que estás haciendo — continuó Eli—. Has estado invocando a Apolyon, el exterminador, el devorador de almas... Eres la culpable de las desapariciones de los ancianos de los últimos meses...

—No sé de qué estás hablando... Salid ahora mismo de aquí.

La mujer se acercó a Eli y levantó un poco el brazo en el que llevaba el látigo. Al se adelantó un par de pasos, hasta colocarse justo tras la chica, y le lanzó a Lisa una mirada con la que le advertía de que lo que estaba pensando hacer no era una buena idea. La mujer volvió a bajar el brazo y soltó el látigo, que quedó enroscado a sus pies como una serpiente muerta.

—Vosotros no podéis entenderlo —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Entendemos muchas cosas, más de las que crees —dijo Eli—. Sabemos que estás en tratos con un demonio que ofrece a los ancianos devolverles la juventud y que después devora su cuerpo y su alma. Estás sacrificando a esas pobres personas, estás vendiendo tu alma... Yo sé lo que estás haciendo y todo lo que implica. ¿Lo sabes tú?

La mujer retrocedió un par de pasos, hasta chocar con la cama, y se dejó caer sobre ella. Se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar desesperada. Al sabía que no debía sentir ninguna compasión por ella, que aquella mujer era cómplice de un demonio, que era culpable de los asesinatos de tres personas, pero su llanto era tan desgarrador que tuvo que mirar hacia otro lado para no sentirse conmovido.

—Vístete —le ordenó Eli sin un atisbo de clemencia en su voz—. Vas a acompañarnos a comisaría y a confesarle al jefe de policía lo que has hecho.

Lisa negó con la cabeza mientras continuaba cubriéndose el rostro

con las manos. Eli se acercó a ella, tiró de sus brazos y la obligó a mirarle a la cara.

—No me das ninguna pena. Vístete o te sacaré de aquí tal y como estás.

La mujer se levantó de la cama y empezó a vestirse. A pesar de que trataba de contener el llanto, las lágrimas seguían bañando su rostro y su cuerpo se convulsionaba por los sollozos contenidos. Al resopló, incómodo. Seguía sin poder verla como una bruja maligna que hacía pactos satánicos y proporcionaba víctimas inocentes a un demonio. Tan solo veía a una pobre mujer aterrada.

—No me llevéis a comisaría, por favor —dijo cuando terminó de vestirse—. Vosotros no entendéis por qué estoy haciendo esto.

—No hay ninguna buena razón para hacer pactos con el Maligno y ofrecerle ancianos indefensos en sacrificio —dijo Eli, agarrándola por la muñeca para obligarla a moverse.

—Sí, sí que la hay. —Lisa forcejeó y consiguió soltarse—. Dejadme que os lo enseñe. Si después de escucharme seguís pensando que soy culpable, iré con vosotros y lo confesaré todo.

Eli se volvió hacia Al, buscando su opinión. Él paseó la mirada desde los ojos airados de su novia hasta el rostro suplicante de Lisa. En aquel momento, Eli parecía mucho más peligrosa que aquella mujer.

—Dejemos que se explique —dijo, encogiéndose de hombros—. No perdemos nada.

—Está bien. —Eli se puso a la espalda de Lisa y, tras retorcerle un brazo, la obligó a ponerse en movimiento. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído—. Si en cualquier momento me parece que estás tratando de

engañarnos, yo misma te mataré con mis propias manos.

Aquellas palabras llegaron hasta Al y le hicieron sentir un estremecimiento. Nunca había oído a Eli hablar de esa forma. Nunca habría pensado que fuera capaz de albergar toda aquella furia, de pronunciar amenazas como aquellas y, sobre todo, nunca habría esperado que sonaran tan convincentes.

—¿A dónde vamos? —preguntó Eli.

—Al hospital —contestó la mujer—. Tengo el coche fuera. Yo os llevaré.



CAPÍTULO OCHO

Tardamos casi media hora en llegar a nuestro destino. Tuvimos que dejar atrás Rockport y recorrer una carretera oscura y solitaria para llegar hasta Beverly. Pasé todo el camino mirando por la ventanilla, fingiendo que iba distraída, aunque seguía vigilando cada pequeño movimiento de Lisa. No me fiaba de ella y, a cada milla que recorríamos, me fiaba menos. No quería que nos llevara a ningún sitio, no quería que nos diese ninguna explicación. Ya teníamos lo que necesitábamos: habíamos encontrado a la culpable y solo nos quedaba reunirnos con Ethan y John y decidir entre los cuatro qué íbamos a hacer con ella.

Sin embargo, había tenido que aceptar. Al necesitaba saber el porqué. No se iba a conformar con tener a aquella mujer en nuestras manos y ponerle fin a aquella situación sin estar convencido por completo de que era culpable. Lo peor de todo era que algo en mis tripas me decía que, cuando aquella mujer se explicara, Al iba a tenerlo aún menos claro.

Lisa tomó un desvío a la entrada de Beverly y condujo hasta el parking

de un gran edificio de ladrillo rojo con un arco metálico que señalaba la puerta de entrada y en el que podía leerse “Hospital de Beverly”. Detuvo el coche y se giró hacia Al, como si yo no existiera, para dedicarle una tímida sonrisa.

—Es aquí. Hemos llegado.

Parecía que Lisa tenía muy claro quién era el “poli bueno” y quién el “poli malo” en nuestra relación. Decidí no contradecirla, salí del coche y lo rodeé. Para cuando ella se bajó, yo ya estaba a su lado, mirándola con cara de asesina. La agarré por un brazo y se lo retorcí.

—Vamos. Espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería.

Ella soltó un gemido de dolor, pero empezó a moverse hacia la entrada del hospital. Al se puso a mi lado y me lanzó una mirada de advertencia. No le gustaba cómo me estaba comportando. Miré hacia otro lado y seguí avanzando. No pensaba darle a Lisa la más mínima oportunidad de escaparse y la única manera de asegurar su colaboración era tenerla aterrorizada.

Lisa nos guió hasta unos ascensores y pulsó el botón de la tercera planta. Nos mantuvimos en un silencio incómodo hasta llegar. Cuando vi el cartel del pasillo, el alma se me encogió. “Oncología pediátrica”. La angustia se instaló en mi pecho, robándome el aire. No quería seguir en aquel lugar, no quería que Lisa nos contase su historia... Conocer sus razones solo nos iba a traer culpa y dolor.

Pasamos frente a un mostrador de enfermería en el que una joven con un uniforme blanco se entretenía haciendo crucigramas. Tuve que soltar el brazo de Lisa y lanzarle una mirada de advertencia. Cuando la chica escuchó el sonido de nuestros pasos, levantó la cabeza y paseó su mirada confusa entre nuestras caras y el reloj que llevaba en la muñeca.

—Lisa, son casi las cinco de la mañana. Sabes que no están permitidas las visitas a esta hora.

—Lo sé, pero son unos parientes que han venido desde muy lejos para verle. A las nueve tienen que estar en Boston para coger un avión —mintió Lisa—. Serán solo cinco minutos y ni siquiera le despertaremos.

Durante unos segundos, acaricié la idea de que aquella mujer no nos permitiera pasar. Todo sería más fácil si no podíamos verle. Sin embargo, ella esbozó una sonrisa triste y asintió con la cabeza.

—Está bien, pero solo cinco minutos.

Volvimos a ponernos en movimiento. En cuanto dejamos atrás el mostrador de enfermería, volví a sujetar a Lisa con fuerza. Ella no se quejó y se limitó a guiarnos por un pasillo oscuro, iluminado tan solo por las luces de emergencia, hasta llegar a la puerta de la habitación 312. Abrió y se dispuso a entrar, pero tuvo que detenerse al ver que yo no me movía. No quería pasar. Ya sabía lo que iba a contarnos, sabía cuál era la razón por la que había vendido su alma al diablo. No necesitaba verlo.

—Vamos, Eli —dijo Al a mi espalda—. ¿A qué esperas?

Solté un suspiro resignado. Al sí necesitaba verlo. Necesitaba conocer los detalles de todo, ver las cosas con sus propios ojos, evaluarlas, medirlas... No se daba cuenta del daño que iba a hacernos cruzar aquella puerta. Supe que no iba a poder convencerle de que sería mejor darnos la vuelta, así que pasé al interior de la habitación siguiendo a Lisa.

Solo había una cama rodeada de tubos y máquinas que soltaban pitidos rítmicos. El niño que dormía allí era muy pequeño. No tendría más de cuatro o cinco años y estaba muy pálido y delgado. Lisa se soltó de mi brazo, se acercó a la cama y le acarició una mejilla con suavidad, tratando de no

despertarle.

—Este es Richie, mi hijo —susurró sin mirarnos, casi como si hablara para sí misma—. Le detectaron cáncer a principios de año. Leucemia. Me dijeron que no había nada que hacer y que solo le quedaban entre tres y seis meses de vida. Soy enfermera y conozco a muchos médicos, así que consulté a todos los especialistas que pude. Lo intentamos todo, pero el diagnóstico siempre fue el mismo. Su cáncer era muy agresivo y estaba muy avanzado. No se podía hacer nada.

Continué mirándola, tratando de que sus palabras fueran solo palabras, de no sentir el dolor que transmitía su voz, de no empatizar con ella, de no pensar en lo terrible que debía de ser ver cómo el tiempo de tu hijo pequeño se deslizaba como arena sin poder hacer nada por detenerlo. Escuché a Al removiéndose inquieto a mi espalda. Ahora él tampoco quería estar en aquella habitación, pero ya no había nada que pudiéramos hacer.

—Cuando la medicina no pudo ofrecernos ninguna esperanza, busqué en cualquier otro lugar. Visité médiums, curanderos, sanadores... Me daba igual lo que me ofrecieran o el dinero que me pidieran. Lo probamos todo: agua de manantiales milagrosos, estampitas de santos, imposición de manos, limpiezas espirituales... —Lisa se permitió una risa sarcástica—. La mayoría de las veces yo sabía desde un principio que solo eran charlatanes que no iban a poder hacer nada por mi Richie, pero, aún así, tenía que probarlo, tenía que intentarlo todo... No había nada en el mundo que no hubiera estado dispuesta a hacer para salvarlo. Y entonces la encontré a ella...

—¿A quién? —preguntó Al.

—Una mujer mayor vestida con harapos... Se acercó a mí a la salida de una misa celebrada por un famoso sanador, que resultó ser otro charlatán más. Me miró a los ojos y me dijo que ella tenía la solución a mis problemas.

Yo me reí e intenté pasar de largo, pero ella me agarró del brazo y me hizo escucharla. “Tu hijo tiene cáncer. No le quedan más que un par de semanas de vida y no hay nadie en el mundo que pueda ayudarte salvo yo y mi Señor”. Eso me dijo... Yo me quedé sorprendida. No había llevado a Richie a aquella celebración. Solo había ido para echar un ojo y comprobar si aquel hombre podría ayudarnos. ¿Cómo podía saber aquellas cosas de mí?

—¿Y qué pasó? —intervino Al, viendo que ella se había quedado en silencio.

—Le pregunté cuánto pensaba cobrarme por su ayuda. Ella me miró y sonrió, mostrando sus dientes pequeños y ennegrecidos. “Solo tu alma” me dijo. Pensé que era una vieja loca, pero estaba tan desesperada que decidí escucharla. Me llevó a su casa, una chabola llena de basura en las afueras de la ciudad, y me enseñó el ritual para invocar a Apolyon.

—¿Te explicó que al invocarlo iba a morir gente? —le pregunté, tratando de no reflejar en mi voz toda la ira que sentía para no asustarla.

—Sí, en eso fue muy sincera —admitió Lisa—. Me dijo que yo debía invocarle todas las noches y que, una vez al mes, él aparecería. Yo tendría que darle un nombre, el de la persona elegida para el sacrificio. Por cada víctima que le proporcionara, mi niño tendría un mes más de vida.

—¿Pensabas seguir haciendo esto para siempre?

No pude contenerme más y avancé hacia ella con los puños apretados. El ruido de un movimiento a mi espalda me hizo detenerme.

—Mamá, ¿quiénes son estos chicos? —preguntó una voz aguda detrás de mí.

—Son unos amigos, cariño —contestó Lisa, acercándose al niño para acariciar su frente.

—Sí, pero ya nos íbamos —la corté yo, señalándole la puerta con un gesto de la cabeza.

—No, quedaos un poco más —suplicó el niño.

—No podemos. Tenemos mucha prisa —le dijo Al, acercándose a la cama—. Ahora tienes que descansar para ponerte fuerte, pero tu mamá vendrá mañana a hacerte compañía.

Resoplé desesperada al ver la sonrisa de Al y el brillo de ternura en sus ojos. Lo sabía. La habíamos cagado al ir allí. Esperé con los brazos cruzados y el ceño fruncido mientras Lisa arropaba al niño y le daba un beso de buenas noches. Después salimos de la habitación y Lisa se dirigió a una pequeña sala de espera que estaba vacía. Se sentó en una de las sillas y Al se colocó a su lado. Yo decidí seguir de pie, aún con los brazos cruzados, esperando a que terminara su maldita explicación.

—Solo iban a ser siete veces —dijo ella en un tono de voz tan bajo que tuve que inclinarme para escucharla—. Tenía que darle siete nombres y, cuando los tuviera, mi niño sanaría para siempre...

—Y te pareció un precio razonable, ¿verdad? Siete vidas a cambio de la de tu hijo —le dije con la voz cargada de sarcasmo.

—Sí me lo pareció. Y me habría parecido un precio razonable si me hubiera pedido diez o cien o mil... ¿Tú no lo harías por un hijo tuyo?

Me limité a resoplar y a empezar a andar por la sala de espera como un tigre enjaulado, tratando de controlar la furia que ardía dentro de mí.

—Intenté hacerlo lo mejor posible... —La voz de Lisa se quebró por un sollozo—. Jim Barret estaba muy enfermo. También tenía cáncer y solo le quedaban un par de meses de vida. El señor Mancini tenía un alzhéimer muy avanzado. Su mente ya estaba perdida y la mayoría del tiempo no sabía quién

era ni dónde estaba. Y la señora Duncan... Llevaba años sin reaccionar, sin responder a nada... Ni siquiera podíamos estar seguros de si sentía algo o si solo era una cáscara sin conciencia...

—Así que decidiste que podían morir. Se los entregaste a un demonio que los devoró mientras aún estaban vivos, que los dejó sin sangre, sin órganos, sin alma... ¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido darle los nombres de esas tres personas sabiendo lo que iba a pasarles?

Lisa no pudo contestar nada. Se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar desesperada. Noté un pinchazo en el pecho, un sentimiento de pena que trataba de abrirse paso e inundarlo todo, pero no se lo permití. Me acerqué a ella, la tomé por los brazos y la obligué a levantarse. Después la llevé hasta una pared de la sala y la empujé contra ella. Me lancé contra su cuerpo para aprisionarla y le hablé en un susurro, a solo un par de pulgadas de su cara.

—Esto se ha acabado, Lisa. No va a morir nadie más.

—¿Y cómo vas a impedírmelo?

El tono de Lisa había cambiado de repente. Ya no sollozaba y en sus ojos había un brillo de desafío. Levantó la cabeza orgullosa y se enfrentó a mí con una sonrisa en los labios. Maldije haberle dado tanto tiempo como para pensar y sobreponerse al miedo.

—¿Qué piensas hacer, niña? ¿Entregarme al jefe de policía, como dijiste antes? —Soltó una risita burlona—. ¿Acusada de qué? ¿De brujería? ¿De pactar con el Maligno? Siento anunciarte que ya no estamos en la Edad Media.

—Te acusaremos del asesinato de esos tres ancianos, hija de puta — contesté, apoyando mi antebrazo contra su pecho para volver a empujarla

contra la pared.

—No tenéis ninguna prueba de eso. Mis huellas no están en esos cuerpos, no estuve en el lugar en el que los mataron... De hecho, pasé esas tres noches aquí, en este hospital. Las enfermeras que estaban de guardia pueden confirmarlo.

En aquel momento la odié aún más. Ella había sabido en todo momento que lo que estaba haciendo estaba mal, que estaba colaborando en los asesinatos de aquellos ancianos... Había sido tan consciente de su pecado que hasta se había buscado una coartada. Volví a acercar mi rostro al suyo y traté de concentrar en mi mirada todo el odio que sentía por ella.

—Tienes razón. No vamos a denunciarte a la policía —susurré con una sonrisa cruel en los labios—. Te vamos a vigilar, cada día, cada segundo... Si vuelve a desaparecer alguien del pueblo o aparece otro cadáver en sus playas, yo misma iré a por ti...

—¿Y qué harás? ¿Matarme?

—No. Te traeré aquí para que seas testigo de cómo mato a tu hijo, para que veas cómo todos tus esfuerzos, todos los crímenes que has cometido, son al final inútiles. Y, después, te destriparé con mis propias manos.

No sé lo que ella vería en mis ojos, pero sí lo que yo vi en los suyos: terror. Me creía. Me tenía miedo. Pensaba que yo era capaz de cumplir aquellas amenazas. Era lo que necesitaba, así que, antes de que pudiera decir nada más, la agarré por los hombros y le di un último empujón que hizo que su cabeza rebotase contra la pared. Mientras ella se deslizaba hacia el suelo, mareada y sollozante, agarré a Al del brazo y, sin decir nada, le saqué de allí.

Tras salir del hospital, le solté y me dirigí hacia una parada de taxis que había visto al entrar. Al me siguió en silencio, dejando unos pasos de

distancia entre nosotros. Supuse que comprendía que en aquel momento no quería hablar con nadie. Me metí en el asiento trasero del primer taxi que encontré y le dejé a Al la labor de sentarse delante y hablar con el conductor. Me mantuve en silencio durante todo el viaje de vuelta, tratando de no pensar en nada.

Cuando llegamos a Rockport, estaba empezando a amanecer. Salí del coche y me alejé mientras Al pagaba al taxista. No podía estar quieta. Sentía una angustia dentro, una furia que no podía explicar ni contener, así que empecé a andar por el paseo paralelo a la playa sin esperarle siquiera. Escuché sus pasos a la carrera detrás de mí y sentí cómo me agarraba y me hacía detenerme. No me resistí. Él me cogió de la mano y me llevó hasta un muro bajo en el que nos sentamos con las piernas cruzadas para ver el sol emergiendo tras la línea del horizonte.

Al sacó un cigarrillo, lo encendió y le dio un par de caladas mientras seguía los giros en el cielo de un par de gaviotas madrugadoras.

—¿Me das uno? —le pregunté.

—Pero si tú no fumas...

—Ya, pero necesito algo para calmarme y no tengo ni idea de qué puede ser —contesté con una sonrisa torcida—. A lo mejor es un cigarrillo.

Él me tendió el paquete y el mechero. Encendí un cigarrillo y le di una calada. El sabor era asqueroso y me provocó un fuerte ataque de tos, pero me repuse y le di un par de caladas más antes de sentirme preparada para hablar.

—Sabes que va a volver a hacerlo, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Tú crees? Me parece que la has acojonado —dijo él—. Me has acojonado hasta a mí...

—Puede que se pase unos días asustada y que no se atreva a invocarle, pero, cuando vea que su crío empeora, volverá a llamarle.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué podemos hacer?

Me quedé en silencio unos segundos mirando al infinito, mientras los pensamientos giraban en mi cerebro a mil revoluciones. Le di otra calada al cigarrillo, aguanté las ganas de toser y solté el humo, tratando de liberar con él toda la angustia que me invadía.

—Tal como yo lo veo, tenemos tres posibles soluciones —le dije.

—Bien, ¿cuál es la primera? —preguntó él, inclinándose hacia delante para tomar mi mano.

—Matar a ese crío —contesté yo, intentando mantener mi voz fría y calmada.

Al soltó mi mano y se echó hacia atrás como si mi contacto le quemase. Negó con la cabeza mirándome con una mezcla de miedo y asco. Creo que nunca en la vida me había hecho tanto daño una mirada.

—No puedes estar hablando en serio...

—Sí lo estoy haciendo. El tiempo de ese crío en la Tierra se ha cumplido. Ya tendría que estar muerto. Lo único que haríamos al matarle sería restablecer el equilibrio.

—¿Te estás oyendo? —Al se levantó de un salto y empezó a andar frente a mí con las manos en la cabeza, retirándose el flequillo—. No es un “crío”, como le estás llamando. Es un niño de unos cuatro años y se llama Richie. Tiene los ojos azules y una sonrisa preciosa y seguramente quiere ser médico o astronauta cuando sea mayor...

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que esto no me está matando por dentro?

—Las primeras lágrimas escaparon de mis ojos, ardientes y dolorosas como si fueran de ácido—. Lo siento, pero ese niño no puede llegar a ser mayor. No a este precio...

—Sé que es horrible, pero solo faltan cuatro más. Y son ancianos a punto de morir...

—Richie también está a punto de morir. ¿Quién eres tú o su madre para decidir que su vida vale más que la de ellos? —pregunté furiosa—. Además, ¿crees que ese demonio ha elegido que tienen que ser siete víctimas porque le gusta el número?

—¿Qué quieres decir? —preguntó confuso.

—Que seguramente ese es el número de víctimas que necesita para liberarse del infierno, para no necesitar que se le invoque nunca más... ¿Te imaginas lo que pasaría si se liberase? ¿Imaginas lo que sería tener a uno de los generales del infierno moviéndose a su antojo por la Tierra? ¿Crees que se conformaría con seguir comiendo una vez al mes?

—Todo eso son solo suposiciones —repuso él—. Ni siquiera puedo creer que estemos hablando de demonios como si de verdad existieran.

—¿Vamos a volver a discutir sobre eso? —pregunté con voz cansada. Cuando el negó con la cabeza, continué hablando—. Hay otra cosa que no estás teniendo en cuenta. Apolyon no solo los mata. Devora sus almas. Esa gente no solo muere. Se le arrebató la eternidad. Dejan de existir del todo. Se convierten en NADA...

—Sabes que tampoco estoy seguro de que haya una vida eterna...

—Pues yo sí. La he visto. Y, comparado con ese otro lugar, este es solo un pálido reflejo, un trámite que hay que pasar para llegar al otro lado. No podemos permitir que siga robándoles eso.

—Me da igual —dijo Al, tras resoplar unos segundos—. Comprendo que ese niño tenga que morir, pero no vamos a mancharnos las manos con su sangre. Dijiste que había tres posibles soluciones. ¿Cuál es la segunda?

—Matar a Lisa —contesté sin atreverme a mirarle. No quería ver el desprecio en sus ojos de nuevo.

—Joder, Eli... ¿Desde cuándo eres una psicópata en potencia? No vamos a matar a nadie.

—¡Es lo más justo! —protesté a gritos—. Esa mujer es una asesina. Sabía lo que estaba haciendo y sabía que estaba mal y, además, no quiere detenerse.

—Lo sé, pero ni tú ni yo vamos a matar a nadie —me contestó, gritando también—. Eso está fuera de toda discusión. ¿Lo entiendes?

Se sentó a mi lado y me agarró por los brazos para obligarme a mirarlo. Vi tantas cosas en sus ojos azules, en el pequeño sol dorado que rodeaba sus pupilas, que me pareció que estaba echando un vistazo a su alma, que podía conocer todos sus pensamientos y emociones. Le repugnaba la idea de matar a alguien, fuera culpable o no, y temía que, si empezábamos a internarnos por aquel camino, nos perderíamos en él. Vi que me quería y que le daba mucho miedo que yo pudiera estar pensando siquiera en hacer lo que estaba diciendo. Forcé una sonrisa y negué con la cabeza.

—Está bien. Tú ganas. No vamos a matar a nadie.

—Genial. —Al soltó un largo suspiro de alivio—. ¿Y cuál es la tercera solución?

Me incliné hacia delante y me cubrí la cara con las manos mientras negaba con la cabeza. Sabía que, en cuanto pronunciara las siguientes palabras, Al estaría encantado con el plan, pero también sabía que aquel

camino pondría en peligro nuestras vidas. Él me agarró las manos y me obligó a apartarlas de la cara para que volviera a mirarle.

—Dime, Eli... ¿Cuál es la tercera solución?

—Tendremos que enfrentarnos a ese demonio y devolverlo al infierno nosotros mismos.

AL, ELI Y JOHN

ROCKPORT (MASSACHUSSETS)

AGOSTO DE 1986



CAPÍTULO UNO

John cerró a su espalda la puerta del Highcliff con su maleta en la mano. Se detuvo antes de bajar las escaleras y tomó una profunda bocanada de aire que le supo a libertad. Sabía que había estado en aquel lugar de forma voluntaria, que en ningún momento había estado retenido, como muchos otros de los residentes del centro, pero aquellos días que había pasado allí se le habían hecho eternos. Por suerte, los chicos le habían dicho que habían encontrado a la culpable, que ya no era necesario que continuara internado y que se lo explicarían con todo detalle en su casa. Su casa... Tenía tantas ganas de volver a estar entre sus cosas, de tumbarse en su sofá, de dormir en su cama...

Aquella mañana le pareció que tenía más energía de la normal y que el cuerpo le dolía menos. Pudo avanzar a buen paso, llevando su bastón de ébano en la mano sin apoyarlo en el suelo, más como un adorno que como una ayuda. Recorrió el pueblo saludando a los vecinos con una sonrisa. Cuando por fin llegó a Beach Street y divisó su pequeña casa al lado del mar, su sonrisa se hizo aún más amplia. Distinguió movimiento en la terraza.

Parecía que, a pesar de que aquel día había andado más ligero, Ethan y los chicos ya habían llegado y estaban esperándole para la reunión.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —les saludó tras cruzar la verja del jardín.

Al se limitó a encogerse de hombros y tirar la colilla de su cigarrillo entre los matojos de hortensias. Eli le dirigió una sonrisa forzada y asintió. No parecían muy contentos aquella mañana. Lucían unos marcados círculos violáceos bajo los ojos y tenían aspecto de no haber dormido mucho. Ethan fue el único que le devolvió el saludo.

—Buenos días, John. Pareces de buen humor hoy.

—Por supuesto que lo estoy —afirmó John—. No todos los días recupera uno la libertad.

Iba a abrir la puerta de su casa cuando escuchó cómo se abría la de su vecina. La señora Wilson apareció de forma apresurada, como si temiera que pudieran escaparse sin hablar con ella.

—Buenos días, señor Campbell —saludó risueña—. ¿Qué hace usted por aquí? Había oído que ahora vivía en el Highcliff...

—Sí, lo probé unos días ante la insistencia de mi hijo, pero no me ha gustado la experiencia. —John le dirigió una sonrisa y se giró hacia la puerta—. Si nos disculpa, tenemos asuntos que tratar.

—¿Quiénes son estos chicos tan guapos? —preguntó ella, decidida a no dejar escapar la presa tan fácilmente.

—Son mis nietos de Boston —mintió John de forma apresurada—. Han venido a pasar unos días.

—¿Sus nietos? Usted es muy mayor para tener nietos tan jóvenes —

dijo la mujer, demostrando que no se le escapaba detalle.

—¿Nietos he dicho? —John fingió una risita—. Quería decir biznietos. Se me va la cabeza ya...

—Si quiere, puedo pasar en unos minutos y llevarles un bizcocho y café recién hecho. Así podríamos conocernos mejor —propuso ella con los ojos brillantes.

—Muchas gracias, señora Wilson, pero tenemos asuntos familiares privados que tratar —se excusó John.

—¿Van a tratar asuntos familiares delante del jefe Morris? —preguntó ella, volviendo a mostrar que no se la engañaba fácilmente.

—Sí, es un amigo de toda la vida... Casi como de la familia. —John abrió la puerta y, con un gesto de la cabeza, urgió a los demás a que entrasen cuanto antes—. Si nos disculpa, tenemos prisa.

Antes de entrar, a John le dio tiempo a ver que la señora Wilson ponía los brazos en jarras y se les quedaba mirando con gesto enfadado. Era increíble lo cotilla que podía llegar a ser aquella mujer. Parecía pensar que tenía derecho a saberlo todo y que cualquier intento de ocultarle información era un ataque personal contra ella.

Ethan y los chicos ya se habían sentado a la mesa de la cocina. Él dejó su bastón apoyado en una esquina y ocupó la silla que quedaba libre. El jefe de policía paseó la mirada durante unos segundos entre todos ellos y al fin preguntó.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Por qué habéis abandonado el Highcliff? ¿Es que está todo resuelto?

—No exactamente... —contestó Eli—. Pero ya no teníamos nada más

que investigar.

—Sí, y teniendo en cuenta que la comida es una mierda y que nos estaban pagando una miseria por currar allí, hemos decidido que era mejor dejar el trabajo —añadió Al.

—¿Cómo que no teníais nada más que investigar? —preguntó Ethan, confuso—. ¿Sabemos quién es el culpable?

—Sí. Lisa, una de las enfermeras —respondió Eli—. Al la descubrió anoche invocando a Apolyon.

—¿Y ha confesado? ¿Ha dicho por qué lo estaba haciendo? —dijo John, inclinándose hacia delante para no perder detalle.

—Sí. Lo confesó todo. Su hijo pequeño tiene cáncer y Apolyon prometió concederle un mes más de vida por cada víctima hasta llegar a siete, momento en el que su hijo se curaría por completo —explicó Eli.

—Vaya... —Ethan se rascó la nuca mientras resoplaba—. Puedo comprender que esté pasando por una situación muy difícil y que crea que está haciendo lo correcto, pero no podemos permitir que continúe. ¿Cómo vamos a detenerla?

—Bueno, Eli la amenazó de muerte y ella prometió no volver a hacerlo —dijo Al.

—Sí, pero no creo que vaya a cumplir su promesa —explicó Eli—. No podemos tenerla continuamente vigilada y, en cuanto se sienta más segura o vea que su niño empeora, volverá a invocarlo y tendremos una víctima más. Y esperemos que no sea tan retorcida como para darle a Apolyon el nombre de Al o el mío como siguiente víctima en la lista.

—Yo estoy a salvo —repuso Al con una sonrisa burlona—. Aleister

Carter no existe.

—¡Qué gracioso eres! ¿Podrías tomarte esto en serio, por favor? —le riñó Eli.

Él asintió y todos se quedaron en silencio durante unos segundos. John tamborileó con los dedos sobre la mesa, pensando que había algo en aquella historia que no le cuadraba.

—No entiendo... —dijo al fin—. Decís que esa mujer es una enfermera. ¿De dónde ha sacado los conocimientos necesarios para invocar a un lugarteniente de Satanás?

—Nos contó que una extraña anciana se le acercó diciéndole que sabía que su hijo estaba muy enfermo y que ella podía ayudarlo. Se la llevó a su casa y le reveló cómo se realizaba el ritual y todo lo que conllevaba —explicó Eli.

—Quizá podríamos encontrar a esa mujer y obligarla a que nos dé un ritual que detenga a ese demonio —propuso Ethan.

—No lo creó —contestó Eli, negando con la cabeza—. Lisa ya no va a darnos más información. Ayer confesó porque la pillamos por sorpresa y estaba asustada, pero, poco a poco, cuando vio que no podíamos hacerle nada, fue volviéndose menos colaboradora. Y, aunque encontráramos a esa mujer, no creo que quisiera ayudarnos.

—¿Por qué no? —preguntó Al.

—Alguien que conoce ese tipo de rituales puede ser un miembro de una secta satánica, alguien que esté colaborando con algún demonio que le otorgue dones a cambio de conseguirle víctimas o incluso un demonio menor a la caza de almas para su Señor. Sea quien sea, no va a querer colaborar con nosotros.

—¿Y entonces qué podemos hacer? —dijo Ethan—. Si queréis, puedo detener a Lisa.

—¿Acusada de qué? —intervino John.

—Me da igual: por robo, por escándalo público, por conducir borracha...

—¿Y cuánto tiempo puedes tenerla retenida sin un cargo de verdad que puedas imputarle? —insistió John.

—Cuarenta y ocho horas. No es mucho, lo sé.

—No serviría de nada ni aunque pudieras retenerla durante semanas —intervino Eli—. Ella podría invocarlo estando encerrada.

—No podría —la contradijo Al—. No tendría el látigo, ni el crucifijo, ni las velas...

—Eso da igual... Esas cosas se utilizan para mejorar la concentración y facilitar un canal de comunicación con el otro plano, pero ella ha hecho ese ritual tantas veces que no creo que lo necesite. Además, ese demonio está deseando acudir a su llamada. Estoy segura de que podría aparecerse solo con que ella pronunciase su nombre.

—Pues estamos jodidos —dijo Al—. ¿No conocéis algún ritual para que venga Dios o alguno de sus ángeles a encargarse de esto?

—Dios y sus ángeles no intervienen ya en los asuntos de los hombres —explicó John—. Nos prometió libre albedrío y no interferir en nuestro destino.

—Pues es una auténtica mierda de promesa... Joder, no digo que se pase el día concediendo deseos, pero no debería permitir que un demonio se pasee por la Tierra comiéndose las almas de la gente —protestó Al con el

ceño fruncido—. A mí me parece que esto es más asunto suyo que nuestro.

—Los caminos del Señor son inescrutables —respondió John.

—Bien... Y con esa mierda de frase me tengo que quedar contento. — Al resopló, se echó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos frente al pecho para mostrar su enfado—. Entonces la única opción que nos queda es la que me dijiste ayer, ¿verdad, Eli? Enfrentarnos a ese bicho nosotros solos y matarlo.

—No se le puede matar —contestó Eli.

—¿Cómo que no se puede? Tiene que haber alguna forma...

—Ni siquiera Dios mató a Lucifer y sus ángeles renegados cuando consiguió derrotarlos. Se limitó a exiliarlos al infierno —explicó John—. Eso puede querer decir que no quiso matarlos o que no se les puede matar.

—Sí. Además, no hay ninguna leyenda ni relato en ninguna religión en la que se hable de dar muerte a un ángel o a un demonio. Se supone que son realmente inmortales —intervino Eli—. Lo único que podríamos hacer es herirlo o debilitarlo para enviarlo de vuelta al infierno.

—Me vale —contestó Al—. ¿Cómo se hace eso?

Eli y John se miraron durante unos segundos, esperando a que fuera el otro el que hablase. Finalmente, fue Eli la que se inclinó hacia Al y le tomó las manos antes de responder.

—No tenemos ni idea, pero podemos investigarlo.

—Genial. Más y más días de leer esos aburridísimos libros —protestó Al.

—Tranquilo. No serán tantos días —repuso John—. Estamos a dos de agosto y ya es casi luna nueva. Apolyon atacará pronto. Casi no nos queda

tiempo.



CAPÍTULO DOS

Levanté la mirada del libro que estaba leyendo al escuchar el enésimo resoplido de hastío de Al. Le sonreí con condescendencia y pasé una mano por encima de la mesa para apretar la suya.

—Vamos, no es para tanto —le consolé.

—¿Cómo que no? Llevamos aquí seis horas y todavía no hemos encontrado nada —protestó él—. Y lo peor es que no estamos seguros de que vayamos a encontrar algo.

—Lo encontraremos —dijo John con voz mecánica sin levantar la vista de su libro—. Vuelve al trabajo.

Al murmuró algunas protestas entre dientes y volvió a agachar la cabeza para seguir pasando página tras página. Consiguió estar en silencio unos minutos y todos pudimos volver a concentrarnos, hasta que soltó una exclamación de alegría y se levantó con su libro para ponerlo frente a mí.

—Creo que lo tengo —me dijo esperanzado.

Contemplé el libro que me había traído y, tras leer las primeras líneas de la página que me mostraba, negué apenada con la cabeza.

—Es otro ritual de exorcismo, Al —le expliqué—. Ya te he dicho que no se puede exorcizar a un demonio tan poderoso como este.

—¿Pero por qué no? A los demonios se les exorciza. Se usa el poder de la fe para expulsarlos de vuelta al infierno, ¿no? Debería funcionar sea el demonio que sea.

—Un demonio tan poderoso como Apolyon se reiría en tu cara, se comería las hostias consagradas, el crucifijo y después tu cabeza como postre —intervino John, aún con la mirada fija en su libro—. Ya te hemos dicho que necesitamos otra cosa.

—Es que no sé qué queréis... No se le puede matar, no se le puede exorcizar... Pues probemos a pedirle educadamente que se marche.

—Al, por favor... —John se dignó a apartar los ojos del libro para mirarle por encima de las gafas—. Si no vas a trabajar, al menos no molestes.

Él volvió a maldecir y regresó a su sitio. Tuve que contener la risa al verle mirando el libro con tanto odio como si quisiera prenderle fuego. Cuando vi que había vuelto al trabajo, yo también reanudé mi lectura.

Tenía que reconocer que Al tenía razón. Aquello era aburridísimo y, cada vez que miraba por la ventana y veía el mar y el sol descendiendo hacia el horizonte, yo también odiaba la idea de estar perdiendo un día tan estupendo encerrada en aquella casa rodeada de libros. Además, tal y como había dicho Al, lo peor era no saber si la respuesta que buscábamos estaba allí o si estábamos perdiendo un tiempo que no teníamos.

La última regañina de John parecía haber hecho efecto en Al, porque consiguió estar en silencio y concentrado por espacio de una hora. Por eso me

extrañó tanto que fuese el mismo John el que interrumpiera nuestro trabajo.

—Al, hijo... Estoy pensando que tendremos que cenar y que no tengo nada en la nevera. ¿Te importaría ir hasta el supermercado y traer algo?

—Por supuesto que no. —Al saltó de la silla como si le quemara—. ¿Qué quieres que traiga?

—Cualquier cosa que se cocine fácil. Eli y yo seguiremos investigando hasta que vuelvas.

—¡Genial! Yo puedo cocinar mientras seguís estudiando. Hago unos perritos calientes de muerte.

—Eso será perfecto —dijo John, despidiéndole con una sonrisa.

Él salió de la casa a la carrera, como si tuviera miedo de que John fuera a arrepentirse. Miré por la ventana y le vi alejarse a paso tranquilo por la playa, con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros y un cigarrillo encendido colgando de los labios. Estaba segura de que iba a tardar todo lo posible en comprar aquellos perritos.

Cuando volví a mirar a John, vi que la sonrisa había desaparecido por completo de su cara y que me contemplaba con semblante serio. Supe al momento que mandar a Al a por comida había sido una forma de librarse de él para hablar conmigo a solas, pero no pude adivinar qué quería decirme.

—¿Pasa algo, John? —pregunté, preocupada.

—Sí, creo que he encontrado la solución.

John separó la silla que tenía a su lado, invitándome a que me sentara junto a él. Cuando lo hice, me pasó el libro que había estado leyendo. Era un ejemplar muy pequeño y antiguo, con las hojas amarillentas y desgastadas en los bordes. Observé su encuadernación. El cuero estaba tan oscurecido por

los años que casi parecía negro. En la portada, escritas con letras doradas, encontré las palabras *Animarum vorax*.

—¿Qué es esto?

—Es latín. Significa “El devorador de almas” —contestó él.

—¿Es uno de los nombres de Apolyon! —exclamé, entusiasmada—. Lo has encontrado. ¿Qué dice? ¿Hay algo que nos pueda servir?

—Creo que sí. Este libro es una copia de un manuscrito del siglo VIII encontrado en un monasterio de Anatolia, en Turquía. En él un monje narra los extraños acontecimientos que sucedieron en un pequeño pueblo. Básicamente, cuenta lo mismo que está sucediendo aquí: desapariciones de ancianos, apariciones de cuerpos mutilados...

—Sí. Es nuestro demonio... ¿Cuenta cómo se libraron de él?

John se mantuvo en silencio unos segundos, bajó la mirada hacia el libro y repasó las últimas líneas que había leído, como si quisiera asegurarse de haberlo entendido todo antes de contestar. Yo también traté de leer, pero no sabía nada de latín y no fui capaz de comprender ni una sola palabra. Finalmente, John levantó la cabeza, se quitó las gafas y me miró. En sus ojos, normalmente tan claros, parecía haberse instalado la sombra del miedo.

—Hay una manera. La explican claramente en el libro.

—¿Y cuál es?

—Engañarle para hacerle comer carne vieja.

—No entiendo... —le dije, sintiéndome confundida.

—Apolyon no concede ese día de juventud como un regalo desinteresado. No puede comer carne envejecida. Solo puede alimentarse de cuerpos jóvenes. Tampoco le sirven cuerpos jóvenes sin más. Tienen que

pertenecer a gente que le deba un favor. Por eso busca ancianos a los que regalarles el don de la juventud. —John se explicaba con la cabeza girada hacia la ventana, evitando mirarme—. Esta gente consiguió engañarle. Una bruja diseñó un hechizo para que la siguiente víctima de Apolyon solo rejuveneciera en apariencia, una especie de espejismo... Cuando el demonio devoró su carne, esta le hirió y le debilitó lo suficiente como para obligarle a regresar al infierno.

—Sigo sin entender cómo va a ayudarnos esto... No creo que nos pueda servir. Buscáremos otra cosa.

Era mentira. Había comprendido perfectamente lo que John intentaba decirme, pero no quería aceptarlo. Negué con la cabeza y me levanté de la silla para volver al libro que estaba leyendo, dando por finalizada aquella conversación, pero John me agarró del brazo para impedírmelo.

—No hay otra cosa, Eli —me dijo con voz profunda—. Esto es lo que buscábamos. Es la manera de luchar contra él y tenemos los medios que necesitamos: Tenemos el cebo y tenemos a la bruja.

—No tenemos el cebo —insistí—. No vamos a sacrificar a nadie... Pretendes que elijamos a un anciano del pueblo, lo “disfracemos” de joven y se lo entreguemos a ese demonio para que lo devore. ¿En qué nos diferenciaríamos entonces de Lisa? ¿En qué nos diferenciaríamos de Apolyon?

—No tenemos que buscar ninguna víctima cuando hay un voluntario —me dijo con una sonrisa triste.

—No. No. ¡No! —dije, subiendo el tono de voz—. No vamos a hacer eso. No voy a ayudarte...

—Sí. Lo harás porque sabes que no tenemos otra opción —insistió él.

—Eso no lo sabes. Tenemos más libros que mirar... Apolyon atacó ese pueblo en el pasado y lo vencieron de esa manera, pero no sabemos si ha atacado en otras épocas, en otros lugares y si pudieron expulsarlo de otro modo. Solo necesitamos seguir investigando.

—Eso llevará tiempo y no lo tenemos. —John me agarró las dos manos y las apretó con determinación—. Eli, en unos días habrá otra víctima y ese demonio será aún más fuerte. Tenemos que detenerlo cuanto antes.

—Dame más tiempo. Déjame buscar otra manera —supliqué al borde del llanto.

—Te doy dos días —contestó él, inflexible—. Quiera Dios que no sea demasiado tarde.



CAPÍTULO TRES

A pesar de que no le pillaba de camino al supermercado, Al decidió pasarse por el Highcliff. No tenía ninguna gana de hacer una compra rápida y regresar para tener que volver a leer aquellos viejos y aburridos libros. Sabía que estaba siendo irresponsable y se sentía un poco culpable por ello, pero también sabía que, con sus pocos conocimientos sobre temas paranormales y el poco interés que ponía, era muy probable que tuviera la solución frente a los ojos y no pudiera verla. En realidad, les estaba haciendo un favor.

Los jardines del Highcliff estaban tranquilos a aquella hora. Seguramente la mayoría de los viejos estarían dentro, viendo algún concurso televisivo en la sala común o jugando una partida de cartas. Cruzó la verja y empezó a pasear sin rumbo por los senderos de gravilla blanca. A pesar de que, desde que había dejado el trabajo, ya no tenía ninguna razón para estar allí, trató de aparentar toda la tranquilidad posible, caminando con las manos en los bolsillos y la mirada perdida mientras se fumaba un cigarrillo. La mayoría de los pacientes y gran parte del personal ni siquiera se habrían enterado todavía de su dimisión, así que no les extrañaría su presencia allí.

Cuando vio a Lisa ayudando a un paciente a sentarse en uno de los bancos del jardín, su cara se iluminó. Había tenido suerte al encontrarla fuera. Se acercó hasta ellos sin prisa, como si continuara paseando. Lisa debió oír sus pasos sobre la gravilla, porque levantó la cabeza y miró en su dirección. El color desapareció de su rostro y sus ojos se abrieron como platos. Él no intentó tranquilizarla. El tiempo de ser amable había pasado. Se limitó a sonreírle como si supiera algo que ella no sabía y a mover el dedo índice para indicarle que debía acercarse a él. Lisa dejó al paciente en el banco y se aproximó.

—Buenas tardes, Lisa —saludó él.

—No he hecho nada —dijo ella con voz desafiante.

—Lo sé. Sé que no has hecho nada malo y por eso he venido a hablar contigo de buenas maneras. Solo quería comentarte una cosa... —Al se mantuvo en silencio unos segundos para jugar con los nervios de la enfermera—. Supongo que has oído que Eli y yo hemos dejado el Highcliff.

—Sí, eso me han dicho —contestó ella.

—He pensado que eso podría llevarte a pensar que ya no estamos observándote y no me gustaría que te equivocaras. Si nos hemos marchado, es porque ya no necesitamos estar aquí para vigilarte. Aunque no nos veas, siempre estamos cerca. No solo Eli y yo. Hay más, muchos más...

Lisa le lanzó una mirada asustada antes de girar la cabeza hacia ambos lados, tratando de descubrir si había alguien escondido cerca.

— No nos verás, pero nosotros sí te vemos a ti en todo momento, así que no hagas ninguna tontería. Como te dijo Eli, si cualquier residente del pueblo desaparece, iremos a por ti. Y tampoco podrás librarte si le dices nuestros nombres a ese demonio tuyo.

Lisa abrió mucho la boca y negó con la cabeza. Se maldijo a sí mismo. Por el brillo que vio en sus ojos, se dio cuenta de que a Lisa no se le había pasado aquella idea por la mente ni durante un segundo. Al tratar de advertirla, acababa de darle un arma contra ellos dos. Esperaba haberla asustado lo suficiente como para que no se le ocurriera utilizarla. Decidió marcharse antes de cagarla más.

—Que pases buena tarde, Lisa —le dijo, dirigiéndole una sonrisa que esperaba que pareciese amenazadora y confiada—. Recuerda: siempre estamos ahí.

Se giró y se marchó sin dejar que ella dijera una palabra más. Durante todo el camino hasta la verja estuvo echándose en cara lo gilipollas que podía llegar a ser. Había ido allí para tratar de asegurarse de que a Eli no le pasara nada malo y lo único que había conseguido con aquella imitación de mafioso barato había sido ponerla en peligro. Iba tan abstraído que no se dio cuenta de que alguien se le había acercado hasta que le pusieron una mano en el hombro. Se giró asustado, pero solo eran Meredith y Melanie, que le sonreían como si nada en el mundo les hiciera más ilusión que su presencia.

—¡Al, qué alegría verte! —dijo Meredith—. Nos habían dicho que habías dejado el trabajo y no podíamos creernos que te hubieras marchado sin despedirte.

—Bueno, sí... He venido para eso... —contestó él, titubeante—. Quería decir adiós a los compañeros.

—No tenemos por qué decirnos adiós —le interrumpió Melanie, haciendo aletear sus pestañas mientras le daba vueltas con el dedo a uno de sus mechones rubios—. Podríamos quedar cualquier noche...

—Quería hablaros sobre eso también. —Al se metió las manos en los

bolsillos de los vaqueros y agachó la cabeza para evitar su mirada mientras le daba patadas a las piedrecitas del sendero—. Eli y yo dijimos que éramos hermanos para poder conseguir el trabajo, pero, en realidad, es mi novia.

Las dos chicas se quedaron en silencio durante unos segundos. Él levantó la cabeza y se encontró con sus miradas de incredulidad. Un rato después, soltaron una risita.

—Eso no puede ser... ¿Eli y tú? —preguntó Meredith—. No te pega nada.

—¿Y por qué se supone que no me pega?

—No sé... Se la ve tan callada, tan poca cosa... —siguió diciendo Meredith—. Tú te mereces algo más.

—¿Algo como vosotras? —preguntó Al, tratando de controlar su enfado.

Las dos chicas asintieron al mismo tiempo. Al tuvo ganas de soltarles una frase cortante, algo que les hiciera daño y las pusiera en su lugar, pero se dio cuenta de que no sería justo. Había sido él quien había estado alimentando sus esperanzas durante días. La culpa de los celos de Eli no era de ellas dos. Era suya.

—No la conocéis en absoluto. Si no pegamos, es porque Eli es infinitamente mejor que yo. Por suerte, ella aún no se ha dado cuenta.

Se giró para seguir su camino, pero, al cabo de unos segundos, escuchó unos pasos apresurados tras él. Soltó un largo suspiro y volvió a girarse con gesto hastiado para encontrarse frente a frente con Melanie, que seguía sonriéndole con algo parecido a la adoración.

—Si en algún momento lo tuyo con Eli no funciona, aquí tienes mi

teléfono —le dijo con voz sugerente mientras le tendía un papel.

Al no hizo ningún movimiento para cogerlo. ¿Aquella chica no tenía dignidad? Se limitó a esbozar una de sus medias sonrisas mientras negaba con la cabeza.

—Lo mío con Eli siempre funcionará —dijo con el tono convencido de alguien que está enunciando una ley universal—. No puede ser de otra manera.

Sin decir más, volvió a dirigirse a la salida con las manos en los bolsillos traseros de los pantalones. No sabía por qué, pero se sentía más ligero, más feliz... Nunca le contaría a Eli aquella conversación, pero, aún así, sentía que había hecho lo correcto.

Una hora después, llegó a casa de John cargado con un par de bolsas del supermercado. Además de los perritos calientes, había comprado galletas, patatas fritas, helados... Si iban a tener que pasar horas y horas encerrados leyendo, al menos quería tener algo de comer para entretenerse. Saludó con un grito al entrar y, después de guardar las cosas en los armarios de la cocina, se dirigió al comedor. John y Eli seguían en la misma posición en la que les había dejado, con la vista clavada en aquellos viejos libros. La tarde había ido avanzando y la luz era muy tenue, pero ellos no parecían haberse dado cuenta. Encendió la luz del comedor y ellos parpadearon como topos expuestos al sol.

—Os vais a quedar ciegos aquí —les dijo desde la puerta—. He traído un montón de comida. ¿Tenéis hambre?

—Un poco sí —confesó Eli—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media —contestó Al.

—Has tardado mucho, ¿no?

—Me he parado un ratillo en los recreativos a echar unas partidas al OutRun. ¡Y he llegado a la pantalla cinco! —mintió él.

—¿En serio? ¿Te has pasado el juego?

—No, pero ya estoy muy cerca...

Eli le sonrió y volvió la vista a su libro. Al la contempló extrañado. Era muy raro que no le hubiera echado la bronca por perder el tiempo en una sala de juegos mientras John y ella seguían allí encerrados, trabajando sin parar. Apartó una silla y se sentó entre ellos.

—¿Qué tal vosotros? ¿Habéis encontrado algo?

—No —contestaron al unísono.

Él paseó la mirada de uno a otro. Habían contestado con demasiada rapidez y en un tono demasiado exaltado. Lo normal habría sido que sus voces hubieran sonado cansadas y aburridas. No le gustaron tampoco sus miradas huidizas y sus sonrisas nerviosas.

—¿Os pasa algo? Os noto raros...

—No, es solo el cansancio —contestó Eli—. Me duele la cabeza y no tengo ganas de seguir leyendo esto ni un segundo más.

—Creo que podemos dejarlo por hoy —dijo John, levantándose—. Vamos a ayudarte a hacer la cena.

—No, no hace falta. —Al se levantó y se dirigió a la puerta—. Yo cocino hoy. Ya os he dicho que los perritos calientes me salen genial. Así os pago por haberme escaqueado del trabajo.

—No te creas que te vas a librar con eso —dijo Eli, fingiendo enfado

—. Has ido a jugar al OutRun sin mí. También vas a tener que fregar para que te perdone.

—Ha sido mejor que no vinieras. Hoy estaba intratable. Te habría dado una paliza —contestó él con una sonrisa burlona.

—Sí, sí... Lo que tú digas, pero vas a fregar.

Él asintió y se marchó a la cocina sintiéndose más tranquilo. Aquella parecía ser la Eli de siempre. Debía ser el cansancio el que le había hecho pensar que estaban mintiéndole. Después de todo, ¿qué razón podía haber para que le ocultarán que habían encontrado algo y se condenaran a sí mismos a seguir estudiando aquellos aburridos libros?



CAPÍTULO CUATRO

Tras enviar de nuevo a Al a hacer recados, John entró en el comedor. Eli estaba muy concentrada leyendo otro libro, como llevaba haciendo los dos últimos días. Él se acercó despacio, dejó el bastón apoyado contra la mesa y se sentó a su lado. Eli no se movió. Fingió seguir abstraída en el libro y no haberse dado cuenta de su presencia. John sonrió ante aquel comportamiento infantil y le tocó un brazo para llamar su atención.

—Eli, tenemos que hablar.

Ella negó con la cabeza y siguió evitando su mirada. John le apretó la mano. Sabía que lo que le estaba pidiendo era demasiado para ella, pero no podían esperar más tiempo. Escuchó dos pequeños golpes y vio que, sobre las páginas del libro, habían caído dos enormes lágrimas.

—Lo siento, Eli —le dijo, conmovido—. Sabes que tenemos que hacerlo.

—No tenemos que hacerlo. Dame más tiempo. Encontraremos otra solución... —suplicó ella.

—No hay más tiempo. Hay que hacerlo ya.

Eli levantó la cabeza y le miró con los ojos rebosantes de lágrimas. John se dio cuenta de que no iba a ser fácil convencerla.

—He estado mirando el procedimiento en el libro y no creo que vaya a poder imitarlo —repuso ella—. Tendría que crear un hechizo de protección que dejara sin efecto el de ese demonio y conseguir que, al mismo tiempo, el hechizo de Apolyon activara mi hechizo de cambio de forma. Es magia muy avanzada. Esperas demasiado de mí.

—Sé que puedes hacerlo. El libro explica perfectamente cómo se hace y tú eres una bruja muy capacitada.

—No. No lo creo. A mí me parece muy difícil —insistió Eli.

—Puedes hacerlo, lo que pasa es que no quieres. —John esperó a que Eli volviera a rebatir sus palabras, pero ella se limitó a agachar la cabeza y dejar que más goterones empaparan las páginas del libro—. Sé que esto es muy duro para ti, pero estoy totalmente convencido y voy a seguir adelante. Voy a sacrificar mi vida para esto. De ti depende que solo consiga salvar a la víctima de este mes o que consigamos detener a ese demonio para siempre.

Eli no pudo contenerse más y comenzó a sollozar. John acercó su silla y la abrazó. La chica apoyó la cabeza en su hombro y trató de controlar el llanto que sacudía todo su cuerpo. Él se limitó a permanecer en silencio, mientras notaba como su camisa iba quedando empapada por sus lágrimas. Fue una sensación extraña, porque sintió que aquel llanto calentaba su alma y le hacía sentirse pleno y feliz. No había pensado que quedara nadie en el mundo que fuera a apenarse tanto por la muerte de un viejo solitario y cascarrabias que ya solo era un estorbo. Cuando sintió que su llanto remitía, la separó y le secó la cara con sus manos arrugadas.

—¿Vas a hacerlo? ¿Me ayudarás? —le preguntó con voz suplicante.

Ella se limitó a asentir y forzó una sonrisa triste. John se levantó, recogió su bastón y se dirigió a la puerta.

—Tenemos que darnos prisa. Hay que prepararlo todo antes de que vuelva Al. —Se detuvo en el umbral y volvió a mirarla—. Sabes que no podemos contarle nada de todo esto, ¿verdad?

—Claro. Él nunca lo aceptaría. Sería capaz de enfrentarse a ese demonio a mordiscos antes de permitir que te sacrificaras. —Ella soltó un largo suspiro—. Ojalá yo fuera tan fuerte y valiente como él.

— Tú haces lo que debes hacer, por mucho que duela. Eso es ser fuerte y valiente.

—Pues no me siento valiente. Me siento una mierda —confesó ella.

—No lo eres. Sabes que no lo eres —dijo John, sonriendo—. Muchas gracias por esas lágrimas.

Eli no contestó nada más. Recogió el libro de El devorador de almas y la traducción que él había hecho y empezó a repasarlo para recordar todos los pasos del hechizo. John salió del comedor y se dirigió a la cocina para llamar por teléfono. Marcó un número y esperó a que contestaran desde el otro lado.

—¿Grupo Alpha? Sí, soy John Campbell... ¡Murphy, viejo zorro! Me alegro de que hayas contestado tú, porque tengo que pedirlos un gran favor... Sí, es muy importante, cuestión de vida o muerte... Escucha: voy a mandar a dos chicos a devolveros unos libros de la biblioteca y a que saquen unos cuantos más... Sí, ya sé que me los prestaréis encantados. No es eso lo que quiero pedirlos... Quiero que les digáis que varios de esos libros son ejemplares muy delicados e importantes y que no pueden sacarse de la biblioteca... Sí, decidles que tienen que consultarlos allí mismo y

entretenedlos un par de días... Muchas gracias, Murphy. Te debo una.

Cuando colgó, se quedó mirando el teléfono, apenado. No iba a poder pagar aquella deuda que acababa de contraer con su viejo amigo Murphy, al menos no en esta vida. Durante unos segundos, recordó las sesiones de ouija que habían hecho juntos, las investigaciones en casas encantadas, las horas de estudio en la biblioteca... Había tenido una vida emocionante. Ya solo quedaba ponerle un broche de oro.

Al entró en el comedor y observó la pila de libros que tenía que llevar hasta la caravana. Frunció el ceño y trató de cogerlos todos a la vez. Eli se acercó y le ayudó para evitar que acabasen desparramados por el suelo.

—De verdad que no entiendo la urgencia que les ha entrado a los del Grupo Alpha por recuperar sus libros. Cuando los cogimos, nos dijeron que no había ninguna prisa —protestó con el ceño fruncido.

—Supongo que alguien habrá solicitado esos libros para alguna investigación —dijo John, encogiéndose de hombros—. Da igual. Es mejor devolverlos. Ya hemos acabado con ellos y, aprovechando el viaje, podéis traer más para que sigamos investigando. Ya le he pasado a Eli los títulos que necesitamos.

—Vale, vale... Pues los llevaremos —se conformó Al—. Joder, no iba ni a la biblioteca de mi barrio y ahora tengo que recorrer más de cuarenta millas para devolver unos libros...

Salió del comedor y les dejó a solas. Eli se metió una mano en el bolsillo de los pantalones y le tendió a John un saquito de tela atado con un largo cordón negro.

—Esto es lo que tienes que ponerte —dijo—. Te protegerá del hechizo

de Apolyon y se activará ante él. Recuerda que no he podido hacer un hechizo de rejuvenecimiento. Es solo un disfraz. Parecerá que eres joven, pero seguirás siendo tú, así que procura no moverte mucho en su presencia o lo descubrirá.

—Lo sé. No te preocupes —contestó John, tomando el saquito y atándoselo alrededor del cuello—. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

—Nada saldrá bien. —La voz de Eli se quebró—. Incluso aunque el plan funcione a la perfección, el resultado será horrible. ¿Lo has pensado bien? Todavía puedes echarte atrás.

—No, Eli. No voy a arrepentirme —respondió él con voz firme—. Voy a vengar a mis amigos, voy a expulsar a ese engendro de vuelta al infierno y voy a terminar mi vida como debe de ser.

Eli se quedó en silencio, con la cabeza baja. John se apiadó de ella. No quería que se sintiera así, que la culpa la persiguiera durante el resto de su vida por una decisión que él consideraba tan correcta. Si pudiera hacerle ver las cosas como él las veía, todo sería más fácil. Puso un dedo bajo la barbilla de la chica y le hizo levantar la cabeza para que sus ojos se cruzaran.

—Escúchame, Eli. He luchado en las dos guerras mundiales, arriesgando mi vida por algo que consideraba justo: por eliminar la maldad del mundo. Después he dedicado años de investigación al Grupo Alpha, tratando de encontrar formas de luchar contra las fuerzas oscuras, de proteger a los demás de cosas que no comprenden y en las que la mayoría de ellos ni siquiera creen. En los últimos años ya no he podido hacer nada de eso. Solo he sido un viejo que malgastaba su vida mirando al mar mientras esperaba su fin. Cuando os conocí, todo eso cambió. Conseguisteis que volviera a sentirme útil, importante... Me estás dando la posibilidad de morir haciendo lo que siempre he querido: ser un héroe, ayudar a los demás, luchar contra el

mal. No cambiaría esto por nada del mundo.

—¿Te has planteado que, si ese ser te devora, se llevará tu alma? Te convertirás en nada... Dejarás de existir para siempre.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo. Lo bueno del asunto es que, si eso sucede, yo no me enteraré —bromeó él.

—Pero yo sí... Y no sé si podré vivir con eso.

—Te prometo una cosa: si consigo salvar mi alma, te haré una última visita antes de trascender. ¿Trato hecho?

Ella asintió y forzó una sonrisa mientras se limpiaba con la mano una lágrima rebelde que había conseguido escapar de sus ojos. Después recogió un par de libros que Al no se había llevado y se dirigió a la puerta.

—Eli, ¿podrías hacerme un último favor?

—Por supuesto. Lo que quieras —dijo ella, girándose.

—Al me obligó a escuchar una de tus cintas en el viaje que hicimos a Boston. Creo que el grupo se llamaba *Queen*. ¿Me la prestarías?

—Claro. No sabía que te gustara ese tipo de música —contestó Eli, enarcando una ceja—. Ahora mismo te la traigo.

Cuando ella salió, John se sentó en una de las sillas a esperarla. Pasó la mano sobre su camisa y acarició el saquito que le había dado. Sintió que el miedo se instalaba en sus entrañas. Su plan se estaba convirtiendo en algo real, estaba cada vez más cerca de realizarse y, aunque seguía estando seguro de que era lo que tenía que hacer, no podía evitar sentirse asustado.

Escuchó los pasos apresurados de Eli entrando en la casa. Ella apareció en la puerta del comedor, llevando en la mano la cinta que le había pedido. Se acercó a él y la dejó sobre la mesa.

—Al me está esperando con el motor encendido. Tengo que irme ya — le explicó—. ¿Necesitas algo más?

El asintió y se levantó de la silla con esfuerzo. Se colocó frente a ella y extendió los brazos.

—¿Le darías un abrazo de despedida a este viejo cascarrabias?

Eli se lanzó hacia él y le apretó tan fuerte que le dejó sin respiración. Escuchó cómo trataba de contener un sollozo. La rodeó con los brazos y depositó un beso en su pelo. Estuvieron así unos segundos, sintiendo el ritmo del corazón del otro, tratando de transmitirse lo mucho que se iban a echar de menos.

—Nunca te olvidaré —le dijo ella al separarse.

Él no contestó. Sabía que no podría pronunciar una sola palabra sin romper a llorar. Se limitó a asentir y a sonreírle. Ella lo comprendió y se giró sin decir nada más. John estuvo quieto mientras escuchaba cómo salía de la casa y cerraba la puerta. Segundos después, oyó el ruido de la caravana pasando frente a su jardín. Cuando el sonido del motor se perdió en la distancia, se puso en movimiento. La suerte estaba echada y tenía muchas cosas que hacer.

Después de ordenar su casa y visitar a su abogado, John encaminó sus pasos hacia el Highcliff. Aquella era la parte más importante de su plan y también la más difícil. Si no conseguía convencer a Lisa para que colaborase, nada de lo que estaba haciendo tendría sentido.

Mientras cruzaba los jardines, fue saludando a un lado y a otro. A algunos de los residentes del centro los había conocido en sus últimos días allí, pero la mayoría eran vecinos de toda la vida, gente con la que había

compartido buenos y malos momentos. Los recuerdos se agolpaban en su mente cada vez que se cruzaba con ellos, haciendo que sintiera una extraña añoranza. Todavía no les había perdido, pero sabía que aquella era la última vez que les vería, que cada vez que decía adiós, era un adiós de verdad.

Trató de no pensar, de no detenerse. Tan solo tenía que seguir andando, apoyado en su fiel bastón, maldiciéndose por no ser capaz de cruzar aquel jardín a mayor velocidad. Cuando por fin consiguió llegar a la puerta de entrada, se sintió liberado. Ya casi estaba. En pocos minutos podría finalizar su misión y regresar a casa. Se acercó al mostrador de recepción. Como Eli se había marchado, era Alexa la que ocupaba su puesto. Cuando le vio acercarse, le saludó con una sonrisa burlona en el rostro.

—Señor Campbell... ¡Qué poco ha tardado en regresar! Le advertí de que volver a su casa solo no era una buena idea. Usted ya no está capacitado para cuidarse por sí mismo.

—Gracias por su preocupación, pero estoy perfectamente capacitado —respondió él, huraño. — No vengo por eso.

—Ya le dije que, aunque no haya pasado aquí el mes entero, no podemos devolverle el dinero de la estancia —contestó con un tono de voz firme y autoritario.

—Tampoco quiero eso. Me gustaría hablar con Lisa, la enfermera.

Aquello pareció tranquilizar a la mujer. Sacó unos papeles de debajo del mostrador y buscó la información que necesitaba.

—Lisa está en el segundo piso, haciendo el reparto de medicinas. ¿Quiere que la llame? Si quiere, puede decirme qué es lo que necesita. Quizá pueda ayudarle yo.

—Muchas gracias. Solo quiero hablar un momento con ella sobre unos

ajustes que le hicieron a mi medicación. Iré a buscarla yo mismo.

John empezó a caminar hacia el ascensor sin despedirse siquiera. No quería tener que dar más explicaciones ni que Alexa decidiera acompañarle. Cuando llegó al segundo piso, miró a ambos lados del pasillo hasta descubrir el carrito de las medicinas aparcado frente a una de las habitaciones. Fue hasta allí y esperó pacientemente durante un par de minutos hasta que Lisa salió.

—Buenas tardes, Lisa —saludó—. ¿Podría hablar con usted unos minutos en privado?

—Buenas tardes, señor Campbell —respondió ella con una amable sonrisa—. Me encantaría poder atenderle, pero tengo que suministrar los medicamentos a todos los pacientes y ya voy tarde.

Lisa se colocó tras su carrito y lo empujó rumbo a la siguiente habitación. John la siguió y la agarró por el brazo para hacer que se detuviera. Ella le lanzó una mirada cansada, pero antes de que pudiera abrir la boca, John la cortó.

—Tenemos que hablar. Es importante. —John levantó una mano para que le escuchara—. Es sobre Apolyon. Creo que le conviene que hablemos a solas.

El color desapareció por completo del rostro de la mujer. Se limitó a asentir y tragar saliva con esfuerzo antes de dejar el carrito apoyado contra una pared e indicarle con un gesto que la siguiera. Le guió hasta un pequeño cuarto en cuya puerta podía leerse “Lavandería” y, tras sacar un llavero de su bolsillo, abrió, le indicó que entrara y pasó tras él para volver a cerrar con llave a sus espaldas.

—¿Qué quiere? —preguntó con los ojos brillantes de rabia—. ¿Usted

también ha venido a amenazarme de muerte?

—No —contestó John—. He venido a disculparme.

—¿A disculparse por qué? —preguntó, confusa.

—Yo fui el que contrató a los dos chicos que han estado acosándola. Quería saber qué había sucedido con mis amigos desaparecidos, así que les hice venir para que investigaran. —John esperó unos segundos por si Lisa quería comentar algo, pero la mujer le observaba con los ojos muy abiertos y la boca formando una O perfecta—. Me lo han contado todo: qué ha sucedido con los desaparecidos, qué es lo que usted ha estado haciendo y por qué. Quiero decirle que comprendo por lo que usted está pasando. Creo que, si yo estuviera en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo.

Lisa se cubrió la boca con las manos, como si quisiera ahogar el sonido de sus sollozos, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. John esquivó su mirada y la clavó en el suelo. No se sentía capaz de seguir hablando mientras veía la angustia que se reflejaba en su rostro.

—Además de disculparme, he venido a ayudarla —continuó—. He despedido a esos chicos y ya se han marchado del pueblo. No debe preocuparse. Ya no hay ningún obstáculo que le impida seguir con su misión.

—Entonces, ¿puedo invocarlo? ¿No me va a pasar nada?

—No. Se lo prometo. Comprendo que usted está haciendo lo que debe hacer intentando causar el menor daño posible. No me interpondré.

—Gracias, gracias... Muchísimas gracias. —Lisa se abalanzó sobre él y le dio un fuerte abrazo—. Si puedo hacer algo por usted... Cualquier cosa...

—La verdad es que sí puede —contestó John, agarrándola por los

brazos para separarla—. Quiero poder escoger el próximo nombre que le proporcionara a Apolyon cuando le invoque.

—¿Y cuál es ese nombre? —preguntó ella, suspicaz.

—John Campbell —respondió él.

Ella volvió a mirarle sorprendida y tardó unos segundos en contestar, como si estuviera tratando de asegurarse de que había entendido bien.

—Pero ese es su nombre... —dijo al fin.

—Sí, esta es otra de mis maneras de ayudarla. —John se forzó a mirarla a los ojos para parecer aún más sincero—. Yo ya soy un viejo que cualquier noche se irá a la cama y no despertará más. O puede que ni siquiera tenga tanta suerte y que, de repente, me detecten alguna horrible enfermedad que se me llevará de este mundo entre espantosos dolores. Prefiero morir así, cuando yo lo elija y por una buena causa. Su hijo merece más tiempo y yo puedo dárselo.

Lisa volvió a abalanzarse sobre él para abrazarle. Apoyó la cabeza en su hombro mientras susurraba una y otra vez la palabra gracias. John se lo permitió durante unos segundos, rezando para que ella no se diera cuenta de su postura envarada, de los nervios que recorrían su piel como una corriente eléctrica. Cuando ella estuvo más calmada, él se separó y caminó hacia la puerta. Lisa sacó el llavero del bolsillo y abrió para que pudiera salir.

—Gracias de nuevo. No se imagina lo que acaba de hacer por Richie y por mí.

John forzó una débil sonrisa, se despidió con un gesto de la cabeza y se marchó sin decir nada. No iba a poder controlarse durante mucho más tiempo. A pesar de que sabía que aquella mujer era la culpable del asesinato de sus dos amigos y de su querida Annabelle, notaba que el odio se

desvanecía como la niebla al sol. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más la comprendía y la compadecía... Y no podía permitirse eso.



CAPÍTULO CINCO

Conseguimos un sitio para aparcar cerca del edificio en el que se encontraba el Grupo Alpha. Al me pasó una montaña de libros y recogió los que quedaban antes de salir detrás de mí. Apresuró el paso y se puso a mi lado.

—Estás muy callada —comentó—. ¿Te pasa algo?

—No. Creo que el viaje no me ha sentado muy bien. Tengo el estómago raro —mentí.

—Si acabamos pronto con esto, te invito a comer algo donde tú elijas —me dijo, guiñándome un ojo—. Estoy seguro de que eso te ayudará a sentirte mejor.

Me limité a sonreírle y esquivar su mirada. Cuanto mejor se portaba conmigo, peor me sentía por estar mintiéndole. Mis pensamientos me torturaban y mi alma era una centrifugadora en la que se hubiesen puesto a girar todas las emociones negativas del mundo. Sentía culpa, angustia, ansiedad y una pena tan oscura y pesada que parecía compuesta de plomo derretido. Los nervios me atormentaban y mis pensamientos eran inconexos.

Tan pronto me decía a mí misma que estaba haciendo lo correcto, como me sentía la peor persona del mundo y quería confesarle a Al lo que habíamos planeado para que pudiéramos regresar junto a John e intentar salvarle. Cada vez que estaba a punto de abrir la boca para confesar, volvía a ver la mirada segura de John, sus súplicas para que le dejara morir como él quería, la absoluta convicción en sus ojos de que lo que iba a hacer era en realidad lo único que podíamos hacer... Así que volvía a callar y a sumergirme un poco más en aquel pozo de culpabilidad y duda que cada vez era más oscuro, más doloroso... Sentía que me ahogaba y lo único que quería era desaparecer, dejar de pensar. Necesitaba quedarme inconsciente hasta que todo aquello acabara o, como mínimo, poder encerrarme en algún rincón solitario en el que derramar mil lágrimas. Sin embargo, no podía hacer nada de eso. Tenía que quedarme con Al y tratar de aparentar que todo estaba bien. A cada minuto que pasaba me daba la impresión de que mis nervios no lo soportarían y que me derrumbaría, pero aguantaba un poco más.

—Recuerdas que era un séptimo sin ascensor, ¿verdad? —se burló Al cuando entramos en el portal—. Ya verás qué divertido es subir todos estos pisos cargados de libros.

—Venga, seguro que puedes —dije echando a correr escaleras arriba—. Te echo una carrera.

—No seas capulla —se quejó él—. Tú no fumas y llevas muchos menos libros que yo.

Fingí una risa burlona mientras seguía ascendiendo a toda la velocidad que me permitían las piernas. Sé que era ridículo, pero aquella estúpida carrera me proporcionaría unos minutos a solas, sin tener que hablar ni fingir. Casi no tenía ni que pensar. Solo debía concentrarme en seguir subiendo todo lo rápido que podía, sintiendo cómo los músculos de mis piernas empezaban

a quemar y cómo mi respiración se volvía más trabajosa, mientras intentaba seguir viendo los escalones a través de la cortina de lágrimas que había liberado aprovechando que estaba sola.

Cuando llegué arriba, dejé los libros en el suelo, me senté en el último escalón y esperé a que llegara Al. Le escuché maldecir un par de pisos más abajo y aproveché aquellos últimos segundos para limpiarme la cara, eliminar cualquier rastro de mi llanto y fingir una expresión relajada y divertida para recibirle. Apareció poco después, resoplando enfadado.

—En serio... Última vez que vengo a este sitio... O ponen un ascensor o no vuelvo... —dijo mientras luchaba por recuperar el aliento.

Fingí una nueva carcajada, le di un par de palmadas en la espalda para animarle y, tras recoger mis libros, llamé al timbre. Escuchamos unos pasos que se acercaban con una lentitud exasperante y un hombre muy viejo y calvo nos abrió la puerta. Todo el pelo que había perdido en la cabeza parecía haberse desplazado a la parte baja de su cara, ya que lucía una barba gris que le llegaba a la mitad del pecho. Sus ojos eran muy pequeños y estaban casi ocultos por las arrugas que los rodeaban. Se puso unas gafas diminutas de montura dorada y nos contempló como si tratara de reconocernos.

—¿Sois Eli y Al? —Cuando asentimos, se apartó de la puerta para permitirnos pasar—. Soy Murphy. John me ha avisado de que vendrías. Dejad los libros sobre el mostrador.

Hicimos lo que nos pedía. Él pasó al otro lado y sacó una caja con fichas. La abrió y, antes de ponerse a trabajar, nos señaló la fila de sillas que había junto a la entrada.

—Sentaos ahí. Tengo que buscar los libros que habéis traído entre estas fichas para registrar que los habéis devuelto.

—Tenemos algo de prisa, señor Murphy —dijo Al—. Hemos traído otra lista con más libros que necesitamos que nos presten...

—No puedo prestaros ni un solo libro más hasta que haya comprobado que los habéis traído todos y que están en buen estado —le cortó el hombre con un tono que no admitía réplica—. Tendréis que sentaros y esperar.

Al soltó un bufido, pero no protestó más. Me tomó de la mano y me guió hasta la fila de sillas. Desde allí observamos cómo el hombre iba haciendo su trabajo de forma metódica y cuidadosa. Demasiado metódica y cuidadosa... Me dio por pensar que aquel hombre sabía que tenía que mantenernos alejados de Rockport el máximo tiempo posible. Seguramente John le había pedido que nos entretuviera. Por alguna extraña razón, saber que había alguien más metido en aquel plan me hizo sentir menos culpable, como si así la responsabilidad se compartiera.

El anciano tardó casi media hora en clasificar y apuntar los libros que le habíamos devuelto. Cuando terminó de guardarlos todos, Al me pidió que le pasara la lista de los nuevos libros que necesitábamos y se acercó al mostrador con paso apresurado.

—¿Podemos pedirle ya los libros? —El anciano asintió y Al le pasó el papel—. Tenemos un poco de prisa...

—Veré lo que puedo hacer. Espere de nuevo allí, por favor —respondió el hombre, volviendo a señalar la fila de sillas de la que yo ni siquiera me había movido.

Al regresó junto a mí y soltó un nuevo resoplido exasperado. Yo tomé su mano y se la apreté para tratar de reconfortarle.

—Tranquilo. Acabaremos enseguida —le dije con una sonrisa.

En realidad, estaba segura de que no íbamos a acabar pronto. Si John

quería tenernos alejados de él hasta que todo terminara, seguro que le había pedido a su amigo que nos entretuviera mucho tiempo más.

Unos diez minutos después, Murphy volvió a aparecer llevando un par de libros. Esa vez Al no soltó mi mano. Se levantó y tiró de mí hacia el mostrador.

—Aquí tenéis, chicos —dijo el hombre.

—Esto no está bien —protestó Al, señalando la larga lista de libros que le había pasado y que continuaba sobre el mostrador—. Mire: hay más de veinte libros en la lista que le he dado. ¿Dónde están los demás?

—Esos libros que me estáis pidiendo son ejemplares muy antiguos y de mucho valor. Muchos son libros poderosos. Algunos incluso son peligrosos... No puedo permitir que os los llevéis —explicó el anciano.

—Pero es cuestión de vida o muerte —insistió Al—. Estamos tratando de matar a un demonio y necesitamos toda la información que podamos reunir.

—No se puede matar a un demonio —le corrigió Murphy—. Eso es lo primero que debes saber. Si eso es lo que estás buscando, puedes ahorrarte consultar los libros.

—Joder... Queremos herirlo, debilitarlo, devolverlo al puto infierno del que se ha escapado...

—Joven, le rogaría que no utilizara ese vocabulario en mi presencia —le riñó el hombre con el ceño fruncido.

—Disculpe a mi acompañante. Es muy impulsivo —intervine, poniendo una mano sobre el pecho de Al para hacer que retrocediera un paso y tomar el control de la situación—. Ya sabemos que no se puede matar a un

demonio, pero necesitamos encontrar alguna manera de desterrarlo. Es realmente importante. Hay gente muriendo y pronto habrá más víctimas. ¿No podrían hacer una excepción y dejar que nos lleváramos esos libros?

—Lo siento, señorita, pero es imposible. —La mirada del anciano se había suavizado al hablar conmigo. Incluso se permitió esbozar una sonrisa.

—¿Y para qué quieren esos libros tan importantes y poderosos si nadie puede verlos? —volvió a interrumpir Al, fuera de sí.

—Yo no he dicho que no podáis verlos. He dicho que no podéis sacarlos de la biblioteca, pero podéis estudiarlos aquí —respondió Murphy—. Vamos a cerrar en diez minutos, pero podéis regresar mañana a partir de las ocho y os dejaré consultarlos.

Al bufó y se me quedó mirando como si esperase que yo hiciera algún milagro que arreglase nuestro problema. Me limité a encogerme de hombros y a girarme de nuevo hacia el anciano.

—Aquí estaremos —le dije, sonriendo—. Ha sido usted muy amable.

En cuanto salimos y la puerta se cerró detrás de nosotros, Al soltó un gruñido de rabia. Yo me acerqué a él y le agarré por la cintura. Noté que todos sus músculos estaban en tensión y giré la cabeza para mirarle. Tenía el ceño fruncido y los labios muy apretados. Conocía aquella cara y no era buena. Era la que ponía cuando alguna estúpida regla le enfurecía y estaba pensando en saltársela. Tenía que convencerle de que lo dejara estar. Estaba segura de que todo aquello formaba parte del plan de John para mantenerle alejado.

—No te pongas así —le dije con voz alegre—. Tampoco es tan malo...

—¿Cómo que no es tan malo? —preguntó, mirándome como si me hubiera vuelto loca—. Creemos que Apolyon puede volver a atacar en

cualquier momento y tenemos que quedarnos en este sitio a leer un montón de libros sin saber siquiera si la respuesta que buscamos está ahí.

—Bueno, después de las cosas que le dije a Lisa, no creo que se atreva a invocar a Apolyon en los próximos días. Eso nos da algo de tiempo. —Me giré hacia Al, le eché los brazos al cuello y presioné mi cuerpo contra el suyo—. Podríamos aprovechar para tomarnos una especie de vacaciones...

—¿Vacaciones? ¿Ahí encerrados leyendo libros viejos? —preguntó, señalando con la cabeza hacia la puerta del Grupo Alpha—. Tienes una idea muy rara de las vacaciones...

—Eso sería durante el día... —dije mientras acariciaba el pelo de su nuca con el dedo índice—. Podríamos coger una habitación de hotel con una cama enorme y una de esas bañeras de hidromasaje... Tú y yo, mucha espuma, una botella de champán... ¿Qué me dices?

—Que no tenemos edad para pedir una botella de champán al servicio de habitaciones, pero el resto del plan es perfecto. —Me agarró con fuerza por la cintura para acercarme aún más a su cuerpo y unir sus labios a los míos. Cuando volvimos a separarnos, me lanzó una de sus miradas pícaras—. Si te portas muy bien, prometo pasar mañana todo el día entre esos aburridos libros sin protestar ni una sola vez.

—No prometas algo que no puedes cumplir —me burlé—. Además, no hace falta. Voy a portarme muy bien contigo sin que tengas que prometerme nada.

Hacía ya más de media hora que Al se había dormido. Me había quedado abrazada a su cuerpo desnudo, apoyada en su pecho, intentando que su acompasada respiración y los rítmicos latidos de su corazón me tranquilizaran

y me condujeran al sueño, pero era imposible. Mi cabeza bullía, los pensamientos no cesaban un segundo y, sumida en aquel silencio y soledad, la culpabilidad parecía hablarme a gritos.

Me levanté de la cama con mucho cuidado para no despertar a Al. Rebusqué en el suelo entre nuestras ropas enredadas hasta encontrar la camiseta que él había llevado. Me la puse y, al instante, me vi rodeada por su aroma: a hierba fresca, a cigarrillos, a un perfume que olía a libertad salvaje, que surgía de su propia piel y que nunca podría embotellarse. Aspiré fuerte, buscando que su esencia me reconfortara como otras veces, pero tampoco funcionó. No había nada que pudiera hacerme sentir mejor.

Seguí rebuscando en el montón de ropa hasta encontrar sus pantalones. Metí la mano en los bolsillos y saqué su paquete de tabaco y el mechero. Con ellos en la mano, me dirigí al balcón de la habitación y me senté en el suelo, sobre las frías baldosas. La noche era muy cálida y el ambiente era húmedo y agobiante, así que el suelo fresco supuso un alivio. Encendí el cigarrillo con manos temblorosas y traté de ahogar las primeras toses. Seguía sabiendo asqueroso, pero, al cabo de un par de caladas, sentí que, por primera vez en todo el día, mi ansiedad descendía un poco, dejando a cambio un leve mareo.

Me apoyé en la pared del balcón y contemplé el cielo. No se veían estrellas y, con la luz de las farolas y los edificios, tenía un tenue fulgor amarillento y enfermizo. Aquello me hizo pensar en el cielo estrellado que podía verse desde las playas de Rockport y preguntarme si John lo estaría contemplando, quizá en su última noche. El estómago se me contrajo y, sin poder evitarlo, empecé a llorar. Me tapé la boca con la mano para ahogar el sonido de mis sollozos. No quería que Al me encontrara así. No podría inventar ninguna historia que le convenciera de que estaba bien y de que no pasaba nada malo.

Cerré los ojos mientras recordaba, una y otra vez, en un bucle infinito, las razones que John me había dado:

Me estás dando la posibilidad de morir haciendo lo que siempre he querido: ser un héroe, ayudar a los demás, luchar contra el mal. No cambiaría esto por nada del mundo.

Sabía que era lo que él deseaba, que lo que estábamos haciendo era justo y correcto, que John lo había elegido... Me repetí aquellos argumentos una y otra vez, pero el amanecer me sorprendió llorando en aquel balcón sin haber conseguido que la angustia desapareciese.



CAPÍTULO SEIS

La madrugada llegaría pronto a Rockport y John seguía sentado en su sofá, con la mirada clavada en la puerta. Había pasado la noche allí, con su reloj de bolsillo en la mano, esperando la llegada de Apolyon. Las preguntas se amontonaban en su mente: ¿Habría conseguido engañar a Lisa? ¿Habría invocado a Apolyon? ¿Le habría dado su nombre, como él le había pedido? Había tantos interrogantes, tantas variables que escapaban a su control...

Pasar la noche en aquel estado de ansiedad había sido una pesadilla. Cada vez que escuchaba cualquier pequeño ruido, pensaba que por fin el demonio venía a por él, pero, cuando se daba cuenta de que solo era el viento golpeando contra las ventanas o los pasos de alguna gaviota sobre su tejado, no sabía si sentir pena o alivio. No creía que fuese capaz de aguantar muchas más noches en aquel estado de nervios. Si seguía así, su viejo y cansado corazón no lo soportaría y no quedaría nada que sacrificar a Apolyon. Además, Al y Eli volverían en cualquier momento y, si el chaval se enteraba de lo que pretendían hacer, les mataría con sus propias manos. Aquella habría sido la noche perfecta. ¿Por qué Apolyon no se había presentado?

Estaba pensando que quizá lo mejor sería resignarse a la idea de que no iba a aparecer y que debería tratar de dormir un poco cuando un nuevo sonido le sobresaltó, haciendo que el corazón se le subiera a la garganta. Había alguien en el pasillo. Se escuchaba con claridad el sonido de unos pasos y el roce de un vestido largo arrastrando su vuelo sobre el suelo de madera. John sintió que el corazón se le paralizaba y que su respiración se detenía. Volvió a temer que la emoción le matara en aquel momento y que no fuera capaz de cumplir su misión. Levantó una mano temblorosa hasta su pecho y acarició a través de la tela de la camisa el pequeño saco que Eli le había entregado. Aquello le hizo sentir mejor. Estaba haciendo lo correcto, iba a ser un héroe. Tenía que ser capaz de desterrar el miedo y enfrentarse a aquel demonio con la cabeza alta.

Los pasos siguieron escuchándose y una figura apareció en la puerta del salón. John se quedó hipnotizado por su presencia. Era una mujer muy alta e imponente. Llevaba un largo y vaporoso vestido negro que arrastraba por el suelo y que parecía mecerse por una brisa inexistente, como si estuviera hecho de jirones de oscura niebla. Su larga cabellera también ondeaba a su espalda. John se fijó en sus ojos, brillantes como dos faros. El color era indefinido, iridiscente, cambiante a cada segundo desde un suave tono azulado a un amenazante fulgor rojizo. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de aquella figura eran las dos enormes alas de plumas negras que adornaban su espalda. Eran tan grandes que ocupaban toda la entrada, convirtiendo aquella imagen en algo surrealista. Un ángel oscuro en la puerta de su salón resultaba tan extraño que, durante unos segundos, temió haberse quedado dormido y estar viviendo una pesadilla.

La criatura dio un par de pasos dentro de la estancia hasta colocarse frente a él. Le dirigió una sonrisa que pretendía ser dulce y tranquilizadora, pero John pudo percibir el brillo de dos afilados colmillos entre aquellos

labios sonrosados. Tragó saliva con esfuerzo, se enderezó en el sofá e intentó fingir que no tenía miedo.

—Buenas noches, John Campbell —saludó el ser. Su voz era extraña. Era profunda y grave y parecía despertar ecos, como si no estuviera pronunciada por una sola garganta—. No me temas. Esta noche no he venido a hacerte daño, sino a concederte un don.

—No te temo. Annabelle me habló de ti. Me dijo que podrías hacerme joven de nuevo. —John levantó aún más la barbilla, tratando de disimular su miedo—. Te estaba esperando.

—Me alegra que no me temas y que ya me conozcas. ¿Quieres entonces que te conceda el regalo de ser joven, de olvidar tus dolores y enfermedades, de poder disfrutar de nuevo de la vida?

—Por supuesto —contestó John.

—Concedido. —La sonrisa de la criatura se hizo aún más amplia, lo que permitió que John volviera a percibir aquellos largos y amenazantes colmillos—. *Carpe diem*.

Tras decir aquellas palabras la criatura se desvaneció. John se quedó paralizado. Su corazón parecía haberse vuelto loco. Latía desacompañado, con la fuerza de un tambor. Se llevó la mano al pecho y se esforzó por respirar con bocanadas largas y profundas mientras echaba una mirada al reloj de bolsillo que aún llevaba en la mano. Las cuatro y tres minutos de la mañana. Él sospechaba que aquel “*Carpe diem*” que la criatura pronunciaba, que normalmente se traducían como “Aprovecha el tiempo”, debía traducirse de manera literal en esa ocasión. “Aprovecha el día”. En singular. Le quedaban veinticuatro horas de vida.

Al mirar su reloj, se dio cuenta de otra cosa. Su mano, hasta aquel

momento envejecida, llena de arrugas, de manchas y de venas marcadas, volvía a ser limpia y lisa. Se arremangó la camisa para apreciar su piel, joven de nuevo. Cuando fue a levantarse de un salto para ir a mirar su aspecto en el espejo, su viejo cuerpo le respondió con pinchazos y dolores. Su aspecto era el de un chico de veinte años, pero debajo de aquella piel joven y tersa, seguía viviendo el viejo John. El hechizo de Eli había funcionado a la perfección.

Se acercó al cuarto de baño con paso renqueante y se contempló en el espejo. Allí estaba su antigua imagen: el pelo negro sin una sola cana, los ojos vivaces, la piel lisa y morena... Solo fallaba la postura erguida de la juventud. La espalda y las rodillas seguían doliéndole como siempre, impidiendo que se pusiera recto. La mezcla era muy extraña: un joven alto, fuerte y apuesto, en la plenitud de su vida, andando encorvado y retorcido. No podía salir a la calle, no podía permitir que nadie, y mucho menos Apolyon, le viera así y se planteara que pasaba algo raro. Tendría que quedarse encerrado en casa, esperando que pasara el día y el demonio regresara a por él.

El chirrido de la verja de entrada le sobresaltó. Solo eran las siete de la tarde. Era imposible que Apolyon viniera ya a por él. Los demonios tenían fama de tramposos y mentirosos, pero aquella fama era infundada. Si te prometían una vida de triunfo y lujos, lo cumplían. Si te prometían el amor de alguien, conseguirían que esa persona te amara más que a nada en el mundo. Era cierto que el precio solía ser muy alto y que tenías que tener mucho cuidado con los deseos que pronunciabas, ya que a los demonios les gustaba jugar con los dobles sentidos y las malas interpretaciones, pero eran muy estrictos con sus contratos. Si un demonio prometía un día entero de juventud, uno podía

estar muy seguro de que no se adelantaría un solo segundo.

Se levantó del sofá y se acercó a la puerta de su casa con paso lento y renqueante. Era tan extraño tener aquel cuerpo joven y fuerte y no ser capaz de moverlo en consonancia... Un timbrado en la puerta acabó por convencerle de que su visitante no era Apolyon. La noche anterior no había necesitado llamar ni que nadie le abriera para presentarse en su salón. Se preguntó quién sería su visitante, rezando para que no fueran Al y Eli, de regreso de su viaje a Boston.

Echó un vistazo a través de la mirilla tratando de no hacer ningún ruido. La señora Wilson esperaba al otro lado de la puerta. En las manos llevaba un plato cubierto con papel de aluminio. Seguramente le traía un trozo de uno de sus estupendos bizcochos. Se dio cuenta de que llevaba todo el día sin comer nada. Su estómago rugió con tanta fuerza que temió que ella lo hubiera escuchado desde el otro lado. La mujer esperó unos segundos más y después aporreó la puerta con energía.

—Señor Campbell, ¿está usted ahí? Le traigo bizcocho recién hecho.

John permaneció quieto y en silencio, con la respiración en suspenso. Esperaba que aquella mujer se cansara pronto y volviera a su casa. En lugar de ello, la señora Wilson volvió a pulsar el timbre con tanta insistencia como si el dedo se le hubiera quedado pegado. Por la mirilla John observó como otra vecina, la señora Truman, cruzaba la carretera y se acercaba a su casa.

—¿Pasa algo, Mildred? —le preguntó cuando se situó a su lado, junto a la puerta.

—No lo sé —contestó la señora Wilson—. Llevo todo el día sin ver al señor Campbell. Le he traído un trozo de bizcocho y no abre la puerta.

—¡Ay, dios mío! —dijo la otra mujer, cubriéndose con las manos la

parte inferior de la cara mientras abría mucho los ojos—. ¿Crees que le habrá pasado algo?

—Creo que sí. Normalmente se pasa todo el día aquí sentado, en la terraza. Igual está enfermo...

—O muerto... —le cortó su amiga—. ¿Crees que deberíamos avisar a la policía?

—Sí. Creo que sí. No me lo perdonaría nunca si le hubiera pasado algo... Ven, acompáñame.

Las dos mujeres salieron de la terraza mientras John pronunciaba todos los juramentos que conocía. ¿Cómo podían ser tan cotillas? ¿Es que no podían meterse en sus propios asuntos ni un solo día? Las conocía de sobra. Sabía que, detrás de aquella preocupación, lo que se escondía eran las ganas de enterarse de absolutamente todo lo que sucedía en aquel pueblo. A aquellas dos mujeres no les importaba que le pudiera haber pasado algo malo. Lo que querían era saberlo para ser las primeras en contarlo. Estaba seguro de que, en aquel mismo momento, estaban deseando que hubiera muerto, que la policía llegara y encontrara su cadáver y que ellas pudieran decir por todo Rockport que fueron las que avisaron y las primeras en verlo.

Empezó a mirar a todos lados, buscando una escapatoria. No podía quedarse allí. Si la policía entraba y descubrían en su casa a un joven al que nadie conocía, iba a tener que dar demasiadas explicaciones. Podría contarle la verdad a Ethan, pero estaba seguro de que, al igual que Al, tampoco iba a permitirle sacrificarse sin tratar de salvarle. Se imaginó por un segundo rodeado de policías a las cuatro de la mañana, esperando al demonio. Seguro que Ethan daba orden de que le protegieran a cualquier precio. Aquello sería un desastre. Quizá Apolyon no se presentara y decidiera ir a por otra víctima más fácil, pero, por lo que sabía de los demonios, lo más probable sería que

Apolyon fuera a por él sin importar a quién tuviera que eliminar para conseguirlo. Habían sellado un pacto y los pactos se cumplían. No podía permitir que nadie saliera herido o muriera por su culpa.

Abrió un poco la puerta de la casa y asomó la cabeza con cuidado. Las dos mujeres se habían metido en casa de la señora Wilson. Si su fuerza y agilidad se hubiera correspondido con su aspecto físico, podría haber escapado por una de las ventanas de la parte de atrás, pero sabía que jamás podría pasar su viejo cuerpo por una de ellas. Solo podía salir por la puerta delantera, confiando en que nadie le viera, y tratar de llegar a la playa lo antes posible. Echó un vistazo anhelante a su viejo bastón, que estaba apoyado al lado de la puerta. No podía llevárselo. Un chaval de veinte años renqueando con un bastón llamaría demasiado la atención.

Salió de casa, cerró sin hacer ruido e, ignorando el dolor, trató de erguirse cuanto le fue posible y simuló caminar con paso firme. Todos sus huesos se quejaron por el esfuerzo, pero él siguió avanzando. Traspasó la verja y continuó andando hasta llegar a la playa. Cuando se hubo separado unos pasos de su casa, se permitió rebajar la velocidad y seguir caminando a un ritmo más tranquilo. La playa estaba llena a aquellas horas, así que se internó entre los bañistas y se sentó sobre la arena, como cualquier turista que se hubiera parado a contemplar el mar. Era cierto que su camisa blanca, sus elegantes pantalones y sus brillantes mocasines no eran muy adecuados para una jornada de playa, pero esperaba que nadie se fijara.

Unos minutos después, vio cómo la señora Wilson y su amiga salían de casa y se colocaban frente a su verja de entrada a esperar la llegada de la policía. No habían pasado ni cinco minutos cuando el coche de Ethan apareció por una esquina con las sirenas encendidas. John se inclinó hacia delante y se cubrió el rostro con las manos mientras negaba con la cabeza.

¿No podían ser un poquito más discretos? Si continuaban así, iban a convertir su casa en una feria.

Ethan se bajó del coche a la carrera, se acercó a las dos mujeres y, tras intercambiar unas palabras con ellas, cruzó la verja, manipuló la cerradura durante unos segundos y entró en la casa. Ellas fueron aproximándose muy poco a poco, como si estuvieran jugando al escondite inglés, hasta conseguir asomar la cabeza por la puerta. El jefe de policía salió un par de minutos después y les hizo abandonar la propiedad. Aprovechando que no estaban mirando en su dirección, John se levantó y se acercó a ellos. Se ocultó tras el lateral de la casa y escuchó la conversación.

—Les repito que no hay nada por lo que preocuparse —dijo Ethan con voz tranquilizadora—. No hay señales de lucha ni violencia dentro de la casa. Lo más seguro es que haya vuelto al Highcliff o que se haya marchado unos días a casa de su hijo.

—¿Y se va a quedar tan tranquilo sin hacer nada? —insistió la señora Wilson—. Puede que esto tenga que ver con las otras desapariciones de ancianos...

—No hay nada que nos haga sospechar eso...

—¿Cómo que no? En los últimos días han estado rondando por aquí un par de chavales muy raros, vestidos de negro. Incluso les he visto dentro de la casa del señor Campbell. Ahora ya no están y su caravana tampoco. ¿Y si le han secuestrado?

—No le han secuestrado, señora Wilson. Conozco a esos chicos de los que habla y son familia del señor Campbell. Habrán ido juntos a algún sitio.

—¿Así que no va a hacer nada? —dijo la señora Wilson tras bufar indignada—. Cuando aparezca muerto, no me diga que no le avisé.

—Vamos a esperar veinticuatro horas —trató de negociar Ethan—. Si mañana sigue sin aparecer, intentaré ponerme en contacto con su hijo y, si él tampoco es capaz de decirme nada, organizaré unas patrullas de búsqueda. ¿Se queda más tranquila así?

John escuchó un nuevo bufido de la señora Wilson, seguido del golpeteo de sus zapatillas de vuelta a su casa. Se sintió aliviado. Aquellas veinticuatro horas que Ethan acababa de conseguirle eran más de lo que necesitaba. Iba a regresar a la playa cuando oyó unos pasos que se acercaban. La figura del jefe de policía asomó por la esquina. Él solo tuvo tiempo de erguirse tanto como pudo y de apoyarse en el muro para disimular su postura encorvada.

—Buenas tardes. ¿Escuchando tras las esquinas? —preguntó Ethan, lanzándole una sonrisa sarcástica.

—Sí, lo siento... Vi que llegaba usted con la sirena encendida y quise enterarme de qué pasaba —contestó John, intentando poner su cara más inocente—. ¿Ha sucedido algo grave?

—No, no lo creo... Solo un anciano que no está en su casa. —Ethan trataba de aparentar tranquilidad, pero John le conocía demasiado como para creerle. Todo su cuerpo estaba en tensión, tenía la mandíbula apretada y en sus ojos se percibía un brillo de preocupación—. ¿Lleva mucho tiempo usted por aquí?

—No, no mucho —mintió John—. Unos diez minutos... Tan solo he parado un rato a mirar el mar. ¿Por qué?

—¿Ha visto a un hombre viejo, de unos noventa años, con el pelo blanco y bien vestido? Suele llevar un bastón de madera oscura con el mango metálico...

—No, no he visto a nadie así, pero, si le veo, le diré que le están buscando.

—Se llama John Campbell. Si le encuentra, avise a cualquier policía o llámenos.

—De acuerdo, agente. Que pase una buena tarde.

Ethan se giró y se dirigió hacia su coche. John se quedó mirando cómo se marchaba, sintiendo un gran peso en el pecho. Le habría gustado decirle algo a modo de despedida, unas palabras que él pudiera descifrar al día siguiente y que sirvieran para que supiera que le consideraba su amigo, que no había habido nada que él hubiera podido hacer para evitar su muerte, que no debía sentir tristeza por su marcha... Pero no había palabras que pudieran expresar todo aquello sin decir nada que pudiera poner a Ethan sobre aviso, así que permaneció en silencio mientras veía cómo el policía volvía a entrar en su coche y se alejaba carretera adelante.

—Gracias por haber estado a mi lado —susurró al coche que ya desaparecía—. Hasta siempre, viejo amigo.



CAPÍTULO SIETE

Al levantó la vista de su libro y se quedó contemplando a Eli. Estaba cada vez más preocupado por ella. Se la veía pálida y cansada y unas ojeras enormes adornaban sus ojos. Además, a pesar de que a ella le gustaba aquel rollo de investigar libros antiguos, la había sorprendido un par de veces luchando contra el sueño, con los ojos casi cerrados y tratando de evitar que la cabeza se le cayera hacia delante. Deslizó el brazo por encima de la mesa para tomar su mano y llamar su atención.

—Eli, me aburro —susurró.

Ella no levantó la cabeza, fingiendo que seguía muy interesada leyendo su libro, pero Al pudo ver que estaba tratando de contener la risa.

—Esto es un rollo —insistió.

—Ayer prometiste que no ibas a protestar en todo el día —respondió ella, levantando por fin la vista de las páginas.

—Ya, pero son las seis de la tarde. Podemos decir que, técnicamente,

he estado todo el día sin protestar —contestó él—. Llevamos aquí un montón de horas y no hemos encontrado nada. Vámonos.

Contra todo pronóstico, Eli asintió, cerró su libro y se puso a recoger. Él enarcó una ceja mientras la miraba. Aquello tampoco era normal. Eli era demasiado responsable como para darle la razón y abandonar la investigación sin discutir siquiera un poco.

—Todavía podemos estar un par de horas más aquí —dijo ella—, pero podríamos bajar un rato a tomar el aire.

—Buff, no es que me apetezca mucho bajar los siete pisos para volver a subirlos —protestó Al.

—Así podrías fumar —dijo Eli para animarle.

—Ya he estado fumando aquí ^[5]—repuso Al—. Bueno, bajemos y nos fumamos los dos un cigarrillo mientras nos da el aire.

—Ya sabes que yo no fumo —le dijo Eli.

—Pues entonces tenemos otro enigma que investigar —contestó él con tono misterioso—. El caso de los cigarrillos desaparecidos...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Que esta mañana, cuando me he levantado, me faltaban un montón en el paquete.

—¿Seguro? A lo mejor fumaste más de lo que crees —dijo ella, encogiéndose de hombros antes de cambiar de tema—. ¿Sabes lo que te digo? Que tienes razón. Vámonos ya de aquí. Hace rato que no me entero de lo que estoy leyendo.

Al volvió a mirarla, sorprendido. Estaba rara. No era solo una impresión. Además de dejar sus obligaciones para complacerle, estaba seguro

de que le estaba mintiendo. La noche anterior se había comprado el paquete de tabaco justo antes de subir a la habitación y solo se había fumado dos cigarros antes de quedarse dormido. Cuando se levantó, había desaparecido casi la mitad del paquete. Eran muchos cigarrillos para una persona que no fumaba. O Eli estaba al borde de un ataque de histeria y se había fumado uno tras otro sin parar o había pasado la noche en vela. Viendo sus ojeras y su cara de cansancio, Al apostaba por lo segundo.

—Eli, ¿estás bien? —dijo, mirándola con preocupación—. Sabes que puedes contarme lo que te pasa.

Ella no contestó. Se quedó mirándole en silencio, con la respiración en suspenso, como si estuviera pensando si debía confiar en él o no. De repente, se levantó de la silla y salió disparada hacia el baño.

—Ahora vuelvo —dijo sin darle tiempo a protestar.

Al empezó a recoger todos los libros para hacer tiempo hasta que regresara. Aquella huida no hacía otra cosa que confirmar sus sospechas. A Eli le pasaba algo, algo tan malo como para no querer contárselo. Cuando volvió, ella le dedicó una tímida sonrisa de disculpa.

—Creo que me ha sentado mal algo que he comido.

Él no contestó de inmediato. Se quedó mirándola mientras negaba con la cabeza. No podía seguir engañándole. Tenía los ojos rojos y sus iris, siempre tan negros y opacos, brillaban como dos oscuros lagos al sol. Además, como siempre que lloraba, sus labios se habían hinchado y estaban más sonrosados. No pudo evitar pensar que estaba preciosa cuando lloraba, pero no se lo dijo. No era el momento adecuado. Ella estaba ocultándole algo grave y no pensaba moverse de allí hasta que se lo contara.

—Eli, ya basta. Deja de mentirme.

—¿Mentirte? Yo no te estoy mintiendo.

—Has estado llorando. Te lo noto en la cara —insistió él.

—No, no he estado llorando. Ya te he dicho que he comido algo que me ha sentado mal. He estado vomitando con tanta fuerza que me han salido hasta lagrimones.

Una luz se encendió en la mente de Al, haciendo que todo su cuerpo temblase. De repente, lo entendió todo. Cansancio, cambios de humor, vómitos... ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Joder, Eli... ¿No estarás embarazada?

Ella le contestó con una carcajada mientras negaba con la cabeza. Él sintió un alivio inmenso que le recorría de la cabeza a los pies.

—No, Al... De verdad, no me pasa nada. Ya te dije que no deberíamos haber comprado esos perritos en un puesto callejero.

—Yo comí lo mismo y estoy bien —protestó él.

—Tú serías capaz de comer matrículas, como los tiburones —bromeó ella—. Tienes el estómago a prueba de bombas. Venga, no te preocupes más y vayamos a buscar un sitio en el que nos den algo para cenar que no me mate.

Eli recogió los libros que él había apilado y los llevó al mostrador para devolvérselos al bibliotecario. Al se quedó contemplándola, sin saber qué más decir. Seguía convencido de que le ocultaba algo, pero parecía que, al menos de momento, ella seguía cerrada. Le dolía que no fuera capaz de confiar en él, pero tendría que esperar. Sabía que, tarde o temprano, se lo acabaría contando. Solo tenía que darle un poco más de tiempo.

Se despertó y se giró en la cama para abrazar el cuerpo de Eli, pero solo encontró vacío. Abrió los ojos, desorientado, y miró alrededor. La puerta del balcón estaba abierta, pero no la vio allí. Sintió que el miedo le mordía las entrañas y se sentó en la cama, aterrado. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Entonces la oyó. Estaba allí, en el balcón, oculta tras la pared. Y estaba llorando. Oía claramente sus sollozos angustiados.

Se levantó sin hacer ruido y se puso los pantalones. Después se acercó poco a poco al balcón, intentando que sus pies no hicieran crujir los tablones de madera. Se quedó unos segundos parado al lado de la puerta, contemplándola. Estaba sentada en el suelo, vestida tan solo con la camiseta que él había llevado puesta unas horas antes, fumándose un cigarrillo con la mirada perdida en el oscuro paisaje de la ciudad mientras las lágrimas bañaban su rostro.

—En serio... No tengo ningún problema con que te fumes mis cigarrillos, pero avísame para que compre tabaco para los dos —dijo, sentándose a su lado—. ¿Me das uno?

Ella se sobresaltó y trató de limpiar sus lágrimas a toda prisa. Después, fingió una sonrisa mientras le tendía el paquete de tabaco.

—Claro. Son tuyos.

Al sacó un cigarrillo y lo encendió. Después dejó el paquete en el suelo, entre los dos, y, con el brazo libre, atrajo el cuerpo de Eli hacia el suyo y la obligó a apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Vas a seguir diciendo que no te pasa nada? —preguntó con voz cansada.

—No podía dormir por el calor y he salido a tomar un poco el aire —contestó ella.

—Eli, para, por favor... No haces otra cosa que mentirme a la cara. — Su tono fue más duro esa vez—. Estoy preocupado por ti, joder. ¿Vas a decirme de una vez lo que te pasa?

Se giró hacia ella para mirarla, esperando su respuesta, pero, en lugar de hablar, Eli le abrazó y escondió la cara en su pecho. Él la apretó contra su cuerpo, mientras sentía cómo ella se sacudía por el llanto y cubría su piel de lágrimas calientes. La dejó llorar, abrazándola sin más y depositando besos en su pelo, esperando que el ataque de llanto remitiera y que pudiera por fin confesarle qué la hacía tan desgraciada. En aquellos minutos se sintió más angustiado que en toda su vida. Conocía bien a Eli y sabía que era fuerte y valiente. Si estaba así, lo que le sucedía tenía que ser muy grave. Mil ideas le pasaron por la cabeza: ella estaba enferma y se estaba muriendo; ya no le quería e iba a abandonarle; el mundo iba a acabarse a la semana siguiente...

—Es John... —dijo ella en un susurro.

Él dejó de abrazarla y la separó un poco para poder mirarla. En un primer momento pensó que había entendido mal. Habían dejado a John sano y salvo en su casa el día anterior y, desde entonces, no se habían puesto en contacto con él. ¿Qué podía haberle pasado para angustiarse de aquella forma a Eli?

—¿John? ¿Qué le pasa? —preguntó confuso.

—Va a ser la próxima víctima de Apolyon. Encontró una manera de enviarlo de vuelta al infierno, pero hace falta que alguien se sacrifique para conseguirlo...

Al se levantó de un salto y entró en la habitación. Se sentó en la cama y empezó a ponerse las botas. Escuchó a Eli entrar y cerrar la puerta del balcón. Después, ella se acercó a la cabecera de la cama y encendió la luz de la

mesilla.

—¿Qué haces? —preguntó entre hipidos.

—Vestirme. Volvemos a Rockport —contestó sin mirarla—. ¿Podrías devolverme mi camiseta?

Ella se la quitó y la dejó sobre la cama. Después empezó a buscar su ropa sin preguntarle nada más. Él acabó de vestirse y recogió todas sus cosas de la habitación. Miró por el rabillo del ojo y vio que Eli también estaba acabando de prepararse. Seguía llorando, pero él ya no sintió ganas de consolarla. Estaba demasiado furioso con ella, con John... Con el mundo entero.

—¿Nos vamos? —le preguntó, dirigiéndose hacia la puerta de la habitación.

—Al, espera —le llamó ella entre sollozos—. Lo siento mucho, de verdad...

—Ahora no, Eli... No me hables —la cortó él—. No quiero decir nada de lo que luego pueda arrepentirme. Vamos, quiero llegar a Rockport cuanto antes. Tengo que parar esto.



CAPÍTULO OCHO

La última luz dentro de la casa de la señora Wilson ya se había apagado hacía tiempo, pero John decidió esperar un poco más para asegurarse. Se había pasado toda la tarde y la mayor parte de la noche en aquella playa. El tiempo parecía haberse ido deslizando a cámara lenta y, al mismo tiempo, le daba la impresión de que se le escurría a toda velocidad, como arena entre los dedos. Aquellas eran sus últimas horas de vida y, aunque tampoco había planeado hacer nada especial con ellas, le disgustaba haberlas perdido sentado sin hacer otra cosa que mirar el mar mientras la playa iba quedándose vacía. Al menos había podido contemplar un último anochecer y, como si el sol lo supiera y quisiera despedirse, le había dedicado un increíble espectáculo, tiñendo el horizonte con matices anaranjados, dorados, rojizos y violetas y despertando mil brillos sobre la espuma de las olas.

Un golpe de viento llegó desde la orilla y John se estremeció. A pesar de que estaban a principios de agosto, por la noche refrescaba mucho y él solo llevaba una camisa. El frío de la noche parecía habersele metido dentro para instalarse en sus huesos, recordándole todos y cada uno de sus dolores.

Lo único positivo de la situación en la que se encontraba era que no iba a darle tiempo a constiparse.

Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Ya eran las tres de la mañana. Todo Rockport dormía. En aquel momento resultaba menos discreto seguir solo en la playa que intentar regresar a su casa. Trató de ponerse en pie, pero su cuerpo estaba anquilosado. Le dolían todas las articulaciones por haber pasado tantas horas en la misma postura. Pensó que era muy irónico tener aquel aspecto de joven ágil y lozano y sentirse tan viejo. Se sobrepuso al dolor y los pinchazos y consiguió ponerse en movimiento. Se acercó a la verja de su casa y la empujó. Esta emitió un agudo y largo chirrido. Se quedó quieto, con la verja a medio abrir y el corazón bombeando con fuerza en el pecho. Le daba la impresión de que aquel sonido tenía que haberse oído en todo el pueblo y que, desde luego, no habría pasado inadvertido para los finos oídos de su vecina. Esperó un par de minutos, temiendo que en cualquier momento vería luz saliendo de alguna de las habitaciones de la casa de la señora Wilson o que esta aparecería en la puerta gritando que había un desconocido tratando de colarse en la casa del señor Campbell para alertar a todos los vecinos.

Cuando se convenció de que no iba a pasar nada, cruzó la verja y, tras subir con esfuerzo los escalones, sacó la llave y se coló dentro de casa. Después de cerrar la puerta con mucho cuidado para no hacer ningún ruido, apoyó la espalda contra ella y se permitió respirar tranquilo. En aquel momento se le ocurrió que no sabía por qué se había tomado tantas molestias para regresar a casa. ¿Qué más le daba morir en aquel lugar que en cualquier otro sitio? Estaba seguro de que Apolyon se presentaría estuviera donde estuviera para reclamar el cumplimiento del pacto que habían firmado.

Se dio cuenta de que sí importaba. No quería morir en la playa y que se

formara un espectáculo como el que se había montado con las muertes anteriores. Al pensar en el cadáver que él mismo había encontrado en la playa y recordar las fotos de los otros muertos que Ethan le había mostrado, sintió que el pánico le invadía. Un frío glacial se instaló en su pecho, paralizando su respiración y haciendo que su corazón rebotase con tanta fuerza contra sus costillas como si pretendiera escapar. No quería morir. No aquel día, no de aquella forma... Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y que todo su cuerpo le urgía a escapar, a tratar de buscar una salida a aquella situación en la que él mismo se había metido.

Se sorprendió de su reacción. Ya tenía noventa y cinco años. Todos sus amigos de juventud habían muerto. La mayoría de sus familiares también. Pensaba que hacía años que se había acostumbrado a la idea de la muerte, que ya no le asustaba, que la consideraba una amiga que vendría cualquier día para brindarle el descanso eterno... Se permitió una sonrisa sarcástica. Una cosa era pensar en la muerte como una posibilidad y otra muy distinta ser consciente de que le quedaba menos de una hora de vida. No estaba preparado para aquello. Nadie lo estaba.

Además, no quería morir de aquella manera: destripado como un animal, devorado en vida, solo... La idea de llamar a Ethan y pedirle que él y sus hombres le protegieran volvió a su mente. Había una posibilidad real de que Apolyon no quisiera aparecer delante de un montón de testigos, que le considerara una pieza demasiado complicada y decidiera ir a buscar otra víctima... O, al menos, quizá decidía postergar su visita hasta que se encontrara solo. Eso le daría más tiempo y, en aquel momento, era lo que más deseaba en el mundo. Más tiempo, solo un poco más de tiempo...

Se separó de la puerta y empezó a recorrer el pasillo mientras negaba con la cabeza. No. No iba a poner en peligro la vida de nadie. Le habría

encantado que Ethan y sus hombres estuvieran allí, o que le acompañaran Al y Eli, o su hijo y sus nietos... No quería morir solo, pero, después de todo, ¿no estamos todos solos cuando morimos?

Estaba decidido. Él lo había querido así y, aunque se sintiera aterrado y todo su cuerpo pareciera clamar por un poco más de vida, seguía pensando que había tomado la decisión correcta. Fue hasta la cocina y arrancó el cable del teléfono. No quería dejarse la más mínima posibilidad de estropearlo todo en el último minuto pidiendo ayuda. Iba a seguir adelante con su plan por mucho que le doliera, por mucho que le asustase.

Abrió un armario y sacó un vaso y la botella de Jim Beam que tenía guardada para las ocasiones especiales. Apenas le quedaba un tercio. Sacó el reloj de su bolsillo y comprobó que aún eran las tres y veinte. Si se daba prisa, quizá podría acabársela.

Regresó al salón, dejó la botella y el vaso sobre la mesa y después se acercó a la cadena de música que su hijo le había regalado las pasadas navidades. Casi no la había usado. Él prefería escuchar sus discos en su viejo gramófono. Le gustaba el siseo de la aguja al deslizarse, el ritual de sacar el vinilo de la funda y colocarlo en su lugar con sumo cuidado... Le daba la impresión de que aquellos detalles servían para darle al hecho de escuchar música la importancia que merecía. Aquellos casetes modernos estropeaban la experiencia, pero tendría que conformarse. Comprobó que la canción que quería escuchar era la primera de la cara B, rebobinó hasta el comienzo de la cinta y la dejó preparada para cuando la necesitase.

Se acercó al enorme armario de madera oscura que ocupaba toda la pared del salón, abrió uno de los cajones y sacó el álbum de fotos familiar. Se sentó en el sofá, se sirvió el primer vaso de whisky y, después de darle un largo trago que pareció desterrar aquel frío que había conquistado su cuerpo

durante el tiempo que había pasado en la playa, abrió el álbum y empezó a ojearlo. Toda su vida estaba allí, pasando de los tonos sepia al blanco y negro para llegar al color en los últimos años. Imágenes de sus padres en el día de su graduación, una foto suya con el uniforme poco después de alistarse para la guerra, el día de su boda con Lucy, las primeras fotos de Bobby, imágenes de algunas reuniones con el Grupo Alpha... Siguió bebiendo a pequeños sorbos mientras aquellos retazos de su vida se deslizaban frente a sus ojos... Había conseguido muchas cosas, había tenido una vida plena y feliz... En aquel momento, con la conciencia tranquila por saber que no tenía nada de lo que arrepentirse y que iba a acabar su vida haciendo lo que debía, sintió que una extraña calma se instalaba en su pecho. Solo le restaba terminar con dignidad y demostrarle a aquel demonio cómo moría un hombre valiente.

El reloj le indicó que ya eran las cuatro de la mañana. Apolyon estaba a punto de llegar. Cerró el álbum de fotos, se sirvió un último vaso de whisky y caminó hasta la cadena de música para ponerla en funcionamiento. Las primeras notas de *Who wants to live forever* llenaron la estancia y parecieron expandirse en su pecho, llenando su alma de paz y de luz. Se sentó de nuevo en el sofá y miró hacia la puerta por la que aquel demonio no tardaría en aparecer. Estaba preparado para afrontar su destino. Ya quedaba poco.



CAPÍTULO NUEVE

—Voy a parar un momento a poner gasolina.

Sus palabras me sorprendieron y me hicieron pegar un salto en el asiento. Era lo primero que decía desde que habíamos salido de Boston. Ni siquiera me atreví a contestar nada. Me limité a asentir, al ver que él había girado la cabeza hacia mí esperando una respuesta. Su mirada me hizo estremecer. Sus ojos azules, normalmente tan alegres y dulces, transmitían odio, furia... ¿Asco tal vez? No quería ni planteármelo.

Llevaba todo el viaje a su lado, mirándole por el rabillo del ojo, observando su mandíbula tensa, sus dientes apretados, sus manos aferrando el volante con fuerza, su cuerpo inclinado hacia delante como si tratara de empujar la caravana para que fuera más rápido. Durante todo aquel tiempo había tratado de encontrar la manera de explicárselo todo, pero no me había atrevido a decir una palabra. Por primera vez en mi vida le tenía miedo. No a él. Sabía que nunca me haría nada malo, que jamás me pondría una mano encima. Me daba miedo lo que pudiera estar pensando de mí, lo que pudiera

estar sintiendo... Si yo le daba asco, si me odiaba, si me decía que no quería volver a verme, me moriría. No era una exageración ni una manera de hablar. Me moriría de verdad. O, al menos, ya no querría seguir viviendo.

Él tomó un desvío hacia la gasolinera. Sin decir una palabra, se bajó de la caravana. Un chico con aspecto cansado y somnoliento, vestido con un uniforme naranja, se acercó para llenar el depósito. Divisé una cabina de teléfono a pocos pasos y, sin pensarlo un segundo, salí de la caravana y corrí hacia allí. Quizá aún estábamos a tiempo de detener todo aquello, de buscar otra salida. Marqué el número de John y esperé. Ni siquiera dio línea. El silencio fue la única respuesta, un silencio absoluto, un silencio de cripta... Me negué a darme por vencida y volví a llamar, diciéndome a mí misma que, en mi nerviosismo, habría marcado mal, pero seguí sin obtener respuesta.

Vi que Al ya había pagado al chico de la gasolinera y estaba volviendo a subir a la caravana. Colgué el teléfono y corrí hacia allí, temiendo que estuviera tan furioso conmigo como para dejarme tirada. Me senté a su lado y esperé a que arrancara.

—¿Qué hacías? —preguntó él.

—He intentado llamar a John, pero no contesta.

No dijo nada. Siguió con la mirada clavada en la carretera y el cuerpo en tensión mientras apretaba el acelerador con todas sus fuerzas tratando de ganar un minuto más. De repente, soltó un rugido y golpeó con fuerza el volante.

—¿En qué estabais pensando? En serio, ¿en qué cojones estabais pensando?

—Él quiso hacerlo. Encontró la forma de expulsarlo de vuelta al infierno, pero hacía falta una persona vieja que se sacrificara... Teníamos que

hacer un hechizo para engañar a Apolyon, para que siguiera siendo viejo aunque aparentara ser joven y que así ese demonio comiera la carne de un anciano...

—¿Así que no solo se lo has permitido sino que le has ayudado? — Nuestros ojos se cruzaron durante un segundo y me encontré con la mirada de asco infinito que tanto había temido.

—No lo entiendes —protesté—. Él me dijo que iba a hacerlo igualmente, que si no le ayudaba su sacrificio sería en vano. ¿Qué otra opción tenía?

—¿Contármelo? ¿Confiar en mí? —Volvió a golpear con fuerza el volante—. No podemos seguir así, Eli. Me mientes, me ocultas cosas, tramas planes a mis espaldas... Pensaba que estábamos juntos en esto, que trabajábamos en pareja. Si nunca me cuentas nada, ¿qué pinto yo en esto? ¿Qué soy? ¿Tu chofer? ¿Tu guardaespaldas? ¿Tu chico de los recados?

—Sabes que no es eso, Al...

—¿Y entonces qué es? Una mierda, eso es lo que es. Así no podemos continuar, Eli. O somos los dos iguales o no somos nada.

Ahí estaba: el ultimátum que tanto había temido. Me sentí como si acabara de abrirse una sima infinita delante de mis pies y me estuviera fallando el equilibrio. Solo hacía falta otra palabra de desprecio suya para que me despeñara.

—No podía contártelo, Al. Nunca habrías aceptado este plan.

—Por supuesto que no lo habría aceptado... Y sabes que Ethan tampoco. —Se permitió apartar los ojos un segundo de la carretera para lanzarme una mirada envenenada—. Podríamos haber buscado otra solución...

—No había otra solución —protesté—. Habría habido más víctimas.

—Eso no lo sabes... Teníamos a Lisa acojonada. Teníamos tiempo... Y, aunque hubiera habido más víctimas, me da igual... Por mí ese bicho puede comerse a todo Rockport, a todo el puto estado de Massachusetts... Pero no a John. —Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus dientes rechinaron—. ¿Has pensado de verdad en lo que has hecho? Has entregado a nuestro amigo a un demonio para que se lo coma mientras aún está vivo, para que le saque los órganos y los devore, para que se lleve esa “alma inmortal” de la que tanto hablas... ¿De verdad has pensado en todo eso y has decidido que era la mejor solución?

No contesté nada más. No tenía nada que decir. Por supuesto que había pensado todo aquello. Llevaba pensándolo tres días y por eso era incapaz de dormir y de dejar de llorar. Durante todo aquel tiempo me había sentido culpable, pero, después de sus palabras, al oírle hablar con aquel desprecio en la voz, la sensación se había multiplicado por mil. Al tener razón. Nos habíamos equivocado. Aquella no era la manera correcta de hacer las cosas. Ojalá aún estuviéramos a tiempo de detener aquella locura.



CAPÍTULO DIEZ

El sonido de la música no permitió que esa vez percibiera sus pasos ni el siseo del arrastrar de su vestido mientras el demonio avanzaba por el pasillo. De repente estaba allí, ocupando todo el hueco de la puerta con sus alas negras, mirándole con sus ojos cambiantes y sonriéndole como si se burlara de él.

—Buenas noches, John Campbell. —Su sonrisa se amplió, permitiendo que volviera a percibir aquellos amenazantes colmillos que pronto se cebarían con su carne.

—Buenas noches, Apolyon. Te estaba esperando.

El ser enarcó una ceja y su sonrisa se desvaneció. Dio un par de pasos dentro de la estancia mientras le observaba con curiosidad.

—Me conoces. Sabes mi nombre. —El demonio esperó hasta que John asintió—. ¿Sabes también a qué he venido?

John se inclinó hacia delante, recogió su vaso de la mesa y le dio un

largo trago. Cerró los ojos durante un segundo para sentir cómo el líquido ambarino le calentaba por dentro y conseguía calmar un poco sus nervios.

—Sí. Te conozco y sé lo que vas a hacerme —contestó con voz tranquila—. Sé que vienes a matarme.

—Nunca entenderé a los seres humanos. Sabías que solo tenías un día de juventud y te encuentro aquí, solo, escuchando música. ¿Por qué no has salido a disfrutar de los placeres de la carne en tus últimas horas?

—Algunos preferimos los placeres del espíritu, pero, como bien has dicho, es difícil que un ser como tú pueda entenderlo. —John se recostó en el asiento y le dio otro trago a su whisky.

El demonio no se movió. Siguió contemplándole con cautela, como se mira a una serpiente que puede saltar en cualquier momento para morderte. John temió que su actitud estuviera despertando sospechas. No tendría que haberle dicho que le conocía, quizá debería haber fingido que le tenía miedo... Se maldijo por su estupidez. Su idea de morir con dignidad estaba a punto de estropear todo su plan.

—¿No tienes miedo? ¿No vas a suplicarme clemencia? —preguntó Apolyon, confirmando los temores de John.

—No. Esto lo he decidido yo. Sé que ibas a matar a alguien y prefiero ser yo el elegido. Ya soy muy viejo y no me queda nada en el mundo...

Apolyon volvió a quedarse en silencio, mirándole con suspicacia. De repente, sus ojos se iluminaron y empezó a negar con la cabeza, mientras lanzaba una risa que fue queda al principio para ir ganando en intensidad.

—Sé lo que intentas, viejo zorro —dijo, haciendo que un escalofrío recorriera la espalda de John—. Seguro que has cometido cientos de actos infames en tu vida. Crees que, con este sacrificio, todo eso quedará pagado,

que tu Dios se apiadará de tu alma al contemplarlo... Te voy a contar un secreto: tu alma será mía. No habrá cielo ni infierno para ti. Y, aunque lo hubiera, vuestro Dios os ignora. No va a ayudarte.

Sin decir una sola palabra más, Apolyon se lanzó sobre él. A pesar de que se había prometido a sí mismo que no tendría miedo, John no pudo contener un grito. Levantó las manos para tratar de detener al demonio. El ser dejó que lo intentara, burlándose de sus esfuerzos. Sus ojos habían dejado de ser cambiantes para convertirse en dos pozos de lava incandescente. Su sonrisa era mucho más amplia y cruel y sus colmillos parecían haber crecido hasta convertirse en los de una bestia voraz.

Se mantuvieron fijos en aquel abrazo durante unos segundos, hasta que el demonio se cansó de jugar. Agarró las muñecas de John y le hizo apartar los brazos para tener el camino libre hacia su abdomen. Después, se inclinó hacia delante lentamente mientras mantenía sus ojos fijos en él, como una amante juguetona. Cuando ya estaba a un par de pulgadas de distancia, empezó a abrir la boca. John sintió que el terror le paralizaba. Aquella boca ya no era humana. Ocupaba todo el ancho de su rostro y se abría cada vez más, hasta convertirse en un agujero inmenso repleto de filas de colmillos babeantes. El ser se lanzó sobre su vientre y, de una sola dentellada, lo abrió de lado a lado. La sangre manó a chorros bañando a la criatura, que la recibió con sus labios anhelantes.

John trató de sobreponerse a aquel dolor y luchó por liberar sus muñecas, pero Apolyon seguía manteniendo la presión. Giró la cabeza hacia un lado y vio que los brazos del demonio habían cambiado. Ya no estaba sujeto por aquellas manos de mujer suaves y pálidas, sino por unas manos negruzcas con dedos retorcidos que terminaban en unas largas garras. Se sorprendió al darse cuenta de que no eran solo los brazos del demonio los que

habían cambiado. Sus propios brazos también lo habían hecho. Ya no mostraban la tersura de la juventud que había podido admirar durante aquel día. Volvían a ser unos brazos arrugados, resecos, artríticos... El hechizo había funcionado. A pesar del dolor insoportable, consiguió esbozar una sonrisa. Lo habían conseguido.

En aquel momento, el ser se apartó de su cuerpo como si le estuviera quemando y soltó un grito agónico que despertó ecos en todas las estancias de la casa. John se quedó paralizado, contemplándolo. Ya no quedaba nada del hermoso ángel oscuro que se le había presentado. Tampoco era el tipo de demonio que solía aparecer en las ilustraciones religiosas. Nada de cuernos, pezuñas o rabo. Frente a él tenía a un ser oscuro y retorcido que parecía hecho de jirones de humo negro, que cambiaba y fluctuaba ante su mirada atónita sin mantener ni un solo segundo una forma definida. Lo único que se conservaba inalterable eran sus ojos, aquellas dos brasas llameantes que parecían contener todo el odio del universo.

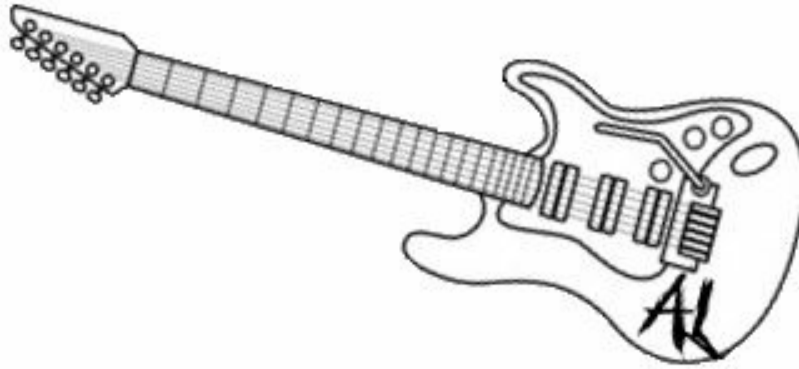
—¿Qué me has hecho? —rugió una voz que sonaba como si estuviera pronunciada por mil gargantas condenadas—. ¡Maldito seas! ¿Qué me has hecho?

—Demostrarte que a los humanos nos da igual que Dios nos ignore —contestó John, orgulloso—. Nos bastamos solos para derrotaros. Vuelve al infierno del que saliste.

El ser soltó otro rugido de rabia y agonía mientras la niebla de la que estaba formado iba volviéndose más tenue e inconsistente. En unos segundos ya no quedaba ni rastro de él. John dejó caer la cabeza hacia atrás mientras respiraba con dificultad. Después luchó por incorporarse un poco para ver la magnitud de la herida. El dolor era espantoso. Nunca en su vida había sentido algo similar. La herida dolía, quemaba, escocía... Parecía que la sangre

burbujeara, como si estuviera a cien grados, y, a pesar de que el demonio ya no estaba allí, aún podía sentir los colmillos aferrados a su carne. Miró el enorme agujero de su vientre y sintió ganas de vomitar. Aquello que asomaba entre la sangre debían de ser sus intestinos. Se cubrió la herida con las manos mientras sentía cómo las lágrimas afloraban a sus ojos. Aquella no era una manera digna de morir. Quizá ninguna lo era.

Volvió a recostarse en el sillón. Se sentía muy débil. La vida se le iba con aquel torrente de sangre incontenible que se deslizaba entre sus dedos. Se permitió sonreír. Había ganado. Había vencido al demonio. Había tenido una gran vida con un final digno de fuegos artificiales. No se podía pedir más. Sintió que sus ojos pesaban y se dejó llevar por aquella sensación adormecedora con las últimas notas de *Who wants to live forever* resonando en sus oídos.



CAPÍTULO ONCE

No había hueco para aparcar la caravana en Beach Street, así que, tras maldecir un par de veces, la dejó en doble fila justo frente a la casa de John y saltó fuera. Escuchó a Eli correr detrás de él, pero ni siquiera se giró. Lo único en lo que podía pensar era en llegar a tiempo o en que John hubiera entrado en razón mientras ellos estuvieron fuera y hubiera decidido no seguir adelante con aquel estúpido plan.

Abrió la verja, subió los escalones de entrada de un solo salto y empujó la puerta, pero estaba cerrada. Se dijo a sí mismo que era normal. Eran casi las cinco de la mañana. Lo más probable era que John estuviera en la cama, plácidamente dormido. Sí, tenía que ser eso... Por Dios, por favor, que fuera eso... Pulsó el timbre varias veces y, ante la falta de respuesta, empezó a aporrear la puerta. No consiguió que surgiera ninguna contestación desde el interior de la casa, pero una de las ventanas de la señora Wilson se iluminó. Lo que le faltaba. No tenía ninguna gana de ponerse a dar explicaciones a vecinas cotillas.

Eli ya había llegado a su lado, pero, en lugar de quedarse junto a él, empezó a revolver entre las macetas de la terraza. Al volvió a aporrear la puerta un par de veces antes de girarse hacia ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó.

—John me dijo que guardaba una llave bajo una de las macetas. —Eli siguió moviéndolas de un lado a otro. Al cabo de unos segundos, soltó un grito de triunfo y se levantó con una llave en la mano—. Toma. Aquí tienes.

Antes de que Al pudiera meter la llave en la cerradura, la puerta de la casa de la señora Wilson se abrió y esta salió, vestida con una bata de flores y llevando una redecilla en el pelo. Se quedó en el umbral de su casa con los brazos en jarras y mirándoles con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué hacéis? No son horas de montar estos escándalos —les gritó.

—Estamos preocupados por el señor Campbell —explicó Eli—. No contesta.

—Lleva desaparecido desde ayer —dijo la vecina—. Ya avisé al jefe de policía y me dijo que no había de qué preocuparse, que seguramente estaría en algún sitio con vosotros. ¿Tampoco sabéis nada de él?

Al negó con la cabeza y, sin decir nada más, metió la llave en la cerradura. Aquellas palabras de la señora Wilson habían terminado por disparar todas sus alarmas. Estaba seguro de que llegaban tarde, de que algo horrible le había sucedido a John. Abrió la puerta y, antes de entrar, se giró hacia Eli.

—Quiero que me esperes aquí. Y no dejes entrar a nadie —ordenó mientras le señalaba como la vecina ya había salido de su casa y estaba a punto de traspasar la verja.

—Pero quiero saber si está bien... —protestó ella.

—Ahora mismo salgo. Espérame aquí.

Eli abrió la boca para insistir, pero debió ver algo en sus ojos que hizo que desistiera. La verdad era que Al estaba a punto de estallar. Tenía ganas de decirle que, si tan preocupada estaba por él, si tantas ganas tenía de saber si estaba bien, debería haberlo pensado mejor antes de arrojarle a las garras de un demonio. Sin embargo, prefirió callarse. En aquel momento lo importante era encontrar a John. Todo lo demás podía esperar.

La casa estaba oscura y silenciosa. Lo único que se escuchaba era el eco de sus pisadas sobre los viejos tablones de madera. Avanzó unos pasos, sintiendo que el miedo le invadía. Podía haber cualquier cosa esperando entre las sombras, acechándole... Soltó el aire que había estado conteniendo mientras se decía a sí mismo que no tenía nada que temer. La casa parecía desierta. No había nadie allí que fuera a atacarle. Inspiró con fuerza para infundirse valor y entonces lo notó. Había un olor extraño flotando en el ambiente, un aroma metálico. Reconoció aquel olor. Era sangre.

Ya no se detuvo a tomar precauciones ni le preocupó hacer ruido. Sintiéndose un auténtico gilipollas por no haberlo pensado antes, buscó el interruptor de la luz del pasillo y lo pulsó. Al instante, su miedo a lo sobrenatural desapareció. Solo le quedó el terror de seguir sintiendo aquel aroma, de imaginar lo que iba a encontrarse. No quedaba hueco para sentir otros miedos.

Fue avanzando por el pasillo, echando un vistazo apresurado a las habitaciones, hasta que llegó a la puerta del salón. Sintió que todo el aire abandonaba sus pulmones, como si le hubieran golpeado con fuerza en el estómago. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sus piernas se volvieron de gelatina. Agarrado al marco de la puerta, fue dejando que su cuerpo se

deslizara hasta el suelo mientras sus ojos seguían clavados en aquella imagen que ya nunca abandonaría su memoria. Todo su cuerpo estaba paralizado. Se sentía incapaz de moverse, de gritar, de pensar... Toda su mente estaba invadida por el horror y no había sitio para otros pensamientos.

—Al, ¿estás bien? —dijo Eli desde la puerta.

Su voz le trajo de vuelta a la realidad y le hizo reaccionar. La pena fue sustituida por la furia, por la rabia, por el rencor más absoluto que había sentido nunca. Tuvo ganas de ir hasta la entrada, agarrar a Eli y tirar de ella hasta colocarla frente al cuerpo desangrado y destripado de John, de sujetar su cara para obligarle a mirar lo que había hecho... Pero no pudo. Eli no debía ver aquello, nadie debería verlo. Eli no se merecía algo tan cruel y John no habría querido algo así.

Se levantó con esfuerzo, sintiéndose muy viejo y muy cansado de repente. Estaba mareado y le daba la impresión de que el suelo oscilaba bajo sus pies. Se apoyó en la pared y caminó de vuelta a la entrada. En cuanto Eli le vio, se echó las manos a la cara y empezó a sollozar. No hizo falta que le dijera nada. Agarró la puerta y empezó a cerrarla para impedir que Eli o la señora Wilson entraran en la casa.

—Llamad a la policía y que venga Ethan —les dijo antes de cerrar—. Yo me quedaré cuidándole.

Unos golpes en la puerta le devolvieron a la realidad. No sabía cuánto tiempo llevaba sentado en el suelo del pasillo, fumándose un cigarrillo tras otro con la mirada clavada en la pared y la mente desconectada. Se levantó y miró las colillas esparcidas a su alrededor. Le dio por pensar que quizá no debería haber fumado en una escena del crimen, aunque, sinceramente, daba igual.

Por mucho que investigaran, nunca iban a descubrir qué era lo que había sucedido allí.

Se acercó a la puerta y distinguió a Ethan a través de la mirilla. Abrió despacio y vio a un par de policías detrás de él y, a unos pasos, a Eli y la señora Wilson, apoyadas contra la verja de la casa. Ethan les hizo una seña a sus hombres para que se detuvieran y entró solo. Después, cerró la puerta a su espalda.

—¿Está muerto? —le preguntó angustiado.

—Sí —contestó Al con voz neutra. Parecía que su alma estuviera anestesiada. En tan solo unas horas había experimentado tanto odio, tanta rabia, tanto miedo y tanta angustia que no era capaz de sentir nada más—. Está en el salón.

Ethan se encaminó hacia allí, pero Al no le siguió. No tenía fuerzas para volver a mirarlo. El jefe de policía se quedó en la puerta unos segundos, contemplando la escena, antes de girarse hacia Al.

—¿Ha sido Apolyon?

—Sí. John decidió sacrificarse para salvar al pueblo de ese demonio. Ya no habrá más muertos —contestó Al.

Ethan asintió, regresó a la puerta de entrada y le puso una mano en la espalda para guiarle fuera. Después les hizo una seña a sus hombres para permitirles pasar.

—No os vayáis muy lejos. Luego querré hablar con vosotros —les dijo antes de cerrar de nuevo la puerta.

Al caminó hasta la verja de entrada, dejando la mayor distancia posible con Eli y la señora Wilson. Se apoyó en la valla y sacó otro cigarrillo. Vio

que Eli se giraba hacia él y que daba un par de pasos para acercarse. Él se limitó a mirarla y negó con la cabeza. Todavía no se sentía preparado para hablar con ella. Estaba demasiado furioso y, en aquel momento, solo quería culparla por lo que había pasado, gritarle hasta expulsar toda la ira que le consumía. No podía hacer eso. Sabía que al final tendrían que hablar, que tendrían que tomar una decisión sobre lo que iba a ser de ellos, pero no quería que fuese el odio el que hablase por su boca. Eli pareció entenderlo, porque regresó a su lugar y se limitó a mirar el mar mientras las lágrimas seguían bañando su rostro.

Ethan salió media hora después. Se dirigió hacia Eli, pero Al se adelantó y le tomó por el brazo mientras negaba con la cabeza. Ethan se dejó llevar hasta que se separaron unos pasos.

—Habla conmigo primero —le pidió—. Eli no está bien.

—Como quieras. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Ya te lo he dicho: John decidió sacrificarse para expulsar al demonio —contestó Al—. John y Eli encontraron un ritual antiguo... Había que engañar a Apolyon para hacer que comiera la carne de una persona vieja, así que se inventaron un hechizo para que John pareciera joven sin serlo y Apolyon le atacara. No te puedo dar muchos detalles... Estaba muy enfadado y no dejé que Eli se explicara bien.

—Entonces quizá debería ir a hablar con ella —sugirió Ethan.

—No. Es mejor dejarla tranquila. —Al resopló y sacó un nuevo cigarrillo—. Lleva varios días sin dormir, llorando todo el tiempo... Se siente muy culpable...

—Porque lo es —le cortó Ethan con los ojos echando chispas—. Tal y

como yo lo veo, es cómplice de asesinato.

—¿Cómplice de quién? ¿De un demonio? ¿Eso es lo que vas a poner en tu informe? —preguntó Al, sarcástico—. John decidió sacrificarse. Iba a hacerlo igual tanto si Eli le ayudaba como si no. Ella consiguió que al menos su muerte sirviera para algo. Hemos vencido a Apolyon y ya no volverá por aquí, ya no habrá más muertes.

—Perfecto. ¿Qué es lo que quieres? ¿Que le pongamos una medalla por haber colaborado en la muerte de mi amigo? —gritó Ethan.

—No, por supuesto que no. Solo quiero que entiendas por qué lo ha hecho y que comprendas lo duro que está siendo esto para ella.

Ethan negó con la cabeza y se separó unos pasos para quedarse mirando cómo el sol empezaba a despuntar en el horizonte. Al le dejó tiempo. Le entendía perfectamente, mucho más de lo que el policía podía llegar a creer. Le estaba pidiendo una comprensión que incluso a él le resultaba imposible. Sin embargo, se dio cuenta de que, al defender a Eli, al tratar de buscar argumentos para disculparla, había empezado a entenderla. Era difícil ponerse en su lugar. Sabía que él jamás habría tomado las decisiones que habían tomado ella y John, pero entendía por qué lo habían hecho. Aunque le doliera, sabía que era lo correcto.

Después de tomarse unos segundos para reflexionar, Ethan se giró hacia él. No parecía que aquel tiempo le hubiera ayudado a sentirse más tranquilo. Sus ojos seguían echando chispas y tenía todo el cuerpo en tensión.

—Voy a ser muy sincero contigo —le dijo con los dientes apretados—. No me gusta tu chica. No me gustan esos poderes que dice que tiene, ni las cosas en las que cree, ni las decisiones que toma... No todo vale para ganar.

—¿En serio crees que ella ha ganado? —preguntó Al, señalándola.

Los dos se quedaron unos segundos mirando a Eli, que seguía con la mirada perdida en el horizonte. Se la veía muy cansada y en su rostro pálido y cubierto de lágrimas destacaban unas marcadas ojeras de color morado. Parecía a punto de derrumbarse, como si solo se mantuviera en pie por su fuerza de voluntad.

—Hay veces en las que, por muy bien que se intenten hacer las cosas, nadie gana — susurró Al, casi como si hablara para sí mismo—. Hay historias en las que al final todos somos perdedores.



CAPÍTULO DOCE

Ethan volvió a entrar en casa de John sin haber hablado conmigo. Me sentí confusa. ¿Es que no tenía nada que preguntarme, nada de lo que culparme? Volví a mirar el mar, buscando que aquella inmensidad hiciera que mis problemas pareciesen más pequeños. Aquello había funcionado en otras ocasiones, pero en aquel momento no surtía ningún efecto. La angustia y la culpa que me inundaban habrían servido para llenar mil mares.

La señora Wilson seguía parlotando a mi lado sin parar. La mujer había estado llorando. Parecía que, a su extraña manera, ella también había apreciado a John. Escuchar sus llantos solo servía para hacer que me sintiera más culpable, así que hacía rato que había desconectado y me limitaba a asentir con la cabeza. Por suerte, un par de vecinos madrugadores ya se habían acercado a la verja y ella había podido centrarse en ellos y contarles las noticias, dejándome a solas con mi pena.

Noté un movimiento a mi lado y me giré. Al se había acercado y me tendía la mano. En el primer momento no supe cómo reaccionar. Pensaba que

me odiaba y que mi contacto le provocaría repulsión. Le miré a los ojos y no supe interpretar lo que veía, pero alargué mi brazo y tomé su mano. Quizá era la última vez que podía tocarle y pensaba atesorar el tacto de su piel como mi recuerdo máspreciado.

—Ven —me pidió—. Vamos a dar un paseo.

Cruzamos la verja y nos dirigimos a la playa. A aquellas horas aún estaba desierta. Las gaviotas y los correlimos eran nuestros únicos acompañantes. Paseamos por la arena en silencio durante algunos minutos, acercándonos a la orilla.

—Estás temblando ¿Tienes frío? —me preguntó Al, quitándose la chaqueta para ponerla sobre mis hombros.

Yo no tenía frío. Estaba temblando, pero de miedo. Miedo a perderle, a que me dijera que lo nuestro se había acabado, a volver a ver aquella mirada de odio y asco en sus ojos. Sentía que a cada segundo que pasaba sin que él dijera nada, la ansiedad crecía y crecía, robándome el aire, pero, por otro lado, no quería que hablara. Mientras siguiera en silencio, podría seguir agarrada de su mano, podía sentirle a mi lado, podía seguir manteniendo la esperanza de que él se quedaría conmigo.

Llegamos a la orilla y Al se sentó en el suelo, invitándome a que me sentara a su lado. Sacó su paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón y lo miró, apenado.

—Vaya, solo me quedan dos —me dijo, tendiéndome el paquete—. ¿Quieres uno?

Yo cogí el paquete y saqué un cigarro. Sabía que era una tontería, pero el hecho de que compartiera uno de sus últimos cigarrillos conmigo me pareció buena señal. Uno no le da su último cigarro a alguien a quien no

quiere volver a ver.

Nos quedamos un rato fumando en silencio, mientras veíamos cómo el sol iba alzándose en el cielo, acompañados por el rumor de las olas y los chillidos de las gaviotas. A pesar del dolor que seguía punzándome en el pecho como una daga, me sentí en paz y recé para que el tiempo se detuviera en aquel momento, para que nada más cambiara nunca. Pero entonces él empezó a hablar.

—Creo que he convencido a Ethan de que no eres culpable de nada —dijo con los ojos clavados en el horizonte, como si no quisiera mirarme.

—¿Eso es lo que tú crees? —pregunté en un susurro—. ¿Que no soy culpable?

—No. No es eso lo que pienso —dijo, girándose por fin hacia mí—. Creo que eres responsable de la muerte de John, al igual que lo es él, al igual que lo es Apolyon... No debisteis hacer eso... No debisteis pagar un precio tan alto...

Me habría gustado discutirle, pero ya no me quedaban argumentos. Yo misma llevaba diciéndome aquellas palabras desde que Al me había confirmado la muerte de John. Me habría encantado poder volver atrás en el tiempo, haberme enfrentado a John y haberme negado a ayudarlo, buscar cualquier otra forma de derrotar a aquel demonio... Incluso habría preferido no hacer nada y dejar que el destino siguiera su curso, por muchas muertes y desgracias que aquello pudiera haber desencadenado sobre el mundo. Preferiría haber hecho cualquier otra cosa, pero ya era tarde.

—Por otro lado, comprendo por qué lo hicisteis. Aunque me duela, aunque crea que os equivocasteis, sé por qué tomasteis esa decisión y sé que vuestra intención era buena. —Él resopló antes de seguir hablando, como si

le costara arrancar cada palabra de su garganta—. No eres una asesina. Solo eres una buena persona que se ha equivocado.

Solté un largo suspiro con el que expulsé gran parte de la angustia que atenazaba mi alma. Le miré agradecida y le dediqué una sonrisa, pero él no me la devolvió. Seguía mirándome con gesto serio. Sus ojos azules parecían dos glaciares, fríos y desprovistos de toda emoción.

—Solo hay una cosa que no voy a perdonarte —continuó—: que me hayas mentido. Si no vas a confiar en mí, si vas a seguir ocultándome la verdad y engañándome cada vez que quieras salirte con la tuya, lo nuestro se acaba aquí y ahora.

—Pero nunca habrías aceptado un plan así... —protesté.

—Lo sé. Quizá tú tampoco tendrías que haberlo hecho —me cortó él.

—Habría muerto más gente, Apolyon podría haber quedado libre...

—¿Y qué? Quizá deberíamos haber aceptado que todo esto nos quedaba grande, que no podemos vencer a todos los males de la Tierra, que hay veces en las que tendremos que rendirnos y abandonar... Si empiezas a pensar que cualquier cosa vale para terminar con el mal, te convertirás en el mismo mal que intentas combatir. Me gusta cómo eres, Eli. Sabes que me encanta cómo eres... —Al me agarró las manos y me miró a los ojos. Por fin pude ver de nuevo emoción en ellos—. No quiero perderte. No quiero ver cómo vas convirtiéndote en un ser oscuro y sin conciencia. No voy a permitirlo.

Me limité a asentir y a apretar con fuerza sus manos. Él me sonrió y me atrajo hacia su cuerpo para darme un abrazo tan fuerte que me dejó sin respiración. En aquel momento me prometí a mí misma que nunca volvería a mentirle, que nunca más le ocultaría nada, que lucharía cada día de mi vida

para que fuéramos tan felices como lo habíamos sido hasta entonces. Sin embargo, una pequeña parte de mi mente me susurró que no estaba siendo sincera conmigo misma. Volvería a mentirle y a apartarle si con ello podía protegerle. Además, sabía que había algo en mi interior que ni él ni yo queríamos ver: una parte oscura a la que le gustaba el poder, que quería luchar contra el mal al precio que fuese, que se sentía orgullosa y fuerte cuando utilizaba la magia... Era una parte muy pequeña y esperaba poder contenerla, pero me daba miedo. Mientras abrazaba a Al y le juraba entre sollozos que nunca más le mentiría, sentía en mi interior que nuestra relación, que siempre había creído inquebrantable como un diamante, era en realidad un frágil cristal que ya presentaba microscópicas ranuras.



CAPÍTULO TRECE

Cuando salieron de la playa, ya había una multitud reunida alrededor de la casa de John. Los vecinos se agolpaban contra la verja, acompañados de periodistas de distintos medios de comunicación. En la cara de todos los vecinos se veía el miedo. Mientras pasaban por la acera, rumbo a la caravana, pudieron distinguir retazos de conversaciones. El asesino había vuelto, pero ya no se limitaba a buscar víctimas solitarias y desconocidas en las playas. En aquella ocasión había matado a uno de los vecinos del pueblo en su propia casa. Nadie estaba a salvo.

Él sintió que la ira volvía a invadirle. Le entraron ganas de decirles que aquel hombre que había muerto, y por el que nadie parecía sentir pena, había sido un héroe que se había sacrificado para ponerles a todos a salvo; que, gracias a él, ya no tenían que sentir miedo; que en lugar de estar aterrados y pensar solo en sí mismos, deberían dedicar sus pensamientos a aquel hombre que les había salvado... Pero no dijo nada. Nadie le habría creído.

Cuando estaban a punto de alcanzar la caravana, escucharon cómo

alguien les llamaba. Se giraron y vieron a un hombre de unos cincuenta años, vestido con un elegante traje negro, que se acercaba a ellos luchando por pasar entre la gente. Trató de recordar si aquel hombre le sonaba de algo, pero, cuando llegó junto a ellos y les tendió la mano, seguía sin saber quién era.

—¿Aleister McNeal y Eloise Carter? —les preguntó, esperando que le estrecharan la mano que mantenía tendida.

—Sí, somos nosotros —contestó Al, aceptando el saludo.

—Me presento: soy Sam Merry, el abogado del señor Campbell. — Mientras hablaba, el hombre abrió el maletín que llevaba en la otra mano y sacó un sobre grande—. Mi cliente se reunió conmigo hace dos días y me encomendó el encargo de hablar con ustedes si le sucedía algo.

Al miró a Eli con gesto confuso, pero ella se limitó a encogerse de hombros. El abogado dejó su maletín en el suelo, abrió el sobre y empezó a leer:

—Bien, lo primero que me encargó es que le dijera a la señorita Carter que podía disponer de toda su colección de objetos esotéricos. Me dijo que podía usted llevarse cualquier cosa que considere que puede serle de utilidad en sus investigaciones futuras.

—Muchas gracias. Es muy amable —dijo Eli, tratando de mantener la voz firme y de no ponerse a llorar.

—Su siguiente encargo fue hacerles entrega de este cheque de veinte mil dólares. —El hombre lo sacó del interior del sobre, junto con un papel—. Por favor, firmen aquí para indicar que lo han recibido.

—No podemos aceptarlo —dijo Al—. Es demasiado.

—El señor Campbell me advirtió que ustedes podían decir eso. Me dijo que no era un regalo, que este dinero es la retribución prometida por los servicios que ustedes han prestado al pueblo de Rockport y que no debía aceptar una negativa por su parte.

—No es necesario —le interrumpió Eli—. Él también colaboró en ese trabajo. De hecho, él ha acabado haciendo más por resolver el caso que nosotros.

—No entiendo lo que quiere decir, señorita —dijo el hombre, negando con la cabeza mientras mantenía una sonrisa profesional—, pero el señor Campbell me insistió en que ustedes debían aceptar el dinero. Me dijo que le daba igual si querían considerarlo un pago, un regalo o la última voluntad de un viejo amigo. También dijo que él ya no iba a poder usarlo y que ustedes necesitaban una caravana con ducha.

Al suspiró y extendió la mano para coger el chequé. No les quedaba otro remedio que aceptar aquel último gesto de cabezonería de John. Cuando los dos hubieron firmado el papel con el que confirmaban haber recibido el dinero, el abogado metió una mano en uno de sus bolsillos.

—Y este último regalo es para usted, señor McNeal —dijo, tendiéndole un pequeño objeto envuelto en un pañuelo—. Me ha costado convencer al jefe Morris de que me lo entregara. El señor Campbell lo llevaba encima en el momento de su muerte y no quería dármelo. Por suerte, ha comprendido que ustedes no van a quedarse en el pueblo hasta que termine la investigación y que el señor Campbell había insistido en que usted lo recibiera.

Al tomó el paquete y lo desenvolvió. Cuando vio el pequeño reloj de bolsillo que John siempre llevaba encima, sintió que los ojos volvían a llenársele de lágrimas. El abogado esperó unos segundos para que pudiera recomponerse antes de volver a hablar.

—Me pidió que le diera un mensaje cuando le entregara el reloj —dijo el abogado—. Son solo dos palabras: *Carpe diem*.

Al entró en la caravana y se quedó contemplando a Eli mientras dormía. Después de hablar con el abogado y de haber visto cómo sacaban el cuerpo cubierto de John, habían estado decidiendo qué debían hacer a continuación. Quedarse al funeral estaba descartado. No sabían cuántos días iban a tardar los investigadores en devolverle el cuerpo a la familia y, al preguntarle a Ethan si tenían que quedarse en el pueblo por si quería interrogarles, había visto en sus ojos que el policía prefería que se marcharan de Rockport cuanto antes para no volver jamás.

A pesar de ello, habían decidido no irse de inmediato. Él solo había dormido un par de horas la noche anterior y Eli llevaba días sin descansar. No era momento para ponerse en camino. Así que, tras insistir para que Eli se quedara en la caravana y tratara de dormir un poco, él había ido al banco a ingresar el cheque y había aprovechado para hacer un par de recados.

Había temido que, mientras él estaba fuera, Eli se pasara el tiempo llorando, torturada por la culpa, pero la chica debía estar tan agotada que por fin había podido quedarse dormida. Se acercó a la cama y se sentó a su lado. No tenía la misma expresión de paz que solía mostrar mientras dormía ni una sonrisa tranquila adornaba su cara. Estaba muy seria y tenía el entrecejo fruncido, como si ni siquiera en sueños fuera capaz de dispersar los nubarrones de preocupación que atenazaban su espíritu. Por eso, aunque sabía que estaba agotada y que necesitaba más descanso, no le apenó tener que despertarla. Quizá la noticia que le iba a dar le ayudaría a sentirse un poco mejor.

—Eli, dormilona... Despierta... —susurró a su oído mientras

depositaba besos en su mejilla.

Ella abrió los ojos y sonrió al contemplarle. Se desperezó y se frotó los ojos como una niña pequeña, provocando una sonrisa en el rostro de Al.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las cinco de la tarde —contestó él—. Ya sé que solo te he dejado dormir cuatro horas, pero tengo algo importante que enseñarte.

—¿El qué? —preguntó ella, emocionada, sin rastro ya de sueño en la voz.

—No está aquí. Ve vistiéndote mientras vamos.

Al le dio un rápido beso en los labios y se marchó para sentarse en el asiento del conductor. Puso en marcha la caravana y empezó a conducir hacia la salida del pueblo. Unos minutos después, Eli apareció, ya vestida, y se sentó a su lado.

—¿No habíamos dicho que nos marchábamos mañana?

—Sí. No nos vamos todavía. Solo voy a enseñarte una sorpresa.

Él tomó un desvío y condujo hacia un amplio aparcamiento repleto de vehículos. Pasaron bajo un enorme letrero en el que, al lado del rostro de un hombre muy engominado con una sonrisa resplandeciente, se podían leer las palabras “El honrado Bob. Los mejores vehículos usados de toda la costa este”.

Aparcaron a la entrada y Al bajó de un salto, rodeó la caravana y corrió hacia el lado de Eli para tomarle la mano en cuanto ella salió. Después echó a correr hacia el fondo del aparcamiento, donde podían verse un montón de caravanas blancas y relucientes. Se paró delante de una de ellas y se la mostró, con el rostro iluminado por la emoción.

—Te presentó nuestra nueva casa.

Eli se quedó sin habla, mirando aquel imponente vehículo. Él la abrazó por la espalda y apoyó la cabeza en su hombro para contemplar juntos el que iba a ser su nuevo hogar. Unos pasos a su espalda le hicieron separarse. El comercial que le había atendido un par de horas antes se acercaba a ellos con una amplia sonrisa y las llaves en la mano.

—Ha vuelto usted muy pronto, señor McNeal —saludó mientras le tendía las llaves—. Les dejó solos para que puedan visitar la caravana. Si tienen cualquier duda, andaré por aquí cerca.

Abrió la puerta de la caravana y tiró de Eli para hacer que entrara. Ella se detuvo en mitad del vehículo, mirando hacia todos lados con la boca abierta, mientras Al iba explicándole todo tan emocionado como un niño la mañana de Navidad.

—Mira, es increíble... Tiene una cocina totalmente equipada, una cama enorme con un colchón estupendo, un motor casi nuevo, un equipo de música alucinante y ahora viene lo mejor de todo...

Al la empujó hasta una puerta situada en una esquina de la caravana y la abrió para mostrarle un pequeño cuarto de baño. La dejó allí, entró y abrió la mampara para enseñarle la ducha.

—Un cuarto de baño completo con ducha. Y no es una ducha cualquiera. La caravana viene equipada con un calentador de agua de veinte litros —le explicó, entusiasmado.

Eli seguía sin decir palabra. Simplemente miraba a todos lados como si no entendiera nada. Finalmente, posó sus ojos en él y le dedicó la sonrisa más falsa que él le había visto en su vida.

—Es fantástica, Al.

—Eli, ¿qué pasa? —preguntó él, saliendo del baño para acercarse a ella—. ¿No te gusta? Puedes decírmelo. Tienen más modelos. Quizá encontremos otra que te guste más.

—No, no es eso... Esta es estupenda. Nos la quedamos —dijo ella, luchando por mantener la sonrisa, aunque se le estaba quebrando la voz.

Al se acercó aún más y la abrazó. Eli le rodeó con sus brazos y empezó a llorar otra vez. Él decidió esperar unos segundos para que se tranquilizara, aunque se moría de curiosidad por entender qué tenía de malo aquella caravana como para que ella se pusiera así.

—Lo siento. Soy una estúpida. —Eli se separó, se limpió los ojos con las manos y volvió a forzar una sonrisa—. En serio, esto es increíble. Es una caravana fantástica.

—Eli... ¿Qué habíamos dicho de ser sinceros? —la riñó él.

—Es que sé que es una estupidez... —protestó ella.

—Vamos, dímelo.

—No quiero cambiar de caravana... Ya sé que no tiene ducha y que es un trasto y que te desesperas cada vez que tenemos que subir una cuesta, pero es nuestro hogar. Nos conocimos allí, hicimos en ella nuestro primer viaje juntos, hicimos el amor en ella por primera vez... Lo sé, soy muy tonta.

—No eres muy tonta —le dijo Al, volviendo a abrazarla—. Está bien. Estamos condenados a vivir en ese pedazo de chatarra de por vida.

—No es eso... Quizá más adelante, pero ahora no quiero cambiar nada más. No puedo perder nada más...

Él le devolvió una sonrisa triste, la tomó de la mano y salieron juntos. Después de devolverle las llaves al comercial y de prometerle que volverían

cuando se lo hubieran pensado bien, se montaron en su vieja caravana y regresaron al pueblo.



CAPÍTULO CATORCE

La luz entraba con fuerza por las ventanas de la caravana cuando abrí los ojos. Tardé unos segundos en acostumbrarme y poder ver a Al apoyado en una pared, contemplándome con una sonrisa embobada en los labios. Estaba segura de que tenía pelos de loca y que debía de estar horrible, así que me tapé la cabeza con la almohada.

—Eso de mirarme mientras duermo es de psicópata —dije entre gruñidos—. ¿Podrías dejar de hacerlo?

Le escuché reír y sentí cómo se subía de rodillas a la cama. Intenté luchar para que no me arrebatase la almohada, pero él lo consiguió, se inclinó sobre mí y me dio un beso en la punta de la nariz.

—Venga, dormilona. Es muy tarde ya y hay mucho que hacer.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz remolona.

—Las once de la mañana. Yo ya llevo dos horas levantado y he hecho un montón de cosas. —Él gateó hacia atrás para bajarse de la cama y se puso

de pie—. He traído café y donuts. Te espero fuera para desayunar.

En cuanto salió de la caravana, me levanté de un salto y me vestí. Había dormido más de doce horas seguidas y, a pesar de que aún me sentía triste y culpable, aquellas sensaciones parecían algo más tenues, como si se hubieran retirado a un rincón apartado de mi alma para concederme unas horas de paz.

Salí a la calle y divisé a Al a unos pasos, sentado en el respaldo de un banco con los pies sobre el asiento. Aquel chico nunca iba a aprender a comportarse. Me di cuenta de que era el mismo banco en el que habíamos desayunado la primera vez que estuvimos en Rockport. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces. Me acerqué a él y me senté también en el respaldo, a su lado.

—Hoy no tengo una camiseta para cambiarte por uno de esos donuts — le dije para demostrarle que yo también me acordaba.

—Puedo quitármela y dártela —me dijo sonriendo.

—No estaría mal —contesté—. Estás muy sexy solo con la chaqueta de cuero.

—Yo estoy sexy con cualquier cosa y lo sabes —se burló él mientras me tendía un vaso con café.

Nos quedamos en silencio mientras desayunábamos. Cuando terminamos, yo apoyé la cabeza en su hombro y nos quedamos unos minutos mirando el mar y los giros de las gaviotas sobre las olas.

—¿Qué has estado haciendo mientras yo dormía?

—He ido a ver a Ethan y le he pedido permiso para entrar en casa de John a recoger nuestras cosas —contestó él—. No ha puesto buena cara, pero me ha dado una llave. Luego hay que dejarla bajo una de las macetas.

—¿Solo eso en dos horas?

—Bueno, he estado haciendo unas llamadas de teléfono, pero es una sorpresa. Te lo contaré cuando acabemos de recoger todo y nos vayamos a marchar. ¿Preparada?

Me giré hacia la casa de John y sentí que una oleada de tristeza recorría mi cuerpo. No estaba preparada para entrar en ella ahora que John ya no estaba, pero sabía que no iba a estarlo nunca. Me levanté del banco y asentí. Al me tomó de la mano y caminamos juntos hacia allí. Tras cruzar la verja y abrir la puerta de la casa, Al entró y yo le seguí.

A pesar de que todas las ventanas estaban abiertas, la casa parecía oscura y solitaria. Solo llevaba un día abandonada y, sin embargo, la sensación de vacío era inmensa, como si, con la marcha de John, la casa hubiera perdido su esencia y ya no fuera un hogar, sino solo cuatro paredes frías y tristes.

—Vamos. Démonos prisa —dije.

Él pareció entender mi urgencia, porque se puso a recoger todas sus cosas tan rápido como pudo. No nos llevó mucho tiempo. Tan solo teníamos allí algo de ropa, algunos útiles de aseo y unos cuantos libros, ya que habíamos preferido mantener la mayoría de nuestras cosas en la caravana. En cuestión de minutos ya habíamos terminado. Le pasé mi bolsa a Al para que la llevara fuera.

—¿Me dejas un rato? —le pedí—. Tengo que bajar al sótano. John dijo que podía elegir lo que quisiera de su colección de objetos esotéricos...

—Sí, claro. ¿No te importa quedarte aquí sola? —preguntó, mirándome preocupado—. Si quieres, te acompaño.

—No, gracias. Prefiero hacerlo sola.

Al asintió y se marchó. Sin perder más tiempo, encendí la luz del sótano y bajé las escaleras. Al contrario de lo que me había sucedido en el resto de la casa, en aquella estancia no me sentí incómoda. Al ver sus libros en los estantes, los cuadernos de notas abiertos sobre la mesa y sus velas, pirámides y bolas de cristal repartidas por la habitación, me dio la impresión de que todos aquellos objetos aún le esperaban, como si él fuera a bajar las escaleras en cualquier momento para continuar con sus estudios. Incluso pude percibir en el ambiente el aroma de su loción de afeitar y casi esperé escuchar el ruido de sus pasos, acompañados por el golpeteo de su bastón de ébano, al bajar por la escalera.

Me dio la impresión de que tenía su permiso para estar allí y cotillear entre sus cosas, así que, tal y como él había querido, fui mirando los estantes para escoger los objetos que iba a llevarme. Elegí un par de libros de hechizos y rituales, un antiguo bestiario y varios cuadernos en los que él había anotado las investigaciones que había llevado a cabo con el Grupo Alpha a lo largo de su vida. También estuve revisando su colección de tarots hasta elegir el que parecía más antiguo y desgastado. Quería algo que él hubiera utilizado, que aún conservara parte de su esencia.

Cuando ya iba a marcharme, me fijé en el enorme tablero de ouija de madera oscura que había utilizado con John. Sabía que había costado una fortuna, pero estaba segura de que sus herederos no sabrían apreciarlo y que seguramente acabaría en la basura o en la tienda de algún anticuario, así que coloqué los libros y cuadernos sobre él para poder llevármelo todo.

Regresé al primer piso dispuesta a marcharme con mi pequeño tesoro. Me quedé parada en mitad del pasillo, mirando a todos lados para grabar todos los detalles de aquella casa en mi memoria. Me habría gustado despedirme, dedicarle unas palabras, decirle que jamás le olvidaría, pero, por

lo que yo sabía, todo rastro de John había desaparecido para siempre. Aquel demonio se había llevado su alma y ya no quedaba nadie a quien dedicar aquel último adiós.

Como si fuera una respuesta a mis pensamientos, escuché unas notas de música que procedían del salón. Dejé el tablero de ouija en el suelo con todos los libros encima y caminé hacia allí sintiendo que el corazón se me subía a la garganta. Me asomé por la puerta y me sentí aliviada al no encontrar ni rastro de sangre. La policía debía haber limpiado todo el día anterior o haberle encargado a alguien que lo hiciera.

Reconocí la canción. Era la cinta que le había prestado a John antes de marcharme. La dulce y melancólica voz de Mercury estaba cantando *Who wants to live forever*. Sonaba como una caricia, como un bálsamo para mi alma herida.

¿Quién quiere vivir para siempre?

¿Quién quiere vivir para siempre?

¿Quién se atreve a vivir para siempre,

Cuando el amor debe morir?

Sentí que las lágrimas se deslizaban sobre mi rostro, pero ya no eran lágrimas de angustia y culpa. Aquella era la señal que John me había prometido si conseguía salvar su alma. Era su manera de decirme que estaba bien y que no me culpaba.

—Ahora tú vivirás para siempre —le dije a la habitación vacía—. Feliz eternidad, amigo.

Cuando la canción terminó, el equipo de sonido se apagó solo. Me acerqué a él, saqué la cinta, la metí en su caja y me la guardé en el bolsillo.

Aunque fuese una estupidez, acaricié la tapa del equipo de música con el mismo cariño con el que habría rozado su mejilla si él hubiera estado allí. Después regresé al pasillo, recogí el tablero con los libros y salí de aquella casa para siempre.

Al llegar a la caravana, vi que Al estaba ya sentado en el asiento del conductor fumando un cigarrillo con la ventana abierta. Le saludé con un gesto de la cabeza y le dirigí una amplia sonrisa, la primera sincera desde hacía mucho tiempo. Abrí la puerta lateral de la caravana, entré y guardé mi pequeño botín para que estuviera seguro. Después, fui hasta la parte delantera y ocupé mi sitio.

—Ya estamos preparados para marchar —le dije—. ¿Vas a contarme ahora esa sorpresa que me habías preparado?

—Por supuesto... Te va a encantar —contestó él con los ojos brillantes—. Ayer me quedó muy claro que no te gustó la caravana que elegí, pero no podemos seguir como estamos. Este trasto nos dejará tirados en cualquier momento y necesitamos de verdad una ducha...

—No es que no me gustara la caravana que elegiste, Al —le corté, sintiéndome frustrada al ver que no había entendido nada—. Era estupenda. Si has elegido otra que te guste aún más, cómprala. A mí me da igual una que otra.

—No seas tonta. Ya vi que no quieres desprenderte de esta, así que he buscado una solución. —Su sonrisa se hizo aún más amplia—. He encontrado un taller en el que pueden instalarnos una ducha y un calentador y cambiar el motor entero por uno nuevo.

Le devolví la sonrisa, sintiéndome la chica más afortunada del mundo. Al no solo me comprendía, por muy estúpidos o caprichosos que pudieran ser

mis sentimientos, sino que era capaz de cualquier cosa por hacerme feliz. Me lancé sobre él y le abracé con fuerza.

—Cuando sepas lo que nos va a costar, no te sentirás tan contenta — bromeó—. El arreglo vale casi tanto como una caravana nueva.

—Me da igual. —Me separé de él y miré alrededor con tanto entusiasmo como si estuviera contemplando un palacio—. Seguiremos en casa... ¿Y dónde está ese taller al que vamos?

—En un pueblecito del norte —contestó, tratando de contener la risa—. Swanton, creo que se llama.

—¿Swanton? Vamos, Al... Tiene que haber mil talleres entre este pueblo y Swanton donde puedan hacernos esa reparación.

—Quizá los haya —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero creo que te vendría bien un abrazo de tu madre y volver a ver a tu hermano... Llevas sin pasarte por allí más de un año.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir. No sabía si abrazar a Al por ser capaz de adivinar lo que me haría feliz sin que yo misma lo supiera o decirle que no quería volver a aquel pueblo en mi vida. Lo había pasado muy mal allí y tenía miedo de volver a sentirme pequeña e insignificante. Él pareció leerme el pensamiento, porque se inclinó hacia la radio y la encendió. *Glory days* empezó a sonar a todo volumen.

—¿No te apetece presentarte delante de todos esos paletos llevando del brazo a este pedazo de novio? —dijo, señalándose a sí mismo—. Vamos, chiquilla, es hora de presumir. Son nuestros días de gloria.

—¿En serio crees que siempre vas a convencerme de cualquier cosa poniendo una canción de Springsteen? —pregunté entre risas.

—Por supuesto —contestó él, guiñándome un ojo—. Todo suena mejor cuando te lo canta el jefe.

No pude discutirle más. Él tenía razón. Cualquier plan, por estúpido que fuera, parecía mejor con Bruce Springsteen sonando de fondo. Asentí y me puse el cinturón de seguridad:

—Arranca este cacharro —dije con una sonrisa auténtica adornando mis labios—. Nos vamos a Swanton.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 6 de Octubre de 2018

AGRADECIMIENTOS

Una nueva historia terminada... Y ya van doce novelas y dos libros de relatos. Si echo la vista atrás y recuerdo a aquella chica que dejó de escribir porque pensó que nunca la leería nadie, me entran ganas de llorar y, sobre todo, de poder visitarla y decirle que no sea tonta, que siga escribiendo, que al final merecerá la pena, que luche por sus sueños porque, al abandonarlos, está dejando morir la parte más bonita de sí misma.

Por suerte, no lo dejé del todo. Bueno, no fue por suerte. Fue por la cabezonería de mi marido, que se empeñó en que siguiera escribiendo y en que tratara de salir adelante como autora independiente. Así que, mi primer agradecimiento, como siempre, va para ti. Gracias por creer en mis sueños más que yo misma y por obligarme a seguir soñando.

Gracias también a todos mis lectores, porque leer sus comentarios y saber que hay alguien al otro lado es el combustible más potente para seguir escribiendo. Gracias a todos los que habéis leído alguna de mis novelas, a los que dejáis comentarios en Amazon o en Goodreads, a los que me mandáis un mensaje a través de Facebook, de Twitter o de mi página web... En serio, no podéis imaginar todo lo que me hacéis sentir. Cada vez que mis dedos cabalgan sobre el teclado, a tanta velocidad que el ordenador casi no da abasto para captar todas las pulsaciones, es vuestro aliento el que me da alas.

Quiero agradecer también a todos los que leísteis ¿Tú me ves?: La maldición de la casa Cavendish y, como yo, os enamorasteis de Al y Eli y os alegrasteis de que fuera a retomar sus aventuras. Realmente, iba a seguir escribiendo sobre ellos fuera como fuera, porque los muy capullos se pasan día y noche

hablando en mi cabeza y exigiendo que cuente su historia, pero saber que hay gente que está deseosa de conocerla ayuda mucho. Como supongo que habréis imaginado al acabar Carpe diem, habrá más aventuras de Al y Eli recorriendo Estados Unidos en su caravana para luchar contra las fuerzas del mal. De hecho, ya tengo la siguiente historia en mi cabeza, así que espero que os hayáis quedado con ganas de más.

Y con esto termino. Gracias a todos los que estáis ahí todos los días, ayudándome a seguir soñando: familia, amigos, lectores, compañeros escritores... Espero que sigáis ahí siempre y que queráis acompañarme en nuevas visitas a los mundos que invento. Os quiero mucho a todos.

Un abrazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:

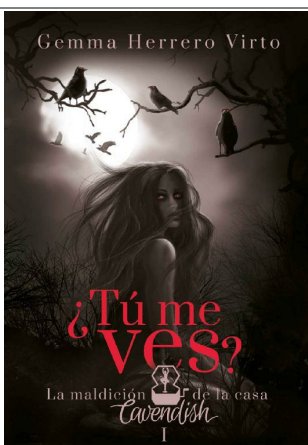
- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre La red de Caronte, Viajes a Eilean I: Iniciación o Trece sombras. No lo pienses más y únete)

Gracias por valorar mi obra y dejar tu opinión. Un abrazo,

Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

TERROR/FANTASÍA URBANA: SAGA ¿TÚ ME VES?



Al, un joven escéptico que no cree en nada salvo en sus sueños y en su guitarra, se ve obligado a acudir a la mansión para acompañar a su familia, que ha sido contratada para terminar con los extraños acontecimientos que allí suceden. Ante el poder que exhiben los seres que la habitan, tendrán que pedirle ayuda a Eli, una joven bruja con el don de ver a los muertos y comunicarse con ellos, don que, hasta el momento, no le ha traído otra cosa más que problemas. ¿Serán capaces de unir sus fuerzas y terminar con la maldición de la casa Cavendish?

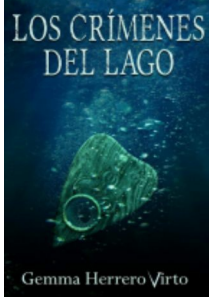


La paz del tranquilo pueblo de Rockport se ve alterada tras la desaparición de varios ancianos y los asesinatos de algunos jóvenes en sus idílicas playas. John Campbell, antiguo investigador psíquico del Grupo Alpha de Boston, empieza a sospechar que algo sobrenatural se esconde tras esos hechos, por lo que acude a Aleister McNeal y Eloise Carter, los

jóvenes investigadores que consiguieron terminar con la maldición de la casa Cavendish.

¿Conseguirán descubrir qué peligro acecha a los habitantes de ese pequeño pueblo?

THRILLER PARANORMAL



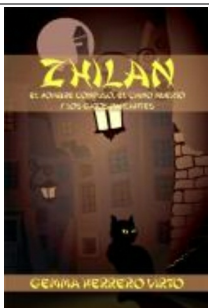
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



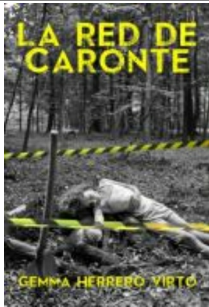
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



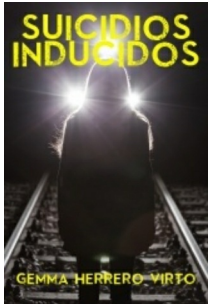
Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

NOVELA POLICÍACA: SAGA CARONTE



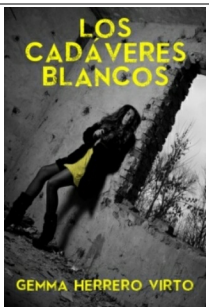
BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una nueva aventura de los personajes de La red de Caronte, tan emocionante y frenética como su predecesora.

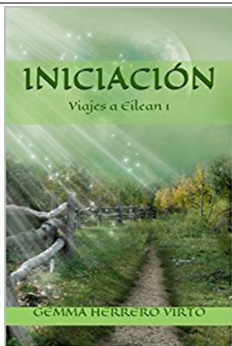
¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



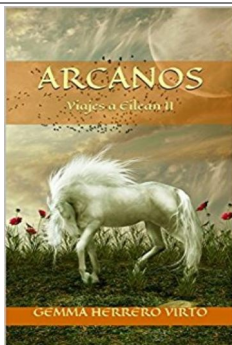
Varias mujeres asesinadas, un extraño ritual, unos crímenes aparentemente perfectos... ¿Qué misterio se esconde en los cadáveres blancos?

FANTASÍA

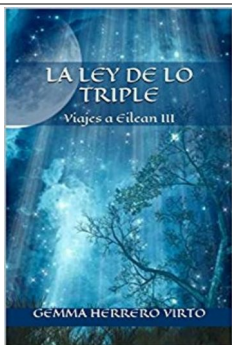
TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.



Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

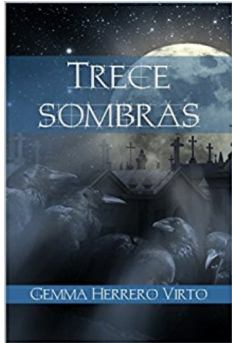


Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

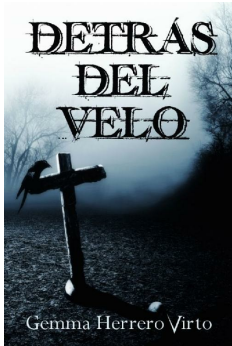
Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas,

poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te
atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[1] La autora no se hace responsable de los gustos musicales de sus personajes. A mí esta canción me encanta y me hace pegar botes como loca, pero todos sabéis que Eli es un poco especialita.

[2] Apolión pelea con el cristiano. Ilustración de H. C. Selous y M. Paolo Priolo aparecida en el libro *The pilgrim's progress from this world to that which is to come* de John Bunyan (1850).

[3] Estos versos pertenecen a la canción Romeo & Juliet del grupo Dire Straits. Los versos originales en inglés son los siguientes: “A lovestruck Romeo sang the streets of serenade/ Laying everybody low with a love song that he made”

[4] Sé que ahora mismo estáis pensando que se me ha olvidado poner un montón de mayúsculas en palabras como Dios, Cristo... La oración que aparece en el texto es una transcripción exacta de una invocación satanista y esta gente quita las mayúsculas de todas las palabras sagradas para demostrar su falta de respeto hacia todo lo divino. Así que, si pensáis que está mal escrito, buscad a vuestro grupo satánico más cercano y hablad con ellos ;-)

[5] Sí, ya sé que suena raro, pero en los 80 se podía fumar en todos los sitios. En bibliotecas, en el trabajo, en hospitales y hasta en las aulas de los colegios.